

Rodrigo P. Soto

El ansia de cosas imposibles

Narrativa Hispánica

Rodrigo P. Soto

El ansia de cosas imposibles



A mi segunda patria, Panamá, y a mi patria emocional, mi esposo, Eugene Scanzera

I. DOMO

1. Quinceañero (septiembre de 1994)

«Lo que faltaba, que me saliera maricón», rezongó papá. Dominga servía el desayuno mientras yo leía en voz alta las últimas estrofas de un poema de Pessoa («*Poder rir, rir, rir despejadamente, rir como um copo entornado*»). Mamá levantó la vista del plato y Dominga se detuvo a mi lado con la bandeja vacía en las manos. «¡¿Cómo le dices eso, Bras?!», gritó mi madre. «Tranquila, Sofía, que tanto verso no puede ser bueno para Tino», respondió él. Buscó mi mirada y me sonrió mientras acercaba la mano para desarreglarme el cabello. Le devolví una sonrisa falsa que respondió con un guiño. «Ya casi le celebramos el quinceañero; que aprenda portugués por su cuenta. ¡Y no más lecturas en la mesa es lo que os digo! ¿Cuántas veces tengo que decirlo? No sé por qué continúas con esa costumbre tan grosera de la Difunta —uno de los motes con los que papá se refería a abuela Filipa—. Además, ¿quién hostias habla portugués en Panamá?». Mamá chistó en desaprobación, mientras que él contaba, sin que nadie lo escuchara, sobre buenos modales aprendidos a golpes en su Asturias natal.

Traté de abrir el libro de nuevo, pero papá me lanzó una mirada tan hostil que desistí. Dominga trajo café al terminar de comer. Mi taza humeaba cuando papá estalló: «¡Joder, que esta mierda está fría!». Miró con rabia a Dominga, que hizo un gesto de no entender mientras le tomaba la taza sin mirarlo y regresaba a la cocina. «Esa mujer me odia tanto como la Difunta. Lo que me gustaría echarla a patadas…». Mamá no respondió; enfriaba el café con soplos lentos que le hacían fruncir los labios como si fuese a dar un beso. Después de todo, aquella era *su* casa.

«¡Al comedor, al comedor, que vamos a cantarle al cumpleañero!», llamaba mamá al tiempo que intentaba acorralar a los adolescentes dispersos, pero era como tratar de atrapar agua con un colador; reunía a algunos en la sala y otros salían al patio interior o a la

terraza. Los miembros de la banda de música que contrató para mi cumpleaños fumaban en el patio interior esperando el aviso para continuar. Yo pedí una fiesta con rock en español, pero mi padre insistió en algo diferente para mis quince. «Esta noche vienen chicas y hay que sacarlas a bailar», dijo, frotándose las manos. «Nada de música para deprimidos». Mucho costó que no trajera mariachis o sacara la guitarra para cantar. Me quejé con mi madre, pero me dijo que no me preocupara, que *todo* estaba listo. Y por eso, en el día de *mi* fiesta, sonaba música en vivo al gusto de mis padres, un fiestón setentero que entremezclaba salsa de Celia Cruz y el Gran Combo con música disco de Donna Summer y de ABBA y baladas de Camilo Sesto y de Lolita. Mis padres bailaron lento la canción favorita de mamá, «No notas que estoy temblando». Los invitados los rodearon aplaudiendo mientras salseaban «Marejada feliz», aunque fue «YMCA» la canción que sacó a todos a bailar.

Mentí a mis padres diciendo que mi invitada había cancelado por estar enferma. «Un quinceañero sin pareja, ¡qué papelón! De haberlo sabido con tiempo le decía a Mirtita, que está aquí sola… pobrecita… ¡Ve y sácala a bailar! Y si ella no consigue con quien ir a su quinceañero, ¡serás tú quien la acompañe!», me regañó mi madre. Mi padre solo dijo: «Me has hecho darle la razón». Cuando vi a mi supuesta invitada, Mercedes, entrar a la casa con un compañero de colegio, escapé con mis amigos a fumar al patio trasero.

—¿Ya vieron lo tetona que está Mercedita? —dijo mi primo Fernando, a quien llamábamos Nano.

—Sí, el año pasado nadie la volteaba a ver y ahora… *uff* —comentó uno de mis amigos, haciéndose tronar los dedos.

—¡Y vino con el tal Gabo!… con esa cara de pato que tiene —contestó otro con un fastidio que no disfrazaba la envidia.

—Pues yo pensé que la invitarías tú, Tino. Se la dejaste al Tiburón. ¿Cómo es eso que no conseguiste un *date pa*' tu propia fiesta? —dijo Alifonso, Ali, el hermano mayor de Nano.

—Porque se me adelantó Gabo, por supuesto —mentí sabiendo que eso era creíble porque Gabriel era el chico más guapo de mi curso.

—Claro, ese cueco… —insistió el envidioso de antes.

—¡Ey! ¿Y cuándo ponen *reggae* en español? —interrumpió en broma otro amigo.

—¡Qué pereza! ¡Nada que *veer*! —contestaron varios al mismo tiempo—. Esa vaina no dura más que un par de años.

Otro compañero llegó corriendo a avisarnos: «Arranquen que viene

tu vieja». Apagamos los cigarrillos en el suelo antes de que mamá se asomara y nos apresuramos a volver. Casi todos los invitados estaban en la sala; la mayoría eran compañeros de La Salle y sus parejas, niñas de Las Esclavas o de La Inmaculada, incómodas en zapatos nuevos de taco alto, pero impecables en un maquillaje que retocaban en el baño de visitas luego de cada baile.

Lucibel, la nieta mayor de Dominga, miraba desde una esquina de la sala al resto de los convidados. Había cumplido también quince años unos meses antes y la invitamos a la fiesta. Dominga nos contó que tenía semanas que no le hablaba de otra cosa. Llegó temprano con su abuela luciendo un vestido de organdí rosado con brillantes en la cintura, zapatos de taco negros y un maquillaje exagerado. Mi madre la alabó, haciéndola girar y posar. «¡Cuánto has crecido! Estás hecha toda una mujercita. Date otra vuelta. ¡Preciosa! Apuesto a que ya eres de mi talla… de hecho, tengo unos vestidos que hace años no uso y no sé qué hacer con ellos… te puedes llevar el que más te guste». Sospechando lo que mi madre tramaba, Dominga quiso protestar —«El que tiene puesto lo escogió ella y *noj* costó un…»—, pero su nieta siguió a mi madre al segundo piso sin dejarla terminar. Regresó una hora más tarde con maquillaje y peinado nuevos. Llevaba un traje tubo sin mangas color verde oscuro, ceñido al cuerpo por un cinturón delgado de tela que le hacía juego. Parecía una artista de cine mientras bajaba por la escalera y todos se lo dejamos saber, menos su abuela. «Pues el otro traje es el que te toca *pa*' la graduación del colegio, ¡hum!», refunfuñó. Le fui presentando a otros invitados a medida que llegaban, pero Lucibel no tenía de qué hablar con ellos; solo Mirtita le hizo compañía por un rato.

El padre Carlos hablaba con mi tío Nino y su esposa, tía Nancia, cerca del bar. Me caía bien ese cura veragüense que parecía nunca abandonar el buen humor. «¡Y acá está el cumpleañero!», me saludó mi tío con un abrazo de oso antes de que pudiera estrecharle la mano al cura. Si papá era alto y esbelto, su hermano mayor era grande y fornido. Tía Nancia me saludó con un beso en cada mejilla. «¡Estás hecho un muchachote! Cada día te pareces más a tu padre… con que te alejes del guaro ya eres la mejor versión».

Cuando por fin mi madre logró congregar a todos en la sala, notó que faltaban papá y tío Nino y me mandó a buscarlos. Los encontré en la biblioteca discutiendo en voz baja. Se callaron cuando me vieron entrar. Siguió un silencio incómodo y miradas cómplices. «A ver qué opina el quinceañero de las políticas de su padre», salvó la situación tío Nino.

—Sí, como decía… ejem… aquí somos civilistas, pero voté por Pérez Balladares[1] para que al país le vaya mejor.

—¿Votaste por el PRD?[2] ¿Ya olvidaste el Noriegato, los batalloneros, el embargo bancario? ¿El desfile de presidentes títeres?[3] —respondió mi tío incrédulo, confirmando en su asombro que no era de eso de lo que hablaban cuando entré.

—Tiene un pasado problemático, lo reconozco, pero El Toro era de los mejores tecnócratas del régimen y, además, Cara de Piña está preso, las milicias y las Fuerzas de Defensa disueltas y los perredistas que sobrevivieron saben gobernar. El partido les importa más que el líder. Ni Noriega pudo con eso. Además, ¿quiénes eran los otros candidatos?

—¿O sea, que para ti la única diferencia con *este* PRD es que ya no hay ejército?

—¿Y acaso iba a votar por…?

—Ya hablando del PRD en *mi* casa… —interrumpió mamá mirándonos con los brazos cruzados desde la puerta de la biblioteca—. ¡Te dije que los buscaras, no que te quedaras echando cuento con ellos! A la sala, que te vamos a cantar —y se marchó, no sin antes mirarme como si le estuviese dañando *su* fiesta. Papá me hizo reír tarareando «La gallina fina» entre dientes mientras caminábamos a la sala.

Los invitados se habían vuelto a dispersar y mamá comenzó de nuevo el esfuerzo de acorralarlos. Aproveché para llevar los regalos a mi cuarto. Mamá me regaló ropa de Félix Maduro casi idéntica a la que me había regalado el año anterior. El obsequio de papá era una caja de colonias de La Riviera sobre un cartón blanco grueso envuelto en un plástico transparente de cocina. Me tomaría tiempo descubrir que el cartón escondía dos revistas pornográficas. Nancia me trajo dos libros de la librería Argosy. Uno que le había pedido sobre el Imperio romano y el otro era un libro en inglés sobre hijos adultos de padres alcohólicos. Más tarde, cuando le di las gracias, me respondió: «Para que comiences la terapia, que ya estás hecho un hombrecito». Tío Nino aprovechó para llamarme aparte y me entregó un sobre: «Mejor lo abres en privado». Regresé de inmediato a mi cuarto para descubrir dentro del sobre un billete nuevo de cincuenta dólares con una nota que decía: «Para lo que te apetezca. Abrazos, tu tío». Era la primera vez que veía un billete de ese valor y era mío. Tocaron a la puerta y desaparecí el dinero en mi pantalón justo cuando entró mamá para regañarme porque ya estaban encendidas las velas del pastel y no quería que se le dispersara el muchacherío. Las voces llamando

desde el comedor la interrumpieron. Algunos ya cantaban mis felicitaciones a destiempo. Mamá los silenció con unas palmadas y fue ella quien inició: «De la vela la luz…».

La fiesta duró hasta las once de la noche. Solo quedaba la familia cuando papá anunció que, como yo «ya no era un niño», lo acompañaría a dar una vuelta. Mamá se opuso, pero su cuñado la convenció diciéndole que él estaría a cargo de la velada y que además llevaba a sus hijos, Ali y Nano. Con esa garantía, mamá me dejó ir a regañadientes. «Te hago responsable, Nino. Me lo regresas tal y como te lo entrego», le advirtió mamá.

Tío insistió en ir en su Trooper porque estaríamos más cómodos que en el auto de mi padre, aunque sospeché que era para no dejar que su hermano condujera. Me extrañó cuando tomó la avenida Balboa rumbo al Casco Viejo, un lugar muy decaído en aquel entonces, pero no dije nada. Luego de varias vueltas por callejuelas estrechas y oscuras, estacionamos cerca de un local de dos plantas en la Avenida de los Mártires. Afuera, un niño de cabeza rapada con una camiseta amarillenta y agujereada repartía promociones e invitaba a entrar al lugar. Mi padre lo saludó y me lo presentó como Pelayito. Le di la mano sin apenas poder responderle el saludo o recordar su nombre por la impresión que me causó su sonrisa, a la que le faltaban algunos dientes, y una cicatriz mal curada desde la mejilla hasta la sien. Papá notó mi reacción. «No juzgues a un niño y menos a uno que trabaja. No sabes quién puede llegar a ser…», me dijo, mientras me empujaba hacia el interior del local. Las empleadas recibieron a papá entre risas chillonas y él me presentaba como su «cachorro de quince». Nos hicieron sentar y comenzaban a tomar las órdenes cuando papá las interrumpió pidiendo una jarra de cerveza para cada uno, menos para tío Nino, que no bebería más esa noche.

El lugar olía a cerveza derramada. Una rocola iluminaba una esquina con luces multicolores, mientras música de salsa salía de las bocinas roncas. Hombres barrigones ocupaban las sillas frente a la larga barra atendidos por meseras vestidas de *tank tops* y faldas cortas ajustadísimas que los trataban de papito esto y de rey lo otro. Solo a mi padre pudo ocurrírsele llevarnos a un putero. En nuestra mesa la conversación giraba en torno a las conquistas de papá, a las que él añadía con un guiño: «Antes de tu madre». Mi tío contribuyó con un par de historias, poniéndose colorado al contarlas. «Este sitio es de lujo comparado con el lugar en el que nos desvirgaron, ¿eh?», rio mi padre dándole un codazo a tío, que no le respondió. Ali, que nos llevaba dos años a Nano y a mí, dio cuenta de un par de novias y sus

respectivos arropes, sin dar detalles. Solo Nano y yo no teníamos qué aportar a aquel aquelarre machista. Yo tarareaba distraído una canción de la rocola sobre buscar una elusiva guayaba, cuando noté que mis compañeros de mesa se habían callado y que papá estaba de pie a mi lado. Me puso la mano en el hombro y me pidió que lo siguiera. Miré a tío, pero él tenía la vista fija en su soda.

Subí con mi padre a la segunda planta, donde nos esperaba una señora mayor, que hubiese podido confundir con una secretaria de banco, con su chaqueta azul y anteojos colgando sobre el pecho de un sujetador de perlas falsas como el que usaba mi abuela. «Aquí lo tiene», le dijo mi padre. Mi estómago se encogió. Papá le entregó un billete, ella apuntó algo rápido en un cuaderno y me pidió que la siguiera. Quise oponerme, pero la vergüenza se sobrepuso a mi pánico. Él me alentó con una palmada en la espalda, mientras ella me llevó por un pasillo apenas iluminado. Nos detuvimos frente a un cuarto y me hizo entrar. Una mujer de cabello corto, trigueña y pecosa, como de unos treinta y tantos años, me sonreía sentada en la cama. La señora cerró la puerta tras de mí.

El olor a desinfectante me recordó a una clínica. Junto a la entrada había un lavamanos inmaculadamente blanco. La habitación era pequeña y alguien había pintado en la pared una ventana falsa con un cielo celeste y torpes nubes blancas y rosadas. Cada vez que cuento esta historia, Toño me interrumpe con «Lo iban a bautizar y lo que notó fue el *window treatment*». Debajo de esta ventana estaba la cama y al lado una pequeña cómoda con una jarra de agua y papel toalla. La mujer se quitó la camiseta y se bajó la falda. Noté que tenía el pubis afeitado. «Ven, nene, que te voy a dar una lavadita», dijo. De la cara que me vio, se detuvo: «No importa, un nene como tú debe estar bien limpiecito».

Se acomodó desnuda sobre la cama y me invitó a sentarme a su lado con unas palmadas en la sábana. Quería salir de allí, pero recordé que afuera esperaban papá y el resto de la comitiva. Me senté sintiendo que mi ser se escurría. Intentó acariciarme el rostro, pero retrocedí a su tacto. «No te preocupes, papito. Estás nervioso pero te prometo que lo hacemos suavecito y con calma. A tu papá le encanta…». Comenzó entonces a pasarme la punta de los dedos por la espalda, pero mi cuerpo se mantenía terco en su parálisis. Puso la mano en mi pecho y sin hacer mucho esfuerzo me hizo acostar. Debió haber pensado que estaba loco, pues yo no hacía más que mirar al techo, inexpresivo, pensando en cómo acabar con la situación. Sus dedos comenzaron a pasearse por mi torso hasta que los sentí en mi

bragueta, seguidos de su mano en mi sexo. «*Shhh*, tranquilo que yo levanto hasta a un muerto». Me puse de pie de golpe volviéndome hacia ella. La mujer gritó pensando que le pegaría, pero se calmó al ver el billete estrujado en mi puño. «Es de cincuenta —ella lo tomó y me miró con extrañeza—, por favor, diga que la pasamos bien». «Ay, mi rey, por mí aquí se dio la singada de la década», contestó ella soltando una carcajada.

Me volví a sentar en la cama, pero ella se quedó recostada, mirándome con una sonrisita que me hubiese gustado borrar de un golpe. Así pasamos el tiempo, ella observándome y yo esperando un desenlace. Alguien tocó a la puerta y la mujer gritó: «¡Ay, qué malos son! ¡Ya vamos!». Me hizo un gesto para que me desabotonara la camisa mientras que a ella le tomó un instante volverse a poner la microfalda y la camiseta. Cuando al fin abrí, la doña estaba esperando fuera. «Ay, pichón, por mí te dejaba descargar toda esa juventud, pero tu padre solo pagó por medio tiempo», dijo mientras me llevaba al baño al final del pasillo. Al salir, era mi padre quien me esperaba. Me agarró por los hombros y me miró directo a los ojos: «¿Cómo estuvo el regalo?».

Le ofrecí como respuesta una sonrisa que reflejaba el placer de estarme burlando de él. Me abrazó con fuerza y, llevándome agarrado por los hombros escaleras abajo, gritó a los otros: «¡Un león, es un león!». Aplausos, aplausos, risas y más risas, de las «meseras», los borrachos, mi comitiva. Mis primos silbaban y palmoteaban la mesa como si acabase de meter un gol. Mi tío también aplaudió, aunque seguía tan colorado como lo había dejado. Al final de la noche, cargamos a papá al carro. Se reía solo, repitiendo lo mismo a quien se le acercara: «¡Salió a su padre, coño!», con esa satisfacción que sienten algunos hombres al corromper a sus hijos.

1 Ernesto Pérez Balladares, presidente de Panamá de 1994 a 1999, conocido como El Toro.

2 PRD: Partido Revolucionario Democrático. Partido político fundado por el dictador Omar Torrijos en 1979.

3 «Noriegato»: dictadura de Manuel Noriega (apodado Cara de Piña) entre 1983 y 1989. Durante este periodo hubo seis presidentes del PRD. Los Batallones de la Dignidad fueron milicias creadas por la dictadura en 1988.

2. Casa portuguesa (1946-1980)

Já sois chegados, já tendes diante
A terra de riquezas abundante.
Os Lusíadas, canto VII

«*A diferença entre esta rosa e…?*» Abuela Filipa me mostraba flores que me parecían idénticas. Yo bostezaba sin disimulo mientras la ayudaba en el jardín del patio interior. Los rosales, en tonos rojos y amarillos, desprendían un aroma dulzón que en el calor de la tarde invitaba a tomar la siesta. Cualquier cosa me parecía mejor que podarlos, cambiarlos de lugar o aprender cómo cuidarlos. Traté de convencerla de que tenía que estudiar, pero me había encontrado leyendo a *Mafalda* y chistaba molesta cada vez que mencionaba mis tareas. La voz de Amália Rodrigues nos deleitaba desde la biblioteca, acompañada de los crujidos de un disco demasiado usado.

Abuela se obstinó en cultivar rosas a la intemperie en uno de los peores climas para intentarlo. Usaba la mayor parte de su tiempo libre consintiéndolas, tanto en temporada seca como en la húmeda, combatiendo pestes y hongos, y siguiendo los apuntes escritos en una libreta que cargaba siempre en la cartera. Solía llamar desde la Opa para ordenar que mamá o Dominga movieran maceteros fuera del alcance del sol o de la lluvia y era capaz de tomarse un taxi a la casa si no le contestaban. Era una dedicación pocas veces correspondida por las flores.

Estar en el jardín fumando, tomando té y escuchando música era su principal distracción. «*Anda, senta-te comigo*», podía ser tanto una invitación a conversar como a estar a su lado en silencio disfrutando de ese oasis perfumado a rosas y a tabaco. En la pared de fondo, el rostro tallado de un león surtía un estanque con su generoso chorro de agua, deleitando el entorno con un borboteo constante y feliz. Reinitas, gorriones y pericos llegaban a retozar en el agua del estanque. No era extraño ver una pluma de ave colocada de manera prominente en su moño entrecano. Ese moño y vestirse de negro eran sus rasgos más característicos; solo la vi vestida en otros colores

quizás dos veces en mi
vida, lo que recuerdo bien porque fue como verla disfrazada.

Tomábamos el *chá* en un servicio de té portátil de porcelana, que solo ella usaba, sin confiar su cuidado ni siquiera a Dominga. Con estampado de rosas y detalles dorados, era uno de los pocos lujos de su austeridad de viuda. Yo adoraba los *bolos de amêndoa* y los *pastéis de nata* que servía en esas ocasiones.

—*O jardim da minha mãe em Lisboa estaba rodeado de jacarandás e tinha uma enorme figueira no seu centro…*

—¿A que esa higuera no se compara con Titán, *vovó*? —la interrumpí.

—*O Titã? Não, não compara não…* —escucharme mencionar el ficus gigante del patio trasero la sacó del ensueño—. *Não deves brincar nele… é perigoso e lembra…*

Y regresó a la cantaleta de cada vez que escuchaba mentar al árbol. Caerme de él cuando tenía seis años fue el peor susto que pasó conmigo. Llegó al patio corriendo al escuchar los gritos de mis primos, pero verme inconsciente y con la frente sangrando la paralizó. Fue Dominga quien logró que yo reaccionara con un par de cachetadas. Abrí los ojos y vi un rostro difuso que me sonrió al tiempo que decía a los presentes: «Si no le pasó *na*'». Abuela terminaba de recontar la historia riendo cuando tocó voltear el disco. Dominga aprovechó para acercárseme. «Y dale con el bendito árbol… juega en él tranquilo que yo no le llevo el cuento, *chichí*», dijo en voz baja. Pronto escuchábamos las primeras notas de «Cabecinha no ombro» y esperamos a que abuela regresara.

Nunca faltaron los fados en mi infancia. Mis abuelos dejaron Lisboa poco después de terminada la Segunda Guerra Mundial y en pleno Estado Novo.[4] Ambos venían de familias propietarias de almacenes de telas y de mantelería importada en el barrio de Baixa. Mi abuelo Dinis no veía mayor futuro en un negocio familiar que iría a manos de su hermano mayor y de sus sobrinos. Quería algo propio, pero no podía ahorrar con lo poco que ganaba. Lisboa lo asfixiaba como un abrazo de amor sostenido por demasiado tiempo.

Consideró emigrar a Venezuela, como muchos otros portugueses entonces, pero decidió probar suerte en Panamá porque allá vivía su tío Duarte, el hermano menor de su madre, y porque ganaría en dólares estadounidenses. Le fue difícil comunicarse con ese tío porque este tenía pésimas relaciones con el cuñado, mi bisabuelo, quien intentó disuadir a su hijo de asociarse con él. Lo acusaba de ser opositor político —algo grave en una familia salazarista por convicción

— y, peor aún, ateo. Estas dificultades retrasaron la partida de abuelo, pero su madre, que lo complacía en todo, logró enviar una carta a Duarte. La respuesta llegó varios meses después a través de una breve nota que lo alentaba a prosperar «*no umbigo do mundo». «Fuge, Dinis, antes que acabar como o teu pai*», añadió. Resuelta esa dificultad, mi abuelo se enfrentó con que su prometida no quería dejar su ciudad ni su familia. Tras mucho discutir, logró convencerla con la promesa de que él iría primero, que, si no lograba un oficio estable, regresaría a Lisboa, y cerró el pacto casándose con ella. Poco después de la boda, abuelo partió a Panamá y tres años más tarde, en 1949, abuela se le uniría «*nas Índias*».

Con lo ahorrado en esos primeros años —y un préstamo de Duarte —, abuelo Dinis compró una casa de madera en el barrio de San Francisco de la Caleta, un suburbio nuevo al este de Ciudad de Panamá, con alcantarillas a cielo abierto y calles sin asfaltar, desde donde comenzó un negocio de reventa de telas. Al principio abuela intentó recrear el rol de ama de casa que se le inculcó con doctrina y ejemplo, pero se encontró con que, libre del tutelaje familiar y del entorno confesional fascista, disponía de una libertad inédita y se unió de lleno al esfuerzo empresarial de su marido.

De vivir resguardada en Lisboa, pasó a una época de afán constante, de tomar *chivas* (minibuses) hacinados en un calor agobiante o de caminar con sombrilla a todos lados para protegerse del sol o de aguaceros repentinos, y de combatir sabandijas, ruidos y olores en una casa incapaz de contenerlos. No ayudaba que los mejores espacios de la casa, los más secos y aireados, se usaran como depósito del inventario. El techo estaba cubierto con planchas de metal y en días de fuerte lluvia el ruido era ensordecedor; abuela entonces aprovechaba para ir al cuarto a llorar. Su esposo la convenció de esperar, de sacrificarse primero para luego vivir mejor y sin deudas. Con el paso del tiempo, ambos se adaptaron, persistieron y triunfaron, logrando convertir la empresa, que bautizaron la Opa, en uno de los mejores almacenes de telas en la Avenida Central.

Invirtieron en bienes raíces, incluyendo apartamentos y locales comerciales de alquiler. Abuela se encargó del almacén y abuelo de los otros negocios con cada vez más acierto. Ya sabía antes de inmigrar que mezclar negocios y política era cosa de locos o de corruptos, pero acá también aprendió a pasar *agachao*, tener los ojos y oídos abiertos a las oportunidades y llevar billetes sueltos en el bolsillo para conseguir permisos de manera oportuna y salir de atolladeros imprevistos. Asimiló cómo manejar el juega-vivo local sin

acobardarse ni hundirse en él. Enseñó a los suyos a apasionarse por sus sueños, a tener palabra y a ser discretos.

Su disciplina, ambición y un país dolarizado, que llegó a tener por esos años uno de los crecimientos más altos del mundo, les permitieron a mis abuelos ganar en pocos lustros una fortuna mucho mayor que la de sus familiares en Lisboa. Intercambiaban cartas y enviaban regalos a Portugal, pero siempre tuvieron excusas para no volver. Las escasas vacaciones fueron de días, nunca semanas, porque el almacén solo cerraba en feriados nacionales y no confiaban en dejar los negocios por mucho tiempo en manos de empleados. Los familiares portugueses tampoco los visitaron aun cuando los abuelos construyeron su nueva casa. Abuela culpó la cercanía de abuelo con Duarte por esta ausencia amarga, pero nada cambió luego de morir ambos hombres y ella se resignó a una relación epistolar de ultramar.

Un domingo después de misa, abuelo llevó a su esposa e hija de siete años, Sofía, al parque Urracá en Bellavista. Era su paseo favorito; caminar frente al mar para después retirarse al parque, donde la niña jugaría en un lugar verde y seguro. Sentados a la sombra de un árbol y tomados de la mano, la veían correr con otros niños. Se terminaba la temporada seca y el aroma a primera lluvia flotaba en el aire. Abuelo le señaló a su mujer unos edificios de apartamentos alineados a un lado del parque. Le describía, lleno de admiración, los detalles arquitectónicos del Hispania y del Sousa, pero ella le dijo que no quería vivir en un apartamento antes de que él se lo propusiera. Abuelo ignoró el comentario y le apretó la mano en una muestra de pasión que ya era de otros tiempos y logró que sonriera.

A mediodía, el cielo se cubrió de enormes nubes grises y el aire comenzó a condensarse en un vapor ligero que no tardaría en espesar. Abuela dio por terminado el pasadía y sacaba los paraguas del bolso, cuando abuelo anunció que primero tenía algo que mostrarles. Ella pensó que sacaría «ese algo» del bolsillo, pero cuando les pidió que lo siguieran, insistió en saber a dónde iban. «*É uma surpresa*», contestó él, sonrojándose. Repitió esa respuesta cada vez que su hija lo acosaba con la misma pregunta. Abuela finalmente sonrió para sí misma; se acercaba su vigésimo aniversario de bodas y esperaba de su esposo un gran gesto. Caminaron hasta encontrarse frente a una casa abandonada en medio de un gran terreno. Parte del techo se había derrumbado y la rodeaba basura y maleza. Un enorme árbol, que le daba sombra, la hacía ver aún más insignificante. «*E é por isso que esperamos tanto, Dinis?*», le increpó abuela. A él le tomó tiempo calmarla, pero lo logró explicándole que derrumbarían esa

ruina y construirían la casa de sus sueños: «*uma casa portuguesa*». Se quedaron en la vereda, juntos en un abrazo, imaginando ese porvenir prodigioso mientras la lluvia caía estruendosa sobre los paraguas.

Tomaron posesión de su nuevo hogar en 1969. La casa contaba con dos niveles y fachada maciza de piedra y ladrillo. La llamaron *Graça* y lo anunciaron al mundo con grandes letras en el portón de entrada, al lado de una imagen en azulejo de san José. En el patio trasero preservaron el gran árbol, al que yo bautizaría Titán, cuya copa ofrecía a la casa un halo verde oscuro. Al frente plantaron enredaderas, que cubrirían con el tiempo parte de la fachada, y veraneras, papos y cruces de malta en diferentes tonos de rojo y amarillo para adornar los linderos de la propiedad, que separaron de la calle con un muro bajo de piedra. Era una joya portuguesa, pero en un estuche netamente panameño.

La inauguración de Graça fue la primera fiesta que organizaron en su vida. Entre nervios y orgullo dieron la bienvenida a los invitados, que entraban por las puertas plegables de la terraza, abiertas a la sala. Los recibía un espacio amplio y aireado, con la fuente del león del patio interior de fondo y las superficies del suelo, zócalos y escaleras cubiertas de azulejos en tonos blancos y azul celeste. Abuela invitaba a los presentes a subir los dos largos peldaños que separaban la sala del comedor para admirar la imponente mesa de caoba, con patas talladas en forma de garra y que dominaba el espacio como un *mostrengo* indesafiable. Abuelo, a su vez, llevaba a otros invitados a la biblioteca; mostrando con vanidad «*os apóstolos*», doce libreros de piso a techo fabricados a la medida en Brasil, e inmunes a la humedad o a las polillas. Su escritorio dominaba un extremo de la biblioteca e instaló al lado un equipo de sonido de última tecnología, haciéndole compañía a su colección de discos. El resto de los libreros estaba vacío, con excepción de una *Grande Enciclopédia Portuguesa e Brasileira* que yo sería el primero en usar.

Satisfechos de comida y achispados con vino rosé del Douro, los invitados se turnaban para cantar cantigas y fados usando el comedor como escenario. Abuelo le sugirió a Duarte que cantara la *marchinha* «A Cachaça» y este, después de considerarlo, soltó una carcajada, pidió la atención de todos y comenzó a cantar a viva voz: «*Avante, camarada, avante / Junta a tua à nossa voz!*».[5] Nadie reconoció la canción, pero para la segunda estrofa fue obvio que era un himno en contra del régimen portugués. Algunos comenzaron a silbar o cantar el himno «A Portuguesa», otros se reían abiertamente y los demás se

miraban entre ellos sin comprender lo que ocurría. Abuelo agarró del brazo a Duarte, rasgándole de paso la manga de la camisa, y se lo llevó apresurado a la cocina, mientras abuela arrastraba a su hija al comedor para cantar por sobre la algarabía «Uma casa portuguesa», a lo que los presentes se fueron uniendo hasta gritar al unísono «*Com certeza!*». Entrada la noche Duarte se derrumbó en una silla con la camisa rota, aferrado a una botella de Lancers y desdeñando a los otros invitados, en especial a los de la delegación diplomática portuguesa, gruñendo «*bufos*», «*legionários*» o «*merdas*» cuando alguno cometía el error de acercársele.

Su broma pasó desapercibida entre los invitados panameños, pero mis abuelos no lo volvieron a invitar a la casa. El golpe de Estado encabezado por Omar Torrijos en 1968 había iniciado en Panamá una era de populismo autoritario y ellos decidieron que ignorar toda política, nacional o externa, y pasar desapercibidos por el poder vigente era lo más adecuado en su condición de extranjeros en revolución ajena.

Con Graça inaugurada, emplearon a un matrimonio para que viviera con ellos, Dominga y Ascanio; ella atendería las necesidades domésticas y él tendría la doble función de jardinero y chofer de mi abuelo, quien nunca aprendió a conducir. Ocuparían una habitación con baño propio adjunta al comedor, justo sobre el garaje. Su puerta original daba a un pasillo abierto al lado de la casa que permitía a Dominga entrar por la cocina y a Ascanio bajar al garaje y llegar a la calle.

La dicha de abuela Filipa en su nuevo hogar duró hasta que su esposo invitó a Duarte a vivir con ellos tres años más tarde. Él insistió en que Duarte era un pariente anciano con pocos recursos, que le debían *mucho* y que ya gastaba suficiente para que viviese decentemente por su cuenta en el barrio de San Felipe. Así se enteró abuela de que llevaban años manteniéndolo. Abuelo prometió hacerle un lugar separado de la familia y ella pensó que se refería a una cabaña en el patio trasero, pero se escandalizó cuando él mandó construir un mirador en forma de torreón sobre el apartamento de Ascanio y Dominga, con vistas a la bahía y al resto del barrio. «*É um investimento*», insistió él terco a los cuestionamientos de su mujer, que no entendía tanta condescendencia hacia alguien que hasta recién habían desterrado de su vida.

Una vez terminada la nueva habitación, Duarte llegó a la casa vestido como un *dandy* de otra época; orondo, a pesar de su ropa añosa, y portando una boina roja, un clavel en la solapa y su pelo

canoso y largo recogido en una cola de caballo. Luego de inspeccionar de manera indiferente el cuarto, anunció que lo ocuparía tan pronto tuviese un abanico de techo y un aire acondicionado, lo que el sobrino aceptó ante la indignación de su mujer.

Ella tendría que soportar la presencia de Duarte hasta poco después de la muerte de abuelo, quien murió de manera inesperada atropellado por un bus de trasporte público. Quería probar los nuevos buses tipo *diablo rojo*, más grandes que las desplazadas *chivas* y que los dueños comenzaban a colorear con las imágenes y los sueños de sus vidas, pero al apresurarse a tomar uno en la avenida Cuba, tropezó con una vereda mal mantenida y cayó a la calle justo cuando pasaba otro bus a exceso de velocidad. Su cuerpo voló varios metros antes de caer al suelo.

Abuela consideró vender todo y regresarse a Lisboa, pero se enfrentó a un Duarte suplicante sin tener a donde ir y que de ninguna manera regresaría a su patria, y a una hija rebelde que no quería irse de la suya y que pensaba en Portugal como un lugar pobre y triste (algo que Duarte hizo todo lo posible por confirmar). Una batalla de gritos y silencios se desató en la casa hasta que abuela, luego de consultar con el padre Carlos, reabrió la Opa.

Duarte, a quien ella amenazaba con frecuencia de mandarlo «*pra onde Salazar*» si no se mantenía en línea, le dio el alivio de morirse pocos meses después de abuelo Dinis, irónicamente unas semanas antes de que la Revolução dos Cravos[6] de 1974 diese un fin súbito al Estado Novo. Murió mientras dormía, con ambos brazos a los lados, por sobre la cobija, y con el pelo formando un halo plateado alrededor de su rostro. Dominga encontró su cuerpo cuando no bajó a desayunar. Contaba luego que parecía un santo dormido, lo que hacía bufar a mi abuela. Mientras Dominga vivió en Graça, aseguraba que escuchaba pasos y ruidos en ese cuarto.

Abuela continuó vestida de negro y el moño en alto por el resto de sus días, gobernando el trajín diario de la casa con la misma autoridad con que manejaba a los empleados del almacén. Con su hija era muy severa, llena de disciplinas porque no soportaba muestras de debilidad de carácter ni de agobio en otras personas. La muerte de abuelo fue traumática para ambas, pero las afectó de manera diferente; abuela se pertrechó para asumir y enfrentar, mientras que su hija, entonces una adolescente de dieciséis años, se sumió en el desarraigo y en la necesidad de atención constante. Se esforzaba en complacer y arremangarse ante la nueva realidad, hasta que le fallaban las ganas y estallaba; entonces, le reprochaba a su madre

que ella no era una criada, que la quería menos que a las rosas y que, de estar su padre vivo, su vida sería diferente. «*Se estivesse…*», le respondía abuela con un dejo mezclado de tristeza e impaciencia y sin cambiar de opinión sobre lo que estuvieran discutiendo.

Fue en esta época que Dominga se convirtió en su más fiel compañía. Podían hablar por horas; abuela en su portugués lisboeta y Dominga en su español de barrio de Panamá Oeste. Esta mujer humilde, que llegaría a ser bisabuela a los cincuenta y dos años, sabía entender y manejar las neurosis y el mal carácter de su patrona sin perder la paciencia, el buen humor ni la dignidad, además de no hacerla repetirse ni desperdiciar el tiempo con explicaciones o reconciliaciones innecesarias.

Al inicio de los años ochenta, abuela sabía que moriría en Panamá, que ese país, primero exótico e incómodo, era su destino; que nunca abandonaría el rincón de rosas, azulejos y fados que había recreado en su nuevo hogar.

4 Régimen corporativista portugués (1933-1974) liderado por António de Oliveira Salazar (1932-1968).

5 Canción del Partido Comunista Portugués (1967).

6 La Revolución de los Claveles fue un golpe de estado que puso fin al régimen dictatorial (Estado Novo) en Portugal el 25 de abril de 1974.

3. El jugador (1977-1981)

«¿Me puede atender la moza más linda de la Avenida Central?». Mamá se enamoró de mi padre en el instante en que este se le plantó en la Opa con las manos en los bolsillos, las piernas ligeramente separadas y le dijo esas palabras en su acento castizo. Esa escena la repetiría borracho a lo largo de los años ante la exasperación de toda la familia.

Mi padre, Francisco «Bras» Pablós, llegó a Panamá en 1977 desde Oviedo, Asturias, para asistir a la boda de su hermano, Antonino, y se quedó a vivir con él mientras se establecía por su cuenta. Antonino, tío Nino, había migrado a Panamá en 1964, recién cumplido el servicio militar. Dejó atrás la España oropelada de Marisol y su «Corazón contento», porque esa España, en pleno cambio y ya sin hambre, era aún inhóspita para los hijos de *rojillos* republicanos. Convenció al pariente de uno de sus compañeros de batallón, que andaba de paseo ostentando el éxito indiano, de darle trabajo en su negocio de muebles en Panamá. Pronto se convertiría en un empleado de confianza y, para cuando abuelo se presentó en el negocio buscando ayuda para amueblar Graça, tío Nino ya era el encargado del local. Abuelo quedó impresionado con su entusiasmo, ingenio y paciencia para armar el rompecabezas de aspiraciones arribistas dentro de un presupuesto exigente. Cuando tío quiso abrir una mueblería propia, mi abuelo no dudó en apoyarlo y convertirse en socio de la empresa, facilitándole líneas de crédito y contactos de suplidores.

Abuela lo consideró un excelente candidato como marido de su hija a pesar de ser catorce años mayor que ella. Muerto su esposo, ella quería un hombre joven y bien plantado en Graça. Tío Nino quizás llegó a tentarse, en particular porque mi abuela hizo todo lo posible para que así sucediera, pero fue un cortejo tímido que no pasó de atenciones amables dentro de la confianza familiar. Por su parte, Nancia, una empleada nueva de la mueblería, emprendió tal asedio,

que tío Nino terminó casándose con ella luego de embarazarla.

Al llegar a Panamá, papá dejaba atrás un pasado de abandono y rebeldía. Al igual que su hermano, pasó su niñez como huérfano recogido entre familiares temerosos u hostiles de su linaje republicano, antes de que lo enviaran a un Hogar de Auxilio Social y más tarde a un colegio de internado. Ya adulto, se rehusó a cumplir con el servicio militar obligatorio, harto de llevar toda una vida de cuartel, y pasó un año detenido por insumiso. A pesar de este bagaje, una vez libre demostró ser emprendedor, aprovechó la bonanza iniciada en los años sesenta, ganándose la vida con negocios informales financiados en parte con dinero que le enviaba su hermano. Esto le permitió sobrevivir, sin otro rumbo que no fuese el presente inmediato.

Había comenzado a beber desde niño con otros alumnos del internado y, al salir de la cárcel, se entregó al desenfreno en su vida personal. Y siempre que se sentía perdido, echaba en falta a su hermano. Cuando la crisis del petróleo de los años setenta puso fin al «milagro español», mi padre estaba listo para buscar futuro «más allá del mar».

Su primer emprendimiento en Panamá fue una tienda de artículos eróticos en Vía Véneto, cerca del Hotel Panamá. Ese negocio fracasó porque no lo abría a las horas anunciadas o no estaba con frecuencia en el local y los empleados le robaban la mercancía. Después de ese intento fallido, del que encontré una promoción en el garaje —*Ardiente Dreams*—, mi tío lo mantuvo como empleado en la mueblería y no se cansaba de darle consejos.

—No te la puedes pasar *en entamala*[7] —lo regañó su hermano—. De nada sirve ser trabajador sin disciplina y para ganar la plaza hay que saber cómo funciona…

—¡Que no me digas qué hacer, hostias! Y sé muy bien lo que quiero; primero muerto que pobre. A ver, tanto dices y a que a ti la plaza te la financió el portugués… —respondió mi padre, quien sabía torear a su hermano.

— *'Tas atupao*,[8] gilipollas. Yo tenía un plan y don Dinis me conocía desde antes de ser socios. No hay atajos, ¡joder! Buscársela es disciplina…

—Yo me la he buscado desde que era un crío… ¿y si hablo con la viuda?

—¿Y qué le vas a ofrecer? Ella no quiere un socio, ¡mil putas y coñazos! Lo que quiere es alguien que le sirva de encargado de confianza por el resto de su vida.

Papá, sin embargo, decidió entrar en el juego y no tardó en rondar Graça. Al principio, abuela le dio la bienvenida. Espigado, con cabello oscuro y ojos verde olivo (que heredé), tenía seguridad en sí mismo, aunque también una personalidad casquivana que mi abuela prefirió ignorar para su pesar eterno. Permitía que saliera con su hija a almorzar o a tomar un helado aun cuando, tras las primeras citas, Sofía comenzó a pedirle dinero a su madre para pagar las salidas. Abuela lo invitó varias veces a cenar a Graça, junto al padre Carlos, creyendo que con la presencia del cura nadie diría que, a pesar del evidente alcahueteo, aquella no era la casa de una viuda decente. Nancia se divertiría años después aguijoneándola con pregones detrás de cada frase de consuelo: «Tal vez si no se lo hubiesen metido por los ojos…».

Papá pasó un día a buscar a mamá al almacén, pero ella había salido a hacer unos encargos. Abuela que, aunque encantada de verlo, no le gustaba perder el tiempo en horas de trabajo, lo invitó a esperar en esas sillas donde los maridos aguardaban a que sus señoras terminaran con las compras. «*Estou muito ocupada*», se excusó sosa.

—No se preocupe, doña Filipa, que yo sé esperar de pie… —respondió papá en el mismo tono ante la impaciencia de ella, quien no entendía el porqué él no aceptaba su cortesía sin importar cuán falsa fuera.

—*Faça o que quiser, mas não fique perto da entrada…* —respondió ella dándole la espalda y llamando a una empleada.

La demora de mi madre, el bochorno de la tarde y su incipiente mal humor convencieron a mi padre de abordarla de nuevo.

—Ejem, doña Filipa… ¡ejem! —insistió—. Disculpe… pero le quiero hablar de algo… es importante… —ella despachó a la empleada con la que discutía y ahora estaba irritada por la interrupción, los rodeos y porque él aún estaba de pie—. Mire, doña Filipa… aquí hay mucho por hacer y una vez esté en la familia vendrán cambios… bueno, digo que cuando Sofi y yo… ¡por qué no decirlo! ¡Por fin habrá un hombre en la casa que se ocupe de todo esto! —así decidió papá «pedir» la mano de mi madre.

Abuela esperaba el anuncio de un compromiso que ella misma había alentado, pero lo que escuchó de mi padre fue la intención de tomarse *su* empresa. Enmudecida por la impresión, comenzó a caminar hacia él con la mano levantada. La empleada recién regañada soltó una carcajada al ver el rostro de papá mientras reculaba. Apenas puso los pies fuera del almacén cuando llegó mamá,

quien lo saludó con un beso sin haber visto a su madre acercarse. Antes de entender qué sucedía, papá la tomó de la mano y se marchó con ella ignorando los llamados de abuela. Poco después, sentados en Plaza Catedral, le proponía matrimonio, a pesar de no tener todavía el anillo, y ella aceptaba gozosa.

A su regreso al almacén, mamá le reprochó a abuela haberle hablado así a «su futuro marido». «¿Acaso no necesitas la ayuda?», trató primero de convencerla. «*Não ofereceu nenhuma ajuda, nem sequer pediu a tua mão… pediu as chaves da empresa!*», bramó abuela. «¡Pues me caso, me caso, me caso!», insistió mamá. Abuela acusó a su hija de ingenua y, ante su rebelión, buscó consejo en Nancia, quien la previno de las ínfulas fantasiosas del cuñado.

—Caramba, doña Filipa, no me diga que usted no se dio cuenta de que el Bras corteja a la Sofi por interés. ¿Por qué otra cosa iba a ser? ¡Hay que estar *alelá*, doñita! Y mejor la cuida, que ese es capaz de cerrar el trato de un braguetazo.

Abuela dio una buena lucha, pero su hija la amenazó con fugarse y la idea de un escándalo la paralizó. No estaba lista para escuchar la primera vez que su hija le respondió con un rotundo «no». Ella, por su parte, tampoco permitió que lo olvidara.

En menos de un año del incidente en la Opa, se celebró la boda sin mucha fanfarria y, cuando nací a los siete meses, Nancia comentaba a quien la escuchase que yo, como su Alicito —quien nació a los cinco meses de su boda— «también era prematuro». Abuela le regaló a mi madre una suma considerable de dinero con el consejo de que lo ahorrara y, a pesar de lo que sentía por su yerno, les ofreció vivir con ella en una casa que le había quedado demasiado grande.

Con mi llegada, Dominga aprovechó que mi madre ya no trabajaría fuera de la casa para anunciar que se mudaba con su familia a unos terrenos invadidos en La Chorrera. Su hija mayor la hizo abuela con tan solo quince —la misma edad que la tuvo a ella— y necesitaba ayuda con la beba, a quien bautizaron Lucibel. Abuela trató de convencerla de quedarse, pero Dominga insistió en que su hija la necesitaba y que abuela podía contratar otra empleada o hasta varias. «*Não vou empregar mais ninguém! O que quero é que não vás embora!*», le suplicó mi abuela. Luego de mucho negociar, Dominga aceptó trabajar menos horas y recibir un viático adicional para costear el traslado de ida y vuelta desde Arraiján hasta Graça varias veces por semana. Mi madre felicitó a Dominga por poner a su propia familia primero, pero su actitud cambió cuando abuela le dejó en claro que ahora ella tendría que asumir las tareas de la casa cuando Dominga

no estuviera, incluyendo cocinar, limpiar y ayudarla en el jardín. «¡Pero tengo que cuidar a mi bebé!», protestó inútilmente mi madre ante su risa desdeñosa.

Con la salida de Dominga, abuela les cedió a mis padres la recámara principal y se mudó al cuarto de empleados, que integró al resto de la casa con una nueva entrada hacia el comedor. Pasarse a ese cuarto le ahorraba subir escaleras y la mantenía alejada del yerno y de mis berrinches de infante, de ese bebé a quien pondrían el pomposo nombre de Constantino, el primer emperador cristiano, por insistencia suya. También se negó a dar a mi padre ninguna responsabilidad en sus negocios. Si quería trabajar con ella, podía hacerlo como un empleado bajo su supervisión o la de quien ella indicara.

Mi padre prefirió continuar trabajando con su hermano, pero detestaba ser cajero o estibar en la bodega. A insistencia de mi madre, tío Nino le ofreció ser gerente de su tienda más nueva, pero exigiéndole que entrase a Alcohólicos Anónimos, lo que desató entre ellos la peor pelea que tuvieron desde que se reencontraron en Panamá. Un día llegó a la casa con un Mercedes Benz blanco de segunda mano y abuela armó tal jaleo que logró que mamá no fuese tan manisuelta con el dinero que le había regalado. Yo tendría algo más de dos años cuando papá estrelló el coche mientras lo conducía borracho y casi se mata.

Tío Nino aceptó luego que su hermano trabajase con él como gerente sin ponerle condiciones y, contra toda expectativa, mi padre no le dio motivos para arrepentirse. La muerte sospechosa de Omar Torrijos en un accidente aéreo en junio de 1981 llenó al país de incertidumbre. Esa crisis, que puso en duda por primera vez su decisión de emigrar, cambió algo en él. Dejó atrás las ausencias y el no atender las necesidades cotidianas del negocio, logrando que su hermano le diese más responsabilidades, pero no dejó de beber.

7 Bebiendo, en asturiano.
8 No sabes nada, en asturiano.

4. Mejores intenciones (1986-1987)

Abuela me pidió que encendiera las luces, aunque era apenas media tarde. Las ventanas de la biblioteca se mantenían cerradas desde que se instaló el aire acondicionado y las enredaderas del frente de la casa las fueron cubriendo hasta que ya no fue posible abrirlas. Regresé a la mesa donde abuela tosía mientras marcaba con el dedo el pasaje interrumpido de *Os Lusíadas*. Recuperándose, encendió un nuevo cigarrillo y comenzó a contarme lo que le había costado tratar de enseñar portugués a su hija. «*Ela chorava quando a punha a me ler*». Al reír abuela mostraba los empastes y coronas en oro de sus muelas. «*Mais tu aprendes qualquer coisa*», dijo orgullosa, mientras señalaba la página para que continuara leyendo: «*Estavas, linda Inês, posta em sossego…*».

Terminaba la estrofa, cuando Dominga llegó con la merienda. También trajo café para mamá, quien había estado leyendo en el sofá sin responder a las ironías de su madre. Abuela me dejó escoger la música para merendar y elegí un disco de la cajeta de *Popular Music* del *Reader's Digest*. Pronto la biblioteca se llenaba del sonido exótico de *El cortejo del Sardar* del ruso Ippolítov-Ivánov. Mientras comía el emparedado, imaginaba a guerreros imponentes, sus turbantes y trajes de seda cargados de joyas, marchando sobre camellos o elefantes en un desfile interminable, rodeados de un penetrante aroma a… ¿rosas? Esas flores llenaban el jarrón del centro de la mesa. Abuela trataba así de disimular el olor del alcanfor que Dominga usaba para proteger los libros y los muebles de los insectos, pero la combinación de esos olores con el de tabaco llenaba la biblioteca con un tufo a funeraria. Retomábamos la lectura cuando mamá nos interrumpió cerrando de golpe su libro.

—Tino ya leyó suficiente hoy, *mãe* —dijo—. Llamé a Nancia en la mañana y debe estar por llegar con los niños. Hace un día precioso y van a jugar afuera…

—*Sabes que leio com Tino nas tardes dos fins-de-semana* —interrumpió abuela—. *Puderam vir na manhã…*

—Pues en la mañana Nancia no podía y llegan en media hora —interrumpió a su vez mamá—, y si quieres saber lo que dicen esos libros, bien puedes leerlos por tu cuenta.

El rostro de abuela se tensó y demoró en contestar así le sobrevino un ataque de tos. Mamá nunca pudo descifrar la frustración de su madre con ella, el que no aprovechara las oportunidades y libertades ofrecidas, inimaginables para una mujer criada en una dictadura retrógrada de principios de siglo. Por su parte, mi abuela no percibía el resentimiento de su hija en ver su opinión cuestionada y poco apreciada de manera constante. Dominga entró en ese momento a recoger los trastes, pero al no recibir respuesta a su saludo, puso la bandeja en la mesa y comenzó a limpiar una mancha imaginaria.

—*Ninguém pode vir aqui sem me avisar primeiro!*

—Faltaba más que tenga que pedir permiso para que Tino juegue con sus primos. Además, esta también es *mi* casa y…

—*Minha casa!* —insistió abuela volviendo a toser. Mamá apretó los puños y respondió con la voz más calmada que pudo usar.

—¡Pues llegan de todos modos! Y ve sabiendo que este año vamos a mandar a Tino a un campamento de verano. Él necesita salir…

—*Ele não vai, não vai…* —interrumpió abuela, alargando el momento para darse tiempo a encontrar una excusa—. *Ele prefere ficar aqui.*

—¡Eso lo decido yo!

—*Que decida ele!* —terció abuela, pero mamá no me dejó contestar.

—Tino decide lo mismo que decidía yo a su edad. O sea, ¡nada! —dijo en un esfuerzo inútil, pues abuela era inmune a que le señalaran sus contradicciones.

—*Já disse que ele fica!* —abuela pausó y su voz cambió a un susurro—. *Vocês não querem que o menino fique comigo, é eso?*

—¡Pues no! —le espetó mi madre—. Queremos que esté menos tiempo encerrado aprendiendo un idioma innecesario. Bras piensa…

—*O grande génio! E queres que a criança seja como ele? Um ninguém? Um sonhador?* —respondió abuela con una voz llena de sorna, pero también herida.

—¡Deja de enseñarle al niño a que le falte el respeto! —gritó exasperada mamá golpeando la mesa. Los vasos temblaron—. ¡Es su padre!

—*Nesta casa se faz o que eu digo, porra!* —dijo abuela casi quedándose sin aliento.

Dominga terminó de «limpiar» y me pidió que la ayudara a llevar los trastes mientras mamá y abuela ahora se gritaban sin escucharse. Una vez en la cocina, me hizo ayudarla a secar los platos.

—Las familias se pelean, *chichí*, pero siguen siendo familia. Es solo que… mira, tu abuela quiere a su familia más que a nada en este mundo, pero tuvo… que tragar muchos sapos antes de vivir en este caserón y tu abuelo ya no está para ayudarla. Por eso es tan peleona y dura. Y tu mamá, bueno, *pueh*, tu mamá besó a un sapo esperando un príncipe… —no terminó lo que iba a decir y me puso ambas manos en los hombros—. No hables mal de tu familia ni tampoco se lo permitas a nadie. Tu padre te quiere y es trabajador… nadie es perfecto… ¿entiendes?

Asentí sin estar seguro de entender el consejo; quien hablaba mal de papá era abuela y no me imaginaba diciéndole que no lo hiciera. Además, Dominga le servía café frío a mi padre cuando quería irritarlo. Mientras yo secaba los trastes, ella preparaba pan con ajo y ponía en mi boca migas mojadas en aceite de oliva, sal y ajo molido, seguidas de un beso en mi frente. Aún de adulto, me viene el recuerdo de ese cariño sin necesidad de palabras cuando huelo un ajo.

Dominga se puso atenta, como cuando pasaba por las escaleras del torreón tratando de escuchar quién sabe qué cosas. Reinaba en la casa un silencio absoluto. Alguien tocó la puerta principal y segundos más tarde escuchamos la voz de Nancia y la algarabía de mis primos. Mamá y abuela se mostraban tranquilas como si no hubiese pasado nada mientras mis primos y yo dejábamos a las señoras en la sala y corríamos al patio trasero.

Mi madre se interesó en la política por Nancia. Las elecciones de 1984 fueron fraudulentas y no era raro escucharlas hablar de los expresidentes Arias y Barletta y, en un tono más bajo, del general de las Fuerzas de Defensa, Manuel Antonio Noriega, o del martirizado Hugo Spadafora.[9] Abuela detestaba esas conversaciones y advertía que no quería que se hablase de política en la casa, aunque cuando las presidía Nancia prefería retirarse refunfuñando. Mi tía podía ser encantadora y ocurrente, pero pisaba fuerte y no toleraba la apatía o la falta de civismo.

En el patio trasero, mis primos y yo discutíamos a qué jugar. Ali era el líder. Ser «el mayor» en nuestros juegos lo hacía sentirse importante. Nano, en cambio, era despreocupado, distraído e interrumpía con frecuencia cualquier conversación para cantar en voz

alta algún *jingle* comercial que le entrase de repente en la cabeza.

—He estado leyendo algo sobre los descubridores… —me apresuré a proponer.

—¿Jugar a Cristóbal Colón? —preguntó Ali dudoso.

—No, me refiero a Vasco da…

—¡No vamos a jugar a eso! —interrumpió Ali tajante—. Juguemos a algo que todos sepamos.

—¿Y si jugamos a piratas buscando tesoros? ¡Yo soy Jim Hawkins! Me subo al árbol para buscar la isla del… —dije esperanzado.

—¿Quién chucha es Yim Joaquin? El único pirata que conozco es el Morgan… —respondió Ali sin estar convencido.

—Pues yo quiero jugar al Chapulín Colorado —dijo Nano, mientras tarareaba el tema de la serie. Quise decirles que era una marcha de Beethoven, pero preferí quedármelo.

—¡No! Mejor a los ninjas. Yo soy Leonardo y tú eres Miguel Ángel —sentenció Ali—. ¿Y tú, Tino? —yo ya había comenzado a subir al árbol.

—¿Los pintores? —dije dudando.

—¡No *ahuevao*, los ninja *tortels*!

—¿Y si mejor jugamos a elfos y orcos? Ya lo jugamos antes —propuse.

—¿Ese es el de enanos y monstruos? —preguntó Nano.

—Bueno, sí, de hóbits y orcos —corregí.

—*Nah*, mejor juguemos a los ninja… —trató de insistir Ali, pero ya Nano corría a la casa a buscar mis dientes de vampiro gritando: «¡Yo soy uno de los monstruos!».

Trepé hasta alcanzar una rama gruesa y me senté en ella; desde ahí podía espiar dentro de la casa. En el patio interior mi abuela cambiaba de tiesto por enésima vez un rosal que se negaba a darle flores, mientras tosía con el ahogo persistente de los últimos meses, que ella decía eran alergias de vieja y que negaba tuviese que ver con sus fieles Winston; en la sala, Nancia les contaba algo a mamá y a Dominga, golpeando la palma de una mano con el puño de la otra. Miré a mi alrededor, pero solo alcanzaba a ver los tejados de las casas vecinas, incluyendo la cúpula de la sinagoga. Si quería ver el cerro Ancón, tendría que trepar más alto. Me sentía en una historia de Tolkien, cuando Bilbo trepaba un árbol del Bosque Oscuro para buscar la Montaña Solitaria. Atisbé de repente algo en el torreón, que ya estaba a mi nivel. ¿Qué era eso blanco? ¿Duarte? Intenté avanzar por una rama hasta que la escuché crujir y me aferré a ella en un abrazo fuerte. Cuando levanté de nuevo la vista reconocí una nube

solitaria que pasaba por la ventana desde el otro lado del torreón. Relajé mi abrazo convencido de que tenía que dejar de escuchar los cuentos de Dominga y comencé a regresar hacia el tronco cuando los gritos de Ali y Nano me distrajeron.

—¡Suelta, ‘*jo*, que eso duele! —Ali encaró a Nano que acababa de morderlo con los dientes postizos—. Me sacaste sangre, *ahuevao* —dijo mirándose el antebrazo.

—*Cha, cha che molechtó el cheñorito* —chapuceaba Nano en su mejor versión del monstruo de Ricardo Pérez, mientras intentaba morderle el otro brazo.

—Dejen de pelear y suban —les grité.

—Este juego es una mierda. Mejor baja tú y jugamos a los *Masters* del universo. Ya escogí a *Ji Man* primero… ¡ay!

Nano aprovechó que Ali me hablaba para morderle la pantorrilla. Ali le pegó un puñete en la cabeza que hizo que Nano escupiera los dientes de plástico, a lo que Nano respondió pateándolo en la espinilla y comenzaron a darse golpes sin siquiera mirarse. Traté de bajar rápido antes de que abuela escuchase la pelea. Ya iba por la mitad del tronco cuando una de las lianas que agarraba se quebró. Lo siguiente que recuerdo fue ver a Dominga mover los labios entre puntos de colores. Escuché campanas (o silbatos) mientras me ayudaba a poner de pie y yo trataba de contener las náuseas. Di unos pasos, pero me tuve que detener por el dolor intenso en el pie y la cadera.

Apenas abuela me vio levantarme, comenzó a dar órdenes. Regañó de manera injusta a Dominga por no estar pendiente de los niños, pero, sobre todo, culpó a mamá porque a esa hora yo debía haber estado leyéndole. No iría tampoco al campamento de verano y jugaría con mis primos cuando me recuperase. Desde ese día, abuela me hizo leerle en la mesa del comedor al comienzo de cada cena, ante la furia de mi padre y la resignación de mi madre; algo que continuaría haciendo luego de su muerte y hasta mi último año del colegio.

El accidente cambió mi relación con papá. Había sido hasta entonces un padre distraído, de desayuno y cena, con quien rara vez compartía mi tiempo libre. Luego que regresase del hospital, insistía en leerme antes de dormir ante el deleite de mi madre. Una noche me desperté al oírlo rezar en voz alta arrodillado con los brazos en cruz al lado de mi cama. «Padre nuestro… protege a mi *fíu*… ya perdí tanto… por favor sánalo…». Sin poder ver su rostro en la oscuridad, noté que se pasó la mano por la mejilla, como si se limpiase una lágrima. Tomó

más interés en mí desde entonces, aunque no siempre esa atención fue bienvenida.

Tuve molestias para caminar por mucho tiempo y pasé a convertirme en el nerdo gordito que sería hasta mi adolescencia. La lectura se volvió mi mejor compañía. Aún considero a Poe, Verne, Tolkien, Dumas, Stevenson y otros, al igual que las historias regadas por los tomos de *El tesoro de la juventud* y de la *Biblioteca básica Salvat*, entre los mejores «amigos» de mi niñez. También vi mucha televisión. Era fiel a algunas series, en especial los refritos de ciencia ficción de los sesenta, como *Perdidos en el espacio*. Mi primera atracción por un chico fue Billy Mumy, el actor que interpretaba al personaje de Will Robinson en ese programa; no solo quería ser como él y viajar por el espacio, sino también deseaba ser su amigo de una manera diferente a como lo era con mis primos. A los siete años, esta atracción no era algo definido o sexual; más bien envidiaba su autonomía, que era amigo de un robot y que vivía cada episodio sin que nadie le preguntase si ya tenía «novia» en una ficción en la que las únicas mujeres eran su madre y sus dos hermanas. Cuando la serie salió del aire, la olvidé; pero la sensación de ser diferente creció en mí como una criatura amorfa que con los años fue haciéndose cada vez más concreta y presente.

No había nadie en mi familia que compartiera mi afición por la lectura (o tuviese la paciencia de escucharme) y aprendí que si quería compartir un relato era preferible ir a la cocina e importunar a Dominga. Así se empapó esa mujer analfabeta de historias de la Primera y Segunda Guerra Mundial, de aventuras en el fondo del mar, que tomaba ochenta días darle la vuelta al mundo y la tragedia del Titanic. Desde mi caída, Dominga me preparaba sancocho de almuerzo porque ese era su remedio contra todo mal. Yo aprovechaba para ir a verla con la excusa de asegurarme de que lo preparara a mi gusto: con la carne de pollo desmenuzada, no en trozos, otoe en lugar de batata, poco culantro y nada de chiles, lo opuesto a como le gustaba prepararlo a ella.

Abuela me acusaba de causarle pesadillas a la pobre mujer y me tenía prohibido distraerla. Cada vez que Dominga me veía entrar, libro en mano, me pedía que me fuese a leer por mi cuenta, que abuela le reclamaría si me encontraba leyéndole. Yo me sentaba al lado mientras esperaba la oportunidad para iniciar con un "¿sabías que…?" A veces fingía no escucharme, ocupada con terminar a tiempo los cocidos o haciendo más ruido con los trastes, pero hubo ocasiones en que, estrujando nerviosa el trapo de secar los platos, la veía morderse

el labio inferior con la mirada absorta como si pudiera divisar el gran barco envuelto en bruma, navegando sin saberlo al encuentro contra una montaña de hielo (no hubo forma de explicarle lo que era un témpano o qué hacía flotando en el océano). Otras veces la abordaba en el patio trasero cuando se sentaba bajo la sombra de Titán a escuchar música típica en una pequeña radio portátil. Tenía prohibido subirme al árbol, pero aprovechaba para hacerlo con Dominga, quien decía que «los niños crecen cayéndose y volviéndose a levantar», con la misma autoridad «científica» con que me decía «*puej*, si no duele, ¿cómo sabes si funciona?», cuando me aplicaba alcohol o mercurio cromo en un rasguño. Le leía mis cuentos hasta que se ponía a dormir la siesta, extendiendo sus pies descalzos en ese suelo fértil y originario, entre las raíces numerosas y profundas del árbol.

Limitado en mis juegos, comencé a visitar el garaje, que se había convertido en el depósito del pasado acumulado de la familia. Me tocó superar el asco por las cucarachas y la alergia que me causaba el olor a moho mientras buscaba tesoros escondidos entre cajas, gabinetes de oficina y otros trastos. Un día encontré una cajeta de cigarros cubanos con el nombre de «Duarte» escrito en la tapa, que contenía fotos y recortes de revista, un pasaporte expirado con visas de su paso por el Caribe, un acta de nacimiento amarillenta con fecha de 1896 y una libreta de ahorros del Banco Nacional con apenas unos dólares de balance.

Una foto lo mostraba junto a mi abuelo, de pie frente a un restaurante en el Casco Viejo, ambos con cabellos oscuros brillantes de gomina. Duarte, delgado y de hombros estrechos, sobrepasaba por casi una cabeza a su sobrino. De rostro inexpresivo, tenía una quijada pronunciada, pómulos marcados y ojeras grandes y oscuras, enmarcando unos ojos claros, combinación que lo hacía ver lóbrego, como el mayordomo de *Los locos Adams*. Los recortes, muchos de la revista cubana *Bohemia*, mostraban actrices de cine y artistas de musicales y cabaré de otra era, con nombres que me eran desconocidos como: Marlene Dietrich, María Félix, Carmen Miranda, Sara Montiel y María Antonieta Pons. Reconocí imágenes de una joven Sofía Loren y me quedé con una de ellas. En el fondo de la caja, encontré copias de una foto de una rubia vestida con un traje muy ajustado de lentejuelas blancas, de cuerpo entero, y un enorme sombrero de plumas también blanco. Estaban autografiadas y se leía «Mai West».

Encontré otra caja de cigarros, con el nombre de «Sofía» en la tapa y me apresuré a abrirla pensando que eran más fotos de esa actriz,

pero adentro estaban los papeles de adopción de mi madre. Ella quedó atónita cuando se los mostré. Duarte y una mujer, cuyo nombre desconocía, aparecían como los padres donantes. Me hizo llevarla al garaje para buscar, sin éxito, el acta de nacimiento. Temblando y cubierta de polvo y sudor me ordenó que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a abuela. Protesté que por qué no, si era obvio que ella sabía. Entonces me abofeteó y me zarandeó por los hombros tan fuerte que me mordí la lengua y comencé a sangrar. Llorando, en aquel lugar con olor a mausoleo y mirando el rostro de mi madre enloquecida, le juré que no le diría a nadie y lo hice con tal convicción que olvidé lo ocurrido por muchos años.

9 Líder opositor asesinado, cuyo cadáver decapitado y con señas de tortura fue encontrado en Panamá en 1985.

5. Pañuelos blancos (verano de 1987)

Señor, líbranos de los malos gobernantes.
Apártalos de tu pueblo,
para que podamos construir la civilización del amor,
de la paz y de la justicia que todos anhelamos.
Oración civilista (1987)

«Disculpa, Sofía… No cerré la ventana… a tiempo…», dijo Nancia con voz ronca. Se tomó de un tirón medio vaso de agua y vació el resto en su cara. Había llegado a Graça con los ojos enrojecidos y una tos tenaz. Mamá la atendió mientras Dominga llevó a mis primos a la cocina para lavarles el rostro con agua y jabón. Iniciaba julio de 1987.

—Nos atacaron sin aviso… —Nancia intentaba contarnos, pero la tos se lo impedía—. ¡Esos jenízaros!… justo en el semáforo…

—¿Te rompieron el vidrio? —preguntó mamá, indignada.

—¡Qué va! Mamá lo bajó para gritarle vainas a los *dóberman*[10]… —dijo orgulloso Ali.

—Los niños hablan… cuando las gallinas mean —lo silenció Nancia acompañando el refrán (y la pausa) con un sopapo en la cabeza—. Cuerda de tongos lisos… y yo con niños en el auto… —trató de continuar Nancia.

—*Entonje* no debió bajar la ventana, *pueh* —atajó Dominga que había llegado a la sala sin que nos diéramos cuenta.

Nancia iba a responderle, pero Dominga aprovechó otro ataque de tos para decirles que la radio anunciaba que la Mansión Danté ardía, que paramilitares afines al régimen saqueaban el almacén. Sonó el timbre del cuarto de abuela y Dominga fue a atenderla. Guardaba cama desde que inició la quimioterapia para tratarse un cáncer avanzado en el pulmón. Rechazó la opción de ir a Miami cuando ningún médico le garantizó el éxito de la operación y ella no despilfarraría el patrimonio familiar por un par de meses más de vida. Pasaba la mayor parte del tiempo entre el cuarto y el jardín, al que llegaba con silla de ruedas, y siguió fumando, sin que hubiese doctor, terapia o allegado que la apartara de su fiel vicio.

—¡Ahora queman negocios! Quieren destruir a Bobby Eisenmann[11] —exclamó mi madre.

—Quieren… acallar a *La Prensa*… pero el mensaje… es para todo el mundo… —dijo preocupada Nancia.

—Yo juraba que Cara de Piña caía cuando el coronel Díaz Herrera le sacó todos los trapos sucios, pero ahora está más fuerte que antes.

—Yo también… pero ayer… atacaron la embajada gringa… y ahora queman almacenes… *algo* tiene que pasar…

—Vengo escuchando eso desde lo de Spadafora… Noriega no se va si los gringos no le ofrecen un exilio de lujo y, quizás, ni así… ¿Recuerdas *El diluvio que viene*?[12] Cuando al final Dios perdona a Noé y este suelta la paloma blanca, ¡toda la gente en el teatro agitó pañuelos blancos! ¡Qué ilusión! Pensábamos que era cuestión de días…

—Pues al promotor de la obra… los *dóberman* lo sacaron del apartamento… a golpes… tres pisos hasta llegar abajo… y eso que era amiguísimo… de la mujer de Noriega.

Nos quedamos sin saber cómo terminó el cuento porque Dominga regresó. Abuela había escuchado en la radio la noticia sobre la Mansión Danté y prohibía participar en manifestaciones contra el régimen, andar con sediciosos o apoyar huelgas, que esa era la ley de la casa desde que llegó a Panamá y que no cambiaría ahora que tenían mucho más que perder. Si había que darle la mano al General, se haría con la misma ceremonia con que lo hicieron con el Fufo[13] y con Torrijos. «Y nada de pailas, pitos o pañuelos en *su* casa a ninguna hora», repitió Dominga falta de aire y contando con los dedos para no olvidarse.

—*Mãe* enfrenta *todo* con no hacer nada o con el «irnos». No entiende que para mí lo que sucede en Panamá no es algo que pasa «afuera» o a «otro» —se quejó mi madre.

—¡Exacto! ¡Vamos a hacer de ti una panameñista!… No queda otra… —dijo Nancia comenzando a recuperar la voz. Las palabras de Dominga habían apartado de golpe las nubes de la resignación y del derrotismo.

—*Mãe* me mata si me ve vestida de blanco, y Bras ni se diga…

—¿Y en qué anda él? —preguntó Nancia—. ¿De qué lado está?

—Ese está de su propio lado. Ya logró que *mãe* lo pusiera a cargo de la Opa.

—Sí, me contó Nino que lleva en eso un par de semanas…

—La quimio la derrotó, aunque sigue manejando los otros negocios con el contador. Ni el cáncer la hace rendirse… y, además, esos dos

se entienden ahora mejor que nunca. No les interesan las protestas. Tal vez le comience a reconocer sus quilates como empresario…

«Primero hay que demostrarlos», dijo entre dientes Dominga antes de marcharse de vuelta a la cocina a preparar el almuerzo.

La oposición al gobierno avanzó como una fiebre que no cedía. El país se fue dividiendo entre aquellos para quienes «todos son lo mismo» y «lo que quiero es trabajar» y los que decían estar dispuestos a morir por una causa. La primera dama del país, Mariela Díaz de Delvalle, demostrando un valor que les faltó a muchos, llegó aquel día a la Mansión Danté porque tenía familiares dentro del lugar. Su esposo, el presidente, envió a la escolta presidencial para sacarla porque él no podía garantizar su seguridad ni la de nadie allí. Las fuerzas antimotines apostadas justo al lado del almacén ni siquiera intentaron detener ese saqueo en plena luz del día, dejando en claro quién mandaba en Panamá. Se declaró una huelga empresarial, que tanto abuela como papá ignoraron, seguida por manifestaciones masivas. Cada presión por un cambio era enfrentada con un endurecimiento que fue desgastando lo que le quedaba de espíritu «revolucionario democrático» al régimen.

Nancia era panameñista desde niña, pero su activismo transcendió el costumbrismo político en el que se crio, encontrando en mi madre una compinche dispuesta a «algo más». Así fue que decidieron ir juntas a la Concentración Blanca el 10 de julio. Nancia tuvo primero una bronca con su marido, quien cerró sus negocios temprano ese día y quería a la familia en la casa tan pronto salieran sus hijos del colegio. A mi tía esas precauciones le parecían *ñañequerías* de inmigrantes que no podían apreciar lo que estaba en juego. Ella les enseñaría a sus hijos que lo primero que se escoge es una trinchera, no una visa de salida. Mi padre, por su parte, salió a la Opa esa mañana advirtiéndole a su mujer que se «dejara de gilipolleces y se quedara en casa».

Abuela tomaba el *chá* en el jardín cuando Nancia llegó con mis primos, todos vestidos de blanco. Nancia y mamá se abrazaron entusiasmadas como colegialas escapándose del instituto. Mamá los recibió con un vestido blanco, tacones bajos y sombrilla («por si el sol…») del mismo color. Nancia no pudo evitar voltear los ojos al verla modelar el conjunto.

—*Pra onde vão vestidas assim com os meninos?* —tronó abuela mientras se sacaba la máscara de oxígeno para hablarles y fumar mejor.

—No se preocupe, doña Filipa, que estamos de vuelta en un par de

horas… —respondió Nancia ante la mudez de mi madre.

—*Estou doente, não maluca! As manifestações estão proibidas!* —insistió abuela.

«Pero los esbirros del régimen sí hacen lo que quieren, ¿no?», trató de alegar Nancia, refiriéndose a las manifestaciones permitidas de los partidarios de Noriega, pero a mi abuela no le interesaban esos detalles. Comenzaron a discutir hasta que ella dirigió la silla de ruedas hacia el teléfono de la sala para marcar el número de la casa de Nancia.

—*Vou perguntar a Antonino o que pensa desta loucura!* —exclamó con un tono de desafío que desinfló el valor de tía.

—No… deje doña Filipa, deje… los niños se quedan… pero *yo voy* —dijo Nancia recuperando los bríos—, y si Sofi quiere venir, ¡que venga! —dicho esto, salió de la casa con mamá siguiéndola ante las protestas airadas de abuela.

El mal rato y el bochorno de la tarde forzaron a abuela a tomar una siesta, mientras Dominga se fue a la cocina a leer revistas y a escuchar la radio. Las únicas voces en la casa eran las de mis primos, que jugaban cartas en la biblioteca y se gritaban a la cara cada vez que ganaban una mano. Yo ya me había acostumbrado al barullo cuando vi a Dominga correr a la puerta de entrada para otear afuera. Dio un salto al verme junto a ella. «Quédate adentro que ya vuelvo, ¡ni se te ocurra salir!». Le pregunté qué pasaba. «Escúchame muy bien, *chichí*… voy a esperar a las doñitas a la calle y necesito que cierres todo con seguro, ¿entiendes?». No bien se fue, el teléfono comenzó a timbrar, pero lo ignoré mientras me apresuraba a trancar puertas y ventanas. A través de las cortinas veía a gente corriendo frente a la casa. «*Ring*», continuó sonando el teléfono. «¿Qué carajo pasa?», preguntó Ali, asustándome. Le señalé a Dominga, que se había trepado al muro de piedra y escudriñaba a la distancia. Ali entreabrió la puerta de entrada y escuchamos helicópteros sobrevolando, sirenas y lo que parecían disparos o cañonazos a lo lejos. *Ring*. Vimos con alivio a Dominga bajar del muro y, poco después, a mamá y a tía corriendo calle abajo con el resto de la multitud. Entraron a la casa de prisa. Mamá había perdido la sombrilla y los zapatos y noté que dejaba marcas de sangre por donde caminaba. Dominga respondió el teléfono. Era tío Nino preguntando por su esposa y los niños. Nancia pronto sollozaba mientras podíamos escuchar la voz de su marido bramar desde el otro lado de la línea.

Fui con mis primos a encender el televisor. Las noticias oficiales decían que los manifestantes atacaban y disparaban a las fuerzas de

seguridad, quienes «luchaban contra la turba para mantener el orden». «A lo mejor ya tienen todo bajo control, como dice la tele…», trató de tranquilizarnos Dominga. «¡Nosotras estábamos allí! ¡Esto es una masacre! ¿Está sorda? ¿No oye los disparos, ni los helicópteros?», le gritó Nancia, pero se detuvo ante la mirada fija de Dominga. «Yo… señora… no tengo cómo llamar a mis hijos ni sé dónde están». Nancia hizo un puchero y no contestó. «Mejor escuchamos Radio Mundial o Radio Diez», propuso mi madre, pero las noticias las alteraron aún más. Desde el epicentro frente a la iglesia del Carmen, la represión llegó a los barrios vecinos, llevando el caos a la Universidad, al Cangrejo y a Bellavista. Mamá llamó a la Opa, pero papá le contestó irritado que la Avenida Central estaba tranquila, que no cerraría el almacén por «garatas sediciosas a kilómetros de distancia» y que no lo llamara más. «Por primera vez, ¡hazle caso a tu madre!», le gritó antes de colgar.

La violencia se extendía como una onda expansiva por el resto de la ciudad, con destrucción de vehículos, disparos de gases lacrimógenos a edificios de apartamentos y numerosos arrestados y heridos, mientras las estaciones del gobierno repetían que se recuperaba la calma, que las Fuerzas de Defensa controlaban la situación. Mamá volvió a llamar a la Opa, pero nadie contestó. «Seguramente Bras cerró el almacén y está en camino», trató de tranquilizarla Nancia.

El fin de la tarde nos encontró sentados en la sala con Nancia al lado de mamá, tomadas de la mano, y con Dominga junto al teléfono con un cuchillo largo de cocina en el regazo. El silencio solo era empañado por las voces de la radio, el constante eco de las detonaciones y el ronroneo lejano de los helicópteros. Me estaba quedando dormido en el sofá cuando tocaron a golpes la puerta. Mamá corrió a abrir, pero Dominga se le adelantó. «¿Quién va?», gritó, cuchillo en mano. Un «¡Abrid de una puta vez!» me sacó un grito involuntario de alivio seguido por los gritos de las mujeres al ver a papá entrar a la casa en compañía de don Tomás, el empleado más antiguo de la Opa, que sangraba por la cabeza. Papá tenía la nariz rota y también sangraba por una ceja y los labios. Ambos mostraban manchas de sangre en distintas partes del cuerpo. Mamá tomó azorada la cara de papá en sus manos, pero se desmayó al sentir la sangre entre los dedos.

«*O que foi? Quem grita?*», salió abuela del cuarto, asustada. Los golpes en la puerta la habían despertado y comenzó de inmediato a tocar el timbre, furiosa al notar que terminaba el día y nadie la había

despertado de su siesta, pero los gritos de la sala hicieron que se levantara con urgencia y se sentase por sí misma en la silla de ruedas, olvidando en la mesa de noche su turbante para cubrir la calvicie. Pronto veía con la boca abierta desde lo alto del comedor a los heridos, pero su consternación solo duró un momento. Ordenó que atendieran a los hombres de inmediato. Ella misma trató de levantarse para ayudar, pero Dominga la contuvo con un: «No podremos atender a nadie si tenemos que levantarla del suelo, doñita». Abuela regresó entonces al cuarto para buscar lo que fuese útil para primeros auxilios. Pronto me llamaba para que le llevara a Dominga sus reservas de gasas esterilizadas, toallas limpias, alcohol y otros ungüentos y desinfectantes.

Desde que vi la sangre en mi padre, quedé paralizado en medio de la sala. Veía, sin poder moverme, a Ali acompañando a Dominga para llevar a don Tomás a la cocina, mientras Nancia trataba de revivir a mi madre. No fue hasta que escuché a mi abuela gritar mi nombre que logré reaccionar. Me pesaban las piernas, pero llegué a recoger las provisiones para ayudar a los heridos. Entré en la cocina justo cuando papá le pedía a Dominga un vaso de whisky y que le llevara otro a don Tomás, pero este prefirió una cerveza, «la más fría que tenga». Usó la botella helada para frotarla en las heridas del cuello y el rostro sin molestarse en beberla.

Papá fumaba de pie y sin apenas mostrar signos de dolor mientras Ali y yo le curábamos las heridas de la espalda. Nos contó cómo los disturbios llegaron a la Central de manera inesperada y tuvieron que sacar a los empleados y a los clientes a la carrera. Apenas había asegurado el candado de la cortina de metal cuando vio a un guardia antimotines encarar a don Tomás, quien intentó explicarle que no eran manifestantes, que ya se iban, pero el otro lo golpeó en la cabeza con el tolete, haciéndolo caer al suelo donde una jauría de guardias comenzó también a golpearlo. Papá se abalanzó sobre él para protegerlo y logró sacarlo tras recibir numerosos golpes. No bien los dejaron levantarse y comenzar a correr, recibieron ráfagas de perdigones a corta distancia en los glúteos y la espalda. Apenas sentían dolor mientras bajaban por la Salsipuedes para llegar a la avenida Balboa. No llevar ropa blanca —y el acierto de papá en repartir dólares— los hizo solventar los retenes y evitar ser hostigados por bandas de norieguistas. Necesitaban que les suturaran las heridas, pero no era posible llevarlos a un hospital esa noche con la radio anunciando arrestos en los centros de salud. Dominga las desinfectaba con vinagre blanco y con alcohol antes de vendarlas.

Don Tomás apretaba los puños, mientras papá pretendía no sentir nada, aunque las lágrimas que caían por sus mejillas lo traicionaban.

Abuela se quedó en el alto del comedor, mirando lo que ocurría como un águila en guardia. Ya no le temblaban las manos en el regazo y los labios pálidos estaban cada vez más apretados. Al ver salir a papá de la cocina con su ropa ensangrentada, estalló. «*Vão a queimar a Opa por sua culpa! Vamos perder tudo!*» Papá no respondió, pero le ofreció una sonrisa tan llena de desprecio que la hizo rabiar aún más y comenzó a toser sin poder controlarse. Dominga corrió para calmarla con ayuda de mamá, logrando convencerla de regresar al cuarto. Mamá le dio un calmante —y se robó otro para ella misma.

Las estaciones de radio opositoras ya no transmitían. Papá sugirió retirarnos a la biblioteca y usar el aire acondicionado para atenuar el ruido exterior. Solo Dominga se quedó en la sala, sentada junto al teléfono. Nancia pidió escuchar música. «Dale, Tino, escoge algo», me pidió mamá. En otro momento ese pedido me hubiese llenado de vanidad, pero ahora buscaba indeciso entre los discos de abuelo hasta que mi mano se posó al azar en una cajeta negra con una colección de las sinfonías de Beethoven y saqué la *Novena*. Pronto las primeras notas llenaban la biblioteca. Mamá le servía de apoyo a papá, quien no podía sentarse y seguía tomando whisky. Él cubría con el brazo los hombros de ella, mientras ella pasaba el suyo por la cintura de él y miraba con admiración su rostro quebrado y cubierto de gasas. Él le correspondía besando suavemente sus párpados, nariz y labios. Fue el momento más romántico y erótico que presencié entre ellos. Nancia abrazaba a sus hijos por los hombros, escuchando la música mientras movía los labios como si hablase consigo misma. Había toque de queda y tío Nino no podía pasar a recogerlos o unírseles. Supe luego que él la amenazó con divorciarse si hacía de nuevo algo semejante.

Don Tomás descansaba en una de las butacas, con la cabeza vendada y luciendo una camisa limpia de papá. Su ojo derecho estaba hinchado y comenzaba a amoratarse. Tenía la boca entreabierta y miraba el suelo con una expresión de no comprender o aceptar lo que acababa de ocurrirle. Había enviudado recién y le costó calmar a la hija y disuadir al yerno de no ir a buscarlo. Papá tomó el teléfono de sus manos y les mintió diciendo que no les había pasado nada, más que el susto, y que don Tomás estaría junto a ellos sin falta a la mañana siguiente. «A veces mentir es lo correcto», me dijo antes de volver junto a mi madre.

La música hizo una pausa antes del movimiento final y dio paso a unas notas de increíble majestad. Sonreí porque recordé haberla escuchado en dibujos animados. El coro ascendía, glorioso, y yo cantaba en voz baja: «*ven, canta, sueña cantando, vive soñando el nuevo sol…*» cuando la música paró en seco, el arrullo del aire acondicionado cesó y quedamos a oscuras. Nancia gritó agarrando a sus hijos haciéndolos también gritar, pero la voz de papá se impuso. «¡Calma, joder! ¡Calma ahora más que nunca!». Le pidió a mamá, que se había aferrado a él («¡Pero que me haces daño, mujer!»), que buscase las linternas de emergencia y a Dominga todas las velas que pudiera conseguir. Nos ordenó pasar a la sala y bloquear con muebles las puertas de entrada y de la terraza.

Papá y don Tomás se turnaron la vigilia de la noche en caso de que alguien tratase de entrar a la casa. Las mujeres anunciaron que ellas también pasarían la noche junto a ellos. Los niños buscamos ropa de cama, usando las sábanas como tiendas de campaña, mientras nuestras madres enrollaban alfombras a modo de camas improvisadas. Dominga nos ayudaba a todos, rezando entre dientes por la salud y seguridad de su familia.

Yo no podía dormir ni tampoco mis primos, pero nuestros intentos de hablar en voz baja devinieron en un ataque de risa que nos valió el regaño de nuestras madres, hasta que ellas también comenzaron a reírse. Mamá sugirió que cantásemos algo y, de manera espontánea, la noche se convirtió en una velada de talentos que iluminábamos con las linternas, con papá de guitarrista. Los niños cantamos canciones de Menudo, don Tomás se lució con «Historia de un amor», y mis padres entonaron a dúo «Somos novios». Hasta Dominga nos entretuvo con un pindín,[14] que bailó con Nancia, quien la acompañaba en el coro y en el salomar. Antes de dormirme, alcancé a escuchar a papá chapurrear la letra de «La Ramona».

Abuela salió del cuarto apenas amanecía. Encontró los muebles de la sala amontonados contra las puertas de entrada y cuerpos dispersos por el suelo, como si fuese un campo de batalla. Don Tomás la saludó inclinando la cabeza desde una butaca, poniendo fin a su turno de la noche. Abuela le devolvió el saludo y dirigió la silla de ruedas a la cocina para preparar el desayuno, mientras cantaba para sí misma cantigas de otro lugar y de otros tiempos.

10 Mote para la policía armada durante el gobierno de Noriega.

11 I. Roberto «Bobby» Eisenmann, hijo. Líder empresarial y civilista contra la dictadura. Dueño del diario *La Prensa* y del almacén Mansión Danté.

12 Comedia musical italiana, *Aggiungi un posto a tavola*.

13 Fufo: apodo del tres veces presidente Arnulfo Arias Madrid.

14 Música típica de Panamá.

6. El juego (1987)

Llovía a cántaros y la ciudad estaba en calma. Luego de la represión de aquel viernes infame vivíamos entre la angustia y la espera, en un estado de alerta en el que se apostó por la rutina. Dejé abiertas las puertas de la biblioteca para escuchar el tintineo de las gotas al caer en el patio interior. Acurrucado en el sofá, hice a un lado *Corazón* de Amici y, arrullado por la lluvia, me quedé dormido. Debí tener una pesadilla porque desperté con la frente y el cuello empapados en sudor. Me secaba el rostro con la manga de la camisa cuando noté a mi padre observándome. ¿Gritaría dormido? La nariz rota lo hacía ver mayor y sonreía también menos, quizás porque ya no bebía.

—Ve a cambiarte que nos vamos a almorzar —me dijo.

—Quería prepararme un sándwich y luego leerle a *vovó*… —comencé a excusarme, pero él me atajó con un gesto de exasperación.

—Que le lea tu madre, que bien le haría leerse un libro. Llevas demasiado tiempo encerrado aquí. Tienes diez minutos —dijo y se marchó.

Entramos a la carrera al coche, luego de correr bajo la lluvia, cuando vi una patrulla de las Fuerzas de Defensa. «Mejor almorzamos en casa, pai, por fa…», le supliqué. «¿Pero es que crees que alguien sale a manifestarse o a cerrar calles con este aguacero?», respondió él, añadiendo, como para sí mismo, «No se puede vivir con miedo», mientras sorteaba el tráfico de la ciudad con instinto de taxista, conocedor de los mejores atajos e ignorando la mayoría de las normas de tránsito. Me sentí aliviado cuando por fin llegamos al hotel Marriott.

Papá entró con paso seguro, aunque fijándose en todo, como si fuese su primera vez en el lugar. Tomamos un elevador elegante, empanelado en madera y con un gran espejo, para subir al

restaurante Le Trianon. Sabía que el restaurante tenía una de las mejores vistas de la ciudad porque mis tíos celebraban allí sus aniversarios de boda y trataba de emular el entusiasmo de mi padre, pero tenía las manos heladas por el frío exagerado del lugar.

—Es la primera vez que vengo —admitió papá una vez nos sentamos y mirando a su alrededor, como si buscase a alguien—. Espero que te guste…

—Se ve muy caro…

—¡Ya estás hablando como tu abuela! Ni que estuviéramos ordenando faisán y champán —dijo cerrando el menú y quitándome el mío. Cuando llegó el mozo, pidió hamburguesas y sodas para ambos —. Ves, todo bajo control… pero te tienes que acostumbrar. Algún día vendrás aquí con tus novias y te parecerá lo más normal del mundo.

Se levantó para saludar a un grupo de hombres ensacados que parecían estar en un almuerzo ejecutivo. Se quedó un largo rato con ellos; hablaba alto, reía, gesticulaba. Le hice señas para que regresara cuando trajeron la comida.

—Este es el mejor lugar para hablarte. Vienen cambios, ¿sabes? —dijo bajando la voz y me incliné hacia él—. Que me toca los huevos que te pases todo el día metido en la casa. No puedes estar entre mujeres todo el tiempo, en particular con tu abuela.

—Pero está enferma y quiere que le lea…

—*¡Meca!* Y ya te dije que lo haga tu madre. ¡Mejor que andar de sediciosa con la cuñada! Joder, Tino, que ya te enseñan los idiomas que sirven en el colegio. Tú debes andar con amigos de tu edad, aprendiendo de ellos, ser como ellos… —cambió de voz al verme poner la hamburguesa de vuelta en el plato—. Ey, no te estoy regañando, que así hablamos los hombres, ¡hasta eso te falta aprender! Por eso te inscribí en el campamento de beisbol al que van tus primos este verano…

—No me gusta el beisbol… aún me duele la pierna… y *mãe* dice que es mejor no salir en estos tiempos… —traté de alegar sabiendo que era en vano.

—¡Pues ya está decidido! Además, esta crisis no puede durar mucho más…

—¿De verdad crees eso? —dije con la esperanza de cambiar de tema.

—Yo creo que el General se asila o lo destituyen —bajó la voz de nuevo—. Ojalá escoja un exilio dorado, que no estamos para más violencia ni yo para más perdigonazos… —esperó que apreciara su broma y pretendí una risita—. ¿Sabes lo que les pasó a los que

arrestaron aquel viernes? Los llevaron a La Modelo y los hacinaron con presos comunes. No tenían ni dónde sentarse o dormir, pero el vergazo vino el día siguiente cuando los bajaron a una celda pestilente, llena de heces y de orines. ¡Hasta sacaron a un travesti para que les bailara! ¡Creyeron que los iban a violar! Algunos se cagaron encima y otros la pasaron peor, pero quién va a admitir que le dieron por… —bufó antes de inhalar largo del cigarrillo. Le recordé que él mismo pudo haber caído preso ese día, pero él continuó mirando el mar a través de la ventana como si pensase en otra cosa.

Me excusé para ir al baño. Tiritaba de frío y pensé que no llegaría a tiempo al urinal. Pude ver por los ventanales del restaurante patrullas, camiones *pitufos* para dispersar manifestantes y *chotas* para transportar a los detenidos pasar veloces por la vía Cincuentenario hacia vía Israel. A mi regreso, papá seguía mirando por la ventana.

—¿Notas cuán llano es el mar aquí? Plateado por arriba, pero el fango se nota justo debajo… tu abuela tal vez no llegue al próximo año, ¿sabes?

—Por favor, no digas eso…

—La muerte es un miedo que hay que superar, Tino. ¡Todos nos morimos! Tu abuelo murió de repente y su mujer siguió adelante como seguiremos nosotros una vez ella no esté. Pregúntale, ella misma te lo dirá. Sabré yo de muerte… eres muy *guajete* todavía, pero aprenderás.

—¿Pero… por qué hablamos de eso?

—Porque una vez suceda, *todo* va a cambiar, empezando por esos ahorros que tiene bajo llave. Por fin logré que invirtiera en la seguridad de la casa. Pronto no habrá puerta ni ventana en Graça sin rejas.

—¿Qué va a cambiar? —pregunté preocupado.

—Escucha… tu abuela ya me entregó el manejo de la Opa y no falta mucho para que me ceda la administración de los otros negocios. Por más que los siga controlando a través de los contadores, tarde o temprano alguien va a tener que tomar las riendas. Es como debió ser desde que ya no pudo ir a trabajar… ¿Sabías que luego de aquel viernes en la Opa me recibieron con aplausos? Y pensar que me lo gané a porrazos y a perdigones… ya nadie me pregunta si es mejor consultar primero a «la doña». Ahora soy uno de los *suyos* —soltó una bocanada de humo mientras alargaba esa última palabra.

—Pero entonces no cambia mucho… —respondí.

—¡Todo va a cambiar! Ya es hora de que pensemos en grande, en mudar la Opa de la Central o abrir sucursales. Traté de convencerla de entrar en nuevos negocios o buscar socios que necesiten capital

en mano, pero fue como hablarle a uno de sus tiestos. Mírame… dejé hasta de beber para estar listo para este reto. Por nosotros, por ti… —era la primera vez que me hablaba con ese sentimentalismo.

—¿Y qué dijo *vovó*?

—¡Qué coños va a decir más que «*nau*»! —frunció el ceño—. Sabe que su próximo viaje es subterráneo y ni así afloja la bolsa… —apagó el cigarrillo con fuerza en el cenicero de la mesa—. La firma… necesito la puta firma… pero ya va a aflojar… ¿Qué va a pasar si pierde el conocimiento? Va a tener que darme un poder. Hasta hablé con el cura para que la convenza, pero ese sabe menos de negocios que tu madre. Solo quiere hablar de mi matrimonio. ¡Qué *babayu*[15] tan gilipollas!

Bebíamos en silencio el café de sobremesa cuando papá vio llegar a otros conocidos y me hizo ir con él a saludarlos. Estaba crecido, como si el lugar y la compañía le diesen ímpetus. Nos despedimos y, una vez en el elevador, papá se miró al espejo y se hizo un guiño coqueto a sí mismo mientras se ajustaba la corbata. Pensé que de no estar yo ahí, hubiese besado su propia imagen.

El primer día del campamento tío Nino nos llevó al parque de beisbol del Balboa High School. Mis primos parloteaban durante el camino sobre quiénes de sus amigos estarían allí y qué posición les tocaría jugar, mientras que yo me sentía secuestrado. Al llegar, nos mandaron a sentar en las gradas para escuchar varios anuncios. Primero se harían pruebas para separar a los jugadores en diferentes grupos según su aptitud. En una sección apartada de donde estábamos, un grupo de jóvenes trigueños vestidos de blanco nos observaba. Eran jugadores de cricket indo-panameños que habían terminado de practicar en otro campo y ahora esperaban vernos jugar. Tío se dirigió a nosotros con palabras de aliento y se marchó, prometiendo que nos pasaría a buscar en la tarde para comer en el Athens' Pizza de Obarrio.

Traté de fantasear pensando que nadie notaría mi presencia, pero encontraron mi nombre en alguna lista y me llamaron. Temblaba al acercarme al plato de bateo, sintiendo que todos me miraban. Uno de los papás, que era el entrenador, me ayudó a ponerme en posición, repitiéndome: «Lo importante es mirar a la bola». Trataba de no pensar en el muchacherío cuando sentí un zumbido cerca de mí. ¡Ni siquiera vi la pelota! Escuché silbidos. Nano me mostraba un pulgar en alto mientras Ali negaba cabizbajo. Le tiré con fuerza a la siguiente,

pero lo único que logré fue que se me escapara el bate de las manos. Ahora el público reía, incluidos los muchachos de blanco. «Le tira como niña», escuché. Para el último lanzamiento, logré conectar, aunque fue un golpe fuera de línea a mi derecha. «¡Faul!», alguien gritó. Había terminado mi turno. Traté de alejarme con disimulo, pero el entrenador me detuvo para explicarme técnicas de bateo. Hubo otras líneas y otras pruebas, pero no me moví de las gradas cuando llamaban mi nombre.

Al terminar el día, Ali había logrado un sencillo en el segundo intento y molestaba a su hermano por no haber conectado ni una sola vez. «Te fue peor que a Tino», lo toreaba, pero a Nano no solo no le importó, sino que no podía esperar a regresar al día siguiente. Trató de animarme sin lograrlo. «No le hagas caso, que está *ñañeco*»,[16] rezongó Ali. Cuando mi tío llegó a buscarnos, nos preguntó cómo nos había ido. «No quiero volver, tío… *please*…», le dije. Solo me dio unas palmadas en la espalda como respuesta y nos llevó a comer pizza.

Mi padre aún no regresaba cuando llegamos a Graça y tío decidió esperarlo, acompañado de mi madre. «Se hizo el intento, Sofi. ¡Que no le gusta el deporte! Al menos no ese, y no me da eso de sacarlo de su rutina a coñazos como quiere Bras…», dijo tío. «No me va a hacer caso porque sabe que yo también creo que Tino pasa demasiado tiempo metido aquí, lo que no quiero es que me endilgue obligarlo…». Se interrumpió al ver salir del cuarto de abuela al contador en compañía de otro hombre, cuarentón y de aspecto asiático, que se marcharon saludándonos con una venia. «¿Y ese?», preguntó mi tío. «Deben querer alquilar uno de los locales… sería mejor que Bras se encargase de esos trámites, pero mi madre anda necia con que lo quiere seguir haciendo ella. Dominga no viene si anuncian manifestaciones para no quedarse "al otro lado del puente"…[17] así que solo estoy yo para atenderla. En cualquier momento me llama…», dijo mi madre resignada.

«¿Y cómo estuvo el campamento?», saludó papá a su hermano cuando llegó. Pensé que mi tío le diría que yo no quería volver y me preparé para su regaño. Pero en vez de delatarme, le sugirió que debiera ser él, mi padre, quien se ocupase de llevarme. Su hermano lo miró sorprendido, como si tío diese marcha atrás a un acuerdo. «Pero, hostias, si puedes llevar y buscar a tus *guajes*, ¿por qué no pasar por el mío? Como están las cosas, yo no puedo, macho, ni Sofi tampoco…», insistió mi padre. «*Porque ela não me pode deixar sozinha* —interrumpió abuela, quien nos había estado observando en su silla de ruedas desde lo alto del comedor sin que nos diéramos

cuenta—. *Tino também deve ficar perto de mim nestos meses… estou morrendo, Bras… vai me a negar da sua companhia?*—. Ver a abuela suplicar a mi padre era novedoso para todos, aunque su voz no delatara ninguna emoción—. *Deixe a Tino ir para onde ele quiser quando eu já não estiver…*». Mi madre se unió a este reclamo y tío la apoyó. Papá acusó a su esposa de quererme en la casa para andar de sediciosa, pero, al final, aceptó enviarme de campamento en otra ocasión. Así fue como, sin nadie preguntarme lo que *yo* quería, logré no ir a ese ni a ningún otro campamento de verano.

15 Tonto, estúpido, en asturiano.

16 Llorón, remilgoso (Panamá).

17 Puente de las Américas, única conexión terrestre sobre el Canal a la región Panamá Oeste hasta 2004.

7. Las furias (1988)

Contrario a lo anticipado por mi padre, pasaron fiestas patrias, navidades y Año Nuevo sin que la crisis cediera o que abuela falleciera. Cada paso hacia una solución era seguido por dos pasos hacia el abismo, sumiendo al país en una lucha avarienta por mantener el poder, no ya de un individuo, sino de toda una formación política que amenazaba con confiscarnos el futuro. Presiones internas y externas se unieron para crear una situación extrema. La destitución fulminante del presidente Delvalle, quien a su vez había tratado de destituir a Noriega, y la instalación de otro gobierno títere, dio paso a un mes de huelgas en todo el país.

Pasaba más tiempo con abuela porque mamá me dejaba a cargo de la casa para ir con Nancia a mítines. Ignoraba los regaños cada vez más apagados de su madre cuando la veía entrar a su cuarto vestida de blanco, ronca de gritar consignas, pero con el rostro radiante y resuelto. A comienzos de febrero, los Estados Unidos anunciaron el bloqueo financiero al Banco Nacional y papá supo que apenas les quedaba tiempo para actuar. Primero trató de razonar con abuela, pero ella no entendió a qué se refería con un «cierre bancario».

—Doña Filipa… si el Banco Nacional deja de recibir transferencias en dólares es cuestión de días, ¡horas!, antes de que dejen de entregar efectivo a los bancos locales y estos cierren.

—*Quanto dinheiro? Não assino nada até falar com os meus contadores primeiro.*

—¡Que no hay tiempo, hostias!

—*Vai a gritar a sua mulher! Já disse que não até que…!*

Pero papá ya se había ido. Encontró a mamá y, tras una breve discusión, salieron de la casa a la carrera. Fue a través de ella que papá logró obtener los miles de dólares con los que sobrevivimos durante los casi dos meses del cierre bancario.

No poder acceder a sus ahorros llevó a abuela a un colapso nervioso, seguido de una depresión profunda. Cambió su neutralidad ante la crisis. No le importaba que los presidentes mudaran de un día para otro, pero, si se cerraban los bancos de manera indefinida, cualquier cosa era posible. Sin embargo, aceptar que el yerno tuvo la razón, no la acercó más a él. Por el contrario, que mi madre le entregase tanto dinero sin más razón que su urgencia y verlo en control de una situación que a ella se le escapaba, la hizo desconfiar aún más de lo que podría hacer cuando ya no la tuviera a ella de guardia y freno. Estar en el jardín la agotaba y pasaba la mayor parte del tiempo en un cuarto que ni siquiera se había destinado para que alguien de la familia lo ocupara. La vida se le iba y se sentía exiliada de su propia casa. Cada vez que hablaba con mi padre, sentía un sabor a derrota; con cada discusión debía cederle algo más, dejarlo continuar con lo que ella y su esposo habían construido con tanto sacrificio, pero, también, al tenerlo enfrente, intruso de tantas maneras, se le torcía la resignación de morirse y la invadía la codicia de tener algo más que decir sobre el futuro.

Durante el cierre bancario, papá tomó medidas drásticas en la Opa; empezó por despedir a los empleados que no tuviesen contrato a largo plazo y a los otros los convenció de aceptar trabajar un horario reducido con la promesa de mantener sus puestos. Hubo una ola de quejas y resentimientos cuando mantuvo a don Tomás, que era empleado con edad de retiro. «Que se jubile, que aquí hay gente criando niños», le exigió una de las representantes de los empleados. Papá estuvo por ceder, y hasta habló con don Tomás, cuando descubrió su superpoder: conocía a varias generaciones de los clientes más fieles de la Opa, qué compraban y cómo comunicarse con ellos. Con esa información, papá comenzó a ofrecer de manera directa telas y patrones para ropa a familias de militares gringos y empleados del Canal y de empresas extranjeras que recibían sus salarios en dólares. Don Tomás ayudó a identificar a empleados del gobierno que recibían cheques fraccionados y a otros que podían comprar con pagarés y garantías negociables. La Opa ofrecía así una alternativa en medio de una merma de consumo que favorecía a quienes aún podían acceder a dinero en efectivo. El temor de perder el almacén hizo que mi padre se deshiciera de cualquier vanidad u orgullo y él mismo repartía volantes en la zona canalera. Muchas veces regresó a la casa chorreando —«pingando», decía él en su asturiano— por continuar repartiendo las promociones en pleno aguacero.

Los bancos reabrieron en el mes de mayo, pero solo permitían retiros de efectivo por cuotas, comenzando un periodo de paz falsa que duró hasta las elecciones de mayo de 1989. Papá implementó un concepto de *showroom* —mostrando mercancía a clientes selectos— y el mercadeo directo como las actividades principales de la Opa. No creía posible regresar a la situación previa a la crisis: «Al cliente hay que buscarlo, no esperar a que nos llegue». Logró detener la hemorragia de capital del almacén y balancear cuentas con ganancia, sin importar cuán ínfima fuera. Con sus «inventos» (como los llamaba su suegra), logramos pasar el periodo «duro» mucho mejor que tío, quien tuvo que cerrar sus locales y pagar alquiler para guardar su inventario.

El desbloqueo financiero no mejoró la salud física ni anímica de abuela y durante los siguientes meses dejó de preguntar por la Opa, aunque siguió recibiendo los informes financieros mensuales. Prefería hablar de las últimas noticias con mamá y del pasado con amistades que la visitaban. El padre Carlos le pidió a mi madre dejar a un lado el activismo y dedicar ese tiempo a mi abuela. Al principio se resistió, porque hablar con su madre la frustraba y hacía sentir desmerecida, pero en esos últimos meses ella estaba cambiada. Tenía curiosidad por el activismo de mamá (hasta la felicitó por honrar a la familia), pero eso no se comparó con la manera cándida con que comenzó a hablarle de su padre y del pasado. Cuando le aseguró a su hija que no dudara de cuánto su padre la quiso, mamá aprovechó para preguntar sobre su adopción. La piel amarillenta y marchita de abuela se sonrojó. Mamá le contó cómo y cuándo había descubierto esos papeles. Abuela finalmente confesó que era cierto, que Duarte la había traído a la casa con apenas unos días de nacida y que tanto ella como mi abuelo la acogieron como una bendición, a pesar de que tuvo que soportar más tarde la presencia de Duarte en la casa.

«Cuánto odio verme en el espejo y ver sus ojos…», sollozó mi madre. «*Esses olhos também são da tua avó, a mãe do Dinis… não pense mais nele*». «Ese hombre jamás me trató como una hija y detesto saber que fue mi padre». «*O teu pai foi Dinis! Deus não nos deu a graça de ter filhos… e vieste a ser a luz de nossas vidas. Não te faltou um pai nem… uma mãe*», dijo tomando ansiosa las manos de su hija. Mamá la abrazó sintiendo que la frustración y el resentimiento acumulados a lo largo de los años caían de sus hombros. Dejó a un lado su activismo para estar más tiempo con su madre, tomando un interés tardío por esos volúmenes mustios que yo traía de la biblioteca para leerle a abuela y comenzó a interrumpirme para preguntar por

palabras y frases que no entendía ante el deleite de su madre, quien disfrutaba de corregir nuestra pronunciación.

Dominga continuaba llegando a la casa para ayudar a cuidar a abuela. Su juicio de la situación era muy diferente al nuestro: «Todo el mundo dice de *to*', pero quienes pagamos los platos rotos somos el pueblo, los que no tenemos ahorros ni *na*'. Mientras esto siga, muchos no comemos. Así están las cosas por Arraiján y La Chorrera. No doy abasto organizando comedores populares. No hay trabajo, no llega comida ni medicamentos. ¡Hay gente sufriendo y esto no acaba! Quiero que termine de una vez y como sea, gane quien gane…». Estas opiniones le trajeron a Dominga no pocos encontronazos con Nancia, quien aprendió a no tocarle el tema.

Abuela continúo aprobando retiros de las cuentas familiares, una gran victoria para papá. Las reuniones entre ellos ya no eran tan tirantes. También permitió que él participara en las reuniones sobre los otros negocios, aunque conservó el derecho de firma a pesar de la insistencia agresiva de mi padre, quien llegó a considerar falsificarla, lo que consultó con mamá, ya que requeriría de su complicidad, pero ella le respondió: «¡Hazlo nomás y te meto preso!». Solo al final de sus días, cuando faltaban semanas para su muerte, abuela le otorgó un poder a sabiendas de que mi padre haría lo necesario para que el negocio sobreviviera, pero que no le permitía cambiar la situación legal de ninguna parte de las empresas ni tomar deudas a nombre de ellas. Para él era, de todos modos, un paso adelante en sus planes a futuro.

Abuela murió en agosto de 1988, la misma semana que el expresidente Arias Madrid. En el lecho de muerte, le pidió a mamá que no compartiese con mi padre la escritura de la casa, que eso sería dejarnos en la calle, y le advirtió que no entrase en negocios con él o le dejara disponer de las propiedades de alquiler, pues de ellas tendríamos rentas para vivir «decentemente». En cuanto a la Opa, ese misterio se resolvió cuando su abogado nos invitó a una reunión.

Abuela había dejado un testamento manuscrito cerrado y varias cartas. Se sorprendieron al ver al contador, pero el abogado les explicó que lo consideró necesario para que pudiera informar sobre los aspectos económicos y financieros de la sucesión, recordándonos que se necesitarían varias semanas antes de que el testamento fuese protocolizado ante un juez de circuito.

Mamá abría y cerraba la cartera como si buscase algo que olvidaba de inmediato antes de volver a buscarlo. Los últimos meses fueron de redescubrimiento entre ella y su madre. Su resentimiento se

había disipado en abrazos de perdón y en nuevas palabras dichas en otro tono, pero se sentía insegura de que el testamento reflejase ese cambio y que no resultase en una nueva humillación. Por más que tratase de alejar esos pensamientos, una voz interior los traía de vuelta una y otra vez. Papá esperaba sereno en la silla, tocándose el nudo de la corbata. Trató de calmar a su esposa camino al despacho del abogado, asegurándole que era la única heredera, que no tenía de qué preocuparse porque él estaba ahí para manejar los negocios de la familia, que ahora podrían vivir como marido y mujer de manera «normal», que habría «muchas telarañas que sacudir», pero que lo harían juntos. Por mi parte, era difícil sentirme triste ante una pérdida por tanto tiempo gestada y vista de tan cerca, pero no esperaba la sensación de vacío, como si se hubiese parado el motor de una máquina gigante y nos rodease un silencio cargado de incertidumbres.

El abogado abrió el sobre sellado del testamento y primero leyó unas frases protocolares identificando al testador y saludando a los presentes. La siguiente sección trataba de la Opa. Aquí el abogado hizo una pausa, se ajustó los lentes y anunció que el almacén se había vendido a una sociedad anónima cuya razón social era «Dom Macao». Mi padre se levantó de la silla de manera violenta. «¡Esto es un fraude! Soy el gerente, quien firma los cheques y no sé nada de eso», gritó mientras mamá tiraba de su manga para que se sentara. El abogado le pidió calma, que para eso estaba presente el contador, a quien le cedió la palabra. Abuela vendió la Opa unos meses antes a *dom* Esteban de Rosa Chan, uno de sus proveedores. La única condición que abuela puso para la venta era que el traspaso legal de la propiedad ocurriría luego de su muerte, que los médicos habían confirmado era cuestión de poco tiempo.

Echando mano de las estrategias que papá había implementado y explicado con tanto entusiasmo y detalle, abuela convenció a don Esteban de comprar la Opa. Usó los informes financieros del yerno para demostrar que continuaba generando ingresos a pesar de la crisis, logrando así un buen precio. También lo convenció de mantener a papá de gerente. «*O melhor empregado que vai encontrar*». Así descubrió mi padre que, por meses, estuvo trabajando para intereses ajenos a la familia. La nueva tienda se llamaría Dom Macao, con una pronunciación —en sus comerciales de radio y televisión— sospechosamente parecida a la empresa Thom McAn.

Papá cayó en la silla como si hubiese perdido control de las piernas y ocultó el rostro entre las manos mientras el abogado continuó con la lectura. Abuela me heredó el capital producto de la

venta, con mamá como albacea hasta que cumpliera veinte años. Mamá hizo un sonido de desinflarse, pero su siguiente reacción fue tomarme de la mano, mientras mi padre se mantenía inmóvil y sin emitir sonido alguno. Cuando el abogado anunció que el resto de las cuentas bancarias, negocios familiares y Graça pasaban al control de mi madre, ella se recuperó y sonrió para sí misma. Papá se había sentado derecho mirando sin parpadear al abogado, mientras se mordía el labio inferior, rumiando palabras inentendibles.

Abuela también dejó legados a la Iglesia y a Dominga, quien recibiría cien dólares cada mes hasta el día de su muerte. El abogado entregó a mi madre un sobre con mi nombre. Al abrirlo encontré la libreta de apuntes para cuidar las rosas y una estampita de la Virgen de Fátima, en cuyo reverso abuela escribió:

Para o meu querido neto,
Para que sempre me lembres e
Estudes muito.
Faz caso a tua mãe e a padre Carlos.
Não fumes! Nunca!
E não esquices as minhas rosas.
Tua vovó,

Filipa Almeida viúva de Alves

Una vez terminó de leer el testamento, el abogado le entregó a mi madre un sobre abultado que, al abrirlo, contenía un dosier con fotos de las infidelidades de mi padre. Abuela había contratado un detective para investigarlo cuando lo nombró gerente de la Opa con la intención de descubrir malos manejos en la empresa, pero lo que halló fueron pruebas de una vida disoluta pasada en burdeles y en compañía de mujeres que conocía en el trabajo o en la calle. Hay cosas que se sospechan —y hasta se saben—, pero no es lo mismo ver el brazo del amado posado sobre otro hombro o agarrando otra cintura; el gesto de su cuerpo al acercarse a abrazar o estar abrazado a otro cuerpo; su rostro en contacto íntimo… Mamá dejó caer el dosier y las fotos se desparramaron en el suelo.

Como antiguas Furias griegas, abuela había desencadenado a su hija para dar el golpe de gracia a papá. Tras una acalorada discusión con ella, él salió de la oficina despotricando contra «la maldita cuerva» que lo había utilizado. El abogado nos ofreció hacerse cargo de los

trámites legales del proceso sucesorio y mamá le pidió al contador que continuara trabajando con ella. Papá no regresó a la casa en varios días, pero mi madre se enteró por don Tomás que había ido a trabajar al almacén a la mañana siguiente de la lectura del testamento. En el cierre final de venta, semanas más tarde, mi madre se reunió con el nuevo representante de la Opa y reconoció al hombre que había visitado a abuela, junto al contador, en varias ocasiones en ese último año. Se llamaba Miguel de Rosa Liu y era el hijo mayor de don Esteban.

8. El ajuste (1989-1990)

No hubo paz en Graça durante los meses siguientes a la lectura del testamento. Mi madre pasó a disfrutar una autonomía que hasta entonces no había conocido y su militancia en la causa civilista le brindó mayor seguridad en sí misma. Mi padre intentó tomar las riendas de los otros negocios de la familia, pero descubrió que mamá usaba su nueva voz para decirle «no». Lo seguía amando, pero ya no confiaba en él y tampoco compartía la necesidad de cambiar o arriesgarse en medio de la distopía en la que vivíamos. Dejaron de dormir juntos por decisión de papá, quien prefería usar cualquier cama que estuviese disponible a la hora que llegase.

Un día regresé del colegio y mamá había pasado mis cosas al cuarto de abuela, que aún olía a tabaco, con el techo y paredes oscurecidos por el humo y la nicotina acumulados por años. El único lugar impoluto era la marca en una pared que había dejado el crucifijo de plata, que ahora estaba en el cuarto de mi madre. Al principio reclamé por esa mudanza inconsulta, pero una vez me acostumbré al olor, descubrí la ventaja de estar lejos de mis padres y de sus peleas.

Esa primera noche me despertaron los pasos de alguien subiendo por la escalera del garaje. Escuché el chirrido del portón de hierro al abrirse seguido por los intentos cada vez más violentos de alguien por abrir la puerta al pasillo, que no se usaba desde que Dominga se mudó de la casa años atrás. Salté de la cama, tomé mi bate de beisbol y ya salía al comedor cuando reconocí por un «¡hija de puta!» que era papá. Al abrirle de repente, él dio un salto atrás y me miró asustado (tenía aún el bate en la mano) hasta que se me acercó sonriente. «Buenas noches, mi can cerberito, veo que me toca dormir en otro lugar…», y me obsequió un guiño cómplice al entrar al cuarto para dirigirse tambaleante a la sala, pero chocó con la cama y, tratando de no caer, tiró al suelo lo que había sobre la cómoda. Al bajar del comedor, tropezó con la rampa para la silla de ruedas y cayó

contra el espaldar de un sofá, derribando una lámpara de pie estilo Tiffany muy querida por mamá. Cerré la puerta justo al escuchar el estruendo de los vidrios al quebrarse. A la mañana siguiente Dominga lo encontró dormido en el piso de la sala, con los pantalones mojados y abrazado al cuerpo decapitado de la lámpara.

Volví a tener con él una relación distante. No me ignoraba, pero ya no parecía tener consejos o sueños que compartirme. Salía temprano a trabajar y volvía tarde, cuando lo hacía, y los momentos que compartíamos se volvían desagradables por su mal humor, resaca alcohólica o por la insistencia en que me pusiera de su lado en las peleas con mamá.

El país puso sus esperanzas en que las elecciones del 7 de mayo de 1989 dieran fin a la crisis, pero el robo descarado de ese voto, que ni siquiera Carlos Duque, el candidato del régimen, quiso aceptar, truncó una solución política y desencadenó situaciones de violencia extrema. La agresión a los candidatos de la oposición por los batalloneros en los días siguientes al voto, en especial la sufrida por el vicepresidente electo, Guillermo Ford, que incluyó el asesinato de su guardaespaldas, Manuel Alexis Guerra, creó imágenes sangrientas que dieron la vuelta al mundo. El intento de golpe de Estado del mayor Moisés Giroldi meses más tarde terminó en la masacre de once de sus aliados y su propio fusilamiento en manos, se alega, del mismísimo Noriega. El régimen, ya adentrado en una dictadura formal, blandía machetes en público bajo el lema «Ni un paso atrás», mientras se perdía la paciencia y la esperanza de un cambio desde dentro del país.

En esos meses de furia y frustración papá continuó trabajando bajo la supervisión de un nuevo jefe, Miguel.

—*Late again, Bras?* —preguntó Miguel a sabiendas de que mi padre odiaba que le hablase en inglés, un idioma que no tenía intención de aprender.

—¿Qué? ¿Qué todavía no sabes facturar a los distribuidores? Tranquilo, que lo resuelvo en cinco para que te vayas temprano… —respondió papá luego de una larga pausa y ojos de haber dormido poco y bebido de más la noche anterior.

—¡No necesito que hagas mi trabajo! Lo que quiero es que abras la tienda a la hora establecida en vez de tener que venir yo a hacerlo. *And another thing…*

Mi padre estuvo tentado en darle la espalda e ir al comedor de los

empleados a buscar café, pero se quedó mirando a Miguel como si viese a través de él.

—*Goddammit! Are you even listening to me?!* Hay que repartir más volantes y llamar a clientes. Eso es tu fuerte, ¿no?… —mi padre estaba por contestarle una grosería, pero Miguel bajó la voz—. Además con tanta maniobra en la Zona y las provocaciones cada vez más descaradas y frecuentes del *U.S. Army*… mi padre cree que puede producirse una intervención militar *at any moment.*

—Pues los recibiremos de brazos abiertos, que esta mierda ya no presta. ¡Que nos vienen a gobernar agentes cubanos si no pasa algo! —dijo. Miguel había conseguido su atención.

—*Then get the fuck back to work!* Tenemos que estar listos para el fin de todo este *bullshit* y, cuando pase, ya hablaremos de esa expansión del *business* de la que tanto hablas… —dijo Miguel antes de irse, dejando a mi padre con los ojos achispados.

La ilusión nacida de las palabras de Miguel murió la tarde del viernes 15 de diciembre cuando el régimen declaró un estado de guerra contra los Estados Unidos. Si mi padre esperaba una temporada navideña modesta, esta pasó a ser fatal, pero acordó con Miguel mantener el almacén abierto durante los feriados, apostando a un cambio al inicio del próximo año. La declaración unilateral del gobierno también hizo que mi padre dejara de beber y se quedara a dormir en casa. El país estaba crispado y durante esa semana cenamos juntos bajo el espectro de expectativas pesimistas, tan acostumbrados estábamos a vivir de esperanzas frustradas.

La cena del martes 19 de diciembre no fue una excepción. Papá preparó una fabada, a partir de porotos secos, lo que requirió de un cocido prolongado. Mi madre bromeó sobre que las crisis también traían milagros, pero papá ni la escuchó absorto en sus propios pensamientos. Esa madrugada me despertaron explosiones lejanas y abrí la ventana esperando ver fuegos artificiales. Había iniciado lo que Estados Unidos bautizó como «Operation Just Cause». Papá me llamó a gritos desde la segunda planta y corrí a su encuentro. «¡Que ya empezó la vaina!», gritó mi madre tratando de abrazarme, pero la esquivé para continuar subiendo al torreón, seguido por papá. Ella fue a verificar que todas las rejas, puertas y ventanas estuvieran cerradas.

No se podía ver mucho, pero el cielo en dirección al Casco Viejo estaba enrojecido. Mi padre puso la mano en mi hombro y sentía su presión cada vez que se escuchaban detonaciones fuertes. «Ve a ayudar a tu mai a asegurar la casa. Ya sabes qué tienes que hacer», dijo dándome un beso en la cabeza. Lo dejé solo, fijo como una

estatua mirando a la distancia.

Papá luego anunció que iría a la avenida Balboa a ver qué pasaba. Mi madre trató de detenerlo, pero la rechazó con un «¡Deja!, que no estamos para escenas», antes de salir a la calle. *Ring*. Mamá entró a la casa a atender el teléfono y yo cerré aliviado la puerta principal. Llamaba tío Nino, quien nos proponía ir a su casa en lo que pasaba el desmadre. «De mi casa, al manicomio o al cementerio», se obstinó mi madre segura de que dejar Graça sería abandonarla a un saqueo. Nancia también trató de convencerla, aunque fuera para que me quedara yo con ellos, pero decidí no separarme de mis padres.

Traté de ver las noticias en las emisoras del régimen, pero Televisión Nacional estaba intervenida; mostraba una imagen del canal militar de la Zona del Canal, el Southern Command Network, y repetía un mensaje pidiendo a las Fuerzas de Defensa deponer las armas y advertía contra movimientos de tropas. Busqué otras emisoras el resto de la mañana, mientras mamá pasaba de estar sentada junto al teléfono a caminar nerviosa por la casa. La barriada del Chorrillo estaba en llamas por el fiero combate alrededor de la Comandancia de las FDP, que quedaba en pleno centro del barrio. Escuchaba en la radio las detonaciones y ráfagas de ametralladora cuando mi madre llegó sin que me diera cuenta y la apagó de un manotazo.

Mi padre regresó más tarde dando órdenes. «Hay que ir al supermercado de inmediato. Esto no terminará ni bien ni pronto». Mi madre le respondió que exageraba, que «esto termina mañana», segura de que el poder militar de los Estados Unidos se impondría de inmediato y que la ciudad volvería a la normalidad al día siguiente. «Si fuese por ti y tus amigas, esto debió resolverse hace años. ¡Las cosas terminan cuando terminan!», le respondió papá y se fue caminando al Riba Smith de Bellavista, pero al llegar lo encontró cerrado, con las cortinas de metal abajo y guardias de seguridad armados frente a la entrada apuntando a quien se acercara. Al regresar, se dirigió a la cocina y con mamá hicieron un inventario de alimentos. El congelador estaba lleno, pero papá temía que esa comida se echara a perder si se iba la electricidad. Sopesó el tanque de gas y lo sintió ligero. Solo podían cocinar un par de veces más antes de que quedase vacío. Se maldijo por consumir tanto gas para la cena de la noche anterior.

Mamá se rebeló cuando le dijo que llenara cubos de agua, por si perdían el suministro. «¡Jamás se ha ido el agua aquí!», se quejó frustrada. «¡Pues lo hacemos de todas formas!», rezongó él. Llamó a su hermano para avisarle que pasaría por la casa a buscar gas y

enlatados, pero este le advirtió que ni se le ocurriera, que había enfrentamientos armados en diferentes puntos de la ciudad, incluyendo El Dorado, y podrían confundirlo con un batallonero o un miembro de las Fuerzas de Defensa movilizándose; o que vecinos podían pensar que era un saqueador y lincharlo. Mi padre colgó, pero sin mencionarnos lo que acababa de escuchar.

En la tarde volvió a salir de la casa para ver desde el parque Urracá el ataque al edificio de la Controlaría General en la avenida Balboa. Usando varios helicópteros de ataque, tropas de los Estados Unidos descendieron por sogas al techo del edificio y se dirigieron al piso donde se ubicaba Radio Nacional que seguía transmitiendo arengas de resistencia. Luego de destruir la estación, que dejó la fachada teñida por el humo del incendio, los soldados volaron la antena sobre el edificio. Al escuchar la explosión y verla caer, mi padre regresó a atrincherarse en Graça. A partir de esa noche dormía en la sala. Lo acompañé un par de noches, armado con mi bate, y entonces él tomaba la guitarra para cantar canciones de Serrat hasta que me dormía y él seguía la vigilia.

Para el jueves, los invasores controlaban el país y Ciudad de Panamá, aunque aún batallaban contra focos de resistencia y continuaban la búsqueda obsesiva del general Noriega, lo que mantenía a la población en vilo. «Ya falta poco», decía confiada mi madre, pero mi padre la ignoraba y me tenía prohibido asomarme a las ventanas y menos a las del torreón. Ella trató de usar lo que quedaba del gas para cocinar una olla grande de arroz con pollo, pero resultó en un pegadizo salado y maloliente que nos alimentó por varios días, aunque había que comer cada bocado con un trago de agua. Mamá se disculpó por arruinar tal cantidad de comida, pero papá terminó cada plato con apetito y sin reproches. «Cosas peores he tragado…», decía sin ironía.

Para el viernes 22 de diciembre, la ausencia de agentes de seguridad pública y la prioridad de las fuerzas invasoras de asegurar puestos estratégicos y de encontrar al General, permitió un quiebre social que se conocería como el «gran día del saqueo». Grupos de personas armadas, en especial milicias afines al régimen, iniciaron el desmadre frustradas por su incapacidad de enfrentar al ejército invasor y ávidos de vengarse contra una población civil y la clase empresarial que los había rechazado. Pronto se les unieron turbas de civiles, algunos intentando buscar provisiones, pero muchos dejándose llevar por el estado de anarquía. Lo que comenzó en supermercados y abarroterías se extendió a tiendas de todo tipo,

bancos y fábricas. En poco más de un día, se perdieron más de mil millones de dólares en una economía ya severamente golpeada.

El domingo, víspera de Navidad, Miguel nos llamó para confirmar que la turba saqueó Dom Macao, lo que papá ya temía, pero que también lo incendió. Mis padres sollozaron abrazados. Ella saldría más tarde sin avisarle a nadie y caminó la misma distancia que en otro día aciago mi padre recorriera junto a don Tomás en dirección contraria. Encontró el edificio aún humeante, mientras retazos de tela quemada revoloteaban libres por la calle. Entró al almacén y rescató un jirón de encaje chamuscado, ignorando las advertencias de soldados estadounidenses que intentaron tratarla de saqueadora. Cuando regresó a Graça, con las manos ennegrecidas, ató la tela al crucifijo de plata de abuela, que mantuvo en la cabecera de su cama por el resto de su vida.

Al tiempo que mi madre presenciaba desde una vereda las cenizas de los sacrificios y trabajo de dos generaciones, Noriega ingresaba escoltado a la Nunciatura Apostólica donde recibió asilo temporal hasta que se negociara su entrega a los Estados Unidos. Manifestaciones que tomaron forma de feria o circo se formaron frente al lugar, llegando incluso a usar altoparlantes gigantes con una *playlist* épica del rock en inglés más ruidoso del momento y con títulos y letras instándolo a rendirse: tortura por Judas Priest y Twisted Sister. Por fortuna, el «ciudadano» Noriega se entregó a las autoridades de los Estados Unidos el 3 de enero de 1990, dando fin a una historia sangrienta que comenzó en junio de 1987 cuando el país descubrió que el comandante de las Fuerzas de Defensa era, aparte de asesino y narcotraficante, el verdadero gobernante del país.

Para los De Rosa, el almacén fue una pérdida total. La aseguradora primero alegó que la póliza no cubría actos de guerra y luego se declaró en quiebra. Mi padre regresó a trabajar con su hermano. Cerrar las mueblerías antes de la invasión y almacenado el inventario fuera de la ciudad salvó a tío Nino del impacto del saqueo y pudo reabrir las tiendas mucho más rápido que la mayoría de sus competidores.

Con el paso del tiempo, mi percepción de esos días es cada vez más difusa, tanto por lo que olvidé como por lo que fui aprendiendo. Cientos de personas murieron el primer día de la invasión y decenas de miles perdieron sus casas, la mayor parte en El Chorrillo, en el intento de capturar a un solo individuo, mientras que la falta de control efectivo de las ciudades en los días siguientes a la invasión dejó al país indefenso frente a la barbarie. Descubrir más tarde que Estados

Unidos usó por primera vez en esos días nuevas tecnologías militares, como el bombardero *Blackhawk* o los helicópteros *Apache*, dio a la invasión un tufo de ejercicio militar con Ciudad de Panamá como campo de tiro. Sin embargo, y a pesar de mis sentimientos encontrados sobre esa tragedia nacional, nunca olvidaré ir con mis padres, tíos y primos, todos vestidos de blanco, ondeando banderas panameñas, saltando y gritando frente a la Nunciatura hasta quedar roncos:

«¡Esta vaina se acabó, esta vaina se acabó, esta vaina se acabó…!»

II. ORBIS

9. Los maestros (septiembre de 1994-febrero de 1995)

Mi padre frenó bruscamente cuando abrí la puerta del auto y salté. «¡Hablamos más tarde!», gritó a mis espaldas, pero me alejé sin responderle o despedirme.

—¿Qué pasó? Casi te tiras del auto —dijo Nano, que me esperaba en el portón de entrada.

—Mi viejo con sus cosas… ¡y dale con el «regalo»! Está imposible desde lo del quinceañero.

—Sí, es tremendo. Las cosas que nos dice cuando papá no está cerca. Está medio enfermito… —se rio mi primo.

—La bebida lo tiene así… eso dice mamá.

—Mi viejo piensa que puede aportar mucho, que tu vieja debiera darle el *chance*…

—Pero donde no hay confianza… y no la va a recuperar mientras beba. Es un hombre diferente cuando no lo hace…

—Ey, loco, hablando de beber, ¿vienes a los carnavales? Siempre te echas… —dijo animado.

—Sí, esta vez voy, aunque no sé nada de bailar pindín.

—Par de tragos y se baila lo que sea sin empacho y sin enredos —respondió.

Le debo a Nano rescatarme de mí mismo. Si los libros y la imaginación fueron el refugio de mi niñez, la pubertad y la escuela secundaria reventaron ese cascarón en mil pedazos. La primera vez que mis compañeros de primer año organizaron una fiesta y no me invitaron, sentí un resquemor que me duró semanas. Me quejé con Nano, pero me apabulló con un «¿Desde cuándo aceptas invitaciones o invitas a alguien a tu casa? Si no llegamos de visita, apenas sabemos de ti ¡y somos tus primos!». Traté de echarle la culpa a mis padres, pero Nano me contuvo con un oportuno: «*¡Poor favoor!*». Por suerte, él era ajeno al rencor, al orgullo o a darle demasiadas vueltas

a las cosas y una vez me tomó bajo su ala, me impuso entre sus amigos a pesar de las quejas de algunos de ellos, que no siempre fueron en privado.

Me costó aprender a andar con *panas* hasta que descubrí que el truco era enfocarse en lo inmediato. En poco tiempo aprendí a actuar según las circunstancias, como cuando veíamos una muchacha y parábamos lo que estuviéramos haciendo para mirarla pasar, comentando entre nosotros o chiflarle, aunque sospechase que era un montaje para impresionarnos a nosotros mismos.

—¿Es que no escuchan la campana? —nos interrumpió miss Elisa, nuestra profesora de Español, que acababa de llegar.

—Los dejo… —dijo Nano retirándose rápidamente y haciéndome un guiño.

—¿Nos vemos entonces este fin de semana para ver la película de Almodóvar? —me dijo mi maestra una vez solos—. Es medio *outré*, pero te va a gustar. Será nuestro secreto… —ella levantó el dedo índice y noté que la uña, sin esmalte o color, estaba roída hasta la carne, casi sangrante. Temí que lo posara en mis labios, pero lo hizo en los suyos.

Fui el primero en mi curso al que pidió que la llamara Lelet. «Mis padres me decían Lele, pero lo cambié a Lelet en la universidad para darme más caché». Había llegado al colegio ese año e impuso una manera diferente de enseñar. «Estudia y no serás el juguete vulgar de las pasiones, ni el esclavo servil de los tiranos», nos machacaba al iniciar cada clase. Insistía en que tratásemos la literatura como algo vivo, con lecciones relevantes para nuestras vidas. Cuando las tareas escritas por los alumnos le resultaron aburridas (y copiadas unas de otras), las reemplazó por exposiciones verbales y por grupos de debate. Al principio fue difícil motivar a los alumnos, no acostumbrados a que les preguntaran su opinión o que les forzaran a pensar sobre lo leído en lugar de solo memorizar el quién, qué, cuándo y dónde que aparecían en los exámenes o pruebas. Así fue como logró que un libro oscuro como *El sí de las niñas* diera paso a un reñido debate sobre el poder de las tradiciones para controlar y oprimir en nombre de la «decencia» y de las «buenas costumbres». Que el autor tuviera que exilarse por opinar, con la Inquisición pisándole los talones, le hizo entender a un curso formado por una mayoría de estudiantes varones que hay derechos aceptados, en este caso que una joven pueda escoger su pareja, que en tiempos no tan lejanos eran censurados, y hasta prohibidos, bajo argumentos esotéricos que buscaban justificar y hacer cumplir por ley una mera

costumbre social o precepto religioso.

Organizaba también batallas con bolas de papel o nos hacía romper en cantos civilistas o dar saltos de tijera para espabilarnos luego de la merienda. Nos quería atentos, capaces de entender lo que trataba de enseñarnos. Su elocuencia provocadora, un carácter abierto y tratar a los estudiantes como colegas en vez de súbditos, le trajo no pocos problemas con la dirección y con algunos padres. A quien cuestionara sus métodos de enseñanza, lo convidaba a presenciar sus aulas. Quien lo hiciera, no insistía en la queja.

Encontrarme con alguien con quien ser yo mismo fue un gran alivio y me hizo sentir menos excéntrico. Comenzamos a vernos fuera del colegio para conversar sobre literatura o ver películas clásicas o de culto en el Cine Universitario, salidas que no pasaron inadvertidas a mis primos ni a otros alumnos que comenzaron a intrigar sobre lo que pasaba entre nosotros y que alcanzaron un punto álgido al verme subir al Lada de Lelet por primera vez.

Si había de creerles a mis compañeros, perdieron la virginidad en edades y circunstancias imposibles. El truco de mi quinceañero me permitía participar en ese simulacro de virilidad, pero sin dejar de preguntarme sobre cuándo *cambiaría*. Me creí enfermo, que mi caída de Titán tal vez me había dañado el cerebro. Cada vez que lo pensaba, sentía cosquilleos en la cabeza. Quise hacerme radiografías y exámenes, pero no quería alertar a la familia de que tenía un «problema». Tampoco quería terminar como un excompañero de colegio a quien los otros estudiantes —y hasta algunos profesores y curas— atormentaban con puyas y comentarios crueles. Era el cueco del curso, el paria. Apenas tendría catorce años y ya se decía haberlo visto con hombres *raros* que lo buscaban a la salida de la escuela. Y un día no volvió, ni supimos más de él, pero nadie lo echó de menos y solo se le recordaba por las burlas, toda su existencia definida por una caricatura fuera de su control. Hice lo posible por encajar, pero no sin antes sufrir un traspié.

Conocí a Gabo al comienzo del segundo año, mientras subía la cuesta hacia la entrada principal del colegio. Trigueño y espigado, llevaba el pelo lo suficientemente largo como para que se moviera de un lado a otro, como el de una chica. «A este los curas lo mandan a cortar el pelo», fue lo primero que pensé de él. Al pasar por mi lado, nuestras miradas se cruzaron y se me cortó el aliento. Logré levantar la mano para saludarlo, pero él desvió sus ojos azul oscuro y continuó caminando sin reconocer mi saludo. Averigüé que estaríamos en el mismo curso.

Su presencia desató en mí el afán por observarlo. Me sentaba en la parte trasera de la clase para espiarlo con disimulo. Fantaseé con mil maneras de cómo abordarlo, pero no me sobrepuse a mi timidez. Fue Nano quien me lo presentó. Era un alumno mediocre que participaba poco en clase y sin interés en lo que no fueran deportes y chicas. Me resigné a seguirlo por los pasillos del colegio, al principio con mucha cautela y luego con mayor atrevimiento.

Vi su cuerpo ir tomando las formas de incipiente hombría, la espalda que se ensanchaba, los brazos que perdían la delgadez de niño, las manos que comenzaban a cobrar una nueva fuerza. Con el pelo ya corto y labios carnosos, parecía un Elvis Presley joven, aunque tostado. No podía evitar mirar sus piernas cuando jugaba futbol en pantalones cortos y cómo comenzaba a llenar los largos. Esta constante vigilancia duró hasta el día que me lo topé en las escaleras, donde esperaba sentado en un peldaño, oculto tras el muro del pasamanos. «¿Qué es esta *seguidera*? ¿En qué andas?», me espetó. Comencé a tartamudear una respuesta, pero apenas pude entreabrir los labios. Deseé que me empujara y así quebrarme en mil pedazos como si fuese una estatua de hielo o de sal. Pero solo esperó mi respuesta y, al no recibirla, se levantó bruscamente y me hizo a un lado con un golpe de hombro: «Déjate de *ahuevazones* o van a decir que lo que andas es de cueco».

Me excusé de ir a la escuela al día siguiente alegando una fiebre y posiblemente llegué a tenerla. Temí que al regresar comenzaran las burlas de mis compañeros, pero nada sucedió, nadie me miró raro. Procuré sentarme al frente de la clase y ser el primero en salir. Me aterraba la idea de encontrármelo y reconocer una acusación en su mirada. La vergüenza y la paranoia me duraron por buen tiempo, pero, una vez superados, llegué a toparme con él varias veces sin notar una sonrisa burlona ni un gesto de reconocimiento. Volví a ser para él cual palmera en un tiesto.

Antes de salir para carnavales, mis primos me enseñaron los pasos de baile básicos de la salsa y del pindín, el «lava vidrios» del merengue y el emborracharme por completo para que no me importase. Iríamos en el auto de Ali, quien lo estrenaba ese año. Temí que mis primos fueran a pasar el rato indagando sobre mis quince y mi maestra, por detalles (y hasta mentiras, porque eso es lo que se espera de los *panas*), pero durante el viaje a Las Tablas estaban más interesados en hablar de sus borracheras y de sus arropes que de mis

secretos. Apenas los escuchaba desde el asiento trasero, pendiente de la carretera y en decirle a Ali cómo conducir.

—Tienes suerte, Tino, este año mis viejos se quedan en Panamá… —me dijo Ali.

—Sí, pero vamos a tener a las tías pendientes como linces —se quejó Nano—, no sé qué va a ser peor, si ellas o mamá…

—Yo voy en plan de estar tranquilo porque voy a encontrarme con Claudia, mi *novia*, y este —Ali hizo un gesto hacia Nano— tiene un *date* con alguien que conoció en el quinceañero de Mirtita, quien, por cierto, se la pasa preguntando por ti. Ahí tienes otro chance…

—Ey, sí, *ombe*, y ¿cómo te escapaste de ir? —añadió Nano—. Doña Mirta se muere porque salgas con la hija. Me preguntó que si estabas saliendo con alguien.

—Siempre anda con esas intrigas, que si «unir las familias», pero Mirtita nunca me ha echado los perros ni yo a ella. No sé cuál es el empeño… y no me has dicho de tu *date,* Nano… ¡Ali, cuidado! —unos gallinazos cubrían parte del carril, ocupados con algo muerto al lado de la carretera. «¡La fuerza aérea panameña!», alcanzó a bromear antes de desviarse en el último momento y casi chocar de frente con el auto que venía en sentido contrario.

—¡Aprende a conducir! ¡Chucha! ¡Deja, que conduzco! —gritábamos Nano y yo, aferrados a lo primero que alcanzamos, mientras se escuchaban bocinazos y chirridos de llantas a nuestro alrededor.

—Si no pasó *na*' —se burló Ali de nosotros.

—¡Chucha, Ali! No sabes conducir ni de verga… y Nano, cuéntame de ese *date* esperándote en Las Tablas —dije.

—¡No es un *date*! Ella es *fan* de Calle Abajo y quedamos en encontrarnos allá. Nada más.

—Sí, pero ¿a que trataste de besarla? —lo aguijoneó Ali.

—A ti no se te puede decir nada… —respondió Nano molesto.

—Que nos cuente Tino de la profe… —interrumpió Ali, vengándose de mis quejas.

—No empieces con las intrigas… —contesté.

—Todos estamos esperando que te la eches y nos cuentes —insistió Ali.

—*Tsk…* —respondí.

—Déjate de *ñamerías* o te la tumba Gabo —dijo Nano.

—¿Y eso? —alcancé a preguntar en el mismo momento que Ali frenó de repente para no chocar el auto de enfrente que había desacelerado.

—¡Esto es lo que pasa por coimear para sacar la licencia! —gruñó Nano.

—¡Eres un *foquin* sapo! —respondió Ali a la vez que le tiró un golpe que alcanzó a Nano en el hombro. Ambos comenzaron a pegarse mientras el auto pasaba de un carril a otro.

—¡Que nos matamos! ¡Viene un camión! ¡CAMIÓN! —grité.

Ali se desvió violentamente a una servidumbre de tierra y Nano se bajó del auto («¡liso!», gritó, y Ali le respondió: «¡atrevido!») para sentarse junto a mí. Ninguno de los dos mencionó que estuvimos a punto de matarnos y no se hablaron hasta llegar a Las Tablas.

Para la noche de carnaval ya habían hecho las paces y conocí a la pretendida de Nano, Aidé. Había llegado con unos amigos que se unieron a nuestra parranda. Lo que pensé que sería un encuentro estresante con nuevos conocidos, confirmó la gran verdad revelada por mis primos: no hay timidez o ansiedad que una botella de seco no cure. Entre murgas, salsas y pindín nos fuimos conociendo y, poco a poco, Nano y Aidé se fueron apartando del grupo.

Pasado en tragos, me senté en el borde de uno de los maceteros del parque Belisario Porras para descansar y se me unió uno de los chicos del grupo de Aidé, a quien encontré muy hablador y simpático, pero estaba tan borracho que apenas podía tenerse en pie. Me dejé ir por lo agradable del momento, él contando algo sobre el chupacabras y riendo de cualquier cosa que yo respondiera sin terminar sus oraciones. Tratando de escucharme —o de mantener el equilibrio— recostó el hombro contra el mío. Aspiré profundo el olor afrutado de su sudor al acercar mi rostro al suyo para hablarle. La presión constante y cálida de su brazo me transmitía un placer pulsante. Resistí la tentación de tocar su oreja con mis labios, aunque trataba de sentir su cabello en mi piel cada vez que acercaba el rostro. «¡Cueco!», gritó alguien desde algún lugar del parque.

Me levanté haciendo que mi acompañante se cayera de espalda, ya que llevaba dormido todo el tiempo que estuvo recostado contra mi hombro. Lo ayudé a sentarse («Casi me saco la chucha, *’jo*», lo escuché murmurar) y fui a buscar a mis primos. Logré llegar a una esquina del parque, pero el olor a carne en palito me hizo vomitar. El tufo del vómito me mareó aún más y me escurrí contra una pared. Me desperté al día siguiente ciego del dolor de cabeza en mi cama. Ali me vio caer y entre él y Nano me llevaron a la casa de sus tías, donde me desnudaron y dejaron en la cama antes de regresarse a carnavalear. Los escuchaba en la sala desayunando y el olor a huevos revueltos me volvió a marear. Al anochecer, ya estaba bebiendo de nuevo con

ellos.

Me pasé mi primer carnaval tableño borracho, *engomao* y en constante vigilancia a mí mismo. Nano me dio un *coaching* sobre tomar agua entre tragos y usar el vómito de manera más estratégica, para vaciar el estómago y continuar la marcha y de cómo hacerlo con discreción y sin ensuciar pies ni sandalias. Mi padre estaría orgulloso. Para el último día, me sentía enfermo mientras que Nano terminó el carnaval de novio de Aidé. No dejamos a Ali conducir de vuelta a la ciudad, aunque ninguno de los dos teníamos siquiera la licencia de aprendizaje. Nano hizo la ruta, mientras Ali y yo nos quedamos dormidos apenas encontramos el primer tranque vehicular.

Nano paró más tarde en una cantina a la altura de Capira. Ali no se despertó y yo estaba con unas ganas terribles de atragantarme de aspirinas y le supliqué que continuáramos, pero Nano ya se había estacionado y se bajaba del auto.

—Es otra hora o más de tranque y me estoy durmiendo… y qué importa que te estén esperando en casa. Un hombre hecho y derecho… —dijo Nano malhumorado.

—Lo que estoy es loco por tirarme en *mi* cama y dormir todo el día. ¿Y te refieres a mis quince?… ¿acaso mi tío les hizo el mismo «regalo»? Porque entonces no me invitaron…

—¡Qué va, *ombe*! Mi viejo no toca ese tema. La única vez que lo escuché hablar de eso fue aquella noche y creí que le daba un *yeyo*. Tu papá trató de convencerlo para que fuésemos «hermanos de bautizo». Menos mal que mi viejo se puso terco. No creo que hubiese podido.

—¿Y eso?

—Oye *mopri*, yo sé lo que tengo, pero con una puta… no sé… menos mal que mi viejo no quiso eso para nosotros… tú sí que eres un monstruo. ¡Y que echarte una puta del Cerrito! —y fue así como conocí el nombre de aquel horrible lugar.

Casi le confieso la verdad, pero no tuve la oportunidad porque arrancó a describirme su primera experiencia sexual y, encima, con una mujer mayor. No mencionó quién, pero yo sospechaba. Él se la pasaba hablando con la madre divorciada de un compañero de clase que no era su amigo. Entre bostezos, me entusiasmé en los puntos oportunos, pero sin poder evitar el temor de no conocer ese placer, que él describía con tanto entusiasmo, con una mujer.

—Las doñitas son tremendas. ¡Les encantan los muchachos!… pero hay que ser súper discreto porque la puedes meter en problemas. A la mía le puede costar la custodia de los hijos. Por eso

entiendo que no hables de la profe… —dijo Nano en tono de cómplice.

—Entre miss Elisa y yo no…

—¡Ya, ya! No me cuentes si no quieres, que no te traje el tema para sacarte información. Lo que sí te digo es que por salir con ella paraste un par de rumores.

—¿Cuáles rumores? —el comentario me despabiló por completo.

—No creas que nadie se dio cuenta de cómo mirabas a Gabo… menos mal que ya ni te fijas en él. Lo de tus quince te sacó de la *ahuevasón* y tus salidas con la miss lo terminó de arreglar. Ya nadie lo menciona. Lo que te falta ahora es la novia… tal vez Mirtita…

—¡No me falta nada! Y sobre esos rumores, nada que ver… —gruñí molesto—. ¿Y vas a continuar con la doñita ahora que tienes novia?

Nano entró de lleno en un enredo de justificaciones contradictorias sobre el cómo una cosa no tenía que ver con la otra, a lo que yo asentía mientras me carcomían las emociones por dentro. Me humilló que otros notaran lo de Gabo, pero también me divertía saber que yo mismo deshice esos rumores sin siquiera darme cuenta. Reconocí el valor de cómo uno debe portarse aun cuando se piense que nadie nos observa.

Al llegar a Panamá, tomé las aspirinas y me acosté, pero no conseguí dormir. Me tranquilizaba saber que mantenía mi reputación, pero me preocupaba que también había gente pendiente de lo que hacía o dejaba de hacer. ¡Cuánta envidia, Will Robinson, cuánta envidia!

10. El último año (1998)

«Bienvenida a mi aula», recibió Lelet a mamá. Era la última reunión de padres y profesores del año y ambas esperaban impacientes a mi padre.

—Mejor comencemos, profesora. Recuerde que la vez anterior no llegó… —dijo mamá.

—Recuerdo… adelante entonces. Su hijo…

—Disculpe, sé que en estas reuniones los profesores nos cuentan de cómo le va a Tino en las clases, pero yo tengo otras preguntas.

—Me parece. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué sale con mi hijo? Lo considero inapropiado… —Lelet controló el impulso de llevarse el dedo a la boca, pero entró mi padre y ella se levantó para recibirlo.

—Bien… respondiendo a la pregunta, que por qué salgo con Tino, no se tiene que preocupar, es todo muy inocente… —continuó Lelet, volviendo a sentarse.

—De todas formas, me parece… —«Calla, mujer, déjala hablar», la interrumpió papá guiñándole el ojo a mi profesora.

—Tino es un estudiante con un nivel de lectura mucho más avanzado que el resto del curso. Nuestras conversaciones son algo así como… como una tutoría informal. Sin embargo, tiene el derecho a comunicarme su incomodidad. Detendré esas salidas de inmediato…

—No, que no hay inconveniente… —interrumpió mi padre. «¡Que sí lo hay!», insistió mamá.

—Por favor, esos rumores son muy dañinos tanto para él como para mí. Les informo además que me caso el próximo mes de marzo.

—Ah… no sabía. Felicitaciones, eso me deja tranquila… —dijo mi madre.

—No cambia mucho, pero no importa. ¡Muy cierto que Tino es un chico brillante… y curiosón! Salió a mí… —dijo papá con un nuevo guiño—. Pero a ver, que tenemos en la casa un follón sobre si es

mejor que siga una carrera de abogado o en Administración de Empresas. ¿Usted qué opina?

—Bueno… no soy la consejera escolar, pero me parece que Tino es muy afín a las humanidades, sería ideal…

—¡¿Humanidades?! —exclamaron mis padres a la vez, compartiendo una sonrisa cómplice.

—No, profesora, que no queremos *ñángaras*[18] en la familia. Tino va a la universidad a prepararse para la vida, no a cerrar calles ni tirar piedras —dijo riendo mi padre.

Lelet simuló una sonrisa y continuó con el informe de mi desempeño escolar. Mis padres aún se reían entre ellos, cómplices, cuando salieron del aula.

—Mis intereses son para ellos un pasatiempo, no una vocación, por lo menos no una seria —le reproché a Lelet burlón más tarde, pero se tomó mi sorna muy a pecho.

—En este país la gente hace lo que sea por no seguir su propia vida. ¡Estudia lo que te dé la gana! —me dijo irritada—. Será mejor no vernos… o, por lo menos, hay que ser más cautelosos. No quiero problemas antes de mi boda.

—No le hagas caso a mi vieja, Lelet… ella ve fantasmas en todos lados, pero no va a hacer ningún escándalo. No es lo de ella.

—Tu madre quiere lo mejor para ti… ese también puede ser un problema… ¿Sabes cómo pasé mi adolescencia? —ahora fumaba, dejando las cenizas caer desde sus manos temblorosas—. Mis padres son evangélicos, gente «buena» de San Felipe, pero de pocos recursos y menos imaginación. De niña ni siquiera podía ver la televisión, solo la compraron para ver noticias y papá la guardaba luego bajo llave en un clóset. Lo primero que recuerdo *realmente* de mi niñez son los libros en la biblioteca del colegio, porque el único libro disponible en mi casa era la Biblia. Fue descubrir otro universo, como si mi vida se dividiera en dos.

—Yo siempre tuve acceso a libros y nadie supervisaba lo que leía.

—Esa no fue mi crianza. ¿Cuántas veces me corrieron de librerías por leer sin comprar? ¿Te imaginas a tus padres acusándote de «andar por la calle» por buscar libros? A mi viejo le gustaba dar correazos, a mi madre, la chancleta —me apenó la melancolía en su voz—. Más rabia les dio que, a pesar de mis lecturas robadas, no mejoraban mis notas. Yo leía lo que quería, no lo que tenía. Fue en secundaria que me convertí en la estudiante modelo, la primera en mi clase… Eso sí, seguí siendo invisible, con mis lentes heredados de mi hermana mayor, mis faldas demasiado largas y una delgadez que no

tentaba a nadie.

—Al menos estabas de primera…

—Sí, al menos… —ahora me tocó oír el sarcasmo en su voz—, al menos es *algo* para aliviar las burlas y menosprecios de mis compañeros con la estima y alabanzas de mis profesores. Solo al acercarse mi graduación mis padres comenzaron a mostrar un poco de orgullo por tener una universitaria en la familia.

—¿Solo un *poco*? —pregunté incrédulo.

—Es que eres un burguesito que piensa que ir de secundaria a universidad es como estar en primaria y pasar de un año al otro —apagó el cigarrillo con no poca rabia y prendió otro—. En mi caso, nuestro pastor decía que la universidad era el «trono del demonio».

—¿El *what*?

—Así como lo oyes. Y no estaba tan equivocado… ir a la uni me hizo ver mi crianza como un desperdicio, una jaula de palabras y golpes en nombre de hacerme una «niña buena y cristiana»… —dijo mientras se mordía la uña—. Ya no tengo relación con mi familia.

—¿Los perdiste cuando fuiste a la universidad? No te creo…

—Los perdí cuando dejé el culto y me fui de su casa. No hay medias aguas con ellos; se tiene que vivir la fe tal y como la interpretan. Todo encuentro es una batalla… no podemos estar juntos, simplemente, no es posible. Salir de esa tiranía moral fue un nuevo capítulo de mi vida, en el que continuaré hasta donde tenga que llegar.

—¿No los ves nunca? Eso está fuerte…

—Escuchar sus parsimonias y melindres me violenta. Tanta hipocresía, tanta prédica de un «dios de amor» enseñada a golpes o aterrorizando a niños con las llamas del infierno por «pecar» con la mente o portarse… ¡como niños!… Me sacan a flor de piel un rencor y una repugnancia que trato de superar, pero no puedo… ¡Lo que me gustaría ser estudiante de instituto de nuevo, pero sintiéndome como me siento ahora! Este es el consejo que te doy: duda de «lo mejor para ti», hazles caso a tus instintos y sé tú mismo. *¡Carpe diem!*

—*¡Carpe diem!* —brindé con ella y me invitó a ver esa noche la película *El amante,* basada en el libro de Margarite Duras, en el Cine Universitario.

Llegué caminando al cine y pronto nos sentábamos incómodos en sus butacas duras y estrechas. Terminada la película, fuimos a comer algo y a dar una vuelta, concluyendo la noche en el monumento a Balboa.

—¿En verdad crees que esa relación no le hizo a la autora algún

daño emocional? —le argumentaba, mientras ella escuchaba distraída.

—Bueno, dime tú —respondió. No entendí a qué se refería—. No te hagas el loco. ¿Acaso no te pasó lo mismo en tus quince? ¿Perder la virginidad con alguien mayor? Claro, que con mucho menos romanticismo… —traté de responder, pero solo logré tartamudear—. Eso no me escandaliza, aunque tu papá es bien cojonudo.

—¿Cómo sabes de eso?… además, mi viejo es un borracho irresponsable —respondí turbado.

—Se lo escuché a otros alumnos, no recuerdo quiénes… y sí… tu viejo es un poco pasado… cada quien debe encontrar su cuándo y su con quién sin que lo fuercen.

Puso la mano en mi muslo, pero a diferencia de la última vez que una mujer me tocó, no me paralicé. La miré para ver si quería que nos besáramos, pero ella continuó fumando y mirando al mar. Sentí que tenía que hacer «algo», actuar, pero no me atreví ni tampoco dije nada. Así continuamos hasta que (ante mi horror) amaneció. Era la primera vez que no dormía en mi casa o en la de mis primos. A Lelet le tomó más tiempo preocuparse, pero una vez lo hizo, le dio un ataque de qué-va-a-decir-tu-madre que me hizo jurarle que diría que después del cine seguí de largo con otros amigos. Condujo como loca por las pocas cuadras que nos separaban de mi casa.

Entré a mi cuarto por el lado de la cochera y unas horas más tarde, al sentarme a desayunar, nadie notó que no había llegado esa noche a la casa. Fue un gran descubrimiento. Mamá me preguntó por la película, mientras que papá estaba más interesado en saber sobre las «tutorías» de mi maestra. «Bien sabes que ya no salgo con ella», mentí y cambié de tema preguntando por el auto que me prometieron para mi graduación, lo que generó una discusión entre todos. «Nada de automóvil sin currar», sentenció papá, aunque mamá me consentiría más tarde con un Toyota Tercel de segunda mano en lugar del RAV4 nuevo que yo quería.

No volví a salir con Lelet por el resto del año, ni siquiera para tomarnos un café. Se casó con un profesor universitario, un tal Liborio, que conoció en un curso avanzado de literatura española. Para mi graduación en mayo, ya estaba embarazada y se mudaría con él a Chiriquí.

Antes de la ceremonia de graduación, Lelet reunió a algunos alumnos y nos ayudó a «escapar» del colegio para ir a la playa. ¡Cómo amenazaba su cacharro con volcarse cuando cruzamos el Puente de las Américas! Llegamos a la playa de Kobbe y del maletero

salieron cervezas, tarros de ceviche y bolsas con emparedados. Dejamos las puertas del carro abiertas con la música de Son Miserables a todo volumen. Lelet y yo nos sentamos cerca del auto, mientras los demás hicieron carrera para ver quién llegaba primero al agua.

Me anunció que esperaba ansiosa el nacimiento de sus hijas mientras encendía un cigarrillo. Fui el primero en saber que esperaba gemelas. La felicité (y, de paso, comenté que no debiera estar fumando). Me iba a responder cuando nos distrajo una algarabía en la playa. Le habían quitado el traje de baño a Gabo y lo retaban a que lo recuperara. «¡Gabo, Gabo, enseña el pavo!», se burlaban. Gabo les gritaba obscenidades y apenas mantenía la cintura bajo la superficie del agua. Y lo volví a *ver*: su torso desnudo, destellante en gotas de mar; sus pectorales y abdominales marcados; una espalda hendida y sinuosa como el asa de un ánfora de bronce, convergiendo al inicio de sus glúteos… me sobresalté cuando Lelet posó su mano en mi hombro.

—Está buenísimo, ¿verdad?

—Si te parece… —respondí tartamudeando.

—Sí, mucho… No tienes idea de cuánta falta me van a hacer ustedes. Todos son muy especiales para mí, tú en particular, ¿sabes?

Me sonrojé. Tal vez era la oportunidad de decirle cómo me sentía. Ella me miró curiosa, como si supiera que estaba por decirle algo, pero escuchamos gritar a Gabo. «Tuto, o me lo traes ahora mismo o las pagas por todos. Sí, tú solo», y el nombrado no tardó en entregarle la prenda. Gabo luego los correteaba, tirándoles puñados de arena y mentándoles la madre. Volvió a ser el apuesto chico antipático a quien había aprendido a ignorar. Traté de retomar el valor para hablarle a Lelet, pero ella comenzó otro tema.

—¿Viste el programa *Entre Mujeres*? —me preguntó y negué con la cabeza—. Lo anunciaron como lo que «quieren los homosexuales en Panamá», pero terminó siendo sobre travestis que exigían una «zona rosa» donde prostituirse sin que los moleste la policía…

—¡Guau! Increíble que RPC haya mostrado eso… parece una broma —respondí.

—Pues entrevistaron al líder de su grupo, la Asociación de Homosexuales de Panamá. ¡Imagínate! ¡la Asociación de HPs! Jeje… Debieron lloverle críticas al programa porque sacaron otro del mismo tema («debes leer menos y ver más tele», me aconsejó mi maestra) y presentaron a una pareja de hombres gai que negó que existiese tal organización o que los representase, que si algo «querían» era el fin

de la discriminación social y de empleo en Panamá. Los entrevistaron con los rostros ocultos y las voces distorsionadas, ¡ja! Al menos el primero dio la cara…

—Quizás porque tendría menos que perder —dije picado—. Me parece que la pareja se indignó lo suficiente con el amarillismo del primer *show* para atreverse a dar su versión…

—¿Por qué defiendes a esa jaula de locas? Por mí que se queden toditos bajo su piedra. No tenemos que enterarnos de sus… —me interrumpió irritada.

La había malinterpretado. La universidad no reemplazó del todo lo aprendido en el hogar. Finalmente, corté su monólogo homofóbico al preguntarle sobre la mudanza a Chiriquí y hablábamos de eso cuando regresaron los demás.

Me acordé de ella meses después cuando el mismo dirigente que reclamaba por una zona rosa anunció que crearía un partido político si no se permitía una carroza gai —en realidad, una para travestis— en los próximos carnavales y amenazó con hacer públicos los nombres de homosexuales dentro del gobierno. Esto alborotó el sensacionalismo de los medios, que dieron a esa «noticia» toda la prioridad que exigían sus *ratings*, hasta que el ministro de Gobierno, Raul Montenegro, les salió al paso diciendo que debían dejar el morbo porque «en toda familia se dan esos casos». El ministro añadió, en un gesto de tolerancia entonces inédito en un funcionario panameño, que también le parecía «justo» que los homosexuales estuviesen agremiados. Me tentó discutir estos nuevos eventos con Lelet, pero había aprendido mi lección: hay temas de los que no se puede hablar sin entrar en sospecha.

Ella dio a luz a sus hijas poco después, en David, donde su marido enseñaba literatura en la sede universitaria local y no la volví a ver hasta años más tarde.

18 Simpatizantes de ideologías de izquierda.

11. Los novatos (1998)

«Conocer a la familia de Aidé fue bien *freaky*», me contaba Nano. «El viejo Sardis, don Pierro, es medio inmamable, pero fue aflojando con el vino». Estábamos en el balcón del apartamento que compartía con Ali en vía Argentina celebrando que era el novio oficial de Aidé.

—Demasiado medieval… son unos griegos muy chapados a la antigua… hasta me dijo que pensó en no mandar a Aidé a la universidad para que «no se le dañara», que ninguna mujer en su familia había ido y todas salieron buenas madres, pero que ella era inteligente y sería la primera universitaria de la familia. Que con la otra hija, Élena, la menor, ya vería…

—Fuerte… aunque mis abuelos tampoco presionaron a mi vieja para ir a la uni… es cosa de otra generación… —dije sintiendo de repente conmiseración por mi madre.

—Me recordó a miss Elisa y el «sí de las chicas»…

—De las niñas… —corregí.

—Pues lo que dije, *ahuevao*… que si ellas quieren y pueden, que vayan. No sé cuál es la vaina con eso. Eso sí, si se enteran de que tengo ahora apartamento propio capaz no la dejen salir conmigo nunca más…

Ali luchó por años para que sus padres le alquilaran un apartamento cerca de la universidad, pero tuvo que esperar a que Nano comenzara sus estudios ahí para conseguirlo. Era el típico apartamento de estudiante en un edificio viejo en vía Argentina con dos cuartos, un balcón hacia la calle y un elevador que a veces no funcionaba. «Vamos a hacer una *fiestanga* para inaugurar el apartamento y me tienes que ayudar a organizarla o se ofrece Aidé, ¡y entonces Ali sí me mata!».

«¿Vamos al balcón?», me preguntó Élena. Aidé me presentó a su

hermana y apenas nos saludábamos cuando Ali irrumpió en el grupo gritándole a Nano que explotaron unas cervezas olvidadas en el congelador y quería que lo fuese a limpiar «en ese mismo instante». Se enfrascaron en una discusión a gritos en la que también se unieron sus novias. Traté de calmarlos, pero cuando mi mirada se cruzó con la de Élena, me invitó al balcón para escapar de la pelea boba. Simpatizamos de inmediato —me pidió que la llamara Lena— y terminé pasando el resto de la noche hablando con ella. Su soltura y perspicacia me recordaban a Nancia, pero sin el cinismo ni el sarcasmo. Cuando Aidé le hizo señas para irse, me dio su número. «Si contesta mi madre no me va a dar tu mensaje, así que insiste hasta que yo o Aidé contestemos». «¿Y por qué no te daría mi mensaje?», pregunté. «Porque piensa que soy demasiado chica para que me llamen muchachos. Y eso que ya tengo dieciséis, ¿te imaginas lo ridícula?».

No le telefoneé, ni pensaba hacerlo, cuando semanas más tarde fui yo quien recibí su llamada. «Es una muchacha», me anunció mi madre sorprendida. Era la primera vez que eso ocurría y tomé el teléfono, extrañado. Reconocí la voz de inmediato.

—Hola. Quería preguntarte si me habías llamado —mi madre me espiaba y le hice un gesto irritado con la mano para que se alejara.

—No, no lo hice… err… no pude… pensé hacerlo… —trataba de encontrar una excusa.

—¿Almorzamos mañana? —me interrumpió.

—Cómo no… cómo no… ¿te parece el Manolo de vía Argentina?

—Regio. Mañana a mediodía —colgó de manera abrupta como si alguien también estuviese pendiente de la conversación de su lado.

«¿Quién era?», me interceptó mamá camino a mi cuarto. «¡Una amiga!», contesté irritado antes de cerrar la puerta, dejándola tararear sola por la casa. Me sentía emboscado. La había pasado bien con ella en la fiesta de mis primos, pero no me interesaba verla a solas. La llamé para cancelar, pero al primer timbrazo colgué.

Al día siguiente estaba más tranquilo. Era un almuerzo; sería cortés, pero desinteresado y no la volvería a ver. Llegué puntual, pero no había señal de ella. Disfrutaba de la esperanza de que me hubiese dejado plantado, cuando la vi acercarse por la vereda. La saludé sin recordar su nombre. Ella no tenía una actitud coqueta ni expectante; al contrario, se sentó a la mesa riéndose de mi turbación y de mis disculpas y comenzamos a conversar con la confianza y desenfado de la fiesta de Nano. Traté de impresionarla mencionando a *Siddhartha*, que recién terminé de leer, pero me comentó que ella era más *Juan*

Salvador Gaviota y *Cosmopolitan*, aunque me dejó explicarle la obra de Hesse mientras me miraba atenta.

—Tú como que eres medio gato solo… —me dijo—, quiero decir que te gusta estar en tu propia cabeza, aunque estés entre un gentío.

—Bueno, ni tanto… —traté de defenderme.

—Pues si te dejo, sigues hablando de ese libro porque te gusta y lo entiendes, pero no te preocupa en lo absoluto que a mí no me interese…

Me sonrojé al no encontrar cómo defenderme de su observación. Reconocí que me refugiaba en mi cerebro cuando me sentía nervioso, pero no se lo admitiría. Ella notó mi sosera y tocó mi mano. «No, si me gusta que no vivas pendiente de complacer a nadie…», me dijo. Le sonreí aun a sabiendas de que lo que decía no era del todo cierto. Continuamos el almuerzo hablando de nuestras familias y de sus designios para nosotros hasta que pedí la cuenta y ella trató de pagarla. Lo tomé como una cortesía, pero insistió. «Quien invitó el almuerzo fui yo. Ya te permitirás galanterías cuando te las ganes…». Las salidas de esta «chiquilla» me descolocaban. La mesera nos miró indecisa hasta que me entregó la cuenta a pesar de las protestas de Lena. «Déjelo, señorita, que para eso es que sirven», le dijo, pero ella insistió hasta que logró pagar su parte. Al salir juntos del restaurante, me ofrecí a acompañarla. Caminamos juntos por las calles tranquilas y sombreadas de El Cangrejo hasta que nuestras manos se rozaron y entrelazaron. Sentí en ese contacto inocente —y a la vez íntimo— la euforia de pertenecer. Para cuando la dejé en su casa en El Carmen estaba enganchado.

Mi estómago se alteraba cuando nos encontrábamos en el parque Andrés Bello de vía Argentina. Descubrí el placer de una caricia, el olor de su piel sin perfumes, y de besarla, no importaba si fuese en el dorso de la mano o en la mejilla, por no decir en los labios. Descubrí que ser como los «demás» es saber reconocer a los fanfarrones que hablan de unos placeres que piensan ser similares a manosearse a sí mismos, desconociendo el goce mágico del aroma, sabor y calidez de la piel ajena.

Al principio, Aidé le ofrecía coartadas a su hermana para vernos, pero acabó de chaperona. Era la mayor, la obediente, la «perfecta» y la «bonita», una chica yeyé a la griega, mientras que Lena era la rebelde, la contestona, la que no sabía adivinar lo que sus padres querían de ella, desatando cada vez mayores conflictos. A los dieciséis años, estar conmigo fue su escape de un mundo que no podía satisfacer ni quería intentarlo. Comenzamos a *chifear* a mi primo

y a su novia para evitar los mismos remilgos que Nano tenía que observar con Aidé, quien insistió en esperar hasta llegar al altar, o sea, *arropes* por aquí y por allá, pero nada más.

Mi auto se volvió nuestro *arropatorio* preferido. A pesar de disfrutar de estos encuentros, no conseguí ir más lejos, mientras que Lena quería deshacerse de su virginidad con la misma prisa de cualquiera de mis compañeros varones de colegio. Yo compartía su deseo, pero si intentaba abrirme el pantalón, mi erección desaparecía en un nervosismo que no podía controlar.

Sus padres se enteraron de nuestras salidas y amenazaron con llamar a la policía si continuábamos, por ser ella menor de edad. Su viejo la buscaba al salir del colegio y la madre la acompañaba a cualquier otro lugar, ya sin confiar en Aidé, aliviada de no tener más esa responsabilidad. Nos comunicábamos por teléfono en inglés si uno de sus padres intentaba escuchar desde la otra línea.

—Aidé dejó de dar excusas y simplemente dijo no saber dónde estaba.

—¿Por qué te tuvo que sapear? ¿Qué gana con eso? —le pregunté.

—¡Porque ella es así! ¡Todos ellos son así! Quieren doblegarme a punta de hierro…

—Te entiendo más de lo que te imaginas, aunque en mi casa no son tan severos…

—¡Porque eres varón! Las reglas son distintas. Mi madre me acusó de portarme como una *skyla*, como una puta.

—Chuta, Lena… fuerte. ¿Y qué hiciste?

—Pues gritarle que la perra era ella… lo sé, lo sé… me arrepentí tan pronto lo dije, pero antes de poder disculparme, papá me dio una bofetada que me tiró al suelo. No sabes cómo tengo la cara… te tengo que dejar, mi madre acaba de regresar.

Le prometí pasar por ella a medianoche, esperarla en la entrada de las canchas de tenis del parque Juárez en El Carmen. Noté la marca del golpe en su rostro cuando subió a mi auto; la abracé y comencé a besarla. «Vamos a un *push*, ¿quieres? Necesito *estar* contigo…», me pidió con labios temblorosos. Tomé rumbo a la Tumba Muerto confiado en encontrar un motel en esa vía (mis *pasieros* no hablaban de otra cosa), mientras escuchábamos «Mi historia entre tus dedos» en la radio. Escogimos el motel más fácil de identificar y, luego de estacionar, fue Lena quien encontró el botón para cerrar la cortina de metal. Ella notó mis nervios y tomó mi mano mientras esperábamos que abriera la puerta del cuarto.

Era un lugar simple, con espejos enormes en las paredes y en el techo que amplificaban nuestra presencia. Al acercarnos a la cama, me echó los brazos al cuello y sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo. Se separó y me miró a los ojos: «¿Es que no quieres hacerlo *conmigo*?». La forma como dijo esa última palabra me hizo sospechar que sabía lo de El Cerrito. ¡Ese Nano! Traté de borrar ese recuerdo, pero cuanto más insistía, más recordaba la sonrisa burlona de mi puta de cincuenta balboas. Le dije que lo tomáramos con calma, que era *su* primera vez, pero ella bufó. Nos acostamos vestidos y empezamos a acariciarnos, pero, por más que mis manos recorrieran su cuerpo, no lograba excitarme. Lena se sentó sobre mi estómago y lentamente comenzó a quitarse la blusa revelando sus pequeños y firmes senos. Nomás los toqué, cerró los ojos y dejó escapar un gemido. Me hizo quitar la camisa y comenzó a besarme el pecho sin lograr que sintiese algo especial. Tanto insistió, que intuí que era algo que también esperaba de mí. La sentí estremecerse en mis brazos. Me besaba con pasión (sentía sus labios y su lengua en mi rostro), me desabrochaba torpemente el pantalón. Le retiré las manos de mi cierre y comencé a abrirlo en tanto ella se quitaba los pantalones y la ropa interior de un tirón. Nos besamos y acariciamos hasta que tomó mi mano y la puso en su sexo. Estaba húmedo y cálido como una herida, pero lo que me cortó fue sentir su mano en mi miembro flácido. No había logrado una erección y su tacto hizo que me separara de su abrazo y me sentara en la cama. Pronto sentí su pecho contra mi espalda.

—No estés nervioso… siempre funciona cuando estás vestido… es cuestión de… —me dijo. La besé, haciendo un nuevo intento por excitarme, pero fue inútil.

—No puedo, Lena, lo siento…

—O sea, ¿lo hiciste con una puta con un gentío esperándote y conmigo no puedes?… —dijo molesta, pero casi de inmediato suavizó la voz—: ¿Es que no te gusto? ¿Crees que mis senos son muy pequeños?… —sus ojos de pronto se achisparon y dijo cortada—: ¿Sabes qué? ¡Llévame a casa!

—Espera, espera… —dije tratando de buscar una solución y de pronto recordé un cuento que le escuché a uno de mis *panas*—. Te puedo hacer sexo oral… sería también mi primera vez… es algo que podemos conocer juntos.

Ella se quedó pasmada y dijo sentirse incómoda, pero, ante mi insistencia, aceptó. Ambos experimentamos esa noche hasta que ella logró un orgasmo, el primero. No llegué a excitarme, pero estaba satisfecho por haberle dado ese placer inesperado, aunque le pedí

que no se lo contara a nadie: el *pana* que tan cándidamente contó esa historia terminó con el mote del Chupacabras.

No volvimos a estar juntos hasta un fin de semana de playa en Coronado. Nano quedó de juntarse con Aidé sin que los padres lo supieran. Acepté acompañarlo porque no dejaba de pensar en esa noche del *push*. Recordar el placer de Lena me excitaba. El plan con Nano era alquilar un cuarto cerca de Coronado y dejar pasar lo que pasara.

Mientras Nano y Aidé se bañaban en el mar, me retiré con Lena a unas dunas cercanas para arropar y, entre el calor, la arena y los mosquitos, entré en ella. Fue una sensación de placer y de conquista, de estar unido a ella por completo y de dejar atrás una carga insoportable. Al terminar, me adormecí besándola, seguido por el pánico de verla sangrar. «No te preocupes, ya me tocaba la regla», resolvió ella. Fuimos entonces al cuarto de alquiler y volví a poseerla en la ducha (no queríamos dejar manchas en la cama). Cuando le advertí que Nano y Aidé podían llegar en cualquier momento, soltó una carcajada que me hizo reír a mí también y volvimos a estar juntos, esta vez en la cama. De regreso con los suyos, Aidé la agarró del brazo y se la llevó aparte.

—¿En dónde andabas? No me niegues que sabías del *foquin* cuarto de alquiler.

—¿Y por qué no fuiste con Nano? ¡Es tu *foquin* novio!

—¡Con nuestros padres aquí al lado! ¿Qué se cree Nano que soy? ¿Quiénes se creen *ustedes* que soy?… pero te pregunté en dónde estabas…

—No tengo más que decirte a menos que quieras seguir esta pelea frente a los viejos y se enteren que viniste a verte con tu novio a sus espaldas… —respondió Lena. A partir de ese fin de semana, Aidé fingía no verme si nos encontrábamos en la universidad.

Se acercaban los carnavales y Nano, que los pasaría en Las Tablas, me ofreció las llaves del apartamento por si quería llevar a mi novia «o lo que pescara», pero ella iría a Coronado y no me veía «pescando» a nadie, como bien sabía que hacían mis primos. Los planes cambiaron cuando don Pierro fue hospitalizado por tener la presión alta y la familia se quedó en Panamá. Recibí la noticia el día en que mi madre me regañó porque alguien colgaba cuando contestaba el teléfono y sospechaba que era Lena, a quien no le gustaba hablar con mi madre porque le hacía demasiadas preguntas. La llamé (también colgándole primero dos veces a su madre) y quedamos en vernos esa noche en el apartamento de mis primos.

—¿Todo bien con tu viejo? Espero no sea grave… —pregunté preocupado.

—No es gran cosa. Padece del corazón y cuando se descontrola, que sucede con frecuencia, se le sube la presión y pasa la noche en el hospital bajo observación.

—Ojalá no sea por lo nuestro…

—Si lo fuese, no me importa. Pelea con todo el mundo… si algo lo mata, no seré yo… —sentí que la conversación se tensaba.

—Bueno… ¿quieres ver una película? Podemos también ir…

—No, está bien. Cogemos otra vez y me llevas a casa.

—Ey… —había logrado irritarme—, me gustaría hacer otras cosas que estar en cama…

—¿Como qué? ¿Ir al Cine Universitario a ver películas que me duermen? ¿Comer en Amador mientras me hablas de algo que leíste? No, gracias, prefiero coger.

—¡Tal vez tus viejos tienen razón y andas media suelta! —respondí picado.

—¡¿Así que ahora soy puta?! ¡¿Es eso lo que piensas de mí?! —gritó furiosa.

—¡Pues como novio no me tratas! —quería herirla tal como me había herido. Se levantó como un resorte de la cama y comenzó a vestirse. También me levanté y traté de calmarla.

—¡No me toques, hijo de puta! —retiró mi mano de un manotazo y salió del cuarto sin esperar a que me vistiera.

La alcancé en el pasillo, frente al elevador que no llegaba, pero me detuvo su mirada furiosa. «Hijo de puta, hijo de puta», gritaba mientras bajaba por las escaleras. Me encontré mirando la cara de la vecina de Nano, que había salido a ver qué pasaba y que cerró la puerta de un portazo cuando me vio en el pasillo en calzoncillos mientras mi madre era mentada en plena cuadra.

Pensé que habíamos terminado, que no me perdonaría, hasta que Dominga vino a mi cuarto al día siguiente a quejarse de que alguien colgaba cuando ella contestaba el teléfono y que sabía que era «la maleducada» de mi novia. Esperé al siguiente timbrazo y en efecto era ella. «Perdóname, fue una estupidez lo que dije…», me apresuré en hablar primero. «Eso ya no importa… cuando llegué a casa mis padres estaban esperándome», me respondió mientras pude percibir que alguien tomaba la otra línea y comencé a hablar en inglés. «¡No importa que estén escuchando!», me interrumpió feroz. «Porque de ahora en adelante yo salgo y entro en esta casa cuando se me dé la gana y, a menos que me encadenen, ¡se lo van a tener que

aguantar!… y como me vuelvan a poner la mano encima, ¡a la PTJ[19] la llamo yo! ¡Eso se acabó!…», dejó en claro a quienes estábamos en la línea.

Sus padres la amenazaron con enviarla a vivir con los abuelos a Grecia, pero esas amenazas ya no le importaban.

19 Policía Técnica Judicial.

12. Despistado (agosto-septiembre de 1998)

«Llámame Edú», me pidió Eduardo cuando lo conocí en el cumpleaños de Nano. Vestía ropa negra ajustada (muy ajustada) y llevaba gafas oscuras en plena noche. Mi primo lo presentó como un amigo de Aidé. Le estreché la mano, un apretón firme y prolongado por unos segundos más de lo necesario, y él se quitó las gafas. Sentí algo invasivo en sus ojos, que retiré los míos. Me disculpé y fui a conversar con otros invitados. Nuestras miradas coincidieron varias veces, pero era siempre yo quien apartaba la mía, como partícipe de un juego que aún no sabía jugar. «¿En qué andas?», me susurró Ali. «Nada», contesté apresurado y salí del balcón a buscar otro trago.

Sacaba una cerveza del refrigerador cuando alguien me tocó el hombro. Era Aidé; había encontrado el estuche de pastillas anticonceptivas de su hermana y me acusó de ser un *maláka*[20] descarado que mataría a su padre a disgustos. Le aclaré molesto que con quien tenía que hablar era con Lena y apenas contuvo el impulso de abofetearme. Regresé al balcón porque no continuaría la cantaleta frente a Nano. Edú aún estaba en su esquina y me sonreía. Le ofrecí traerle una bebida.

—Así que eres el *notorio* novio de Lena —dijo en un tono burlón cuando regresé.

—Sí, pues, el mismo… —dije sin encontrar qué más decir.

—¿Y qué estudias? —preguntó por fin, sin saber que esa era una de mis letanías favoritas, el cuánto odiaba estudiar Leyes.

Me escuchó con paciencia, a pesar de que ambos sabíamos que yo podía dejar esa carrera cuando quisiera, hasta que me interrumpió para hablarme de sus clases de Arquitectura, de cuánto *amaba* esa carrera. «Corre en la familia, aunque lo mío es más diseño que estructura. Mi ilusión es ir a la Universitat Autònoma de Barcelona y que me mantengan mis hermanastros mientras estudio, jeje, que mal no les va a esos dos gordos». Se entusiasmó cuando le comenté

dónde vivía, llamando a Graça una obra imponente. Casi lo corrijo cuando la llamó «vernácula», pero dejé pasar ese comentario que contradecía la intención de mis abuelos en recrear su madre patria en Panamá.

—Yo vivo con mi madre en Paitilla, en un apartamento… diría *too much*… Preferiría vivir en una casa hecha a la medida como la tuya o construirla desde planos.

—Ni tanto, a menos que también tengas una familia grande…

—Solo somos mi madre y yo… mi viejo nos dejó hace unos años para irse a Venezuela con una nueva conquista amorosa.

—Ah, divorciados.

—Aún no, necesita primero que la que lo mantiene allá se quiera casar. Así fue como llegó a Panamá. Es más *playboy* que arquitecto. Abandonó a su primera mujer y a dos hijos en España para juntarse con mi madre. Tan pronto la embarazó y ella consintió casarse, se divorció. Ahora seguro anda en las mismas. Ya verás que cuando convenza a la venezolana, se divorcia de mi madre. Lo sigue esperando, ¿sabes?… y, mientras lo espera, resuelve con dildos, pastillas e iglesias. Ya ni sé en cuál religión anda o cuáles pastillas usa, pero han sido muchas. Catolicismo, budismo, santería, de vuelta al cristianismo. Reemplazó los zapatos y las carteras por el *shopping* espiritual.

—Parece que lo que necesita es un médico… —carraspeé al decirlo—. Perdona, no quise ofender…

—No pasa nada. Ambos andamos en terapia —pausó para ver mi reacción—, aunque las pastillas de mi madre son más divertidas que las mías y cuando las mezclas con alcohol…

Era una conversación sórdida que, contada de esa manera tan despreocupada, hallé irresistible. Cuando tocó cantarle al cumpleañero, Edú se paró a mi lado y hubiese jurado sentir su mano rozar la mía, el calor de su cuerpo. Una vez terminó la fiesta, me tentó pedirle su número de teléfono, pero al despedirme de él no lo hice.

Semanas más tarde coincidimos en la universidad. Los universitarios se alzaban contra el intento de reelección del presidente Pérez Balladares. Quienes protestábamos nos refugiamos en el campus universitario para escapar de la represión de los antimotines. Edú y yo coincidimos, anónimos entre la multitud que también buscaba refugio en el mismo lugar. Al reconocernos, tratamos de hablar, pero el fragor de las consignas de protesta nos obligó a acercar los rostros para escucharnos. Volví a sentir las mismas sensaciones eróticas de aquella noche de mi primer carnaval, solo

que ahora estaba sobrio. Edú puso la mano en lo bajo de mi espalda para decirme algo y disfruté del contacto hasta que, temiendo que alguien lo notara, hice que la quitara con un giro leve de mi torso. Antes de marcharse, me invitó a ir al cine en vía España el siguiente domingo. Acepté sin pensar en preguntar qué veríamos o pedirle su número.

Lo esperé en el cine hasta la última tanda, pero no llegó. Regresaba a mi auto, molesto por el plantón, cuando él detuvo el suyo frente a mí con un frenazo ruidoso. «Sube, demos una vuelta», dijo sonriente y sin disculparse. Obedecí de mal humor y él aceleró con estrépito para salir del estacionamiento en dirección a la calzada de Amador. Durante el camino, se la pasó cambiando de estación de radio sin terminar de escuchar ninguna canción. Cuando por fin llegamos a isla Perico, nos sentamos en un pequeño restaurante de comida típica, Mi Ranchito.

—No te enfades, *por fa* —inició Edú nervioso—. Me cuesta ser puntual y, además, las películas que tenían en cartelera eran todas pura mierda.

—Si no te interesaba ninguna, pudimos hacer otra cosa…

—¡No tengo tu teléfono!… y lo de la película fue lo primero que se me ocurrió.

—Bueno… eso se arregla fácil —dije mientras intercambiábamos números—. ¿Vas a la próxima marcha contra la reelección? Nos podemos encontrar…

—No voy a marchas… —respondió seco—. Estaba en aquella porque te vi y fui a saludarte…

—¡¿Cómo?! ¡No me digas que estás a favor de la reelección! Eso es volver a la dictadura… —respondí ignorando que encontrármelo no había sido una coincidencia.

—Para, para, que no estoy a favor de eso. Lo que no creo es en cerrar calles, tirar piedras, quemar llantas y ser correteado por antimotines. ¿No quieres la reelección? Pues ve y vota por el No. Así de sencillo…

—Ah… aunque es necesario que el gobierno se entere de que no vamos a volver…

—¿Y ya decidiste qué vas a estudiar si dejas Leyes? —me interrumpió.

Me animé hablando de mi tema favorito y perdí la cuenta de cuántas cervezas tomamos. Cuando cerraron el local, Edú propuso continuar la charla en un lugar cercano que él conocía. Era en una de las calles aledañas al bulevar del Prado, cerca del edificio principal de

la Comisión del Canal. Estacionó el auto lejos del tráfico, casi escondido bajo las ramas de una palmera enana, y rodeado de otros edificios de la Comisión, oscuros y silenciosos a esa hora de la noche.

—¿Quieres fumar *bate*? Marihuana, por si no entiendes —me ofreció.

—*Nah*, ya probé eso una vez y no me gustó. Me dio paranoia…

—¿En serio no quieres un jale? Vamos, que esta no te va a dar un *bad trip* como la porquería que probaste antes —dijo sacando una pipa de la guantera.

—Si quieres darte el toque, dale, pues —respondí decidido a no dejarme presionar.

Bajamos los vidrios mientras Edú fumaba tarareando una canción de Arjona. Me acomodé en mi asiento, pero la poca brisa no aliviaba el olor cáustico del humo ni el bochorno nocturno. Me explicaba sobre las diferentes semillas y sus efectos hasta que me quedé dormido. Desperté de un sobresalto; Edú tenía la mano dentro de mi pantalón y me tocaba a través del calzoncillo. «¡No vuelvas a hacer eso!», grité al sacarle la mano de un golpe.

Edú se llenó de excusas, que si había bebido demasiado, que si la yerba, que él nunca había hecho eso. Le pedí regresar de inmediato a mi auto, pero él siguió parloteando bajo el efecto de la droga. Solo cuando amenacé con buscar un taxi, encendió el motor y nos regresamos a la ciudad. Al llegar a la vía España, me preguntó si lo perdonaba. Lo miré a los ojos por primera vez desde mi sobresalto. Él me sostuvo la mirada vidriosa hasta que le dije que sí y se marchó sonriendo. Al llegar a casa me tiré en la cama excitado. Comencé a masturbarme, pero fue pensando en Lena que logré terminar.

Decidí no volver a verlo, pero no dejaba de pensar en su frivolidad, su sonrisa… sus labios. Si me llamaba, le diría que no lo hiciera más, pero no lo hizo; no importaba cuántas veces le preguntase a mi madre o a Dominga si tenía algún mensaje.

Se acercaba el día del referendo, el 30 de agosto, y no se hablaba de otra cosa en el país, en especial de un posible fraude electoral, como los vividos en la década anterior. Aunque mi padre y tío Nino apoyaban las reformas que abrieron la economía y privatizaron servicios públicos, no soportaban los caudillismos y recelaban de los «imprescindibles». Mi madre y Nancia aplaudían la militancia de sus hijos. «Los criamos bien», le decía Nancia a quien la escuchara. Así se acercó la fecha del voto, mi madre me rogó no salir, ni siquiera a la

universidad. Yo continué apoyando las protestas, aunque la represión contra los estudiantes era cada vez más feroz. En medio de ese ambiente tenso, Edú telefoneó y yo contesté la llamada.

—Ey, ¿qué haces? —esperó mi respuesta, pero, al titubear, continuó—: Te debo ver una película…

—No te preocupes por eso… no estoy como para salir mucho ahora… —traté de mentir.

—Pensé que no te perdías ninguna protesta… —insistió.

—Faltan pocos días para el voto y mejor me quedo tranquilo… —me avergonzaba lo banal de mis palabras; tanto enfrentar a antimotines para que su voz me turbara.

—¡Podemos alquilar la película! —dijo Edú entusiasmado—. Resuelto, ¿qué dices, mi apartamento o tu casa? Aunque *muero* por conocer tu casa…

—Sí, la casa… aunque acá, con mi familia…

—¡Me encantaría conocerla!… me refiero a la casa. ¡Entonces mañana! ¿Te parece a las cinco? —preguntó resoluto.

—Sí… bueno, mañana, a las cinco —dije vencido.

Al llegar al día siguiente, Edú corrigió su impresión original de Graça: «Muy sui géneris», la declaró. Mi madre lo encontró un joven educado, con aires de *rabiblanco*. Le hizo innumerables preguntas hasta quedar satisfecha. «Encantador… eso sí, usa demasiada colonia. Solo una gota basta…». Dominga lo encontró «muy *fino*». «A ese no lo conoció protestando, ¿a que no?», sentenció. Una vez solos, vimos la película escogida por él, *Clueless*. Esperaba que insinuara o comentara sobre lo sucedido en el auto, pero él veía absorto la película, moviendo los labios a la par de los diálogos. Al terminar, Edú aceptó el café que le llevó Dominga sin haberlo pedido. Ella se quedó un rato «limpiando», pero esperamos a que se marchara para hablar libremente.

—Si te gustó, te encantará el libro. Está basada en la novela *Emma* de Jane Austen —comenzó Edú.

—Pues me gustó y buscaré el libro, aunque con todas las clases perdidas…

—¿Y cuál fue tu personaje favorito? —interrumpió Edú rápidamente.

—No estoy seguro… tal vez Cher, quien cambió de manera de ser —respondí dudoso.

—¿En serio? Pues el mío es Christian.

—¿Christian? —dije en un tono alto y me sonrojé—. Pensé que dirías Travis…

—Porque fuma monte, ¿no? —respondió con sorna, haciéndome mirar para estar seguro de que no nos escuchaba nadie—. Muy original…

—Baja la voz, por favor, que Dominga es bien vida ajena… mira, para mí él calentó a Cher para después dejarla colgada. Además, es… superficial y egocéntrico. No me lo creí cuando salió a defender a Tai en el centro comercial.

—Pues también es el único personaje que sabe quién es desde el principio y que no le importa la opinión de nadie, quien no se deja ningunear y tiene los suficientes cojones para hacer lo que quiere y enfrentarse a cualquiera.

—Pero desaparece en la segunda mitad…

—¡Exacto! —me interrumpió Edú—. Porque después de salvar a su compañera, es *ella* quien se hace popular, mientras que él, luego de ser declarado un *cake boy*, se vuelve *tan* invisible que desaparece de la trama, sin siquiera estar entre los invitados de la boda al final. En el libro el personaje no termina así, sino con pareja… —se detuvo con un gesto de frustración—. Es mucho lo que aún no sabes sobre cómo funciona este… mundo, pero te prometo que vas a aprender.

Decidí dejar a un lado lo ocurrido aquella noche en su auto para amistarme con alguien a quien encontraba diferente y estimulante. A partir de ese día, nos hablábamos por teléfono con frecuencia, aunque yo continuaba poniendo excusas para no estar a solas con él.

Por fin llegó el domingo del voto y la familia se reunió en Graça a esperar el desenlace en un ambiente de incertidumbre y de conflicto. Los hermanos Pablós mantenían una actitud filosófica ante la posibilidad de la reelección; entendían los riesgos al estado de derecho, pero apoyaban la continuidad de las reformas económicas, mientras que sus mujeres no aceptaban semejante compromiso. Para ellas, aceptar a un poderoso que rehusara irse era una actitud ingenua y antiética luego de lo sufrido bajo Noriega. Terminaron sentados en grupos separados escuchando las noticias con los jóvenes orbitando alrededor de ellos. Para sorpresa de todos, los resultados preliminares dieron una ventaja clara al No. Esa noche hasta mi madre bebió de más. Al día siguiente se confirmó la victoria contra la reelección por una mayoría apabullante. No solo dos terceras partes de los votantes se opuso, sino que *todo* funcionó: el voto fue pacífico, las reglas del juego se respetaron y el presidente aceptó con «humildad» los resultados, aunque también se le escapara un «Ustedes se lo pierden». ¡Qué despistado! Algo importante también había ocurrido: sin tiros ni sangre, la democracia había llegado para quedarse.

El día de mi cumpleaños Lena llamó para felicitarme y confirmó que no vendría a mi fiesta «por enredos familiares». Sospeché que no quería que le presentara a mi familia, algo que me comenzaba a extrañar. Nos veíamos con frecuencia en el *push*, pero no salíamos en grupo ni nos reuníamos en familia como lo hacían mis primos con sus novias. Nuestra intimidad se fue convirtiendo en una forma de alejamiento. Edú también me llamó; hablarle me hacía sentirlo cada vez más cercano a pesar de no vernos. Tampoco vendría a mi fiesta («Tu vieja es muy preguntona, me mira como si me quisiera cambiar algo, y la *otra* me pone nervioso, es como si tuviera rayos equis…»), pero me invitó a salir ese fin de semana y acepté. «Vamos en mi auto y así puedes beber cuanto quieras. Prometo no fumar nada. El sitio te va a encantar, muy diferente».

Terminada mi fiesta y ya idos los invitados, fui a sentarme solo a la biblioteca a disfrutar una cerveza como arranque de la noche. Apenas había tomado el primer sorbo, cuando mi madre entró desde la sala cerrando la puerta trás de sí.

—Tenemos que hablar, Tino —esperaba un regaño, pero su tono era de confidencias. Se sentó a mi lado un tanto nerviosa y esperé a que comenzara—. Vas a heredar de tu abuela el próximo año… ¿Podrías dejar de emborracharte mientras te hablo? —esperó a que bajara la cerveza antes de continuar—. Este es el año para prepararte.

—Chuta, *mãe*… no pensé que vendrías a hablarme de eso —aparte de saber que compraría un auto nuevo, no le había dado otra consideración a mi herencia, ni siquiera sabía la cuantía—. Bueno… dale, ¿qué me sugieres?

—Tu padre va a pedirte dinero y debes negarte. Ya te habló, ¿no? —me dijo. Sentí que la advertencia era una acusación.

—¿De qué hablas *tú*? —dije puntualizando cada palabra.

—De lo que hay que hablar y aún hay más —continuó con una voz más pausada—. Nos reunimos con el contador lo antes posible para hacer un plan de ahorro. ¡Tengo tantos proyectos para ti! No tienes de qué preocuparte. Esta es tu casa hasta cuando quieras o yo me muera —soltó una pequeña risa—. Nada tiene que cambiar…

Acepté reunirme con el contador, porque me pareció sensato, pero también le advertí que mis planes para el futuro los haría yo. Una vez logró su objetivo, se marchó, segura de continuar opinando sobre «mis planes». Retomaba mi cerveza, ya tibia, cuando mi padre entró desde el patio interior, portando dos vasos y una botella de Chivas.

—¿Nos espiabas? —pregunté sobresaltado.

—Qué espiar ni qué hostias. Esperé afuera hasta que tu madre se largase —lo miré a los ojos buscando algún indicio de falsedad—. Deja de joder, que ahora podemos hablar tranquilos.

—¿Hablar de…? —estaba a la expectativa. ¿Tendría mi madre razón?

—Pues mira… que no viniese tu novia no es para deprimirte, he escuchado que el padre es un soberano cabrón y, además, las mujeres también se pelean con uno por cualquier cosa… a ver, dime, ¿qué pasó?

—Nada, papá… que sus padres son muy controladores y no puede salir entre semana… —comenté mientras pensaba cómo cambiar de tema.

—Es bueno que los Sardis cuiden de sus niñas, pero no de nosotros, ¿eh? —dijo con un guiño. Comencé a preferir que me hablase de mi herencia. Terminé mi cerveza e intenté levantarme.

—Espera, espera… —reaccionó mi padre impaciente—, no me dejes con la palabra en la boca. Siéntate, que… hace tiempo que no hablamos… —dijo mientras me servía whisky generosamente—. Y hablando de tu novia, ¿cómo va eso?

—Pues… nos vemos cuando ella quiere… —respondí resignado.

—Pero follan, ¿no? —dijo haciendo un gesto con el puño.

—¡Basta, por favor! No voy a hablar de eso contigo. Además… no sé… no estoy seguro de querer seguir con ella… —me atreví a admitir y me miró serio.

—Escucha a tu viejo, no puedes ir por la vida «tratando» de hacer cosas. Para terminar, hay que terminar…

—¡Ya, ya! Ya veré cómo hago —decidí poner a prueba la acusación de mi madre—. ¿Y en qué otros negocios andas?

Mi padre se despachó sobre los intentos de hacer crecer el negocio de su hermano y de sus ideas para ser empresario por cuenta propia. Desde la crisis de los ochenta, no lo había visto tan entusiasmado y locuaz. Vació la botella —yo aún no terminaba mi primer trago— y me preguntó si me apetecía otro. En vez de responderle, lo ayudé a levantarse de la silla mientras me insistía «Deja de tratar y ponte a hacer» sin mencionar en ningún momento mi herencia.

20 Pajero, imbécil, en griego.

13. Tesoros (septiembre-octubre de 1998)

Las luces del auto de Edú iluminaron mi cuarto al subir por la calzada. Me había tomado mucho tiempo escoger qué ponerme, incluso usé por primera vez uno de los perfumes de mis quince años. Recordé el método que Ali nos enseñó a Nano y a mí hace años antes de salir a una cita: frotar el perfume entre las manos y con un «por si un beso… por si un abrazo… y por si acaso» y dar palmadas en los lugares indicados, aunque no terminé el rito porque esa noche *no* era un *date*. Salí por la puerta a la cochera y entré en el auto justo cuando se prendió la luz de la terraza y escuché la voz de mi madre.

—¿A qué hora vas a llegar? ¿Y quién es ese? —gritó.

—Es Eduardo, ya lo conoces —grité de vuelta y cerré la puerta del auto antes de que hiciera más preguntas. Edú llevaba gafas puestas. ¿Habría fumado marihuana antes de venir a buscarme?—. ¿Adónde vamos?

—Es mi sorpresa —arrancó el auto y añadió—: ¿Y por qué tan perfumado?

—Es una colonia que me regaló papá…

—No, si es obvio. ¿Quién no reconoce el olor de Agua Brava? ¡Por lo menos no es Azzaro!, jaja. A que también te regaló Paco Rabanne —se rio, mientras yo enrojecía porque había acertado—. No te preocupes, ya te regalaré un Hugo para que te pongas al día.

Edú condujo rumbo a las afueras de la ciudad por la Tumba Muerto. La ruta era la misma que a los *push* y comencé a irritarme por el atrevimiento, pero se desvió inesperadamente por una calle solitaria y oscura, entrando a un área de bodegas comerciales.

—¿Oye, por dónde te estás metiendo? ¡Esto es un parque industrial!

—Pero se encuentran tesoros…

Llegamos a un depósito frente al cual una señora vendía carne en palito. Era un espacio reconvertido en una discoteca llamada Boys

Bar. Había carros estacionados a lo largo del camino oscuro y los guardias de seguridad de las bodegas vecinas se acercaban para ofrecerse de *bien cuidaos*. Edú pagó por las entradas y, abriendo la puerta roja, esperó a que lo siguiera. Entré como Alicia tras el conejo blanco, aunque este portaba gafas en vez de monóculo.

Era un espacio abierto e inmenso, decorado en estilo barroco, con ángeles dorados en los altos del techo y tules blancos cubriendo como cortinas la barra del primer piso. Si esto alguna vez fue un galpón comercial, lo habían transformado en algo mágico. Frente a la pista, donde se bailaba una combinación musical entre «Barbie Girl» y «Suavemente», dominaba un enorme escenario con columnas doradas estilo romano a cada lado. Mi atención se volcó de inmediato en la gente.

Hasta entonces pensé que era fácil detectar a un *cueco*, que serían afeminados, como los travestis que los medios insistían en mostrar con morbosidad, pero ahora veía *manes* que no hubiese podido saber eran gai o «sacar» en público. Ansioso, me volteé a hablarle a Edú, pero se había ido a buscar bebidas. Solo, me crucé de brazos y miraba las siluetas de los danzantes hasta que me asaltó el pánico de que alguien me reconociera. Me alejé de la multitud en la dirección en que Edú se había ido. Una mano me tocó el hombro y me sentí aliviado. Me volteé y quedé cara a cara con un compañero de la universidad.

—Qué sorpresa verte por aquí…

—¡Nopelao! Estaesmiprimeravezaquívineconunamigonoenseriomeloqueríamostrarperoqu

—¡Ay, niño! Cuando estés más *relax* me buscas para charlar. Ve, ahí llegó tu «amigo». Me lo felicitas —se despidió de Edú con un saludo militar y se perdió entre los danzantes.

—¿Lo conoces?

—Es compañero de clase. ¿Por qué?

—No le des mucha cuerda. Nunca se sabe con qué intriga se aparece…

—¿Qué mierda hacemos aquí? ¡Van a pensar que… que somos… como ellos!

—Pues yo le digo a quien pregunte que eres un amigo «de mente amplia» que vino como un reto. Ven, demos una vuelta.

Fuimos a un extremo del club y Edú se detuvo varias veces a saludar. Me complació no presentándome a nadie, a pesar de las miradas y sonrisas que me lanzaron varios. Nos acomodamos lejos de la puerta de entrada —no quería ser lo primero que vieran quienes

entraban—, cuando pasada la medianoche paró la música y el público se aglomeró frente al escenario.

Apareció un transformista delgado y moreno con una peluca rubia de casi un metro de alto. Vestía de María Antonieta, con un vestido de época en blanco y dorado. El público le aplaudía o le gritaba insultos, pero «ella» solo sonreía y saludaba con la mano enguantada hasta los codos como reina de carnaval. Por los gritos supe que era la «Ñata». Cuando se apagó el griterío y las luces solo lo enfocaban, tomó la palabra.

—Queridísimos amigos, bienvenidos de nuevo a nuestra casa. ¿Qué les parece lo que hemos preparado esta noche para ustedes? ¿Verdad que estoy *ssencillita* y *rregia*? —gritos y aplausos—. El atuendo es solo un detallito de lo que les espera esta noche: lujo, solo lujo. Aunque por ahí habrá alguna que no sepa apreciarlo, sí, tú misma —sin señalar a nadie—, ¿o es que crees que no me enteré de esos traguitos de más en la matanza en Chorrera el viernes pasado? *¡Nniiñña!* Y que en el carro del guardia municipal. Uhm humm. ¡*Fuerrte* estaba la cosa! Y además —el público lo interrumpía entre abucheos, risas y aplausos—, para los que no me vieron participar en el concurso de Señorita Panamá yo era la de la esquina derecha. Sí, esa misma a la que le robaron la corona, pero yo no soy *renncorosa* y espero que, ¿cómo se llama?, haga tan buen papel como lo hubiese hecho yo. Pero tengo que añadir que —de repente abandonó la sonrisa— entre tanto trabajo cultural todavía saco tiempo para mis amigos, especialmente para aquellos que ya no los tienen.

Esta vez hubo menos gritos o aplausos. La Ñata paseó la mirada furiosa por la audiencia sin detenerla en nadie en específico.

—Ustedes saben quiénes son. Qué ricura cuando se subían a su carro para venir a putear a la discoteca y ahora no pueden ni darle un telefonazo al hospital para saber cómo está. *Eso* no se pega por teléfono…

La Ñata no reflejaba ninguna emoción en el rostro hasta que pasó a la más amplia sonrisa que le permitía el maquillaje y anunció que cantaría el último de sus «éxitos», «Mío». La gente aplaudía de nuevo entre abucheos a los que «ella» respondió tirando besos con un pase de mano enguantada que arrancó más aplausos. Terminó la actuación dejando caer el brazo a lo largo de su delgado cuerpo y apoyando con la otra mano el micrófono contra el pecho. Aquel lugar ardía. «Y a continuación», anunció, «les presento directo desde la ciudad de México, en una primicia en Panamá… a Pandora».

Al tiempo que salía del escenario aparecieron tres de las más

hermosas «mujeres» que jamás hubiese visto. Venían vestidas de trajes largos rojos con guantes negros hasta los codos. Llevaban pelucas oscuras estilo años cincuenta y los zapatos de plataforma altísimos. Las tres tomaron sus lugares muy juntas, pareciendo casi una escultura unida en la base. Sus poses eran dramáticas, pero fieles a los manierismos de la canción «Cómo te va, mi amor». El público las escuchaba absorto, mientras ellas, sin moverse de sus lugares, dibujaban con brazos y rostros el sentimiento de los versos. Dos eran casi idénticas y supe que se hacían llamar Mili y Pili, la de menos estatura era la Candela. De repente, en medio de la canción, el público comenzó a aplaudir y a gritar: «¡*Rregias*! ¡*Rregias*! ¡*Rregias*!». Se aplaudía, se golpeaban las mesas y las paredes, se gritaba; aquel lugar vibraba con una emoción que opacaba hasta la música que las «divas» pretendían cantar. Cuando por fin terminaron, yo estaba ronco. Edú ya no aplaudía, se había colocado detrás de mí, y sentía su mano en mi cintura.

Apagaron las luces y reinició la música. Madonna, Shakira, Braxton y Britney dominaron el repertorio. Jóvenes se subieron a la tarima a bailar, algunos con más entusiasmo que talento. De nuevo, la mano de Edú subía y bajaba por mi costado y me susurraba al oído si quería bailar. Negué con la cabeza y él comenzó a pasarme la mano por el pecho haciéndome sentir la presión de su cuerpo contra el mío. Me tomó la mano y la llevó hacia atrás. La retiré, pero no me aparté cuando comenzó a besarme el cuello y la nuca. Le pedía irnos cuando sentí su mano agarrarme el frente. La retiré con fuerza: «¡Nos vamos y es ya!».

Salí del lugar escuchando sus pasos a mi espalda. No lo miré al entrar al coche. Puso música y arrancamos sin hablar. Una vez llegamos a la carretera, tomó rumbo opuesto a la ciudad hasta llegar al mismo *push* al que llevé a Lena por primera vez. Entramos en un cuarto más pequeño, con menos espejos y luces, y comenzamos a desvestirnos. Edú me tomó por los hombros y, buscando mi boca, me besó. Yo no podía dejar de besarlo y tocarlo. Edú se separó de mis labios lo suficiente para preguntarme: «¿Qué quieres hacer?». «Pues… ¿lo que estamos haciendo ahora?», fue mi respuesta.

Aceptó mi inexperiencia y nuestro arrope continuó. Nos masturbamos besándonos. En el baño, nos lavamos el uno al otro mientras compartíamos más besos. No tardé en volver a excitarme y esta vez me tomó en su boca hasta hacerme acabar, algo que nunca había conseguido con mi novia. Se levantó sonriendo, pero yo ya no estaba dispuesto a besarlo. Al regresar al auto, me sentí como si

caminase sobre espuma, sin peso, libre, con una sensación de gozo que me hacía sonreír sin pensarlo. En el camino de regreso a la ciudad mantuve mi mano en su muslo mientras él conducía. Casi le doy un beso al bajarme del auto y ambos nos miramos sorprendidos por mi impulso. Me tomaría tiempo adaptarme a estos nuevos protocolos.

Pocas horas más tarde, tocaron a mi puerta como si quisieran derribarla. «¡El desayuno está servido!», gritó mi madre. Al salir al comedor, mis padres esperaban en la mesa.

—¿Es que crees que esto es un hotel? ¡Responde! —comenzó ella.

—Ya, Sofía, que no seas ridícula. El muchacho ya es un hombre… —intervino papá.

—¡Deja de desautorizarme en *mi* casa!

—Que eres una beata y ¡esta es *nuestra* casa!

—¡Él no terminará como tú, ni te mantendrá!

—¡Que a mí no me mantiene nadie, payasa!

Papá tiró el plato lleno de comida contra la pared y se fue sin decir más. Aproveché la pelea para zafarme de los regaños de mi madre. Llamé a Edú y, sin contarle lo que había pasado, lo cité para esa noche. Esta vez fuimos directo al *push*. No avanzamos más en técnica, pero se tendría que aguantar; había aspectos físicos en el sexo entre hombres que no me tentaban y no sobrepasaría esas barreras, por más que él las llamara de *clóset,* pero que para mí eran bien concretas.

Salimos del motel de madrugada. Llovía a cántaros y casi no se podía ver el camino. Temí que mi vieja me estuviese esperando y lo convencí de dejarme antes de llegar a la casa. Corrí bajo el aguacero y subí la escalera hacia mi cuarto. Los aleros me protegían, pero el viento me echaba el agua encima a torrentes. Traté varias veces de abrir la puerta sin éxito. Mi madre le había puesto un pestillo por dentro. Bajé con cuidado la escalera mojada y corrí hacia la entrada principal, pero tampoco pude abrir esa puerta. Iba a golpearla, cuando se abrió de repente. Entré empapado, sintiendo mis pies como esponjas a cada paso que daba. Mi madre estaba de pie frente a mí y se rio al verme. «Mañana mismo quito el pestillo», le grité. «A esta casa se llega a hora de gente decente, ¡y ve a tu cuarto a cambiarte que me estás mojando el piso!». No importaba cuántas veces los quitase, ella los pondría de nuevo. La guerra había comenzado.

Al día siguiente mi madre no mencionó lo ocurrido la noche anterior. Tomaba la taza de café con ambas manos. Verla tan

satisfecha de sí misma me hizo pensar por primera vez en irme de *su* casa. Me levanté de la mesa sin despedirme, aunque la pude escuchar llamarme a mis espaldas, y me fui a la universidad con la intención de hablar con Lena. Las primeras dos veces que llamé contestó su madre y colgué de inmediato. Al tercer intento ella contestó, pero también escuché que descolgaban la otra línea. Le dije en inglés que necesitaba verla *urgente* en Manolo esa noche y quedamos que pasaría por ella. No bien colgué me di cuenta de que no sabía cómo decirle que quería dejarla. No le podía admitir en qué andaba y comencé a sudar. Las palabras de mi padre, «Ponte a hacer», me motivaron a actuar y conduje por la ciudad para calmarme antes de pasar a recogerla a la hora acordada.

—Me buscaste una soberana bronca con mi madre… casi me manda a Atenas —me espetó Lena así se subió al auto—. ¿Y qué pasó? ¿Qué es lo que no puede esperar hasta más tarde?

—Necesito hablar contigo ahora. Eso es todo.

—Okey… —cambió de tono—. ¿Y por qué tanto misterio? ¿Qué pasa?

—Mira… me han pasado mil cosas. Hasta estoy considerando irme de casa…

—¿Me estás pidiendo que me mude contigo? —me interrumpió incrédula.

—¡¿A donde mis primos?! —respondí impaciente, pero a la vez me hirió reconocer el desapego en su voz. Le propuse continuar la conversación en el restaurante.

Estacioné en vía Argentina cerca del apartamento de mis primos. A medida que nos acercábamos a la mesa me sentía más seguro y tranquilo.

—¿Y es tan malo Atenas? —dije iniciando la conversación.

—Para nada, pero mis abuelos no viven allí; eso es lo que dicen mis padres para no dar muchas explicaciones y darse aires. Si fueran atenienses no serían tan jodidos. Viven como a una hora, a las afueras, en el campo… y primero muerta que vivir en un pueblito de dos calles… pero dime, ¿te mudas o es solo una amenaza? Porque yo como que te veo muy cómodo con tu mami…

—No todo es estar cómodo… —dije de mal humor.

—¡De acuerdo! ¿Quién no quiere sacarse de encima el yugo del amor ajeno? Y no me vengas con regaños, que por causa tuya los he sufrido todo el santo día…

—¡No quiero seguir contigo! —dejé escapar—. No hay otra… chica… es solo que… —ella tomó mis manos y pensé que me pediría

seguir juntos.

—Tranquilo… me alegra que también sepas que no vamos a funcionar. Eso sí, podemos ir al *push* de vez en cuando, hoy si te parece, porque me encanta estar contigo. Eres tan sensible y generoso en la cama. Es un ganar-ganar. ¿No crees? —estaba calmada, como si hubiese preparado lo que me estaba diciendo.

—Aceptaste venir hoy para dejarme, ¿no? —entender que ella también quería terminar conmigo no hirió mis sentimientos, pero sí mi orgullo.

—Eso ya no importa, ¿no?

—Es mejor que no volvamos a salir. Me refiero a lo de ir al *push* —añadí—. Ya nos veremos en reuniones y fiestas…

—¡Pues claro! Faltaba más —dijo seria y me alegré de haber podido herirla.

Al terminar de comer, salimos a caminar un rato por el vecindario tomados de la mano, como en otros tiempos. Al regresar al auto, me dio un beso y me abrazó fuerte antes de decirme que tomaría un taxi. Esperé a que su taxi se perdiese de vista antes de cruzar la calle y llamar a Edú desde un teléfono público para concertar la próxima cita; luego fui a la licorería más cercana, compré dos *six-pack* de cerveza, y me dirigí, silbando una tonada de Rubén Blades, «Ligia Elena», al apartamento de mis primos.

14. La gran fiesta (noviembre de 1998)

Convivir con mis primos no fue lo que esperaba: sus peleas y parrandas hacían imposible estudiar o dormir y además cuestionaban sin cesar mis salidas por el morbo de saber con quién andaba y por qué no les contaba. Mi madre me pidió regresar a Graça justo cuando ya quería hacerlo por cuenta propia. Llegué a la casa listo para enfrentarla desde el primer saludo, pero fue Dominga quien me recibió entre regaños. «Deja de hacer sufrir a tu madre, *jovencito*, que bastante ya tiene con tu pai». Mamá estaba en el jardín del patio interior y ni se volteó a verme o saludarme. Noté en mi cuarto la cama deshecha y una botella vacía de whisky en el piso. Le avisaría a mi padre que le tocaría dormir en otro lado.

Desempacado y más tranquilo, fui al jardín y la encontré esperándome en uno de los bancos de piedra. Había llovido antes y el aire estaba denso; el clima perfecto para los helechos y las plantas tropicales con los que había reemplazado los rosales, una solución de pocas exigencias, pero que yo veía como una traición a la memoria de abuela. Me senté a su lado preparado para que me recordara que en *su* casa se hacía lo que ella decía, pero me tocó tomar la iniciativa.

—Estoy contento de volver, *mãe*. Ya estaba por regresarme cuando llamaste.

—¿Para que a la próxima pelea te vayas?

—No tiene por qué ser así… solo que necesito más libertad para seguir viviendo aquí…

—Para entrar y salir cuando quieras. A tu padre tampoco lo veo con frecuencia desde que te fuiste —lo dijo tan cansada que me sentí como un villano.

—Te prometo estar para el desayuno y la cena, por lo menos durante la semana, pero mis salidas los *findes*…

—Claro, hospedaje, mimos y comida en el día, calle en la noche… esa *libertad* que mencionas es prerrogativa de hombres, sin importar

con quién o dónde estén. Veamos cómo van las próximas semanas, pero no creas que voy a tolerar que llegues aquí cuando te dé la gana, porque —me miró fijo a los ojos— quien tiene que esperarte desvelada imaginando lo peor, ¡soy yo! Y te advierto… —añadió señalándome con el dedo— que como trates de entrar a alguien en esta casa, ¡te llamo a la PTJ! —y con eso se levantó y se fue.

Con mi regreso, papá volvió a acompañarnos en las horas de familia, pero yo sabía que no sería suficiente: mi madre no solo quería nuestra presencia, sino también una subordinación como a la que ella estuvo sometida. Era una tregua que no tardaría en quebrarse.

Veía a Edú con la frecuencia que nos permitían los estudios y los protocolos familiares. Cuando se quejó porque ya no pasábamos la noche juntos, le recordé que él también tenía reglas en su casa y que no me había invitado a ella ni presentado a su madre. Aprendimos a improvisar y usábamos los autos cuando no alcanzaba el tiempo para ir a un motel. La primera vez que arropamos en un lugar público, un parqueo a campo abierto al lado de las esclusas de Miraflores, con los barcos cruzando el Canal como únicos testigos, me dio tal paranoia que nos descubrieran, que insistí en irnos tan pronto los vidrios se empañaron. Ya más tarde, tuvimos relaciones estacionados en la calle detrás de mi viejo colegio solo manteniendo la más básica vigilancia.

Edú cumplió años unos meses más tarde de mi regreso a Graça y aprovechó que su madre se fue de viaje por una semana para organizar una fiesta, una de «Ambiente». Yo no quería «destaparme» con gente desconocida, pero mi presencia sería su regalo de mi parte y acepté ir como otro hito que superar en nuestra relación. Mi ansiedad, sin embargo, fue en aumento a medida que me enteraba de cuántos invitados confirmaban y, llegado el día y la hora de salir, quise cancelar. Lo llamé para disculparme, pero al escuchar su voz, supe que no podría.

—¿Aló? —dije con voz débil y carraspeando, como si estuviera enfermo.

—Ni se te ocurra *chifearme*, te estoy esperando —dijo como saludo.

—Voy en camino en… —contesté casi sin voz.

—Te estoy esperando —repitió y colgó.

De mala gana subí al elevador del edificio hasta llegar a su piso; verlo en la puerta del apartamento, trago en mano y un sombrero gigante con el número 21, disipó mi mal humor. Fui el primero de los invitados en llegar; mi debut ante sus amigos sería el evento principal. Me detuve apenas crucé el umbral: sabía que vivía en un apartamento

grande, pero no que se tratara de dos apartamentos dúplex unidos. Era enorme y lujoso, con pisos de mármol y ventanales gigantes en un espacio ultramoderno. Los muebles de la sala, tapizados en cuero de diferentes colores, eran muy diferentes a los que vendía mi tío o se pudiesen comprar en Panamá en esa época —milaneses, me diría Edú luego—. Las mesas de estar se mostraban repletas de objetos de cristal y de cerámica —*checherucos*, los llamaría mi madre y «¿Quién va a limpiar eso?», les diría Dominga—. Ídolos y estatuas de materiales diversos y distinta procedencia contrastaban con cuadros de temas cristianos, estilo renacimiento español, que a su vez compartían espacio en las paredes con litografías modernas de Miró, Dalí y Tàpies, dando a la primera planta un aire a tienda de lujo o de galería de arte catalán. Un cristo tallado de casi dos metros de altura colgaba en el comedor, su cruz de madera estaba revestida de adornos barrocos en oro y plata. Era una obra antigua y magnífica.

—Pero ustedes qué hicieron, ¿saquear una catedral y un par de templos?

—Ah, ¿te diste cuenta?

Su bisabuelo materno, un inmigrante barcelonés, republicano y devoto, había llegado a Panamá antes de la Guerra Civil. Viajaba con frecuencia a España y regresaba cargado de trofeos como los que veía. Su hijo, el abuelo de Edú, continuó la costumbre.

—Después de la Guerra Civil viajaban juntos y regresaban cargados. Aquí debe haber restos de varias capillas arruinadas, aunque mi abuelo tenía un gusto más *moderne* para la pintura. Cuando decidió mudarse a un apartamento, le tocó comprar dos y juntarlos para acomodar la colección. Mi madre prefiere los íconos e ídolos de cualquier rito, como si quisiera protegerse por todos lados, aunque uno de sus ministros evangélicos le advierte sobre el peligro de lo pagano. Impresionante cómo se tranquiliza cuando mamá saca la chequera. En cuanto a lo nacional, los Trujillos, Icazas, Torales y otros, los tenemos arriba… —apenas lo escuchaba, mientras miraba atónito una consola con tapa de vidrio con lo que me aseguró eran fragmentos de la maqueta original del templo de la Sagrada Familia.

Pasamos a la cocina para que conociera a los mozos contratados para esa noche, Edwin y Osiris, quienes colocaban la comida en sus respectivas bandejas y organizaban el bar. Eran muy parecidos; vestían de corbata corta y traje blanco, ambos mestizos de estatura mediana y bigotudos, aunque Edwin tendría poco más de cuarenta años y Osiris unos veinte menos. Pregunté —en un aparte— si eran también del Ambiente, pero eran hombres casados y con familia,

aunque acostumbrados a estas fiestas. Me intrigaba qué pensarían de los invitados, por no decir del cumpleañero, cuando, como si me leyese la mente, Edú me plantó un beso frente a ellos. Retrocedí asustado, pero ninguno reaccionó. «Ven, que necesitas relajarte un poco», se rio Edú.

Subimos al segundo nivel por una escalera flotante con gradas de mármol travertino y un barandal de vidrio. El vestíbulo, abierto a la sala, era una biblioteca con un librero de esmalte blanco repleto de libros y revistas de arquitectura y de interiorismo. Ediciones recientes de las revistas *Architectural Digest* y *Metropolitan Home*, se veían esparramadas sobre una mesita.

Su cuarto fue otra revelación: paredes, piso y techo pintados de negro satinado, los bordes y zócalos en dorado, daban la sensación de estar dentro de un estuche de joyas. Edú encendió la luz al entrar, porque las cortinas de terciopelo oscuro apenas dejaban entrar un hilo de luz. Los muebles eran también negros, al igual que la ropa de cama, con excepción de las sábanas, cuya orilla blanca sobresalía del cubrecama, como un sobre que invitaba a abrirlo. Un arreglo floral de aves del paraíso y un cuadro del pintor Tabo Toral, ubicado en la cabecera de la cama, ofrecían los únicos colores diferentes. Era un cuadro de un cuerpo desnudo dibujado en trazos lineales rojos, azul, grises y blancos, creando un estado paradójico de reposo y de agitación, sobre un fondo color rojo bullente, que encontré extrañamente erótico. Lo contemplaba absorto, cuando Edú se me acercó. «Te ves tan guapo tratando de entender eso». Inició el sexo, sin dejar que me moviera de donde estaba, hasta que terminé. «Ahora descansa, que los invitados no tardan en llegar. Vengo a buscarte», dijo recuperando el trago del suelo.

Me dormí en ese cuarto oscuro y helado, acurrucado bajo la mullida cubrecama, hasta que las risas y música que venían de la sala me despertaron. No quería levantarme, arrepentido de haber venido. «Ve al baño y refréscate. Se mueren por conocerte», dijo Edú al venir a buscarme. Su baño estaba también revestido en negro y tenía una ventana-pared con vista a la ciudad. Ya era de noche y se apreciaban las luces de los edificios de la avenida Balboa y del Casco Viejo. Deseé empezar y cerrar cada día con una vista tan espectacular. Me refresqué la cara y me arreglé la ropa ante un espejo que cubría la pared opuesta, reflejando la vista de la bahía y de la ciudad. Usé un poco del perfume de un frasco de cristal enorme y sin marca, que reposaba en su propia repisa empotrada con una luz superior que lo hacía destellar como un prisma.

Era imposible pasar desapercibido al bajar por esas escaleras y me tocó desfilar ante las miradas curiosas de un grupo de hombres cincuentones que me recibieron alegres y curiosos. Jaime, un pelirrojo, me pidió muy zalamero que me sentase a su lado. «No te preocupes, que soy la tía favorita de Eduardo… y ahora te vamos a echar *todos* sus cuentos para que sepas en qué te estás metiendo». Me asediaron con preguntas, que dónde vivía, cómo no me habían visto antes, cómo conocí a Eduardo, qué estudiaba. En realidad, no tenía mucho que contar por lo que satisfice pronto su curiosidad y pasó a ser mi turno de escuchar sus historias de destape, sus primeros hombres y los cuentos de Edú. Era un mundo paralelo que no imaginaba que existía. Usaban términos femeninos para hablarse entre ellos, particularmente «mami» y «niña». Recordé la conversación con Lelet, pero estos señores, independientemente de sus requiebros, no tenían mucho en común con aquellos programas sensacionalistas de televisión. Eran doctores, emprendedores, chefs, abogados, banqueros, arquitectos, relacionistas públicos, en fin, profesionales y gente acomodada, que sabía cuándo y con quién usar esos manierismos, que en cierta forma eran un espectáculo privado, ritos de tribu, su teatro de pertenecer.

Siguieron llegando más invitados. Rock-pop en español —Hombres G, Alejandro Sanz, Franco de Vita, Mecano— y Madonna *relax* animaban la fiesta, pero a un volumen que permitía hablar con facilidad. Se formaron diferentes grupos y Edú me explicó cómo se dividían.

—Los primeros que conociste son las «canasteras». Ahí vas a encontrar gente con mucha historia, apellidos, dinero… fueron pioneros en organizar fiestas de disfraces y concursos. Eso les duró hasta el Noriegato, que investigaba a todos para amedrentar y extorsionar, y ahora se dedican a jugar cartas, viajar por el mundo, comer bien y a la beneficencia local. Son su propio mini Teletón. Eso sí, mucho guaro, mucho aguante y muchos, muchísimos cuentos… Los más jóvenes que no están en ese grupo son «paitilleras» o «cangrejeras», según dónde viven y con quién se juntan.

—¿Y no hay otros?… —dije dudando.

—¡Por supuesto! Pero estos son los que te vas a encontrar aquí… y antes de que te salga lo de ñángara, tú que todo lo juzgas… mira, están los que entran y salen de otros grupos y los que no entran en ninguno, porque no pueden o no les interesa. Además, la puerta está siempre abierta a quien sea bello y ocurrente —sentí la punta de su dedo meñique rozarme el frente del pantalón y me aparté—, no es

bueno juntarse entre amigas y de algún lugar tienen que salir los numeritos y los maridos…

Me incomodaba su uso continuo del femenino para referirse a hombres e iba a comentarlo cuando se nos acercó una pareja que llevaba algún tiempo pendiente de nuestra conversación.

—Estos son mis mejores amigos, Luis Antonio y Luis Alfonso, las «Luisas». Estas viejas llevan mil años juntas, ¿puedes creer el aguante? —exclamó Edú. El primero era cincuentón, blanco y alto, con el cabello cano, y el otro, de la misma edad, trigueño, de estatura media y muy delgado. Luis Antonio me habló primero.

—Bienvenido al Ambiente. Llámame Toño. Edú nos ha hablado muchísimo de ti. Ya nos estaba preocupando el verlo por ahí solo… Edú, mis felicitaciones, está *rregio*.

—Sí, porque más guapo no he visto en buen tiempo, es un ¡bingo! —añadió Luis Alfonso, que me pidió lo llamase Lucho.

Los Luises me transfirieron al instante el gran afecto que sentían por Edú. Entre cuento y cuento supe que yo era su relación más larga. También que Toño había sido su primer amante. No disimulé mi sorpresa ante la matemática de la situación y Toño atajó mi pregunta.

—*Mima*[21] y yo tenemos una relación abierta desde hace años, siempre y cuando se cumplan dos requisitos: honestidad y discreción.

—No te preocupes —siguió Lucho—, ¿quién lleva un matrimonio de veinte años sin una buena dosis de realidad y, además, ahora de viejos? ¡Y tener más de cuarenta y cinco en este ambiente es ser un anciano!

—Siempre me gustaron los hombres bien plantados —añadió Toño —. Así fue como terminé con este… ¡se lo quité a su mujer!

Lucho tenía tres hijos a quienes casi no veía por interferencia de su exmujer, salvo su hija mayor, Virginia, quien los visitaba a menudo en la casa que compartía con Toño en Obarrio. Pasaron a contarme cosas bochornosas sobre Edú y, en medio de una historia particularmente picante, él levantó las manos en señal de rendición y buscó refugio en la cocina. Lo hice regresar, aunque ya los Luises saludaban a otros invitados. Noté que se daban la mano, no un beso o un abrazo. Una pareja de mujeres se me acercó.

—¡Delia y Tati! —dijo Delia con acento extranjero, que luego supe era peruano—. Estábamos locas por conocerte. ¡Oe! ¡Qué cuerazo tan churro! Eres más guapo de lo que imaginaba —Delia me puso la mano en el pecho y presionó como si quisiese probar mi forma física —. *Humm* y atlético —dijo para sí. Acto seguido llamó a Osiris tronando los dedos y le quitó dos tragos de whisky que llevaba para

otros invitados. Sin escuchar sus quejas me ofreció uno y se quedó con el otro.

—Pues tenemos que reunirnos pronto. ¿Has probado el pisco? Vienes a mi casa y la pasamos bacán —iba a responderle, pero siguió hablando—. No, no hay excusa que valga, lo organizo con Edú y te avisa —terminó el whisky en dos sorbos—. Te dejamos, que tenemos que ir a saludar al esposo de esta… —dijo Delia señalando con el mentón a Tati.

Se marcharon dejándome aturdido, aunque con el consuelo de que Delia no me había agarrado el paquete para pesarlo y aprobarlo.

Finalizada la fiesta, quise estar con Edú y fui al cuarto a esperarlo, pero él demoró y me dormí. Me despertó con un beso: «Y ahora me toca *nuestro* regalo para *mí*». Desperezándome, miré a la puerta del baño, por donde él había desaparecido, y lo vi regresar de la mano de Osiris, quien ahora vestía un diminuto calzoncillo azul. Edú fue a mi encuentro, casi implorándome. «Por favor, no me niegues esto. Te prometo que te va a encantar y que de aquí no sale. Osiris es muy discreto, una tumba». El susodicho estaba inexpresivo, aparte de portar una erección. Traté de salir del cuarto, pero Edú me tomó por la espalda, me giró hasta dar de frente con Osiris y me empujó contra su pecho. Bastó un beso para acallar mis objeciones.

Cuando desperté, Osiris ya no estaba. Me vestí con cuidado, dejando a Edú dormir. La casa estaba inmaculada, vacía y calma, como si la fiesta fuese un recuerdo lejano. Al caminar hacia la puerta, vi el cristo en el comedor y juraría que su mirada me siguió hasta que salí del apartamento. Amanecía cuando llegué a Graça. Trataba de dormir hasta que me despertaron unos golpes en la puerta. Sabía quién era y me levanté molesto a abrirla.

—¡Desayunamos en diez minutos! ¿En dónde estabas? —mi madre puso la cara cerca de la mía, olfateando—. ¡Hueles a alcohol! Anoche hablé con tus primos y me dicen que apenas te ven desde que ya no vives con ellos. ¡Ni Nano sabe en qué andas! ¡Teníamos un acuerdo! ¡Nada de pasar la noche fuera de la…!

—¡Ese no era el acuerdo! —la interrumpí—. ¡Te dije que iba a una fiesta! ¡Y es sábado!

—Seguramente andabas demasiado borracho para conducir —hablaba tan rápido que apenas tomaba aire—. ¿Y en casa de quién te quedaste, se puede saber? ¿Fuiste donde el Eduardo ese? Como lo vea, le voy a decir un par de cosas. ¡Me terminas esa amistad ahora mismo! —y dicho eso, se marchó, aunque yo sabía que volvería.

Cerré la puerta y me metí al baño. Ya estaba vestido cuando la

escuché llamarme desde el comedor y escapé por la salida al pasillo exterior. La vi llamarme desde la terraza cuando subí al auto para buscar, sin rumbo fijo, un lugar para desayunar. Al regresar esa tarde, descubrí que ella había hecho tapiar con bloques de concreto esa salida de mi cuarto.

21 Mi marido, en Panamá.

15. Confesiones (diciembre de 1998)

Saqué la cita con el padre Carlos sintiendo que debía haberlo hecho mucho antes, pero sin estar seguro sobre qué esperar de él. Sabía que sería discreto y también que me diría que lo que estaba haciendo era pecado, pero necesitaba hablar con un adulto sensato (y que mantendría mi secreto). Me recibió en un despacho oloroso a velas con la familiaridad de conocerme desde que me bautizó. Me senté frente a él incómodo, como cuando confesaba mis travesuras de niño. Hablamos de mis estudios y de la familia mientras una empleada trajo agua y galletas. Cuando nos quedamos solos, el padre Carlos esperó a que yo iniciase la conversación.

—Padre… vengo a confesarme.

—Y yo que ya había dejado de creer en milagros —sus mejillas tocaban el borde de sus lentes cuando sonreía—, y si lo que quieres es ahorrarte la misa, te aviso que eso también tienes que confesarlo.

Buscó la estola sacramental, entramos a un pequeño confesionario sin puertas que estaba en la oficina y comenzó el rito.

—Padre… soy homosexual… —le solté sin preámbulo, sintiendo mi boca seca—, me arrepiento de las mentiras que le he dicho a mi familia y a mis amigos.

—¿Y de tus actos, Tino? ¿Tus actos? ¿Has cometido algún acto del que te debas confesar?

—Sí, padre… pero no quiero hablar de eso ahora.

—No estamos aquí para que me mate el morbo, Tino, sino para que limpies tu alma ante Dios.

—Padre… me da vergüenza hablar de eso. Será en otra ocasión.

Sin más que decirle, me dio la absolución. Le pedí hablar un rato más. Me volví parlanchín; le conté de Lena, de Edú, de las peleas entre mis padres, de querer irme de la casa. Cuando terminé, me miraba muy serio desde el escritorio.

—Primero, lo de tus padres es asunto de ellos, de ellos y de nadie

más. En cuanto a vivir en su casa, es algo que debes decidir por ti mismo. Recibirás pronto una herencia, tendrás otras opciones y espero escojas las más sensatas. No dudes en consultarme. Segundo, y te hablo ahora como guía espiritual, detén lo que te esté afectando o que te quita el sueño. Cancela cualquier cambio radical. Para alguien cuyo principal deber es estudiar, algo que no has ni mencionado, es la primera señal de que algo anda mal. De hecho, de eso pensé que me venías a hablar…

—Padre, estar con un hombre fue como si se hubiera abierto el piso y flotara. Ya había estado con una mujer antes y no había sentido eso. No es algo que pueda olvidar o ignorar…

—Hay muchas fuerzas que nos presionan y apremian que no entendemos. No entendemos —enfatizó—. Lo que ahora llaman impulsos, antes eran tentaciones, y por eso tenemos que dejar que la fe nos guíe. ¿Cuántas veces no hiciste algo que querías porque sabías que no era correcto y ahora sabes que no precipitarse es una virtud?

—Entiendo lo que dice, padre, pero esto es diferente… y créame que no me he precipitado. Esto es de hace mucho… esto es profundo, muy integral, permanente, algo que siempre estuvo en mí y que ahora se manifiesta. No va a desaparecer porque deje de hacerlo y menos si encontré con quién.

—Y para eso estoy aquí, Tino, para darte fuerzas y, sobre todo, consejo. Y quiero que sepas que esa puerta —dijo señalando la de su oficina— siempre estará abierta para ti...

Nos despedimos con un abrazo. Nada de lo que dijo me sorprendió, pero ahora me sentía menos escondido. Quise encontrar un espejo para mirarme. Escucharme y verme decir en voz alta «soy homosexual» fue como un conjuro que sacudió y despejó mi espíritu y mi mente, algo transformador que acalló la duda en mi interior.

Edú me llamó con insistencia esa semana, pero le puse pretextos para no verlo. Me arrepentía de nuestra última noche juntos y me costaba admitir que disfruté, pero quería darme tiempo para reflexionar sobre el porqué me sentía tan extraño, culpable, al respecto. Acepté por fin almorzar con él y los Luises en El Pomodoro, pero al llegar al restaurante solo estaban ellos.

Nos fue fácil retomar la conversación; era gente abierta y con un interés genuino en que nos conociéramos mejor. Encontré curioso que, aunque comenzaron feminizando la conversación, dejaron de hacerlo al no seguir su ejemplo. Ellos sabían «leer» a la gente, estar en situación, algo de lo que parecía carecer Edú. Les pregunté por los

respectivos destapes, de cómo se habían conocido, del matrimonio de Lucho. Se divertían escandalizándome con sus historias, aunque sospechaba que estaban pulidas a fuerza de llevar años contándolas.

Se conocieron en la sala de espera de un reconocido psiquiatra, el doctor Álex Cantón Dutari, quien desde finales de los sesenta dio los primeros pasos en el tratamiento de pacientes jóvenes que sufrían de «trastornos de orientación sexual». El buen doctor había iniciado en Panamá con una práctica especializada en niños con problemas de adaptación, como el autismo, pero años más tarde otros médicos le fueron refiriendo niños y adolescentes «problemáticos», desde las salas de urgencia a las que llegaban por intentos de suicidio. Todos eran varones. Ellos y sus familiares insistían en que el doctor los curase de esa «enfermedad», que era como se consideraba la homosexualidad en esos años, pero no existía un tratamiento estandarizado, ni siquiera en los Estados Unidos o en Europa. Las terapias de «reconversión» de entonces, que incluían electrochoques, no daban resultado; los pacientes no disminuían sus niveles de ansiedad ni cambiaban su orientación sexual, solo luchaban por reprimirla.

El buen doctor cambió de enfoque a comienzos de la siguiente década optando por la aceptación en lugar de buscar una «cura» y sus terapias individuales evolucionaron a sesiones en grupo, lo que les dio a los pacientes la oportunidad de conocer a otros individuos con las mismas cuitas y a hablar de ellas abiertamente. Esta innovación ayudó a que los pacientes descubrieran que no eran casos aislados, aceptaran paulatinamente su sexualidad y enfocaran sus esfuerzos en llevar vidas productivas. El simple acto de ayudarlos a verse a sí mismos de una manera positiva hizo que un andamiaje inculcado de vergüenzas morales, preceptos sociales y opiniones ajenas se derrumbase. Bajo este tratamiento, *ninguno* de los pacientes, más de quinientos a lo largo de varias décadas, se suicidó, a pesar de que la gran mayoría de los jóvenes llegaron a su consultorio porque habían considerado o intentado matarse.

Desde el inicio de estos esfuerzos, se regó la voz de que había un galeno en la Caja del Seguro Social ofreciendo apoyo profesional para la orientación sexual. Los Luises llegaron a verlo por separado, ambos con síntomas de depresión clínica, para curarse de una condición que ellos mismos consideraban aberrante. No mencionaron si alguno de ellos, o ambos, consideró hacerse daño y decidí no preguntar. «Este me dijo que sí antes de que yo terminara de preguntarle si quería salir conmigo…», dijo Lucho tomando de la mano a Toño, quien aceptó el

gesto, pero solo por un instante porque estaban en público. «El doctor no permitía romances en sus sesiones y nos tocó ir en horarios diferentes».

Lucho estaba casado cuando conoció a Toño y, después de divorciarse, forjó una vida de pareja con él. En el divorcio, trató de convencer a su mujer de que ambos merecían estar en una relación *completa*, que aún eran jóvenes y podían volver a comenzar. La Talibana, como ambos la apodarían, recibió el divorcio, y su causa, como una traición imperdonable y se dedicó a atormentar a Lucho de cualquier forma que pudiera o se inventara, aun después de que ella se volviera a casar.

Luego de fallecer sus padres, a los Luises ya no les interesó ocultar lo que el resto del mundo sabía, por boca propia o ajena. Ayudaba también que tenían negocios propios y apellidos que llegaban a la fundación de la República, algo que en Panamá se respeta. Lucho era dueño de un negocio de reexportación de material de construcción en la Zona Libre y Toño de una cadena de boutiques de ropa y de accesorios para el hogar. Vivían en una mansión en Obarrio heredada de los padres de Toño y eran famosos por sus reuniones, tanto dentro como fuera del Ambiente.

«Ya te estamos aburriendo. Es tu turno contarnos sobre *tu* destape. Seguro que lo has contado mil veces, pero nos encanta coleccionar esas historias». Ahora era yo quien me escuchaba inflar eventos y crear una épica de algo que sentía era lo más importante que me había ocurrido. Quería explicarles cuán difícil había sido aceptarme, pero noté en sus miradas veteranas un dejo tierno de comprensión, a sabiendas de que las historias de destape solo son tremebundas para quienes las cuentan, que eso era algo vivido y asumido por ellos mismos hacía largo tiempo. Acababa de terminar mi relato cuando llegó Edú con más de una hora de atraso. «Hablando de mí, ¿no?», comentó sonriendo al sentarse a mi lado sin siquiera intentar dar una excusa. «Ni nos acordábamos de que no estabas», le dije medio en broma y los Luises me felicitaron por mi respuesta. «Aquí tus amigos me contaban cuentos de la prehistoria, pero ahora les quiero preguntar sobre esas aventuras con hombres casados que comentaron en la fiesta». Edú se limitó a ponerse de nuevo las gafas y tratar de atraer la atención de una mesera.

—Es más común de lo que imaginas —comenzó Toño—, porque en este país hay muchos que se casan sabiendo por dónde va la cosa. La regla principal es una discreción de tumba y, si los dos están casados, es aún mejor. El síndrome de destrucción mutua, le dicen.

Creo que a algunos hasta les ayuda a satisfacer mejor a sus mujeres.

—¿Y ustedes han vuelto a estar con mujeres?

—¡No, niño, qué pereza! Aquí Lucho hace años que no anda por esos montes, aunque de vez en cuando se da par de tragos… ¡y se le seca la canoa! Jaja.

—Y este, si cuando nació no miró *pa*'tras, aún no la conoce.

—Pero ¿y el sida? ¿Acaso no les preocupa? —interrumpí. Edú comenzó a toser, pero los Luises no perdieron las sonrisas.

—Ya que este —Lucho hizo un gesto hacia Edú— no te ha puesto al día, me toca: tengo ese sida —murmuró verificando que no había nadie cerca—. Síndrome de deficiencia inmunológica adquirida y abre bien esas preciosas orejas que tienes, porque no escucharás la verdad de nadie más en Panamá.

—Así es. Aquí nadie muere de eso; solo de los síntomas —añadió Toño.

Emití un extraño sonido al escuchar «tengo ese sida». La camarera vino a la mesa a tomar la orden de Edú y ver si queríamos algo más. Los Luises la despacharon con alguna excusa que apenas escuché. Cuando por fin tomé la palabra, lo hice con voz ronca.

—Lo siento mucho. En serio… —dije, pero para mi sorpresa, se rieron de mí.

—Niño, contrólate, que aún no me muero y, además, como decía aquel griego antiguo, la vida es paz cuando se entiende que no hay nada terrible en uno morir. Nada de que amargarse…

Los abracé cuando se levantaron para irse y Lucho se conmovió; «Tienes los huevos más puestos que muchos por ahí. El próximo sábado tenemos un alguito en la casa y quiero que vengas, ¿vale?». Los vimos salir del restaurante, hombro a hombro, con la desenvoltura de quienes conviven largo tiempo en armonía.

—Te luciste. Esa noticia le encoge las pelotas a más de uno y vas y le das un abrazo.

—Ahora no sé si debí hacerlo, pero no me arrepiento. Me caen muy bien. De la gente que conocí en tu fiesta, son quienes más me gustaría frecuentar.

—¿Solo a ellos…? —me preguntó zalamero.

—¡Vea la vaina! —mi exabrupto nos sorprendió a ambos—. Tenemos que hablar…

—¿De lo mucho que te gustó el trío? ¿De las veces que terminaste? —replicó Edú, molesto.

—¡Baja la voz!… no vamos a volver a hacer *eso* —dije en un susurro.

—Si me vienes con que es un pecado, te aviso que *todo* lo que hacemos es pecado…

—¡Qué pecado ni qué chucha! Es que… ¡que me sorprendiste! Si me lo hubieses preguntado me habría negado. No tengo que darte un porqué.

—Porque ni tú sabes el porqué te molesta… admito que fue una sorpresa, pero ¿y qué tiene? Es algo común que hace mucha gente dentro y fuera del Ambiente. ¿Cómo crees que se conocieron mis padres…?

—¡Por dios, deja de hablar! —dije sonrojándome por vergüenza ajena y mirando alrededor para ver si alguien más había escuchado—. Simplemente no quiero volver a hacerlo. Por lo menos, no en este momento. ¿Puedes respetar eso?

Cuando nos despedimos, me hizo prometerle que nos veríamos pronto. «No dejes que el remordimiento ni los remilgos te maten el deseo de hacer cosas nuevas. Te prometo, no más sorpresas», dijo al marcharse dándome un apretón de manos tieso y exagerado. Había silenciado el celular durante el almuerzo y vi una llamada perdida de Nano. Lo llamé de inmediato y quedé en verlo en su apartamento.

Me esperaba con la puerta abierta y un *six-pack* de cervezas. «Tanto tiempo…», lo saludé. «Solo tenías que llegar…», me respondió con un tono que sentí acusatorio. Desde que me sumergí en el Ambiente nos veíamos poco y con cada vuelco de la conversación me encontraba omitiendo, evadiendo y mintiendo. Nano comenzó a impacientarse con mis respuestas ambiguas.

—¿Tan mal estabas con nosotros que te regresaste con tu mamá? —dijo burlón.

—Es que aquí no se podía estudiar… —me excusé.

—Pues yo le aposté a Ali que te fuiste por la preguntadera de con quién salías.

—¡Directo al morbo! —reaccioné irritado—. No es nada, es solo que… solo…

—Tranquilo que no te estoy interrogando… ¿y cómo está Edú? —preguntó a quemarropa.

—¿Y por qué me preguntas por él? Y yo qué sé… —respondí evasivo.

—¿Olvidas que Edú es amigo de Aidé? ¿Es que no sabes que tu madre nos ha llamado de madrugada preguntando por ti? Deja las pendejadas…

—Es que… lo veo con frecuencia en la U y sabes lo buena gente que es, ¿qué te puedo decir?… hay cosas de las que no quiero

hablar… —respondí derrotado.

—Hasta el momento, la gran verdad —hizo un gesto de brindar y mientras abría otra cerveza continuó—: Tú eres mi mejor amigo, *mopri*, y *nada* cambia eso… cambiemos de tema.

Hablamos de nuestros estudios, y al mencionarle que quería pasarme a Humanidades, me interrumpió con: «¿Y qué vas a hacer con eso?, ¿escribir una novela?, ¿meterte a poeta? Mejor métete en *biznes*, como nosotros o, ¿es que acaso no nos ves haciendo negocios juntos en el futuro?». Terminamos las cervezas y me marchaba, cuando Nano, aprovechando el abrazo de despedida, se acercó a mi oído: «Y que estés cogiendo con ese *man*, ¿no es conversable? Me echó los perros cuando empecé a salir con Aidé y ella misma me contó que jugaba en el otro equipo. Dos más dos son cuatro, *fren*».[22] Entré de nuevo al apartamento y comenzamos otro *six-pack*. Me sorprendí de las cosas que llegué a contarle y nos reímos de ellas como cuando éramos niños.

22 Amigo, en Panamá.

16. Carnaval (febrero de 1999)

«¡Guau! ¿Así es como huele un auto con interior de plástico?», comentó Edú apenas se montó en la 4Runner de Nano. El rostro de mi primo enrojeció. Fue lo último que se dijo durante la primera hora de viaje camino a Las Tablas. Intenté poner la radio para bajar la tensión, pero Nano me atajó: «¡El conductor escoge la música!». Pindín sería.

Improvisamos el viaje en el último momento. Ali pasaría carnavales con Claudia y su familia y Nano se quedó sin *pasiero* que lo acompañara. Yo lo pasaría con Edú en su apartamento, pero faltando un par de semanas para iniciar el carnaval, su madre canceló el viaje. Nano entonces me propuso ir con él a Las Tablas, que solo era cuestión de avisarles a las tías, las hermanas mayores de Nancia. Le dije que prefería pasar los feriados con Edú y me sorprendió con un: «¡Pues invítalo a que venga!». Dudé de que Edú aceptara darse semejante «baño de pueblo», pero resultó que, para él, que lo invitara a pasar tiempo con alguien de mi familia que conocía de nuestra relación, nos convertía en NOVIOS OFICIALES (así, en letras mayúsculas) y aceptó ir de inmediato. Nano solo nos impuso una condición: «Nada de plumas ni de soltar trenzas frente a las tías». «No quiero recibir llamadas de mi madre, ¡así que ya saben!», insistió. Nosotros también pusimos una condición: Edú y yo queríamos compartir cuarto. Nano casi cancela porque así no podían quedarse con sus tías, a las que ya había avisado, y, además, «¿cómo chucha conseguimos otro lugar en tan poco tiempo?», protestó. Pero la familia santeña de Nano haría cualquier cosa por él y, faltando pocos días para el carnaval, sus tías nos consiguieron un lugar.

A pesar de la música folclórica con la que Nano nos atormentaba durante el viaje, Edú tomó valor para abordarlo. Conocía a Nano de hacía años, pero esta era la primera vez que socializaban encerrados en un auto por horas y con su primo de novio al lado. Confesarse

indiferente a las comparsas del carnaval, provocó que mi primo intentara reclutarlo para la suya, Calle Abajo. Nunca me habían parecido tan fanáticos y triviales sus ataques contra la comparsa contraria, Calle Arriba —las «cucarachas»—, pero me alegró que hubiesen encontrado algo de qué hablar.

Oscurecía cuando llegamos a Las Tablas. Teníamos que encontrar primero la casa que se alquiló desde Panamá. Nos perdimos por no pocos caminos de tierra hasta que Nano hizo un giro brusco y estacionó el auto frente a nuestro destino. La «casa» era una vivienda a medio acabar hecha de bloques de cemento sin repellar y un techo de planchas de metal. Las ventanas eran bloques ornamentales sin cortinas. Pensé que mi yeyé de Paitilla se regresaba de inmediato a la ciudad, pero, para mi sorpresa, dijo: «Bueno… siempre hay una primera vez», y sin más, entró a uno de los dos cuartos y comenzó a desempacar.

Nano salió a hacer unas compras y Edú disipó con un abrazo mi cansancio del camino. Al regresar Nano, ya yo estaba listo para ir al parque Porras a disfrutar de los *culecos*, la mojadera. Era viernes y el lugar estaba repleto; coronarían a las reinas y la gente se aglomeraba para presenciar la ceremonia. Entre la música y los petardos apenas nos podíamos escuchar. Cansados del ruido y del gentío, fuimos a saludar a las tías, cuya casa quedaba a una cuadra. Las dos hermanas nos esperaban sentadas en la terraza refrescándose con abanicos de papel con la imagen del Corazón de Jesús.

—Hola, titi Loli, titi Mari —saludamos Nano y yo casi al unísono.

—¿Cómo están, muchachos? ¿Cómo está la familia en Panamá? —preguntó Loli, la hermana mayor. Ambas miraban fijamente a Edú.

—Todos bien, titi. Este es nuestro amigo, Edú. Es su primera vez en Las Tablas.

—Sí, claro, el viajecito al interior, pero ojo que este alboroto *no* es Las Tablas. Tiene que venir en otra… ‘*ajo*, Nano —interrumpió Mari—. Si solo son ustedes tres ¿por qué no se quedaron con nosotras? El cuartito de atrás es lo suficientemente grande y se los teníamos listito. Nos despreciaron así *nomá*…

—No *ombe*’, titi, ¡no diga eso! Bueno… lo que pasa es que veníamos más y cancelaron porque no conseguimos dónde quedarnos hasta el último minuto. No podíamos volver a cambiar de plan, ¿no?… Es mejor así, y no las molestamos con nuestras entradas y salidas.

—Qué molestia ni qué molestia… ¿y cómo encontraron el chalecito que les conseguimos? —ambas se comenzaron a reír a carcajadas.

—Práctico, *muy* práctico… —Nano también reía con ellas.

—Avisamos que no estaban muy exigentes… *Pa*’ que se dejen de inventos. A tu mai le gusta que se queden con nosotras. Sabes que esta es tu casa… aunque eso sí, acá nada de sinvergüenzuras ni de traer gente que conozcan por ahí…

—No, titi, ¿cómo se le ocurre? —contestó Nano.

—¿Que cómo se nos ocurre? —le preguntó Loli a Mari—. ¡Este pendejo se cree que las pendejas somos nosotras! —responde Mari. Ambas estallaron en carcajadas—. Y más vale que se cuiden —dijo Loli bajando la voz— que por ahí andan regando enfermedades peligrosas y con tanto desmadre… ¡ya saben!

Conversamos sobre noticias de la familia y prometimos que desayunaríamos con ellas antes de regresarnos a Panamá. «No importa cuán *engomaos* estén. Vienen o se lo contamos a Nancia. ¡Jeje!». Con esa advertencia —que sabíamos iba muy en serio a pesar de las sonrisas— nos regresamos al parque.

Las reinas salientes daban la vuelta al parque con sus séquitos y tunas, inaugurando el carnaval. La coreografía parecía sacada de un concurso de Miss Universo, solo que aquí los trajes eran aún más ostentosos y las coronas más grandes y brillantes. Edú estaba decepcionado porque apenas podía ver los desfiles, aunque sospecho que parte de su hastío era por el calor y la muchedumbre. Los petardos eran su pesadilla; no podía pararse en ningún lugar sin tener que saltar para evitar que le explotaran al lado. Sería lo más cerca que estuvo de apreciar el «corazón del país» en que le tocó nacer. Nos retiramos de madrugada para regresar al día siguiente a presenciar los «desfiles del atún».

En Nano, Edú encontró a alguien con un conocimiento enciclopédico del carnaval. No importa cuántas veces escuché la historia o participé en estos carnavales, es impresionante cómo un pueblo fundado por refugiados del ataque a Panamá la Vieja dirigido por el pirata inglés Henry Morgan en el siglo XVII y con unos ocho mil habitantes y dos calles principales terminó con una rivalidad vecinal —entre el santo patrón de los refugiados y el de la población ya establecida—, que celebra dos desfiles simultáneos y atraen a miles de visitantes para ver competir a sus reinas. Con un bostezo, Edú se despidió para ir a dormir dejando a Nano con la palabra en la boca. «Súper interesante, pero lo dejamos para mañana… o tal vez nunca».

El sábado desayunamos con las tías de Nano, quienes sirvieron porciones de comida exageradas. Edú no sabía por dónde empezar a comer mientras las tías lo animaban a probar el hígado encebollado.

«Es buenísimo para la salud y empezar el día», le aseguraron. Cuando logramos irnos, sabíamos que no tendríamos que volver a comer durante el día.

Casi no podíamos avanzar en el parque, apretados entre una multitud de miles de personas mientras bomberos trepados sobre tanques cisterna echaban agua a manguerazos para aliviar el calor. La muchedumbre les pedía «*¡watá, watá!*»,[23] o los insultaba con «*¡cueeco, cueeco!*» para conseguir que les llegaran chorros de agua. Globos rojos y azules flotaban por todas partes. El gentío abría paso a las carrozas de las reinas, que eran de un detalle y producción que no tenían nada que envidiar a las de Río de Janeiro. Las comparsas que las acompañaban cantaban estribillos burlones contra la otra tuna y las reinas bailaban ligeras de ropa y cargadas de plumas.

En una esquina de Calle Arriba, cerca de la iglesia de Santa Librada, unas muchachas gritaban y cantaban delirantes tonadas a favor de Calle Abajo dentro de un Jeep descapotado, pasándose entre ellas cubos de agua que vaciaban en sus cabezas para refrescarse. Músicos de patio, en camisetas con los colores de sus bandos, interpretaban los éxitos del momento y otros tradicionales como la «Murga de Panamá», con un ritmo y un gusto irreplicable por una orquesta de salón o por un equipo de música. A fuerza de pulmón y de rebate popular, nos obligaban a seguir el paso y a entrar en el frenesí general… trompetas y más trompetas… música de pueblo que ponía a la gente a brincar y cantar por horas sin caer en cuenta de que sus piernas ya no daban para más y de que hacía tiempo perdieron la voz. *Watá*, *watá*. Familias enteras agitaban banderas desde los balcones de sus casas mientras, al otro lado del parque, se lanzaban cohetes y cantaban coplas en apoyo a la reina de Calle Arriba. Ningún balcón cedía en entusiasmo hasta que de uno de ellos comenzaron a caer billetes de a dólar. En medio de la estampida que provocó la lluvia de billetes, Edú quedó embarrado en color añil por unas jovencitas que se fueron riendo después de agarrarnos las nalgas. Nano y yo les gritamos: «gracias», porque así se le decía a un hombre que está *bueno* en carnaval. Edú reconoció a varias personas en los balcones, porque muchos de quienes organizan este jolgorio son gente del Ambiente, algunos conocidos como tales y otros tapados que juran que nadie sospecha. Con un entusiasmo y rivalidad que bordea el fanatismo, coordinan, disponen, crean, inventan y construyen el andamiaje que ha hecho de este carnaval lo que ha llegado a ser.

Subida al grillo[24] de un tractor, que arrastraba el camión de la murga de Calle Abajo, reconocí a la Ñata capitaneando la comparsa.

«Fea, fea, dicen que estás fea…», le cantaban los de Calle Arriba, a lo que el transformista respondía tirando besos y ofreciendo sonrisas. En la cola de la murga marchaban travestis, arremolinándose tras los camiones sin que nadie los molestase. El público reaccionaba con una mezcla de morbo y fascinación. Al llegar la noche, las reinas volvían a desfilar, pero en atuendos de lujo, sobre carrozas alegóricas diseñadas para impresionar más que atacar al otro bando. Detrás marchaban las tunas lideradas por señoras del pueblo salomando: «¡Auá, auá, auuuá! ¡Aquí viene, aquí viene, aquí viene Calle Abajo! ¡Auuuá!». *Boom, boom, boom*, estallaban los fuegos artificiales coronando la larga noche mientras las reinas desfilaban tirando besos y usando las manos para saludar, insultar y embromar a su contrincante. Muchachas más jóvenes completaban la corte de cada reina, entre ellas futuras soberanas de sus respectivas calles.

Seguían tirando fuegos artificiales cuando le pedí el auto a Nano para regresarme al «chalecito» con Edú. Me dio las llaves sin protestar. «Me lo cuidas», balbuceó borracho. «¿Qué te dijo de mí?», preguntó Edú igual de ebrio. Llegamos a la casa más por instinto que por conocimiento. Casi caigo de bruces al entrar, pero Edú detuvo mi caída tomándome del brazo y desgarrando mi camiseta. «Siempre quise hacer eso», susurró mientras me besaba. Apenas habíamos terminado un sexo borracho y sudado, cuando sentimos a Nano llegar (acompañado) y nos dormimos escuchando crujir la cama de su cuarto.

Mis piernas me traicionaron al intentar levantarme al día siguiente y tuve que volver a sentarme en la cama para no caerme. Edú se sentía igual y nos tomó tiempo levantarnos. Luego, mientras almorzábamos en la diminuta mesa de la cocina (la sala, cocina y comedor eran un solo espacio de pocos metros cuadrados), Nano salió del cuarto seguido de una muchacha gordita y con el rostro picado por el acné. La invitamos a comer, pero ella insistió en irse. Había llegado con Nano hasta allí en su propio auto. Nano se sentó a la mesa sin casi poder abrir los ojos. Después de mucho café, pasamos por casa de las tías para ir a misa. Las tías nos esperaban impacientes.

—¡Que nos van a hacer llegar tarde, *pelaitos*! —dijo titi Loli y examinó detenidamente nuestros rostros—. Estos están listos para la bolsa de suero. Jeje.

—Y a ver, jovencito —le preguntó titi Mari a Edú—: ¿Qué le parecen los carnavales de Las Tablas? Son los mejores, ¿no?

—Pues cuando regrese de los de Río, le confirmo —dijo Edú.

Nano tosió e insistió en que nos apresurásemos, que estaba por

iniciar la misa. Las tías nos acompañaron en silencio hasta la iglesia de Santa Librada. El altar lo presidía la imagen de la Moñona, como llaman los lugareños a la santa por su larga cabellera de pelo natural donado por jóvenes tableñas que se lo dejan crecer en su honor. Era una imagen soberbia vestida de ropajes sedosos azul y rojo cubiertos de pedrería y costuras doradas. Mientras Edú la miraba ensimismado, llegué a preguntarme si era por devoción o si la vería como otra pieza para la colección de su madre. Terminada la misa, las tías se regresaron solas a la casa con una despedida breve. Nano propuso, de mal humor, volver al parque Porras, pero Edú se opuso.

—A ver, ¿cuán diferente va a ser hoy de ayer?

—Bueno, culecos de día y desfiles de noche.

—¿Y el lunes?

—Lo mismo.

—¿Y el martes?

—Lo mismo, pero con empolleradas en la noche.

—Entonces hagamos un trato, me prestas el auto y te quedas acá haciendo eso. ¿Tú que quieres hacer, Tino?

—¡'*Jo*! Vinimos con Nano y nos quedamos con él —contesté molesto.

—A ver, ¿tú estás en el seguro de mi auto?, ¿no? Entonces no puedes usarlo. Tino puede porque es de la casa y porque me da la gana. Por lo demás, puedes hacer lo que quieras —respondió Nano con igual tono y cruzado de brazos.

Antes de que se formara una discusión en la que Edú tenía las de perder, propuse playa en el día, parque por la noche. Nos dirigimos entonces a la playa El Uverito. Nano se quedó conmigo en la arena, mientras Edú se bañaba en el mar. Comencé a molestarlo por su levante y nos encontramos hablando sobre lo que es tener sexo con alguien que uno no conoce o apenas se desea. A Nano no le era necesario parecerle atractiva una mujer para *cepillársela*, que, con unos tragos encima, lo más importante era que ella quisiera: «En tiempo de guerra, cualquier hoyo es trinchera». Le pregunté entonces si bajo esa misma lógica se acostaría con un hombre. Nano bufó, pero admitió que, aunque nunca le interesó o le pasó, conocía de *pasieros* que habían experimentado con otros *manes* cuando eran adolescentes y estaban locos por tener sexo, del que fuera, sin que se repitiese, y que quizás fuese posible que hubiese hombres para quienes «hacer cosas» con otro hombre fuese un experimento o «mata caso» sin compromiso ni consecuencia.

—O sea, que un revolcón no define a nadie… pero, entonces, ante

la situación que acabas de describir, ¿cuál es la diferencia entre un gai y alguien que no lo es?

—Lo que se busque y no simplemente lo que se encuentre.

—El deseo —resumí.

—Bueno, tampoco es tan claro… así como puedo coger con una mujer que no me guste, otro se podría acostar con alguien porque se dio la situación y la única consecuencia es la vergüenza y el arrepentimiento… o el pago.

Me volví a ver a Edú. Había tomado demasiado sol y su cara enrojecida flotaba en el mar como un balón. Levantó la mano para invitarnos a entrar al agua y ambos levantamos las nuestras para indicar que lo haríamos más tarde.

—Ah, y eso sí, importa quién *pichee* y quién *cache*. El tipo que coja por el culo es gai. Punto. Aunque después se acueste con mujeres.

—Según he leído, no es tan sencillo…

—Oh, pero sí lo es, *fren*. Para *mí* sí que lo es… —dijo decidido. Resolví no rebatirle ese punto; ya bastante había aceptado.

—Espero que las tías no se hayan ofendido por la respuesta de Edú —tanteé.

—¿Que si se ofendieron, *alelao*? Mi vieja llama en cualquier momento… —Nano tomó un poco de arena y la lanzó en dirección al mar—. Ese *man* me tiene *cabreao*… ¿por qué andas con él? No me parece tu tipo…

—¿Mi tipo? —fruncí el ceño—. No sé si tenga un *tipo*. Tal vez la verdad es más simple; es mi primer hombre y lo que conozco de este nuevo mundo, que, por cierto, llamamos «el Ambiente», lo he aprendido de él y de sus amigos.

—Lo que acabas de describir para mí es una relación social… el *man* es bien *fresa* y me truena a que bajo esa superficialidad solo hay más superficialidad… no es lo que me esperaba que te enganchase…

—¡Me enganchó el sexo como a todos! La verdad es que es como un amigo con beneficios al que le soy fiel.

—Pues no como a todos, *mopri*. Estás requete equivocado y hasta diría que es una actitud bien inmadura. Yo no me enganché con Aidé por sexo, ni tampoco Ali con Claudia. Aún no lo hemos tenido (¡con ellas!), pero estamos súper enamorados. Estás hablando la misma paja de tu viejo…

El comentario me hirió. Era la primera vez que Nano me comparaba con mi padre y el dardo daba demasiado cerca de un blanco que ni sabía que existía dentro de mí. Nos quedamos observando el mar, cada uno rumiando sus propios pensamientos.

Convencimos a Edú de ver el Desfile de Polleras el martes, más tradicional que los desfiles de las noches anteriores. Las reinas, la gente, todos estábamos cansados y era hora de terminar el carnaval. Solo faltaba el *topón* del Miércoles de Ceniza. En la mañana se quemarían montañas de cohetes y petardos y se enfrentarían las reinas desde sus carrozas con las tunas cantando a favor de sus «soberanas» y en contra de la otra banda. Era el último cartucho de unos cuatro días muy largos. Al mediodía nos regresamos a Panamá cansados y engomados. Edú dormía en el asiento de atrás cubierto de aloe vera, mientras yo trataba de mantener despierto a Nano durante las largas horas de tranque vehicular que nos esperaban. Él regresaría a Las Tablas con Aidé al año siguiente y Edú no volvería a pisar la provincia de Azuero nunca más.

23 Panameñismo derivado del inglés que significa agua.

24 Del inglés *grill*. Parte delantera de un vehículo para permitir la ventilación del motor.

17. Decisiones (marzo de 1999)

«¡Zapatero, a tus zapatos! ¡Zapatero, a tus zapatos!»,[25] gritaba el anfitrión del bingo para que lo escucharan entre conversaciones y carcajadas que ahogaban su voz. Unas cuarenta personas se apiñaban en la antesala de una casona en San Francisco, sentados cuatro por mesa, recaudando fondos para pacientes con sida.

«¡Oe, mis patas!»,[26] nos gritó Delia desde una esquina cuando nos vio llegar. Edú y yo compartimos una mesa con los Luises. Gritos, risas, arengas, dardos «venenosos» y sus réplicas dominaban el ambiente. El esposo de Tati, Juan, acompañado de su pareja, Abelardo, tiraba cizaña e intrigas cómicas a quienquiera que se le acercara. Otras mesas estaban ocupadas por los señores que me recibieron en la fiesta de Edú; pasados de tragos, se divertían más con sus propias bromas y cuentos que en jugar. Querían pasarla bien y donar dinero, no ganarlo. Uno de ellos, empresario de la Zona Libre de origen argentino, ganó un turno y, haciendo un gesto de no importarle, devolvió las ganancias entre los aplausos de los presentes. Pregunté cuáles eran las parejas entre ellos. «¡Qué va! Esos son como hermanas siamesas, andan siempre juntas, pero no se acuestan entre ellas», respondió Edú.

En medio del alegre desorden, noté a un desconocido que me observaba desde otra mesa. Era un trigueño bigotudo, alto y guapo. No era la primera vez que me pasaba en un grupo del Ambiente, pero sí que sentía un hormigueo simultáneo en mi estómago y mi entrepierna. Cruzamos las miradas varias veces y tuve que hacer un esfuerzo para recordar que Edú estaba sentado a mi lado. Creí que nadie notaba el intercambio de miradas, pero la sonrisa pícara esbozada en el rostro de Toño delataba que apenas pretendía estar ocupado en marcar su tarjeta.

El evento recolectó más de cinco mil dólares y fue seguido por un almuerzo bufé. El anfitrión era socio de una cadena de supermercados

y su mesa no decepcionó. Durante el almuerzo, solo volví a cruzar la mirada con el galán una vez más, pero me sonrió anticipándola, y puse mi brazo sobre los hombros de Edú. Al despedirnos, un arquitecto, profesor de la universidad de Edú, nos invitó a pasar por El Cangrejo para una «reunioncita», pero los Luises se disculparon porque Lucho estaba muy cansado.

Coincidimos con Delia, que estacionaba en la calle, al llegar. «¿Y Tati?», le pregunté. «El ajetreo del bingo no es lo de ella, pero recién la llamé para que se aparezca por acá», respondió. «Y porque no se quiere ver con el marido», añadió Edú, lo que generó una discusión a gritos entre ambos que se prolongó hasta que llegamos al último piso. Al abrirse la puerta del elevador oímos: «¡La puerta está abierta! Los escuchamos desde la calle…», nos gritaba a su vez el arquitecto desde la sala. Su apartamento se construyó en la azotea del edificio, reconfigurado como un espacio abierto con la sala y la única recámara, con una enorme cama en el medio, divididas por un escalón. Solo la cocina y el baño tenían puertas propias. El arte en las paredes era creación del propio dueño. Nos acomodábamos en la terraza cuando vi a Osiris salir de la cocina. Trajo las bebidas sin inmutarse al verme.

Su presencia me arruinó la velada. Edú conversaba con su profesor sobre un nuevo proyecto inmobiliario sin delatar ninguna emoción por la presencia del camarero. Me asaltó el temor de que hubiese comentado sobre el trío como un chiste más. La idea de que mi intimidad fuese cotilleo entre los presentes, primero me avergonzó y luego me irritó.

—¡Oe! ¿Y por qué tan pensativo? Cualquiera diría que estás molesto… —dijo Delia. Sentí que todos me miraban.

—Nada… me acordé de algo… con permiso —me disculpé y cuando me levanté veo al galán del bingo entrar al apartamento y encaminarse a la terraza.

—¡Virgilio! Cómo andas, *amiigo*… —lo recibió Delia antes de que él se presentara.

Lo saludé sonrojándome y él sonriendo como si disfrutara de mi turbación. Me refugié en el baño para recuperarme. «Estás histérico… es solo mierda dando vueltas en tu cabeza», me dije, pero esa posibilidad no me calmó. Salí del baño decidido a pedirle a Edú que nos fuésemos y me encontré cara a cara con Virgilio que esperaba afuera.

—¿Qué *sopa*, *pelao*? —me saludó con la sonrisa traviesa de quien ya sabe que estaba caído por él. Su proximidad me acaloró. ¿Serían

las famosas feromonas? Era lo que sentí cuando conocí a Edú, solo que ahora sabía lo que quería hacer con este hombre.

—Todo bien… ya me iba… —mi cerebro era como un motor que se había atollado.

—Así que andas con Edú, ¿desde cuándo?

Le hablé de datos y fechas casi mecánicamente. Sentí que todos estaban pendientes de nuestra conversación. «Y aquí estamos, con casi seis meses», concluí de prisa. Me contó que era enfermero, que trabajaba en el Seguro Social, pero que también hacía turnos en el hospital Paitilla. Remató la breve biografía mencionando que conocía a Edú y que lo conocía *bien*.

—Salimos por unas semanas hace tiempo. Nada serio. Ya sabes, cuando se anda en este ambiente… —me guiñó el ojo.

—No sé a qué te refieres… no me consta que… —trataba de responder algo coherente.

—Date tiempo o, mejor aún, dáselo a él… y una advertencia sobre el camarero… —dijo acercando su rostro al mío—. Esa es su relación más estable y *no* es un romance… aunque tal vez ya lo sabes… —debió notar mi sonrojo—. En todo caso, aquí tienes mi teléfono.

Puso un papel en el bolsillo de mi camisa y se marchó. Me dirigí a la terraza decidido a irme, pero el grupo estaba enfrascado en una discusión sobre las elecciones de ese mes de mayo. Para un país que elegía tan malos políticos, las campañas generaban una pasión tipo torneo deportivo que tenía poco que ver con el mérito de los equipos y mucho en la desafección del fanático, porque en Panamá no se vota por propuestas, sino por antipatías. Esperaba una pausa para hablar con Edú, pero no fue necesario: él anunció que ya nos íbamos. «¡Pero si acaban de llegar!», protestó el anfitrión, secundado de inmediato por Delia. «Tino puede quedarse si quiere…», dijo Edú camino a la salida. «Para nada, ya estoy listo», contesté igual de cortado. Antes de seguirlo, Delia me agarró del brazo y me invitó a su cabaña en Cerro Azul: «Allá nos reunimos los fines de semana durante el verano. Trae traje de baño». Traté de excusarme, pero me interrumpió: «No hay excusa que valga y, si se te olvida, te bañas calato. Organiza con Edú y allá te vemos. Un besote». Y al besarme de despedida me dijo rápido en el oído: «No le hagas caso a sus histerias».

—Oye, ¿cuál es la prisa? —le pregunté a Edú una vez entramos en el elevador.

—¿Qué tanto hablabas con aquel *man*? —respondió molesto.

—Se presentó y me habló, ¿qué tiene? —temí que hubiese visto el pase del papel.

—Te vi la cara de niña caída desde el balcón. Todos lo notaron…

—¡No soy ninguna niña y deja de hablarme así! —respondí.

Continuamos en silencio hasta llegar al auto. Apenas me había puesto el cinturón de seguridad, cuando Edú arrancó el auto con estrépito.

—¿No me vas a decir si te invitó a salir? Porque ese es bien puta… —continuó Edú.

—No, no me invitó a ningún lado, pero sí me dijo un par de cosas —preferí ofuscar la verdad.

—Ah, claro, intrigas. ¿Te dijo que salió conmigo hace años? —asentí con la cabeza—. ¿Y que nos dejamos porque me quemó de la ceca a la meca?

—No me dijo lo segundo, aunque no tengo por qué dudarlo. Lo que sí me *sugirió* es que lo de Osiris es algo permanente, no una cana al aire…

—Tino… Tino… —Edú entró de golpe al estacionamiento de un almacén en vía España y apagó el motor—. No me dejes por las intrigas de alguien que acabas de conocer. Todos tenemos nuestro pasado…

—Eso lo sé, pero me pregunto qué tanto está Osiris en el pasado… ¡y no quiero mi intimidad en boca de nadie! Que el mundo sepa que estamos juntos es una cosa, pero que se enteren de lo que hacemos o con quién, es otra… —sentí mi enojo disiparse con esas palabras, que me parecieron injustas tan pronto las dije—. No me consta que le contaras a nadie, aunque me molestaría *muchísimo* si lo hicieras…

—¿Eres feliz, Tino? Me refiero, ¿eres feliz en este mundillo?

—Soy feliz en cualquier lugar… no veo nada malo en lo que hacemos… —respondí dudoso.

—¿Realmente no te gustaría ser como los demás? Si te ofreciera una píldora que te curara, ¿la rechazarías?

—*¿Curarme?* —lo consideré antes de contestar—. Quizás mi vida sería más fácil, pero por aquello de complacer a esos «demases» de los que hablas… ¡No estamos enfermos! ¿Y qué tiene que ver esto con mantener nuestra intimidad privada? Es importante para que *esto* funcione. No hay otra, porque no vamos a cambiar…

—Pues yo daría cualquier cosa por cambiar —balbuceó—. Me siento tan perdido…

—Edú… ¿has hablado con los Luises de esto? ¿Has ido a su doctor? Cuando te conocí dijiste que ibas a terapia y tomabas medicamentos, pero no me has dicho por o para qué…

—Te voy a llevar a tu casa —respondió Edú arrancando el auto. Al

salir del estacionamiento prendió la radio y se puso a buscar una emisora.

Ya en mi habitación, sentí una sensación de tristeza y de duda. ¿Estaba tan seguro de mis decisiones, mis sentimientos? Al desvestirme, el papel con el número de Virgilio cayó al suelo. Lo miré por un momento antes de recogerlo y tirarlo a la basura.

«Siéntense, siéntense», nos recibió el contador al entrar a su despacho. Trabajaba con la familia desde finales de los años sesenta y había sido la mano derecha de mi abuela hasta que ella murió. Ahora estaba frente a nosotros, revisando papeles que amenazaban volar por la fuerza del abanico portátil a sus espaldas. Nos acompañaba su nieto, recién graduado de la universidad, quien continuaría con los asuntos de la familia en la próxima generación.

Llevaba meses posponiendo la reunión por la insistencia de mi madre de no querer incluir a mi padre ni que le hablase del tema. Me parecía un despropósito no tener en cuenta siquiera su opinión, pero ella insistía en que era un error mencionarle mi herencia y menos que supiera que estaba evaluando cómo usarla. Repliqué que él sabía cuántos años cumplía y lo que significaba, pero ella me convenció diciendo que yo no necesitaba la opinión de ninguno de ellos, que la reunión era solo para orientarme, no para tomar una decisión final: «¿Para qué complicar las cosas?».

Quedé atónito al saber que heredaría más de dos millones de balboas, incluyendo los intereses ganados desde la venta de la Opa. El contador me propuso varios escenarios: desde ahorrarlo todo hasta invertir en las actividades inmobiliarias de la familia. Antes de que pudiera decir o preguntar, mi madre insistió en que debía ahorrarlo todo, incluso los intereses.

—¿Para qué gastar si vas a vivir en Graça? Mejor ahorrarlo para cuando formes una familia, ¡que eso sí es un gasto! —dijo buscando la aprobación del contador, a la que él respondió con una sonrisa.

—¿Graça? ¿Forme familia? *Mãe*, tú andas muy adelantada… y un tanto equivocada.

—¿A qué te refieres? —dijo de malhumor.

—Yo quiero comprarme un apartamento. Nada caro, algo simple…

—¡¿Un apartamento?! —mi madre apenas se controló porque no estábamos solos—. Ya vives en un «apartamento» dentro de una casa donde caben dos familias cómodamente. No hay necesidad de que te mudes. ¿Para qué tirar el dinero?

—Pensé que no íbamos a decidir nada hoy, pero veo que ya sabes lo que tengo que hacer *per saecula saeculorum*, como diría el padre Carlos. Por cierto, ¿esto lo consultaste con él? Porque no me parece…

—¡Lo que sabe es que entre tu padre y tú me van a volver loca…!

Pedí las propuestas por escrito para estudiarlas, mientras mi madre continuó regañándome. Le prometí al contador que nos volveríamos a ver una vez tomase una decisión. Me sentí aturdido luego de la reunión y decidí hablar con tío Nino para que me aconsejara.

Su oficina olía a bocadillo de jamón serrano y queso de bola (entonces no se conseguía el asturiano) porque almorzaba en su escritorio para poder atender el local en cualquier momento. Estaba contento de que lo consultara. «¡Ojalá mis hijos hicieran lo mismo! Ven, siéntate en la mesa de reuniones… y deja la puerta abierta por si viene alguien con algo importante». Le conté sobre las propuestas del contador y de las insistencias de mi madre.

—Pues encuentro que esos escenarios son muy conservadores, pero ¿qué se puede esperar de gente que trabaja para ti?

—¿Te refieres a que no me debo fiar en ellos?

—No, *guaje*, me refiero a que su trabajo es ofrecerte el menor riesgo posible. También importa lo que ambiciones en tu vida.

—Bueno… estoy pensando, digo, *voy* a dejar la carrera de Leyes y me tienta la de Humanidades, pero no estoy seguro…

—Me alegra que dejes algo que odias y, sobre lo otro… primero, lo primero. Ni siquiera sé cuánto vas a heredar —me dijo con un guiño —, pero igual piensa bien lo del apartamento. *No* es una necesidad. No te falta nada en tu casa y vas a tener que gastar… de sesenta a ochenta mil balboas en algo de una habitación en un barrio como El Cangrejo. No es una buena inversión, aun cuando no sea un porcentaje importante de tu herencia, lo que no sé —volvió a darme un guiño—. Puedes alquilar, como tus primos y, mientras, para sacarte la juventud de encima —dijo sonrojándose—, para eso están los *push*.

—Ya uso *push*, tío, de eso no tienes que preocuparte —dije disfrutando de su incomodidad—, pero lo que no me funciona es quedarme en casa de mis padres, no importa lo grande que sea. No quiero seguir viviendo bajo sus reglas; quiero mi propio lugar.

—Siempre pensé que a tu abuelo se le fue la mano con esa casona para una familia tan pequeña. No lo conociste, un tipo emprendedor… tu madre era poco más que una niña cuando murió y solo sabe lo que le enseñó tu abuela: ahorrar y evitar riesgos… Pero

divago… insisto en que no compres un apartamento. Por lo menos, no por los próximos años. Lo que me lleva al otro consejo —se cruzó de brazos—. ¡Qué Humanidades ni qué gilipolleces! ¿Para qué te sirve eso? ¿Acaso no tienes ya una biblioteca para leer lo que quieras? La cultura no se compra en la universidad, Tino. De hecho, tampoco la necesitas para hacer negocios, pero si vas a sacar un diploma que sea en algo como Administración de Empresas. Puedes hasta encargarte de los negocios de tu madre o ¡comienza algo propio! ¡Que vienen tiempos nuevos! Necesitaremos más empresarios y menos poetas… —quise responder que se podían hacer ambas cosas, pero sabía que era una batalla perdida.

—Gracias por la honestidad, tío. Tengo mucho en que pensar… Una última pregunta, ¿debo hablar de esto con papá? Mamá teme que si lo hago me pedirá dinero.

—Yo siempre tomo en cuenta la opinión de tu padre, Tino. Supo echarse al hombro la Opa antes de que tu abuela lo cag… en fin, él te quiere más de lo que te deja saber. No dejes de consultarle. Se lo tomaría muy a pecho si no lo hicieras…

Salí de la oficina de tío cargado de dudas. Sus consejos me parecían sensatos, pero no eran lo que yo quería. Estaba empeñado en tener mi propio lugar y no me atraía estudiar negocios. No consultaría con nadie más; tomaría mis propias decisiones.

25 «Zapato» se usa para «cantar» el número nueve en bingo.
26 Amigos, en Perú.

18. Cerro Azul (abril de 1999)

«¡Pasen, pasen! Que les tenemos listos los tragos… ¿Cómo?… pero por supuesto que ya pueden beber. ¡Ya son casi las once de la mañana!». No hubo forma de rehusar la bebida de vodka y tónica que me ofrecía Delia.

Si pasar carnavales en Las Tablas con mi primo fue una prueba de fuego para Edú, pasar un fin de semana con sus amigos en Cerro Azul lo fue para mí. Pospuse la invitación hasta finales de abril, cuando no se soportaba el calor en la ciudad. Los Luises también tenían una cabaña cerca, pero sospeché que Delia se impuso para que nos quedáramos con ella. Llovía a cántaros y apenas podía ver la carretera (o los numerosos baches llenos de agua) mientras avanzábamos con mucha precaución. Cuando por fin llegamos, Edú se bajó a abrir el portón y regresó empapado. «Nos esperan unos buenos tragos. Si hay algo por lo que Delia es famosa es por su bar». Me sorprendió que no fuese famosa por nada más.

La cabaña era tipo rústico, con techo de tejas rojas y paredes pintadas de amarillo pálido. Era cómoda, con dos habitaciones grandes y una piscina en la parte baja del terreno. La terraza se extendía a lo largo del frente, con sofás y sillones cubiertos de cojines mullidos desde donde se apreciaba las colinas boscosas. Hamacas unían las columnas de madera que sostenían el alero principal. Al fondo había un asador enorme. Era un lugar para platicar, comer bien y beber de más.

Delia y Tati nos esperaban en la terraza con nuestros tragos listos. «Bienvenidos a mi humilde chalecito», nos recibió Delia con orgullo. «Déjenme que ahorita les aviso a los Luises que llegaron», añadió mientras sacaba del pantalón corto un teléfono celular, algo novedoso y que todos codiciábamos. «¡Bajen, que ya están aquí!», gritó en el celular sin llevárselo a la oreja y terminando la llamada sin esperar respuesta.

Delia y Edú pronto monopolizaban la conversación, aunque logré escuchar por primera vez la voz de Tati. Era una voz baja, metódica (pronunciando cada sílaba) y un poco ronca. Tenía un acento del interior que no pude ubicar. Quería preguntarle sobre su matrimonio, pero nos interrumpió la llegada de los Luises. La conversación giró entonces en torno a Lucho y sus visitas al hospital, pero él se cansó del tema y pidió escuchar los últimos chismes del Ambiente. Delia y Edú comenzaron a interrumpirse incesantemente. Aquel no era un grupo para tímidos.

—Pues la *cocoa*[27] que yo quiero escuchar es eso de que Tati y Juan están casados —alcé la voz lo suficiente para que me escucharan.

—¡Y a eso llamo una entrada! —dice Delia—. Pues te voy a contar…

—Mejor dejemos que cuente Tati, que no ha dicho mucho… —interrumpí. Tanto los Luises como Edú se miraron y emitieron un «uuh» de sorpresa y provocación.

—¡Eso, eso, que ya te sientes en casa! —dijo Delia y volteándose a Tati le espetó—: Dale, mi amor. Que este quiere escuchar *tu* cuento.

—Pues no es la gran cosa… —dijo Tati sonrojada y evitando nuestras miradas—, mucha gente lo hace. No veo qué es lo que no se entiende…

—Si la dejas continuar —interrumpió Delia— no te vas a enterar de nada. Nos dormimos antes de que termine. Déjame y te hago yo el cuento… Comencemos por el principio, como decía mi abuelita… Tati, mi amor, sé un encanto y llénanos los vasos que están vacíos, ¿sí? ¡No olvides el hielo!… Como te decía, nos conocimos en el hotel donde trabajo de gerente… ¡Tati, pon música de la Pausini… o de Albita… o de la Ale Guzmán, *por faa*!… Como te decía… ¡que conozco a tu tío! Casi me infarto cuando Edú me dice que está saliendo contigo…

—¡El cuento, el cuento! —dijeron a la vez los Luises mientras se escuchaba en el fondo «Hacer el amor con otro».

—¡Ya, ya! ¡Al toque! No sean tan maleducados. Bueno, al grano… tu tío y yo nos conocemos, *uff*, desde que él puso el primer chiringuito de muebles en la Central… —los Luises colgaron las cabezas en señal de resignación y Edú simuló un bostezo exagerado.

Escuché historias de mi tío y sus inicios en Panamá y de cómo, cuándo y dónde Nancia se lo levantó, hasta que finalmente Delia comenzó a contestar mi pregunta.

—Y tu tío celebró la inauguración de la mueblería en vía España,

en el hotel en el que yo trabajaba y ¡zas! —le tomó la mano a Tati, que ya había regresado con los tragos—, conocí a este ángel. Era una de las servidoras de champagne en el evento. Imagínense encontrar tus dos cosas favoritas en un mismo lugar…

—¡El cuento, el cuento! —gritamos todos a la vez.

—¡Pero qué gente tan poco romántica! La sazón está en los detalles. Pero *bueh*, no se puede con los bárbaros… pues que Abelardo, la pareja de Juan, resultó ser primo segundo de Tati y nos comenzamos a frecuentar. Juan se quejaba de problemas con familiares especulando sobre su sexualidad, que si estaban insoportables intentando averiguar y aconsejar sin querer confirmar o preguntar. «Pero cómo, un hombre tan guapo no puede estar solo… qué va a pensar la gente…» —Delia imitaba los gestos de sorpresa y malicia fingidos—. Así que Juan comenzó a invitar a Tati para que lo acompañara a eventos. Y, ¡zas!, se convirtieron en pareja social. Y una cosa llevó a la otra, que si «Qué pareja tan bella», «¿Y cuándo es la boda?» —Delia volvía a hacer los gestos—. Ya saben cómo se pone la gente de necia. Y Juan le habló de casarse por lo civil…

—Pues yo creo que terminaron en el peor de los dos mundos —Lucho interrumpió—, porque nadie se tragó el cuento del porqué no casarse por la Iglesia, siendo ambos católicos.

—En eso tienes razón —replicó Delia—. Mi Tati no iba a ir a un altar a fingir una boda. No sabes la que tuvo que pasar cuando su familia se enteró de que se casaba por lo civil. Primero pensaron que se casaba con un judío o algo así, pero cuando supieron que el churro era católico, no entendieron qué pasaba, ni tampoco los familiares de Juan. Y encima ambos grupos los tienen ahora locos con: «Y cuándo llegan los bebés». Juan ya se lo propuso a Tati, pero ella se niega —Tati asintió firmemente—, y ahora andan medio peleados por eso. Él todavía la invita a sus fiestas, pero ya no nos frecuentamos como antes.

—Yo les aconsejé que no se metieran en eso —continuó Lucho—, que no iba a funcionar. Sus familias no iban a entender tanta pirueta para algo que para ellos es *tan* sencillo, pero tú, Delia, le metiste la idea a Tati por los ojos. Este es el resultado… —Toño pellizcó a Lucho en el brazo para acallarlo.

Se hizo el primer silencio de la reunión y nos envolvió una calma tensa, solo cortada por el fragor constante de la lluvia, que terminó con un estallido.

—¡A mí nadie me va a endilgar los platos rotos de otros! —bramó Delia, poniéndose de pie—. ¡Todo el mundo pensó que era una idea

genial! ¡Ellos decidieron seguir un juego que, para que sepas, es más antiguo que los faraones! ¡No es mi culpa que no sepan jugarlo!

Tati trató de calmarla. Le decía que bien sabía que quería lo mejor para ella. Lucho se disculpó, que si los medicamentos no mezclan bien con el *guaro* y que lo de Tati no era asunto de él. Delia se resistió, pero al final se reconcilió con Lucho con un abrazo. Siguió un silencio incómodo. Delia fruncía el ceño y se mordía el labio inferior como si tratara de contener todo lo que le quedó por decir, mientras que Edú terminó su nuevo trago y agarró el de Lucho. Toño le dijo que tomara más despacio, pero Edú lo ignoró. Me sentí responsable de malograr la reunión. Mi curiosidad había destapado viejas rencillas que desconocía. Pensé disipar la tensión hablando de la campaña política, pero lo que salió de mi boca fue diferente; el alcohol estaba haciendo efecto. «Y ustedes —pregunté señalando a Delia y a los Luises—: ¿Cómo se conocieron?». Mi pregunta tuvo un efecto inmediato y todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¡Muy buena pregunta! —se impuso Delia saliendo de su modorra —. Conocí a estos dos en el hotel cuando se quedaban para quemar a la Talibana.

—Lo haces sonar tan turbio… —respondió Lucho resentido—. Yo ya no dormía con ella y nos divorciamos ese mismo año.

—Todos tenemos cuentos… —replicó Toño, tratando de contener una nueva discusión.

—Pues cuéntenle al niño cómo conocieron a Edú —dijo Delia, mostrando una sonrisa digna del Gato de Cheshire.

—No es ningún misterio… fue en La Faraona. Un barcito de lo más simpático que quedaba cerca de donde vives, Tino —dijo Toño, mirando a Delia.

—Te lo perdiste, Tino. Qué buenos tiempos aquellos. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos billar en el saloncito de atrás, Toño? —rememoró ella.

—¡Cómo olvidarlo! Ahí siempre estaban metidas las lesbis. Hasta a veces aparecían famosos con mujeres —respondió Toño sin bajar la guardia—, buscando lesbis para hacer tríos…

—A estas las conocí allí… —chapurreó Edú señalando a los Luises —. Un día en que la Ñata daba un show en el bar… ¡cómo se enojaba el *bartender* cuando le coqueteaba!… Este —señaló a Toño— me vino a hablar y nos fuimos esa noche… nos vimos por un tiempo, pero ya después no me quiso…

—Me conociste de pareja con Lucho y sabías desde el primer momento que no iba a dejarlo… —respondió Toño, resignándose a lo

que iba a pasar.

—Traté… ¿por qué me dejaste? —Edú comenzó a sollozar. No se le entendía lo que trataba de decir, pero ninguno de los amigos intentó aclararlo. Habían visto esa escena antes.

Toño me ayudó a llevarlo a uno de los cuartos para que «durmiera el mono». Apenas eran las dos de la tarde. «Bueno, ¿quién quiere asadito?», anunció Delia mientras se levantaba de la hamaca de un brinco, abría el asador y le pedía a Tati que trajera churrascos de la cocina. Los Luises se quedaron a almorzar, acostumbrados a lo que acababa de suceder. Lucho estaba taciturno, pero Delia se dedicó a consentirlo y darle los mejores trozos de carne hasta que logró que participara en la conversación, que giró sobre la contienda electoral. Se enfrentaban dos herederos del pasado en la forma de parientes de exlíderes políticos ya desaparecidos, en un momento de inflexión histórica para el país: la entrega del Canal y el cierre definitivo de las bases militares estadounidenses en suelo panameño.

—No creo que importe quién gane las elecciones. Son todos lo mismo. ¡Mira que empezar el nuevo siglo escogiendo entre la viuda del Fufo y el hijo de Torrijos![28] Por eso no salimos del hoyo —opinó Toño.

—No estoy tan seguro —contribuyó Lucho—. Al Toro le salió lo de autoritario con la reelección y la represión a los universitarios, pero también cambió muchas cosas que favorecen al país. Necesitamos un gobierno que mantenga y continúe esas reformas.

—Esta no es cualquier elección o simple cambio de administración —sentenció Delia—. ¡Que les entregan el Canal, muchachos! ¡Despierten! ¡Bases, carreteras, aeropuertos, poblados! ¿No les importa quién reciba eso? Es cosa de primer mundo y se tienen que poner las pilas. Los ajustes de cuentas con el pasado los tienen ciegos al futuro.

—Mi vieja y mi tía hacen campaña por el arnulfismo, pero temo que el eslogan «Por el cambio» se refiere a revivir glorias políticas de hace cincuenta años. Mi viejo y mi tío apoyan al PRD, pero este gobierno me trajo resabios de la dictadura. El otro candidato es Vallarino;[29] a la gente no le gustó que formara otro partido tras perder las primarias contra la Yeya.[30] Además, es demasiado *rabis* y en la rosca. Estamos jodidos, pero es lo que hay —opiné.

—La tristísima realidad —continuó Delia—. Me gusta Alberto, más técnico que el resto de la oposición, aunque me inclino por Martín si lo que se quiere es que continúen las reformas, sea hijo de quien sea. Además, tiene más chance de ganar, aunque creo que el Toro ya se

la embarró. En cuanto a los arnulfistas… esa opacidad sobre cómo van a gobernar, más allá de defender el campo… ¿es que alguien cree que sin la privatización de la telefonía tendría uno de estos? —dijo mostrando el celular—. ¡Esperaríamos diez años más! Ojalá que el próximo gobierno, sea el que sea, mantenga el *momentum*…

—Pues ya se fue la inversión japonesa y si se va la china… —agregó Lucho.

—¡Por *favorr*! Esos se fueron por problemas en su propio país. Y los chinos están en ascendente. Créeme que vendrán otros y de todas partes… —respondió Delia.

—Pues estás muy bien informada de estas cosas —comenté.

—Lo que pasa, amiguito, es que la gente piensa que porque soy una lesbiana gritona no sé de lo que hablo. Esa equivocación la cometen muchos… y lo pagan caro —dijo entre risas.

Edú se nos unió como a las siete, engomado, y sin acordarse de la conversación con los Luises. Comió un poco de las sobras del almuerzo y regresó a dormir. El resto se retiró más tarde rodeado de los chirridos de las cigarras y los chasquidos de los geckos.

El domingo amaneció brumoso y apenas se veían las copas verde-oscuras del bosque. Una señora mayor nos esperaba sentada en la cocina para preparar el desayuno. Se llamaba Manuela, era de una comunidad cercana y trabajaba con Delia desde que compró la cabaña poco después de la Invasión. Una jefa mandona, me confió la señora, pero generosa y justa. Tati se me unió cuando el café humeaba y estaban listas las carimañolas y calientes las tortas de maíz con queso blanco.

—¿Cómo dormiste? ¿Estaba cómoda la cama? —preguntó Tati.

—Comodísima. Todo perfecto, menos los ronquidos de Edú —esto la hizo reír.

—Igual con Delia, pero uno se acostumbra —seguimos comiendo en silencio hasta que Manuela salió a sentarse en la parte trasera de la casa.

—Disculpa por traer el tema de tu matrimonio, Tati. No creí que se convirtiera en una pelea.

—Tranquilo, aunque sí me molesta que se comente como si fuese un accidente que me pasó y no algo en que yo participé de manera voluntaria.

—Cierto… ¿has considerado divorciarte? No debiera ser problema si no viven juntos.

—No… Juan es un buen amigo y me ha ayudado mucho, pero lo de tener hijos arruinó todo.

—¿No te gustaría tener familia? —me sorprendí haciendo una pregunta digna de mi madre.

—No sería una buena mamá… además vivimos en pecado. Vamos al infierno si seguimos en esto, ¿sabes? —no solo me sorprendió el cambio de tema, sino que lo dijera de manera tan serena y deliberada.

—Me parece que ver nuestros afectos de esa manera es muy corrosivo —respondí.

—Claro… —dijo distraída—. Es mejor no pensar en eso… ¿y qué me cuentas de ti y de Edú? ¿No te molesta que admitiera frente a todos que aún ama a Toño? —la miré confundido por el nuevo giro de tema.

—La verdad es que a veces pienso que no lo conozco… —respondí sin saber qué más decir.

—Él es un chico especial, con un vacío muy grande en el corazón… no le rompas lo que le queda…

Delia salió en ese momento del cuarto y lo primero que hizo al llegar a la sala fue buscar en el bolso las gafas de sol. Se tomó de golpe una botella de un litro de agua y, para el segundo café, comenzó a disparar consejos, cumplidos, órdenes y opiniones como una ametralladora.

—Espero que no te hayamos asustado. Tienes garra para este grupo. ¡Manuu! ¡Haga más café que el de la olla se enfrió! —se volvió de nuevo a mí, pero antes de decir algo se volteó para gritar—: ¡Y haga más carimañolas!… ¡Y traiga más tortitas y quesitos, por *favoor*! —por fin me habló—. Necesitamos más gente con aguante que sepa beber sin perder la chaveta. ¡Quedas adoptado! Y miren quién se aparece…

—¿Quién puede dormir después de que tú te levantas? —dijo Edú arrastrando los pies. Ya tenía las gafas puestas al salir del cuarto—. Es como tener un equipo de demolición al lado.

—Ey, siéntate que tenemos que hablar —le dijo Delia—. Andas tomando mucho…

—¿*Tú* me vas a venir hablar de tomar mucho? No jodas… —y empezaron a hablar-gritarse.

Tati fue a bañarse a la piscina y yo me senté en la terraza a leer un libro que encontré en el cuarto, *Entrevista con el vampiro*. Temprano, en la tarde, Edú y yo regresamos a la ciudad.

Hicimos el viaje de regreso en silencio, con él dormido a mi lado, tal vez soñando con su verdadero amor, que ahora sabía que no era yo. Quería confesarle que yo tampoco lo amaba, mientras sus ronquidos eran la única compañía a mis pensamientos. Posé la mano

en su muslo y conduje así el resto del viaje. Al llegar a su edificio, lo desperté y me despedí con un beso prometiendo verlo pronto.

27 Chisme, bochinche, en Panamá.

28 Mireya Moscoso, viuda del tres veces presidente, Arnulfo Arias, y Martin Torrijos, hijo del dictador Omar Torrijos.

29 Alberto Vallarino, candidato a presidente en 1999.

30 Apodo de la candidata Mireya Moscoso.

19. El veinteañero (septiembre de 1999)

«¡Desayuno!», avisó mi madre tocando fuerte a mi puerta. Estaba a horas de mi primera clase de Finanzas y me levanté de mal humor. Escuchaba a mis padres discutir en el comedor mientras me vestía, pero simularon comer en paz cuando me vieron. «¡Feliz cumpleaños, Tino!», gritaron junto con Dominga, aunque ella fue la única que no forzó la sonrisa. «A que pensaste que nos habíamos olvidado», dijo mi madre sin ninguna ironía. Papá terminó de comer primero y se despidió de mí con un abrazo, pero le sostuvo la mirada a su mujer antes de irse.

—Ya está todo listo para esta noche —continuó mi madre al escuchar la puerta de entrada cerrarse—. ¿Estás seguro de que no puede venir nadie más?

—No, *mãe*. Solo mis invitados y la familia. Nadie más. No quiero un evento social.

—¡Pero son tus veinte! Ya no eres un *tineyer* —insistió ella. Sentí el orgullo en su voz, pero no bajé la guardia.

—Solo mis invitados. No es tan difícil de entender.

Esa mañana fui al hospital Paitilla a visitar a Lucho. Llevaba varios días hospitalizado por problemas respiratorios; resollaba de manera crónica y vivía con una fatiga constante. Él ya era delgado, pero se le habían hundido los pómulos y se veía demacrado. Se negaba a andar en silla de ruedas porque decía que lo siguiente era terminar en cama.

Previendo conflictos con su familia, Lucho preparó un poder legal, válido hasta su muerte, que daba a Toño la potestad de decidir sobre sus cuidados médicos y régimen de visitas, por lo que podía permanecer a su lado junto a familiares, incluyendo a quienes él sabía que lo echarían del cuarto si pudieran. Cuando llegué, los Luises estaban enfrascados en una discusión.

—Pasa, Tino… —me recibió Toño—, aquí en una pelea de matrimonio por culpa de Edú…

—No le vengas con intrigas… —Lucho se interrumpió para toser y luego escupir en una bandeja metálica al lado de la cama—. Edú es como es, y hay que quererlo a pesar de sus tonteras. Siente demasiado. En lo importante, no nos ha fallado…

—Pues está cada vez más salido del tiesto —rezongó Toño.

—¿Qué pasó? —sentía curiosidad por saber sobre su último desplante.

—Pues que vino en la mañana y, cuando se encontró aquí con dos tías de Lucho que conoce, negó que lo estuviese visitando, que estaba allí por casualidad a recoger unos exámenes.

—Más me importa que me visiten que lo que crean mis tías, que piensan que estoy enfermo de cualquier cosa menos de sida… —replicó Lucho tosiendo de nuevo—. ¡Y felicidades! También peleando con este para que vaya a tu cumple. Se muere por conocer tu casa…

En eso entró un enfermero, con mascarilla doble y guantes de goma, para tomar los signos vitales del paciente. Nos pidió salir del cuarto y reconocí la voz de Virgilio. Por sus ojos, sabía que me ofrecía, oculta, la misma sonrisa coqueta de la última vez que nos vimos. Salí de la habitación con el rostro en ascuas, seguido por Toño.

—Gracias por venir, Tino, ¡y en tu cumpleaños! Esto es una lucha… qué te digo… —comenzó a sollozar y dejé que lo hiciera en mi hombro.

—Es una lástima que no esté Edú para acompañarlos...

—Ese*…* —hizo un intento de calmarse— se está cayendo en la recta final. Sabe lo de Lucho desde el primer laboratorio. Siempre fue un apoyo incondicional.

—Le voy a hablar cuando lo vea. Me va a acompañar a ir de compras hoy…

—¡Qué va! No le digas nada. Que esté aquí quien quiera estar… —dijo mientras se sonaba la nariz y cambió el tono de voz—, y me imagino que te veremos con más frecuencia ya que sabes quién es el enfermero…

—Hazle caso a tu marido y déjate de intrigas… —respondí jocoso a su broma. Sabía que Toño enfrentaba el dolor con humor—. Te dejo ahora, aunque espero verte esta noche.

—Veremos qué nos dice el doctor más tardecito. Está mucho mejor que cuando ingresó, pero con esta vaina nunca se sabe…

Mis primos y sus novias fueron los primeros en llegar a mi fiesta. «¿Ya le contaste a tu vieja que te cambiaste de carrera?», intrigó Ali. «¡Cállate, *ahuevao*!», respondí azorado mientras confirmaba que mis padres no estuviesen cerca. «Este todavía tan *culilloso*[31] con los

papás», añadió Nano. «Es que es un niño de mamá», dijo Aidé mientras me besaba la mejilla. Habíamos vuelto a ser amigos y por ella me enteraba de las andanzas quijotescas de Lena, quien se ganó el pasaje de ida a Grecia por salir con un hombre de treinta años, pero sus abuelos la regresaron a Panamá luego de seis meses. «Le dijeron a mi viejo en buen griego que ya ellos criaron a sus hijos y que buena suerte». Desesperados, los padres cedieron a darle más libertad y enviarla a la universidad a cambio de atenerse a unas pocas reglas en la casa y ella aceptó.

Brindamos entre risas por Lena, la fierecilla que no se dejó domar. Mis primos tomaban a sus novias por la cintura, las manos posadas en ellas con la suavidad de una caricia y la certeza de posesión. Un gesto a la vista de todos tan simple y a la vez tan rotundo. Me alejé de ellos para buscar otro trago y me encontré con el padre Carlos. Me alegró verlo, pero no lo había invitado porque no quería que conociera aún a Edú. Mientras lo saludaba, vi entrar a Toño, que llegaba con un regalo en una mano y una botella de vino en la otra.

—¡Pudiste venir!

—Lucho insistió… quiere que le cuente *todo* sobre la fiesta. Sabes que no le puedo negar…

—¿Y este quién coño es? —nos interrumpió mi padre de mal humor.

—¡Un amigo! ¿Qué te *pasa*? —respondí irritado y papá palideció.

—¡Perdone! Pensé que usted era otro invitado inesperado de su madre… aunque no parece de la universidad.

—Es que… es uno de mis profesores.

—Nuevamente, me disculpo —papá se volvió a mí—. Te vi saludando al padre Carlos, pero ¿ya viste quiénes están rondando los camarones? Quién sabe a quién más invitó tu madre…

Al mirar hacia donde indicaba, vi al contador y a su nieto. No quería volver a reunirme aún con ellos, lo que mi madre sabía. Mi padre se marchó y le ofrecí a Toño un trago. «¡Profesor! Mira tú… ¿y de qué carrera?», preguntó. «¡Leyes!», respondí. Iba a presentarle a mis primos y al padre Carlos cuando se nos acercó Lucibel cargando una bandeja de canapés. Estudiaba Contabilidad en la universidad y, al invitarla a la fiesta, preguntó si podía ser uno de los mozos. Dominga discutió con ella cuando se enteró.

—¡No me deslomé toda la vida para que andes de empleada en casa ajena y menos en esta, *'jo*! —protestó Dominga.

—¡Pues yo tengo mis propios amigos y dónde pasármela bien! Además, no quiero seguir sacándote dinero, Lita. Me toca poner el

hombro… —Dominga aceptó la decisión de su nieta refunfuñando, pero también ayudándola a hacer el mejor trabajo posible.

Ali y el padre Carlos hablaban de fechas de boda cuando regresé al grupo acompañado de Toño. Regañé a Ali por no haberme contado. «Ni a ti ni a nadie, *mopri*, pero ¿quién le guarda un secreto al padre Carlos?». «Sí, quién…», respondí. La atención pasó a Nano y Aidé, que cuándo se comprometían, y ambos se sonrojaron. «Yo no digo nada, eso será si y cuando él quiera», mintió tímidamente Aidé. Me uní a las chanzas sabiendo que Nano solo esperaba trabajar para proponerle matrimonio. «Ahora toca encontrarle novia a Tino, para que haga pareja con nosotros», bromeó Claudia. Toño buscó mi reacción ante esas palabras y, sin encontrar qué decir, aproveché para presentarlo como un «amigo», pero, ante la mirada inquisitiva de Nano, añadí: «¿No te acuerdas de que te hablé de él?… Es el dueño de la tienda YeYe», sabiendo que mi primo cubriría mi mentira aun mejor que yo mismo. Comenzó la música y las parejas se fueron a bailar. El padre Carlos aprovechó para preguntarme con un tono preocupado: «Y este *señor*… ¿es *tu* amigo?». La pregunta fue una punzada a mi ánimo, que ya estaba ensombrecido. «No, padre, no es *él*, es solo un amigo-amigo», dije sintiendo que daba explicaciones y que, de alguna manera, acababa de ningunear a Toño. Me excusé diciendo que tenía que hablar con mi madre. La vi saliendo de la cocina e iba a su encuentro cuando me interceptó Mirtita.

—¡Hola! ¡Qué bueno verte!… —dije sorprendido de verla allí.

—Tranquilo, sé que no sabías que venía. Esto es idea de nuestras madres. La mía me tiene harta con sus planes para *nosotros*…

—¿Planes?… ¿A qué te refieres?…

—Sabe que heredas y quiere juntarnos a como dé lugar. Lleva hablando de eso desde tu quinceañero. A mí me parece una grosería y te lo digo para que no pienses que yo ando en lo mismo. Me caes muy bien, pero no me voy a juntar con alguien por interés…

Me sentí como un cajero automático por primera vez. Los contadores, que seguían varados frente a la fuente de camarones, me saludaron de lejos. Me dirigí a mi madre.

—*¡Mãe!* Tenemos que hablar —le hice señas para que me siguiera.

—¿Al fin vas a reunirte con los contadores? Mira, ahí están… —la tomé del brazo antes de que caminara hacia ellos y la llevé a la biblioteca.

—¡Suelta! ¿Qué te pasa? —me regañó una vez entramos, zafándose de mi agarre.

—¿Qué hacen aquí? —me controlé para hablar en voz baja—. ¡Ya tengo las propuestas! ¡No voy a volver a hablar con ellos todavía y muchísimo menos ahora!

—Te pedí que sacaras el plan de ahorros meses atrás y ¡estamos en tu cumpleaños! Déjame, que ahorita los busco y les confirmas tu decisión. Es solo un momento…

—¡No!… —respiré hondo para calmarme—, diles que disfruten la fiesta… y que, por lo más santo, dejen camarones para el resto de los invitados. No voy a hablar con ellos hoy, ¿entiendes? Lo haré cuando esté listo… ¿Y Mirtita? ¿Qué hace aquí? No la invité…

—¿Y? ¿Qué de malo tiene que viniera? Ni que les tuvieras miedo a las muchachas…

—¡Por dios! —apreté mis puños contra mis ojos—. ¡Déjame en paz!

Salí de la biblioteca ofuscado. Invitar a Edú fue un error. Lo llamé, pero no contestó. Sería una noche larga. Vi a mi padre abrir la puerta de entrada y temí que fuese él, pero eran mis tíos y fui, aliviado, a recibirlos. Mi madre se puso a mi lado mientras los saludaba.

—¡Feliz cumpleaños, Tino! —dijeron al tiempo que me entregaban sus regalos, que presagiaban ser libros.

—Pasen, pasen, que ya están aquí Ali y Nano con las chicas.

—¿Y esa cara, Sofi? —detectó Nancia.

—Pues aquí, bregando con alguien que se cree adulto y aún no sabe decidir…

—¡*Mãe*, por favor, ya dije que en otro día! —la interrumpí.

Mi madre trató de que regresara con ella a la biblioteca, pero fingí interesarme en la conversación entre mi padre y mis tíos. «El nuevo gobierno, je, el nuevo gobierno es lo que es», dijo mi padre, mirando socarrón a su mujer y a su cuñada, a lo que Nancia respondió alejándose tomada del brazo de mi madre. Ambas hicieron campaña por Mireya y no les interesaba escuchar el llanterío de quienes favorecieron al partido perdedor, que apenas diez años antes habían tenido que sacar a balazos y bombas del poder. Con mi madre distraída, volví a llamar a Edú, sin que contestara. Fui a buscar un nuevo trago, cuando vi a Toño discutiendo con el padre Carlos.

—Mire, padre, mejor lo dejamos ahí… mi pareja no va a pedir la extremaunción. Todos tenemos cosas de las que arrepentirnos pero de lo nuestro, ¡no!

—No es mi intención decirle cómo vivir, pero el consuelo no se le niega a nadie…

—¿Cree que sus plegarias le darán consuelo? Me parece el colmo

de la crueldad decirle a alguien con el tiempo contado que lo más importante, lo más preciado de su vida, es algo que debe confesar o ir a un infierno, *su* infierno, padre… —el rostro de Toño estaba enrojecido, al igual que el del padre Carlos—. ¡Ah, pero aquí llegó Tino para salvarme de sus buenas intenciones!

El padre se disculpó malhumorado y fue a refrescar su vaso. Toño me preguntó si podía fumar y lo llevé al patio trasero. Nos sentamos en el banco de madera bajo Titán.

—Hice mal en dejarte solo. Debí saber que querrían averiguar de dónde saliste.

—No jodas… comenzó la inquisición por el cómo te conocía. Le conté que fue en la fiesta de *tu* amigo y me preguntó si yo también tenía «un amigo». Le respondí que no, que lo que tenía era marido. Se puso tan nervioso que soltó una carcajada involuntaria y su rostro se encendió como un tomate. Jeje. Y, claro, que la siguiente pregunta fue si *mima* estaba aquí, lo que nos llevó a hablar de la situación de Lucho y, pues… ya viste cómo terminó.

—Discúlpalo. Es muy amigo de la familia… sabe de mí, ¿te conté?

—Tranquilo, que sé cómo manejar estas situaciones, aunque tú necesitas unas clasecitas… Le dijiste a tu padre que soy uno de tus profesores, a tus primos que me conoces de mi tienda y el cura ahora sabe que me conoces por medio de Edú, *tu amigo*. Estoy curioso por saber qué cuento le vas a echar a tu madre…

—Fue un error mezclar los dos mundos. A Edú solo lo puedo presentar como amigo, no como mis primos a sus novias. Este vivir dos vidas… —dije rumiando esa epifanía amarga.

—Quien anda en esto no le va fácil… te tomará tiempo endurecer el cascarón y seguir adelante hasta que solo tengas una vida. Es lo que pasa con los secretos y las mentiras, no se puede vivir con esa máscara indefinidamente. Tienes que deshacerte del qué dirán lo antes posible. Te recomiendo que empieces con quienes más te importen, porque si ellos lo aceptan, o al menos lo saben, los demás se acomodan. Te garantizo que una vez lo sepan tus padres, estarás con medio cuerpo afuera. Eso sí, que no traten de imponerte mantener el secreto para protegerlos a ellos. Su reputación, por ejemplo. Eso ya sería tratar de hacerte vivir sus vidas, no la tuya.

—¿Les dijiste a tus padres?

—¿En mi época? ¡Estás loco! Se hubiesen muerto de preocupación o de pena. Eran otros tiempos y *yo* otra persona. No me conocía ni me sabía defender como sé hacerlo ahora.

—Bueno, ustedes tampoco cuentan por ahí sobre la enfermedad

de Lucho…

—¡Eso es diferente! Que la gente sepa más del sida no les hará tenerle menos miedo. Es una enfermedad contagiosa que mata, pero el ser gai no. Someter uno al pánico de lo otro no es justo ni aceptable. A quienes nos odian, y créeme que son muchos, incluso *muy* cercanos a tu *amigui* el cura, les gusta igualar ambas cosas.

Las ramas de Titán crujieron por el viento y cayeron sobre nuestras cabezas algunas hojas. Posé mi mano en su corteza. Cuán antiguo era, tan anterior a Graça, al mismo vecindario, y también cuán insignificantes le debían ser mis problemas. El verso «Dios mío, qué solos se quedan los muertos»[32] brotó en mi mente y sentí de golpe que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Ya estás borracho? —me dijo Toño.

—No… nada… pensaba en lo viejo que es este árbol… —traté de explicar.

—O sea, *ya* estás borracho. ¿No tienes calor con lo que llevas puesto? Te están sudando hasta los ojos…

Me sequé la cara con la manga de la camisa y me excusé diciéndole que había comprado esa ropa, en diferentes tonos de gris, después de mi visita al hospital.

—«La moda del milenio», me convenció el vendedor de Figali. Edú prometió ir conmigo, pero me dejó plantado.

—Pues la moda del milenio te tiene hecho una sopa, aunque conociendo a Edú le hubiese encantado. Pasa demasiado tiempo en aire acondicionado… —dijo Toño tirando la colilla al suelo—. Mejor regresamos a la casa y te cambias. Además, no te puedes perder en tu cumple y mucho menos hacerlo con este *viejo*… y no quiero imaginar a tu papá abriéndole la puerta a Edú.

Entramos y fui a mi cuarto. Me di una ducha rápida con agua fría y me vestí más *sport*. Aproveché para abrir algunos de los regalos, la mayoría libros. Nunca lograría que mi familia y amigos dejaran de verme como un nerdo. Mi padre me regaló *No es el grande quien se come al chico… es el rápido quien se come al lento*, lo que me extrañó porque no le había hablado de mi cambio de carrera. Nancia me regaló el libro *No se lo digas a nadie* y me preocupó lo qué sabría. De Toño recibí dos libros, *Las memorias de Adriano* y *And the Band Played On*. Al abrir el regalo de tío, la caja contenía un sobre tamaño folio. Dentro del sobre encontré el *prospectus* para un negocio inmobiliario de la Desarrolladora Pablós. «¿Querías considerar propuestas? Pues te regalo esta, un abrazo», decía la dedicatoria. Alguien tocó a mi puerta. «¡Un momento, *mãe*!», pero, al abrir, era

Dominga para avisarme que ya iban a cantarme.

Mi madre me esperaba en la mesa, junto al pastel, con las velas ya encendidas y me recordó pedir un deseo. «Espero que puedas decidirte por uno», me susurró. Soplé de inmediato sin hacerlo. Los invitados me felicitaban. Hasta los contadores celebraron sin acercárseme, más interesados en el bufé que en hablar conmigo. Pronto los invitados comenzaron a despedirse.

Al sonar el timbre de la entrada, solo quedaba un puñado de personas. Mi padre abrió topándose por fin con Edú cara a cara. Era difícil saber cuál de los dos estaba más ebrio. Interrumpí sus saludos y le pedí a mi padre que nos buscase agua. «En buena hora», saludó Toño acercándose a Edú. «*¡Niña!* ¿Es que también te invitaron?», respondió Edú sin importarle quién pudiera escucharlo. Me lo llevé agarrado del brazo a la biblioteca sin que opusiese resistencia.

—¿Qué carajo te pasa? Llegas borracho a mi casa. ¡Ese era mi padre!

—*Puess* por el aliento, entiende perfecto… —balbuceó.

—Edú, que no estás en el Ambiente… —dijo Toño que estaba a mi lado.

—Ay, ya llegó *esta* a regañarme. ¡Que ya no eres nada mío!

—¡Cállate! ¡Que esto no es la discoteca! —dijo Toño conteniéndose—. Tino, muchas gracias por invitarme. La pasé fenomenal y le tengo buenos cuentos a Lucho, pero esto se va a complicar y es mejor que yo no esté aquí… ni tampoco esta prenda —dijo señalando a Edú con el mentón. Me dio un abrazo y se fue sin despedirse de nuestro amigo.

—*Adióóss*, viejo verde, *adióóss* —canturreó Edú.

—Pues a mí me parece que también te vas —lo ayudé a mantenerse en pie—, si es que puedes conducir. Mejor te llamo un taxi.

—¿Qué pasa? ¿No *vamoss* a celebrar tu cumple? —dijo al tiempo que me agarraba la entrepierna con demasiada fuerza. Lo empujé contra el escritorio de abuelo en el momento en que papá entraba en la biblioteca con tres tragos entre las manos.

—No sabía dónde os habíais metido. Acá traigo… ¿algún problema?

Papá nos miraba desde el umbral de la puerta sin saber cómo proceder. Edú intentaba pararse derecho, mientras yo disimulaba mi dolor y controlaba el mareo.

—Todo bien, papá… nada… accidente de borrachos.

—Entonces un brindis entre amigos lo resuelve —me pareció que

de repente estábamos todos sobrios. Edú aceptó el trago, pero lo dejó sobre el escritorio. Papá tomó el suyo de un golpe.

—Papá, este tomó demasiado antes de llegar. Le voy a llamar un taxi.

—¡Ni hablar! Mejor eres buen amigo y lo llevas a la casa. Puedes conducir, ¿no?

—Sí, pero…

—Déjalo en su casa y yo me encargo del resto de la fiesta —me puso la mano en el hombro y me miraba a los ojos justo cuando mi madre entró.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tan serios? —miró a papá y enrojeció—. ¡¿Ya le pediste dinero?!

—¡Pero qué yegua tan estúpida! —bramó mi padre y estrelló el vaso que llevaba contra la pared; pedazos de vidrio alcanzaron el rostro de mamá, quien se cubrió la cara gritando, mientras él salió de la biblioteca y de la casa.

Mi madre se sacudía las esquirlas de la cabeza y terminó haciéndose pequeños cortes en los dedos. El padre Carlos llegó alarmado y, al ver a mi madre llorando y con una mancha de sangre en la mejilla, la llevó a un cuarto de servicio que quedaba al lado de la fuente del patio interior. Le aseguré al padre Carlos que papá no la había tocado, que había lanzado el vaso contra la pared.

—Despídete de los invitados que quedan. Ya vi a tu tía husmeando a ver qué pasa… ¿y cuándo se va tu… amigo? —me preguntó.

—Está demasiado borracho para conducir… —intenté responder.

—¡Pues no se puede quedar a dormir aquí! —me ordenó.

—Quise decir que lo voy a dejar a su casa —respondí molesto.

—Bien, bien, por supuesto… —se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Por favor, te pido encarecidamente que no pases la noche fuera. ¿Por qué no le pides un taxi?

—No llegaría a la puerta de su casa sin ayuda. No se preocupe, padre. Lo dejo y regreso.

Llevé a Edú hasta mi auto. «No se te ocurra vomitar dentro de mi carro nuevo», le advertí. La RAV4 era mi propio regalo de cumpleaños.

—Perdóname, perdóname… —me decía en tono monótono y sin abrir los ojos.

—Tranquilo… hablamos más tarde… ¡Espera! —estacioné el auto de golpe al verlo bajar el vidrio—. ¿Puedes aguantar unos minutos más? Estamos a dos cuadras de tu casa —no respondió, y decidí arriesgarme y continuar.

El guardia del edificio nos abrió la reja de seguridad apenas nos vio y nos dejó pasar sin preguntas. No era la primera vez que veía esa escena. Llegamos a la puerta del apartamento y toqué el timbre, pero Edú balbuceó que no había nadie, que estaba *solo*. Busqué las llaves en su bolsillo y se rio hasta que le dio hipo. «Nada de eso, *pelao*», murmuré. Lo ayudé a subir los escalones flotantes temiendo una caída. Al llegar al cuarto, lo acosté en su cama y le puse un vaso de agua en la mesita de noche. Noté de nuevo la pintura sobre su cama, pero esta vez pareció un cuerpo torturado bañado en sangre. Edú comenzó a balbucear palabras incoherentes y me quedé a su lado hasta que lo escuché roncar.

El apartamento estaba oscuro y en silencio. Las siluetas y sombras de las estatuillas e ídolos esparcidos por la sala parecían observarme así avanzaba hacia la salida. Espié de reojo el cristo y me le acerqué, decidido a no temerle. Miré ese rostro atormentado, con los ojos volteados al cielo y la boca semiabierta en un grito de agonía o de súplica. Cerré los ojos y puse ambas manos en mi boca para contener el sollozo que quería escapar de mi garganta. Cuando volví a abrirlos, me pareció que el pecho de la escultura se alzaba y hundía como si respirara. Corrí a la puerta y di un portazo tras de mí.

31 Miedoso, en Panamá.
32 Rima LXXIII de Gustavo Adolfo Bécquer, poeta español (1836-1870).

20. A cielo abierto (septiembre-octubre de 1999)

Desperté a la mañana siguiente recordando por partes lo sucedido la noche anterior. Mis ojos se detuvieron en el espacio de la pared donde antes estuvo la otra salida, la que mi madre selló segura de que así cerraba mi escape al mundo. ¿Por qué demonios seguía viviendo allí? Me di una larga ducha para despertarme del todo. Quería estar listo para enfrentar mi mayoría de edad, pero tan pronto salí al comedor escuché a mi madre gritar: «¡Dominga, el veinteañero ya se levantó!».

—¡Solo un café, Dominga! —grité para que me escuchase en la cocina—. *Mãe*, tengo clase en unos… —traté de mentir.

—Esto es importante, Tino. No puede esperar. Tu padre…

—No quiero hablar de eso… ¡qué espectáculo! Nancia debe estar en la gloria.

—Pues alguien te tiene que defender. ¡Y lo que me hizo! Hoy mismo pongo la denuncia en la Corregiduría. Y de Nancia te quiero…

—*Mãe*, deja eso… además él ni me ha pedido dinero ni me trata de controlar como haces tú.

—¡Ya sacará las garras! En cuanto a controlarte, ¡soy tu madre!

Levanté la mano en señal de paz, pero sabía que no duraría mucho. Me fui de la mesa sin terminar el café y, apenas había descendido los peldaños del comedor a la sala, me espetó:

—Quiero que acabes la amistad con el Eduardo ese.

—¿Qué tiene que ver él con esto? Hasta borracho se comportó mejor que ustedes.

—Ya sé en qué anda ese tipo, Tino. Me lo contó Nancia anoche…

Mi tía fue a la peluquería antes de mi cumpleaños y se puso a chismear con su estilista. Cuando ella mencionó la fiesta del sobrino, el tipo le dice que se había enterado de que yo andaba con un tal Eduardo: «medio loco, muchas drogas, muchos hombres». Tía me defendió (sabía que Edú había ido conmigo y con su hijo a Las

Tablas), pero él le dijo que no se preocupara, solo que ella, su mejor clienta, debía saber sobre malas influencias cercanas a su familia. Entendí que el regalo de tía fue para ver mi reacción, pero cuando notó la garata en la biblioteca y me vio salir con Edú, dio el chisme por cierto y habló con mi madre antes de irse.

Protesté afirmando que no podíamos dejarnos llevar por habladurías escuchadas en una peluquería —e hice el apunte mental de informar en el Ambiente de que ese tipo andaba hablando de lo que no debía a sus clientas—. Mi madre insistió; a ella le caía mal Edú —«¡llegar borracho a *mi* casa!»— y además, si me ponía en boca de otra gente, mejor era dejar esa amistad. Mientras ella hablaba, me preocupó que Nancia confrontase a Nano. «Hablamos cuando regrese», me despedí rehuyendo la conversación. Llamé a mi primo, pero su madre no le había dicho o preguntado nada. Me agradeció que le avisara porque de seguro no tardaría en hacerlo.

«Por lo que dices, tu padre ya sabe y tu madre… pues, sabe, pero no quiere aceptarlo. Estás en la víspera de grandes cambios, Tino…», me dijo Toño cuando le conté. Recibí llamadas de papá y de Edú durante el día, pero no les contesté. Cuando volví a Graça, el auto de Edú ya no estaba estacionado en la calle. Decidí cenar fuera para evitar otra confrontación con mi madre. No sabía cómo abordarla en una conversa que ella no querría escuchar, pero que necesitábamos tener.

Al siguiente día mamá me pidió hablar y la invité a mi cuarto para hacerlo en privado. Traté de restarle importancia a los rumores y convencerla de que era mejor olvidarnos del asunto, pero mi madre insistió en que tenía que terminar mi amistad con Edú. Quería mi promesa y no se iría hasta conseguirla.

—¿No ves que te pone en boca de la gente? Por su culpa hablan mal de ti. ¿Y si es cierto que es un corrupto, que es un…?

—Es mi amante, *mãe*… —le dije en un murmullo apenas audible. Se le torció la boca en una mueca mientras intentaba leer en mi cara algo diferente a lo dicho.

—*Meu Deus! Meu Deus!* —se levantó de mi cama cubriéndose la boca—. Estás confundido… ahora mismo llamo al padre Carlos…

—¡No, no llames a nadie! El padre ya sabe que soy gai…

Su bofetada me sorprendió. Mantuvo la mano abierta frente a mi cara mientras me gritaba. Me entró un deseo súbito de empujarla, de decirle que saliera de mi vida, que su aprobación y su vergüenza me agobiaban, pero de mi boca no salió una sola palabra. Debió ver la ira en mi rostro, porque fue la primera vez en mi vida que la vi mirarme

con miedo, pero al quedarme callado y no moverme de mi lugar, al fin se calmó y volvió a sentarse a mi lado; yo sin saber cómo continuar la conversación, ella sin saber cómo detenerla.

—Eres mi hijo y te sigo amando, pero no debes… no puedo… no podemos… es un pecado, te juzgarán, se burlarán de ti… ¿y Lena? Y si volvieras con ella…

—¿Lena? Eso se acabó…

—No le has dado la oportunidad a Mirtita. Tal vez ella… —interrumpió mi madre.

—¡También se merece un hombre que la desee! ¿Es tan difícil entenderlo? —dije, intentando no levantar la voz. Mi madre comenzó a pasear por el cuarto.

—¿Y Nano? ¿Está metido en esto?

—¿Cómo se te ocurre? No… —preferí no decirle que Nano también sabía de mí.

—Qué vergüenza… mañana hablas con Nancia y enderezas esto antes de que te ponga en boca de todos.

—Ella no va a regar ese bochinche porque también perjudicaría a Nano. Es más, que diga lo que quiera, ¿qué importa ya?

—¿Y quién era el otro tipo que trajiste a *mi* casa? El de la *tienda*. Lo presentaste como el *amigo* de *tu* amigo. ¡No me digas que también andas con él! ¡Puede ser tu padre!

—¡Es solo un *amigo*! Uno que tiene pareja. Es quien me está ayudando a navegar…

—*¡Nadie más debe saber!* Júrame que no le dirás a nadie más, que no harás escándalos… ¡porelamordediosnotevistasdemujer!

Lo último que dijo me hizo reír. Su visión sobre ser homosexual había sido acuñada por el amarillismo de los medios. No creía posible que cualquier persona pudiese serlo, aunque sí sabía que se pagaba caro.

Le insistí en que no tenía que preocuparse, que no iba a ser diferente a quien ya era, mas no logré interesarla de nuevo en la conversación. Era como si se hubiese desinflado, perdiendo la energía de hacía unos instantes. Siguió a mi lado dejándome hablar hasta que me tomó las manos y, llevándolas a sus labios, las besó. «Crees que puedes ignorar a la gente. Que el mundo acepta a uno como es y en eso estás muy, pero muy, equivocado…», me dijo al despedirse.

Cuando por fin se marchó, cerré los ojos, aliviado. Costaría mucho que ella aceptara mi realidad, si es que alguna vez lo hacía, pero yo ya no tenía que mentirle ni ocultarlo. Nuestras batallas, treguas y acuerdos serían en adelante a cielo abierto.

Mi padre me esperaba en su coche frente a la casa. Quería disculparse por lo sucedido en mi fiesta. Comenzamos a discutir y me pidió que lo acompañara a almorzar para hablar con más calma. Acepté porque yo también quería hablarle de lo mío, aunque hubiese preferido hacerlo sin estar tan enojado con él. Le dije que iría en mi propio auto, lo que lo ensombreció.

Cuando llegué al restaurante Ángel, él ya estaba sentado en una mesa, tomando.

—No quiero que pienses que mis disculpas son pura palabrería…

—No quiero promesas vacías, no quiero que *eso* se repita… y que estés bebiendo un whisky doble a mediodía no ayuda —me sentía agresivo hacia él.

—No se va a repetir porque… porque me voy de la casa. Le he pedido el divorcio a tu madre —me miró serio como si esperase una discusión.

—*Uff*… así que divorcio… —dije tratando de recuperarme de la noticia.

—Pero tu madre no quiere… es tan porfiada como la Difunta… pero no quiero hablar de eso contigo… me alegra mucho que estemos aquí.

Me preguntó sobre mis planes futuros. Le expliqué mi decisión de cambiar de carrera y de la ayuda que me brindó tío Nino, algo que admitió saber.

—Nadie quería que continuaras en Leyes, solo tu madre. ¡Que tenemos sangre de empresarios, *puxa*! Saber lo que se quiere no es fácil y a veces ni ocurre para muchos. Toma el tiempo que necesites… ¿has considerado invertir? —recordé las palabras de mamá y sentí un nudo en el estómago. Negué con la cabeza mientras papá sonreía.

—A ver, *guajete*, ya te dije que mi hermano no tiene secretos conmigo y menos si es sobre ti… bueno… entonces… pues… que no sé cómo comenzar…

—Como quieras —me crucé de brazos esperando que retomase la «venta».

—Mejor ponerlo todo sobre la mesa… —los músculos de mis brazos se tensaron—. ¿Andas liado con un tío o con dos? —dijo. Dejé escapar el aire de mis pulmones como si me hubiese pegado en el estómago.

—¿Cuáles dos? —apenas pude responder.

—Pues el que me presentaste como profesor o el que te agarró el paquete frente a mí.

—El de la biblioteca… no es mi profesor… estaba muy borracho…

—traté de explicar varias cosas a la vez. Sentí mi cara arder y comencé a sudar.

—Creo entender que andas con el más joven… bien, me parece bien que no andes con dos tipos a la vez y los estés llevando a la casa de tu madre, ¿vale?

—Si es por lo de la biblioteca, eso no significa nada.

—*¡Meca!* ¡No me creas tan gilipollas! ¿Es que crees que no noté tu nulo interés por las chicas? ¿Cómo mirabas a otros muchachos? ¿Por qué crees que organicé lo de la cantina? Para saber de una vez por dónde iba la cosa.

—¿Y a *eso* le llamas ser buen padre? ¿Qué tal si no resultaba? ¿Estabas dispuesto a humillarme delante de toda aquella gente? —dije indignado.

—¿Crees que esto solo te pasa a ti, *babayu*? Esas putas saben lo que tienen que hacer con un *mocín*. Y resultó que te la arreglaste solito —ahora mi padre sonría de oreja a oreja.

—Papá, le pagué a la puta cincuenta balboas para que dijera que la pasamos bien —la noticia le hizo soltar una carcajada y pidió al mozo otra ronda de tragos para ambos.

—¡Pues la solución de un campeón! Ojo, yo pagué mucho menos para que dijera lo mismo, pudieras o no. Le hicimos la semana a Soraya… hay que brindar por ello. Además, te sirvió de coartada con los amigos en el cole, ¿o no? Aunque lo de tu novia, la griega… me hizo pensar que estabas *encaminao*.

—Se llama Lena —contesté con impaciencia—, y de ella no te voy a hablar, pero eso marchó bien hasta que dejó de hacerlo, como bien sabes. Otra cosa me hizo reconsiderar todo…

—¿Las pollas ajenas? —dijo mi padre. Chisté para que se callara, mientras él se llenó la boca con aros de calamar apanados—. ¡Que no podemos tomarnos eso tan serios! Que lo que te guste hacer y no haga daño a nadie es asunto tuyo. Eso sí, nada de coger por el culo, que los tiempos no están para eso, que lo que hay por ahí suelto no se cura con penicilina, ¿eh?… Por cierto, sé dónde conseguir lubricantes y condones al mejor…

—¡Basta, por dios! —consideré dejar la mesa.

—Ey, que por donde vas hay que ir con cuidado… Ojalá todos supieran lo que quieren de jóvenes… No sabes cómo respeto que hayas aceptado la opción más jodida porque era la correcta. No todos tienen los cojones…

—Gracias… no es lo que esperaba cuando nos sentamos a la mesa.

Llegó el mozo con los platos y pedimos otra ronda de tragos. Comenzaba a marearme, pero papá apenas estaba arrancando.

—¿Le dirás a tu madre?

—Ya lo hice…

—¿Y no me lo ibas a decir? —cambió el tono de su voz.

—Aquí estamos, ¿o no?

—Pues eso pone fin a los planes de juntarte con la hija de su amiga Mirta, que lleva años rondando tu herencia… y no la critico, cada uno quiere lo mejor para los hijos y, si es fortuna fácil, aún mejor.

—Mirtita quiere algo más que juntarse con alguien que no la pretende… y ser visto como un botín por mi herencia ayudó a arruinar mi cumple…

—Bueno… ya que mencionaste tu herencia… —tuve que reírme de su osadía.

El cambio de tema vigorizó a mi padre. En la siguiente hora, me presentó lo que llevaba tiempo fraguando con su hermano. Crearon una empresa de bienes raíces y hotelería a pequeña escala, la Desarrolladora Pablós (no mostró ninguna sorpresa cuando le dije que tío ya me había adelantado algo). Mi padre había asistido a presentaciones de la Autoridad de la Región Interoceánica, la ARI, y me habló del Plan General y el Plan Regional de las Áreas Revertidas convencido de que Panamá estaba por dar un salto contundente al futuro.

—Esto va a funcionar, Tino. Va a haber un *boom…* a Panamá no lo para nadie. Hay que estar ciego para no verlo.

—¿Cómo es que me entero recién de este negocio? ¿Saben tía y mamá?

—Ejem… así como tú no me confías ciertas cosas… Nino y yo queríamos tenerlo amarrado primero. Las señoras lo hubiesen vetado de inmediato por su intolerancia al riesgo, en particular tu madre, que ha vivido de rentas toda la vida. Pero tú…

—Entiendo, por mi herencia…

—Presta atención, Tino —se inclinó hacia mí, hombro a hombro—. Este es un negocio que debe crecer rápido mientras los lentos duermen —reconocí la frase—. Hay mucho que podemos hacer para aprovechar las oportunidades que están por llegar. Es cuestión de saber posicionarse. Si inviertes, podemos llegar a otro nivel, además de convertirte en uno de los accionistas principales. Confías en mí, ¿no? —ante mi sonrojo continuó—: Es obvio que no me he explicado lo suficiente…

Volvía a ser la persona que era hacía una década. No bromeaba,

usaba datos y estadísticas y hablaba con la fe de un profeta. Habíamos cambiado los tragos por café y, con la última taza, le confirmé que estaba interesado, pero quería otra reunión con el contador. Al salir del restaurante, noté su caminar decidido, ese *tumbao* confiado que creía perdido.

21. Pérdidas (octubre de 1999)

Lucho agonizaba. Los meses de enfermedad, con mejoras peleadas y recaídas fulminantes, convirtieron mis visitas al hospital en algo cotidiano, solo que cada vez con menos esperanzas. Esperaba en el pasillo mi turno para verlo con el resto de sus amigos, incluyendo a Edú, quien, aparte de lloroso, noté que arrastraba las palabras y tenía los párpados medio caídos. En el cuarto estaban Toño, los hijos adolescentes de Lucho y sus tías. Me extrañó no ver a Virginia, que luego supe estaba viajando a Panamá desde Estados Unidos, donde estudiaba. Los familiares me ignoraron al entrar y hablaban entre ellos en susurros. Toño se mantenía al lado de Lucho compartiendo con él ese último momento entre gente que le negaba, con un desdén mal disimulado, cualquier derecho de estar allí.

Entre la respiración cortada de Lucho y el murmullo de los presentes, pude escuchar a una de las tías decirle a la otra sobre el cuidado que había que tener con las neumonías, que había gente joven, como Lucho, debatiéndose por meses por no cuidarse: «Fíjate que a mí me comenzó un resfrío hace unas semanas, pero fui al médico al primer síntoma y mírame…». De los hijos no escuché mucho, en parte debido a sus salidas frecuentes del cuarto para hablar por celular. Me acerqué al enfermo y le tomé la mano, mientras que la hija menor le tomaba la otra. Lucho abrió los ojos y miró primero a su hija, a quien sonrió, y volteó a mirarme.

—Pero *niña*… y ¿tú… qué haces aquí? —las tías se preguntaban entre ellas «¿Qué dijo?, ¿qué dijo?».

—Vine a verte, Lucho —le respondí ronco.

Pero ya no contestó. Su mirada quedó fija en la pared mientras se esforzaba por respirar; el sudor cubría su rostro en ese último esfuerzo. Salí del cuarto a esperar en el pasillo. No teníamos mucho que decirnos entre los amigos más que ofrecernos agua, café o cualquier otra cosa que rompiese esa guardia incómoda a la muerte. A

las pocas horas de mi llegada, Lucho falleció. Apenas Virgilio apagó la máquina que registraba el ritmo cardiaco, el hijo le gritaba a Toño que se largara, que no tenía por qué estar allí y lo empujaba fuera de la habitación, mientras él se resistía a dejar el lado de quien había sido su compañero de vida por tantos años. Las tías pedían, sin entender qué pasaba, que pararan. Tuvimos que arrastrar a Toño del lugar para evitar un escándalo mayor. Ya lo habíamos convencido de irnos cuando vimos a la exmujer de Lucho acercarse a la habitación por el otro lado del pasillo sin siquiera fingir habernos visto.

Fue un penoso camino al estacionamiento y me sentí un intruso entre gente que había acompañado a los Luises por muchos años. Me despedí de Toño con un abrazo porque no tenía palabras de consuelo que ofrecerle. Al acercarme a Edú, me miró con cara de asombro, como si lo hubiese sacado de un ensueño. Intenté abrazarlo, pero me dio un empujón tan violento que caí de espaldas al suelo. Nadie se movió. Solo se escuchó la voz de Delia gritar: «¡Edú!», pero ya él corría para perderse dentro del estacionamiento. «¿Estás bien, mi niño?», preguntó Delia mientras me ayudaba a levantarme. Me sacudí las manos. «No importa, no pasa nada», dije sin querer perturbar más a amigos que vivían cosas mucho más tremendas. El incidente sacó a Toño del estupor y nos pidió ir con él a la casa. No quería estar solo.

Al llegar, la puerta principal estaba entreabierta. La exmujer de Lucho había usado la llave para emergencias que Virginia tenía (y que imprudentemente había dejado a su hermana cuando se fue a estudiar a Estados Unidos) para saquear y vandalizar el «nido de amor» de su rival. Lo que no se llevó, lo rompió o dejó tirado. No solo se apropió de cosas de mucho valor —«porque eso es de mis hijos», argumentaría luego—, sino también los álbumes de fotos de los hombres que le «amargaron la vida», como si tratase de borrar su vida en común. El cuarto principal aparecía deshecho, con jirones de ropa de cama cubriendo el suelo y la cama misma empapada, despidiendo un olor químico. Al lado encontramos un balde con restos de agua y amoniaco. «¡Al toque llamo a la PTJ!», propuso Delia. «¡Ni se te ocurra!… y dejen todo tal y como está», exclamó Toño.

Una vez se regó la noticia, varios abogados amigos se ofrecieron para llevar una demanda, pero Toño se negó insistiendo en que lo resolvería a su manera. A pesar de sus recursos y de la actitud de qué-me-importa, resultó tan prisionero de la vergüenza y alérgico al escándalo como el resto de nosotros; aunque tampoco era tonto. Tomó fotos de los daños y le envió copias a Virginia y al esposo de la Talibana. La estrategia funcionó, aunque le tomó semanas recuperar

la mayor parte de sus pertenencias; ayudó que Virginia lo apoyase, pero fue su padrastro, un abogado, quien no permitió que le llenaran la casa de cosas ajenas y mucho menos robadas. Aun así, a pesar de que Lucho le había heredado lo que compartían en la casa, a Toño le tocó mostrar recibos a su nombre o viejas fotos familiares para poder recuperar solo los objetos que podía probar eran suyos.

Apenas había transcurrido una semana de la muerte de Lucho cuando mi madre me anunció una visita. No me sorprendió encontrarme en la sala al padre Carlos porque sabía que ella volvería a la carga con refuerzos. El padre pidió comenzar con una oración, lo que me pareció un intento de enmarcar la conversación sobre mi sexualidad en lo religioso. Los observaba murmurar sus plegarias, cabezas bajas, ojos cerrados, hasta que sentí que los espiaba en algo íntimo y también bajé la mirada.

—Tino, he venido a pedido de tu madre. Quiero que entiendas que es un asunto difícil, pero como amigo y pastor (*bla, bla…*). Sabes que las cosas no han estado bien en tu familia y conviene enfrentarlas dentro del seno de las creencias… —me comencé a impacientar ante estos rodeos tan innecesarios entre nosotros—. Tu familia ha sido un modelo católico desde tus abuelos… (*bla, bla…*).

«¡Sí, pero diga ya!», pensé.

—Por lo que tus padres se están separando… he estado aconsejando a tu madre. Me ha sido más difícil hablar con tu padre —concluyó padre Carlos.

—Guau, no era la conversa que esperaba… Papá ya me había adelantado lo del divorcio y no sé qué decirles, aparte de que no creo que importe mi opinión… —dije frustrado, sin estar seguro de si era por el divorcio de mis padres o por descubrir que mi sexualidad no era el centro del universo para nadie más.

—¡Sí importa! —rezongó mi madre.

—Por favor, Sofía —trató de calmarla el padre.

—Apenas recuerdo cuándo hubo paz en esta casa. Ustedes no se respetan… y como no vamos a hablar de lo que pensé que querían hablar conmigo, me despido y sigan felices…

—Hay cosas más importantes que ser feliz… —comenzó a decir mi madre.

—¡No si no puedo vivir mi propia vida! —respondí.

—No todo gira sobre ti, Tino… —nos interrumpió el padre Carlos—, hay otras cosas… salvar un matrimonio, un compromiso de vida, con

todo y sus defectos, no es trivial…

—Padre, disculpe… pero ¿qué es lo que quieren de mí? —dije cansado.

—¡Que hables con tu padre! Que lo convenzas de que retire la demanda de divorcio —atajó acalorada mi madre.

—También creo que eres quien mejor puede llegar a él, Tino —añadió el padre.

—¿Y qué les hace pensar que puedo convencerlo? Me parece muy decidido…

—¡Porque quiere algo de ti! —interrumpió mi madre.

—Sofía, por favor… —interrumpió a la vez el padre al ver mi rostro enrojecer.

—A ver si entiendo, ¿me están pidiendo que *chantajee* a papá para que siga casado?

—No, Tino —el padre Carlos hizo un gesto para evitar que mi madre volviese a hablar—. Queremos que participes en mantener a la familia unida y eso incluye que tu padre vea el beneficio de volver a su casa (sí, Sofía, esta también es *su* casa) y hasta ayudarlo a aceptar… tu situación.

Ver al padre Carlos combinar los dos temas, tan apartados el uno del otro, con tal de mantener una fachada familiar, me pareció el colmo de la hipocresía.

—Me ha decepcionado, padre… yo no voy a manipular a mi viejo. Demuestra que no lo conoce. Mi padre ya aceptó lo mío sin que yo tuviese que comprar su opinión…

—O sea, ¿que aún no te ha pedido dinero? —insistió mi madre. La pregunta me tomó desprevenido y titubeé.

—No seas ingenuo, Tino —aprovechó el padre, volviendo a la carga con lo que pensó era pólvora fresca—, si le prometiste dinero y él aceptó tu… digamos, lo tuyo, es claro que puede haber un *quid pro quo.*[33]

Comencé a sudar y mi madre a sonreír. Ellos continuaron hablando uno sobre el otro, pensando que me tenían en el anzuelo, que solo era cuestión de seguir tironeando para obtener lo que querían.

—Insisto en que lo mío no tiene que ver con el divorcio y lo que haga con mi herencia lo decido yo.

—¡Ese dinero lo sudaron mis padres! ¡No es para que lo uses como te dé la gana, mocoso! —gritó mi madre.

—¡Sofía! Mantengamos la calma y el respeto, mucho respeto… Sí, Tino, tienes razón, la tienes. No debimos juntar estos temas, pero… pero evitar el divorcio de tus padres es importante y si estás en

posición de ayudar, te pido que lo hagas.

—Lo siento, padre, pero no voy a involucrarme, ya ve con lo que salen… y bueno, si de esto era de lo que me querían hablar, ya tienen mi respuesta.

—¡No! —dijo ella con rapidez—, también quiero hablar de… de lo otro.

—Tu madre quiere que te aleje de… *eso*. Ya le expliqué que no es un capricho o una moda, pero sí quiero decirte, Tino, que puedes apartarte. No es fácil, pero no serías ni el primero ni el último que lo intente.

—¡Padre! Tampoco divorciarse es un capricho o una moda y a veces hay que hacerlo porque no hay otra. Así que no, gracias. No voy a volverme un eunuco ni vivir una parodia con tal de mantener un ideal ajeno.

—Veo que sacaste provecho a la carrera de Leyes, lástima que la dejaras… —escuché a mi madre exhalar porque aún no le había dicho de mi cambio de carrera. El padre lo notó, pero no dejó que lo conmoviera—. Tino, crees que tienes el control, cuando lo único que sabemos es que no controlamos casi nada… —hizo una pausa y cambió el tono de voz—, yo tengo mucha experiencia aconsejando jóvenes…

—¿Cómo los ayuda, padre? ¿En aceptar su homosexualidad y en realizarse como personas en ella?

—La Iglesia es muy clara en esto… acepta tus deseos, ama al pecador, pero no podemos aceptar el pecado por más feliz que pienses que te haga. Es como si un alcohólico… —al escuchar eso, me levanté para dar por terminada la reunión.

—Padre… lo de «amar al pecador» lo único que busca es que me sienta sucio, y el ejemplito que iba a usar, que me sienta enfermo. No voy a vivir una *performance* para que otros me aplaudan como focas de circo.

El padre Carlos también se levantó. Mi madre se disculpó por el mal rato, mientras lo acompañaba a la salida. Me quedé en la sala y esperé a que ella regresara.

—Me has hecho pasar una vergüenza, Tino… Así que también dejaste la facultad —dijo con un tono de derrota—, aunque es lo que menos me importa ahora. Me imagino que te metiste en Humanidades…

—No, entré en Administración de Empresas.

—Es bueno saber que no todo está perdido… —dijo de manera jovial, pero regresó a su tono triste—. Me siento tan fracasada, Tino,

tan lejos de lo que soñé.

—¡Rehaz tu propia vida! Eres joven, tienes recursos… deja de andar colgada de lo que quieran o hagan los demás…

—Si supieras cuánto me hieren tus palabras, Tino… esta familia *es* mi vida. ¿No ves que quiero lo mejor para nosotros? ¿Para ti?

—No tenemos la misma idea sobre lo que es mejor para mí. Lo que me ofreces me haría un desgraciado… y tampoco puedo seguir viviendo aquí, lo entiendes, ¿no?

Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. Se me acercó, besó mi mejilla y se marchó.

33 Intercambiar una cosa por otra.

22. Lances (noviembre-diciembre de 1999)

Mi introducción en los proyectos de la desarrolladora marchó a paso acelerado. Era uno de los tres accionistas principales, junto a papá y tío Nino. Evaluar estados financieros me pareció un cambio bienvenido a los debates dogmáticos que tenía con mi madre y con el padre Carlos. Hice firmar a los contadores un acuerdo de confidencialidad porque sabía que mi madre haría lo posible por averiguar cómo usaba el dinero de sus padres.

La primera reunión de la junta directiva fue en las oficinas de mi tío en vía España. Ali, el flamante gerente comercial, sería el expositor. «Bienvenidos a la primera presentación de junta de la Desarrolladora Pablós e Hijos, o DPH…». En una pizarra blanca mostró la estructura administrativa (mi padre a cargo de Gerencia y Desarrollo y tío Nino de Operaciones y Finanzas) y los diferentes segmentos de negocios (turismo, bienes raíces). La presentación de los estados financieros fue más preocupante. Papá había apalancado su inversión usando todos sus ahorros y sacando préstamos personales, mientras que mi tío lo hizo hipotecando los edificios de las mueblerías. Yo aporté capital. Antes de poder expresar mis dudas, papá tomó la palabra.

—Notarán que comenzamos invirtiendo en rubros tradicionales y conocidos, pero esta es solo una primera fase antes de entrar en áreas más rentables…

—Es la primera y *única* fase en la que nos vamos a enfocar en los próximos años —lo interrumpió mi tío.

—Como expliqué durante la elaboración de esta estrategia, debemos ir de la mano con inversionistas más grandes y con actividades más diversificadas, tal vez…

—Y como yo también ya os dije en esa ocasión —volvió a interrumpirlo mi tío—, no podemos sobreextendernos. Esos inversionistas pueden tolerar años de pérdidas antes de voltear el negocio. Ya dependemos demasiado de préstamos y de hipotecas.

Prefiero que toda inversión futura sea financiada por ingresos y —ahora señalando con el dedo índice a papá— solo después de bajar el riesgo financiero a la mitad.

—Pues yo digo que es ahora o nunca. Otros verán esas oportunidades…

—¿Y es que olvidas el nuevo gobierno que tenemos? Nombraron a un ingeniero agrónomo como ministro de Economía y en el último momento, como si no hubiesen hecho campaña para ganar…

—Pues, a pesar de lo que dices, a Panamá no lo para nadie. Solo en turismo…

—¡Que ya me conozco el verso de venta, hostias! —dijo tío Nino con impaciencia—. No más inversión hasta reducir riesgos y tampoco pagaremos dividendos en los primeros años. Es lo que acordamos.

Papá palideció y no replicó. Ali terminó la presentación con los detalles de la estrategia. La empresa contaba con varios lotes comerciales en una nueva área de desarrollo inmobiliario, Costa del Este, y pisos de oficinas en la avenida Balboa, así como algunas concesiones de terrenos en Albrook y Amador. Habíamos invertido también con socios en dos pequeños hoteles enfocados en visitantes de negocios, uno en El Cangrejo y el otro cerca del aeropuerto. Mi inversión ayudaba a retirar deudas y poner un pie de compra en propiedades. Ignoré el riesgo y opté a favor de la estrategia de crecimiento. Me tranquilizaba que tío Nino estuviese a cargo de las finanzas. Ali repartió el folleto engrapado de la presentación con tablas en Excel en el anexo además
de numerosos errores tipográficos. Le aplaudimos de pie.

Terminada la reunión aproveché para ir al baño y refrescarme. En el espejo observé mi cara mojada y me miré a los ojos, pero a diferencia de cuando me declaré gai a mí mismo, mi ansiedad no se disipó. Al abrir la puerta, papá esperaba afuera y me abordó de inmediato.

—¿Qué te pareció la presentación?

—Lo suficiente como para preocuparme…

—¡Entonces no entendiste nada!… ¿Crees acaso que esto no va a funcionar? —dijo desafiante.

—No es eso. Yo creo que… solo hay que tener prudencia…

—¡Pues entonces otros cargarán con todo! —dijo con frustración. Acercó su rostro al mío, pero se relajó al notar el pelo mojado alrededor de mi cara y sonrió.

—Las náuseas, ¿eh? También las he tenido, pero no desde la Opa… Lo que pasa es que esto es muy nuevo para ti —plantó la

palma de la mano en mi mejilla. La sentí cálida y firme—. Se me olvida que apenas dejas de ser un capullo. Me toca enseñarte mucho antes de tirarte a los tiburones.

Sentí un golpe de alivio como si su tacto me transmitiese parte de su inagotable confianza y optimismo, aunque mi estómago continuaba revuelto.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Todo bien… ¿y en qué andas?

—Nada… de compras.

—¿Quieres dar una vuelta? —y eso fue todo lo que nos dijimos antes de subirme a su auto.

Hacía la fila en la caja registradora del Riba Smith de Bellavista cuando vi a un joven terminando de pagar. Nuestras miradas se cruzaron y eso fue *todo*. Salió del supermercado con sus cartuchos sin voltear a verme y pensé haber imaginado la breve pero intensa mirada. Decepcionado, continué en mi fila temiendo haber hecho el ridículo con alguien que seguramente solo se preguntaba de dónde me conocía. Ya había olvidado el incidente cuando, al atravesar el estacionamiento, se me acercó un auto que bajó la ventana al llegar a mi lado y cruzamos aquellas breves palabras.

«Ya te había visto caminando frente a tu casa… Me llamo Ike». Su tez pálida contrastaba con un pelo azabache abundante y ensortijado. Consideré darle un nombre falso porque tal vez él estaba haciendo lo mismo. «Y yo Tino», dije finalmente. Me preguntó si sabía a dónde ir y lo orienté a mi *push* habitual. Lo poseí varias veces esa tarde sin saber que era la primera vez que él tenía sexo con un hombre. Cuando nos fuimos, olvidó su kipá en la mesa de noche y tuvo que regresar a buscarla. No lo sabía entonces, pero iba a enamorarme perdidamente de un judío.

Desde que dejé de ver a Edú había frecuentado otras personas. Busqué y tuve un *affaire* memorable, pero breve, con Virgilio. Luego vinieron otros, que tampoco duraron mucho. El gato, al fin, andaba suelto. Pero desde que conocí a Ike, nuestros encuentros fueron casi diarios, llegando a vernos incluso varias veces en un día. Mis amigos se extrañaron de mi repentina «desaparición» social, pero fue Toño quien descifró el misterio al notar mi disponibilidad la noche de los sábados, pero no la de los viernes.

«Te espero a almorzar en el Wine Bar hoy a la una. Y no faltes

porque *sé* que no vas a estar *ocupado*», me dejó como mensaje de voz en mi celular un sábado en la mañana. Acepté la invitación porque ya quería contarle a alguien de mi nuevo lance.

—Bueno… —comenzó Toño pidiendo una botella de chianti—. Andas medio desaparecido y no estás contando, así que, a ver, ¿en qué andas, *pelao*? ¿Quién te ocupa tanto… menos los viernes en la noche?

—Conocí a alguien… pero no está en el Ambiente. Me lo levanté en el Riba…

—Pues espero que te estés protegiendo. Las cosas no están para andar puteando con gente que no se conoce.

—Bueno, entonces lo dejamos…

—Dije que dejes de estar puteando, no que no me termines el cuento —Toño sirvió el vino hasta casi llenar al tope las copas.

—Se llama Israel, Ike, es judío y lo conocí…

—Para, para… —puso la copa en la mesa—. Lo de judío me lo esperaba, pero ¿qué tipo de judío?, ¿liberal?, ¿reformista?, ¿conservador?, ¿ortodoxo?

—Creo que ortodoxo, los del sombrerito, no de las trenzas…

—Como si eso hiciera gran diferencia en lo que andamos…

—¿A qué te refieres?

—Mira mi *amorr*… Hazle caso a este zorro viejo y más por viejo que por zorro. Ese chico no va a cambiar por salir contigo y, parte importante de quien *es*, es precisamente no ser gai.

—Oh, este *man* es gai, *definitivamente* gai y está *caidísimo* conmigo y yo con él…

—Diría que demasiado… Lo escuchaste aquí primero: ese chico no va a presentarte a la familia ni a los amigos y tampoco va a querer conocer a los tuyos o a gente del Ambiente… lo que trato de decirte es que ese *clóset* es de acero blindado. Los hay modernos, pero los más conservadores viven cautivos de los rituales, de esas pruebas públicas de obediencia que les da, yo qué sé, su razón de ser y que los marca como diferentes al resto de la gente. Ese no es solo el «pueblo escogido», sino también el pueblo *vigilado*…

—*Uff*, estás súper negativo…

—No te me enamores, Tino —retomó la copa—, no te me enamores. Es todo lo que te digo…

Luego del almuerzo, busqué el punto débil de su argumento sin encontrarlo. Comencé a notar la idiosincrasia de mi amante. No me hablaba de su familia ni de religión, tampoco le gustaba discutir nuestra «relación»; simplemente existía. Decidí continuarla porque no

me veía sin él.

Toño me invitó un domingo a ir a un juego de beisbol cerca de donde se construía el hotel Gamboa Rainforest en el Parque Nacional Soberanía y sugirió que invitara a Ike. Tal y como predijo, se negó. Yo tampoco estaba muy entusiasmado en ir, pero amenazó con pedirle a Delia que me correteara. Tuve la esperanza de que el día del juego lloviera, pero amaneció soleado y Toño pasó a buscarme, creo que para estar seguro de que no lo *chifiara*. Llevé conmigo el equipo de beisbol, que no usaba desde hacía más de una década, para regalárselo a quien lo quisiera. «¿Recuerdas el sol, Tino? No se puede vivir en los *push*, sabes…», comenzó a bromear Toño. «Me sorprende que tu madre no haya tapiado la otra puerta del cuarto contigo dentro, pasándote la comida por una rendija como en un calabozo…», continuó. «¡No le des ideas!», respondí riendo.

Había mucha gente en el campo cuando llegamos. Toño me los fue presentando. Hasta la Ñata estaba presente, pero no como su personaje, sino como Roberto, su verdadero nombre. Toño no quiso jugar y permaneció como espectador.

—¿Has sabido algo de Edú? —le pregunté en lo que esperaba mi turno al bate.

—No, no he sabido nada de él desde su desplante en el hospital y eso que lo he llamado. Nadie más lo ha visto.

—Yo no pienso llamarlo. Me debe una disculpa…

—Tenle paciencia, ese se aparece cuando uno menos lo espera… Te llaman, es tu turno.

Habían pasado muchos años desde la última vez que hice este recorrido, cuando era un niño tímido, gordo y nerdo, pero aún temía hacer el ridículo frente a una multitud de desconocidos. Recordé las instrucciones de aquel entrenador frustrado de mi antiguo campamento sobre cómo prepararme y esperé el primer lanzamiento.

A la primera bola le tiré sin conectar, pero en vez de risas recibí palabras de aliento hasta del equipo contrario. Al segundo lanzamiento, el bate salió volando de mis manos y alguien chilló cuando le cayó cerca. Ahora la pandilla se reía, haciéndome revivir el trauma de la niñez. Para el tercero, apreté los dientes y me enfoqué en la pelota. Logré conectar un sencillo y corrí lo más rápido que pude a la primera base, emocionado con mi hazaña. El próximo jugador al bate fue Roberto. Hizo varias reverencias al llegar al plato, tiró algunos besos a quienes le gritaban del equipo contrario y, en un relámpago de acción, se puso serio y tomó su puesto, bate en alto, con la mirada diestra de un ganador. El primer lanzamiento resultó en un jonrón, que

logró poner a nuestro equipo en la delantera. «Para que no se dejen engañar de las lentejuelas, que el que puede, *puede*. Soy buenísimo con el bate…», dijo ante los aplausos y pifias de los otros jugadores. Tuve otro turno, pero ahora bromeaba («Ey, Mariano, dame un *break*», refiriéndome al lanzador panameño de los Yankees de Nueva York), mientras Toño, Delia y otros del equipo contrario trataban de distraerme cantando a coro «La estrella de David».

Regresé a la casa con mi equipo de beisbol completo. Cuando me vi con Ike esa tarde, traté de entusiasmarlo para que me acompañase al siguiente juego.

—Ahora que llega el verano podemos jugar cada fin de semana, ¿sabes?

—No me voy a exhibir en público —dijo sin levantar el rostro de mi pecho.

—Bueno, pero mis amigos quieren conocerte y les prometí…

—No prometas cosas por mí… —respondió tenso.

—Ya, no te molestes. No insisto —quise calmarlo pero también pensé que si no podía incluirlo en mi vida, nunca sería del todo mío.

—Tengo algo que decirte… —dijo. Tragué saliva mientras Ike me hablaba en un tono tranquilo, pero firme, como si solo me estuviese informando—. En mi casa saben que me gustan los hombres desde hace años…

—Pero entonces, ¿cuál es el problema? —interrumpí, sorprendido.

—¡Escucha! Mi hermano me encontró pornografía gai en el cuarto que compartimos y lo usó de excusa para exigir su propia habitación. Intenté negarlo, que si las revistas no eran mías o que solo las tenía por curiosidad, pero no me creyeron y lo admití. Mi madre me dijo que siempre supo, que notó cuán diferente era a mis hermanos al llegar a la pubertad, mi nulo interés por las chicas.

—Pero, insisto, si tu familia sabe, ¿qué te tiene que importar…?

—Sigues sin *escuchar* —se impacientó—. *Nadie* en mi familia aceptó o aceptará que sea… *así*. En mi comunidad piensan que *esto* es producto de mala crianza o, peor, de que en mi familia no se sigue el *halajá*[34] o que solo los no creyentes, los gentiles, hacen eso… otros piensan que es una tara mental que se hereda… Cualquiera de ellas deshonraría a mi familia y causaría problemas para casar a mis hermanos. Mi padre se atormentaba y rezaba en voz alta todos los días para que Yahvé me curara. Mientras tanto, las reglas que me impusieron fueron simples: que nadie sepa, mantener las obligaciones de la fe… y casarme. Si las cumplía, seguía teniendo una familia y una comunidad.

—Pero no las estás cumpliendo todas —dije, volviendo a posar mi brazo en su espalda.

—Porque mis padres no preguntan sobre lo que no quieren saber y porque cumplí con la principal… mi esposa se llama Sara.

«Mi esposa…». Las palabras retumbaron en mi cabeza mientras un sudor frío me recorría la espalda. Sabía que podía escuchar los latidos acelerados de mi corazón. No sé cuánto tiempo estuvimos así, inmóviles, hasta que comenzó a acariciarme el vientre. «¿Quieres?», me susurró y lo complací.

34 Leyes talmúdicas.

23. 1999 (diciembre de 1999- enero de 2000)

Graça permanecía en silencio en las últimas horas del año. Los familiares y amigos, los socios y clientes, se reunirían y celebrarían en otros lados. Dominga despediría el año rodeada del calor de su familia y vecinos. Ningún traste de la cocina o platería guardada en la sala dejó su lugar. Esa noche, en que dejábamos atrás un milenio y nuestro pasado de país tutelado, la única compañía de mi madre serían sus plantas.

El padre Carlos la visitó temprano al enterarse de que estaría sola esa noche. Le sugirió reabrir la puerta que selló de mi cuarto. «Sería como tener un inquilino, siempre y cuando su *privacidad* no se imponga a la tuya y respete el resto de la casa», le propuso, pero mi madre no aceptó. De todos modos, ese compromiso ya no me convenía. Ike no aceptaría ir a mi casa y yo no iba a llevar allí a un hombre casado. El padre Carlos se despidió de ella prometiéndole que hablarían al día siguiente y luego me llamó para hacerme jurar, tras un largo sermón y «por la santísima cruz», que, sin importar a *dónde* fuese a celebrar, pasaría a ver a mi madre esa noche.

Recibí la llamada mientras estaba en el *push* con Ike. Él había celebrado el año nuevo judío meses antes de conocerme[35] y ese 31 caía en un viernes por lo que no saldría de su casa.

—¿En verdad no harán nada esta noche? —le pregunté a Ike cuando colgué con el padre.

—¿Celebrar qué? La Zona Libre anda por el suelo. ¡Ha sido el peor año desde que llegaron mis padres a Panamá!… Nada, pasaré el *sabbat* con mi mujer…

Escucharle decir «mi mujer» tan tranquilo, desnudo a mi lado, me frustró. Evitábamos tocar ese tema, que Ike consideraba resuelto, algo a lo que referirse con naturalidad y con aceptación de mi parte. ¿Qué podía cuestionarle? ¿Que por qué se había casado? Eso lo sabía, como también sabía que no cambiaba nuestra relación. Pero, ¿y si su

familia o su esposa se enterasen? Sospechaba que lo nuestro sería entonces prescindible y pensarlo me angustiaba hasta la desesperación. Tuvimos un último abrazo y, cuando lo llevé a su auto, me estremeció una breve y extraña sensación de pánico al despedirnos. Esperé a que mi corazón se desacelerara y que mis manos y rostro dejaran de sudar para encender el auto y marcharme.

Cenaría con mi padre y mis tíos en el Club Español y luego despediría el año donde Delia. Me encontré primero con Nancia. «¡Feliz año nuevo, Tinito! ¡Qué sorpresa verte por aquí! Yo te hacía en otros antros… —me dijo tras darme un beso en la mejilla—. Si buscas a tu papá, está por allá con Nino y unos amigos». Logré verlo en la distancia conversando muy animado entre un grupo de empresarios. Parecía arengarlos y me acerqué discreto para no interrumpirlo.

—Joder, que no seáis tan negativos, tío. Empezaron mal, lo admito. Es pan y circo, pero no son los dueños del circo. No nos podemos asustar… —opinaba papá.

—Pues por mi parte —interrumpió un paisano asturiano dueño de mi *push* favorito— no disimulan el desprecio por el buen gobierno. Lo único que les importa es la lealtad. No rectifican, ni siquiera de palabra, y llevan meses en el poder. Es un gobierno de favoritos, como el de la Isabelona y del resto de los borbones; nada aprenden y nada olvidan.

—Ey, no todos los borbones, eh, que el rey Juan Carlos nos dejó muy en alto en la ceremonia de entrega del Canal —interpuso otro empresario ante la aprobación de la mayoría.

—Él era lo que necesitábamos para volvernos más monárquicos —celebró otro, con una frase que yo recordaría años después con ironía.

—¡Con o sin rey seguiremos adelante! —terció mi padre—. Ni la burocracia ni el desgobierno nos van a detener, de aquí a diez años no reconoceréis a este país.

—Pues no sé… yo estoy bajando mi nómina y cancelando pedidos… —añadió otro.

—¡Haced lo que tengáis que hacer *hoy*, pero si tenéis pasta a mano no dejéis de crecer! Nosotros tenemos inversionistas dispuestos a poner más plata en este mercado… —se detuvo al verme.

—¿Te refieres a mí? —le pregunté pasmado. No respondió, pero me bastó ver el rostro de mi tío para confirmarlo.

Me retiré sin esperar su respuesta. Los reunidos se miraron entre ellos con vergüenza ajena hasta que alguien dijo: «Hostias, ¿y a qué te saben los cojones?», y rompieron a reír menos papá y tío que se

miraron preocupados.

—Tienes que hablar con él. No lo puedes seguir dejando —sugirió mi tío a su hermano.

—¿Qué importa? O sigue en el negocio o lo pierde todo… —respondió papá, terminando la bebida y pidiendo otra.

Llegué a mi auto sintiendo una punzada en el pecho. Me recosté en él y consideré ir a donde mi madre, pero, nomás lo pensé, me sentí aún peor. Seguiría el plan e iría donde Delia. Las calles estaban a esa hora llenas de vehículos. La fiesta nacional había comenzado ese mediodía con la entrega formal del Canal, con escenas memorables de panameños subiendo a la carrera las laderas del edificio de la Autoridad, blandiendo banderas nacionales en una celebración colectiva que sobrepasó cualquier medida de seguridad o de control. Por todas partes de la ciudad se escuchaban bocinazos. La gente se gritaba de un auto a otro y se saludaba a extraños en la calle. Hasta el cielo estaba despejado, mostrando una luna que parecía sonreírle a la ciudad en pleno cuarto menguante.

Llegué a Marbella y subí al apartamento de Delia. Edwin, trabajando de mayordomo, me abrió la puerta. Debió notar mi turbación, porque me saludó con un «Osiris no está», invitándome a pasar. Ver a Delia venir a saludarme de brazos abiertos y a grito pelado me levantó el ánimo.

—Ey, pata, ¿qué pasa? ¡Estás paliducho!

—Nada, nada. Ando algo nervioso por pendejadas… —respondí evasivo.

—Pues yo creo que lo que tienes es el azúcar bajo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?… Acá te sirvo… camarones, jamones, quesos…

—Nada de eso tiene azúcar…

—¡Ya, que si no, me lo como todo yo! Y un par de tartaletas de frutas y un buen copón de vino.

No había comido desde el desayuno y sentí de repente un hambre feroz y, al terminar dos platos de entremeses y el vino, me sentí mucho mejor.

—Veo que contrataste a Edwin… —comenté.

—¡Pero claro! Estas fiestas son un enredo y estaría aún más loca si no fuera por él. Si estuviera el otro, ¿cómo se llama?, sería aún mejor…

—¿Y no te ayuda Tati? —dije intentando cambiar de tema.

—No… ella no está acá… se fue a pasar las fiestas al interior… —fue su turno de ser evasiva. En ese momento llegó Toño y Delia

apenas pudo disimular su alivio.

—¡Te esperaba más cerca de medianoche! ¡No me digas que te vas temprano!

—*Tempranísimo.* Me quedo una hora y me regreso a casa… —respondió Toño.

—¿En verdad vas a recibir el año solo? —le reprochó Delia.

—Y triste y dolido, pero con el tequila y los discos de rancheras de mi padre estoy listo para darle una patada a este año a punta de Jorge Negrete y Chavela Vargas…

—Qué mórbido, Toño… —respondió ella.

—¿De qué me sirve disfrazar mi luto? Además, la Talibana me anda llamando porque le va mal a la empresa de Lucho que heredaron sus hijos. Dice que le saqué fondos y está amenazando con demandarme. No me la voy a sacar nunca de encima…

—Pues no hablemos de eso mientras estés aquí, ¡ahorita mismo te traigo el Chivas! —dijo Delia y se fue. Toño aprovechó y me tomó del brazo.

—Tengo que hablar contigo urgente… es sobre Edú, pero no puedo hablarte frente a ella…

—¿Le pasó algo?

—Sí… cuando me vaya me acompañas al auto,
¿vale?

La siguiente hora fue una vorágine de llegadas, saludos, conversaciones y mucho alcohol. Bailé con Delia «La vida es un carnaval», mientras ella gritaba desafinada el coro. La comida me había reanimado y continué bailando durante la próxima hora. Estuve pendiente de Toño hasta que nuestras miradas se cruzaron y estábamos por salir cuando nos interceptó Delia.

—¡Ni se te ocurra irte sin despedirte de mí, luto o no luto!… Ey, yo sé *pa*' dónde vas tú, ¿pero este a dónde va?

—Nada, lo voy a acompañar al auto. Ya regreso… —me excusé.

—Más vale, que hay quien diga que te fuiste a *consolar* al viudo… —la insinuación me molestó e iba a responder con una grosería, pero Toño se me adelantó con una carcajada.

—¡Ojalá tuviese quien me pasase «la manita»! Jaja. Pero lo único entre este y yo es una *cocoa* privada, así que te puedes morder el codo, ¡envidiosa! Jaja.

—Pues lo espero de vuelta… ¡y entonces que me cuente! —bajamos las escaleras mientras escuchábamos a Delia pedir que le pusieran «Qué manera de quererte».

«Lo que te voy a decir *tiene* que quedar entre nosotros», era la

primera vez que Toño me hacía una confidencia con ese preámbulo. La madre de Edú lo había llamado porque notó la frecuencia de su número en el teléfono de su hijo. Por ella supo que Edú estaba en una depresión profunda. Toño le habló de la muerte de su pareja y de cómo lo afectó. Hablaron lo suficiente como para que ella entendiera, sin Toño confirmarlo o ella preguntar, que su hijo era homosexual.

—Se lo tomó mejor de lo que esperaba. Me pidió que lo visitara, que, aunque él no quería ver a nadie, yo podía llegar al apartamento. Me preguntó si su hijo tenía un amigo especial y le dije que no. También me pidió discreción y por eso no le avisé a nadie.

—Ustedes eran amigos mucho antes de yo conocerlo… lo importante es que se está tratando y que la madre lo apoye, es admirable, no todas…

—Es que el problema vino después, Tino… Hablé por celular con Edú, pero no aceptó verme y sin ese permiso no iba a ir a su casa, por más que la madre insistiera. Ahora me arrepiento porque después de pasada la Navidad, a quien invitó fue a Osiris. ¡La madre le abrió la puerta! Edú debió decirle que era su amigo… me la imagino tan contenta…

—Chuta, no sé si considerarlo un atrevimiento o lo que él necesitaba…

—Quien no enfrenta su realidad no encuentra ningún camino. Y vete enterando que presentarle un manacho a tu madre es un descaro… pero ese no es el motivo por el que quería hablarte en privado. Mientras se bañaban, Edú le propuso que fuese su querido, que le mantendría en un apartamento si le era fiel.

—¡Chucha! ¿Y el *man* aceptó?

—¡Qué va! ¡Se burló de él! Le dijo que él tenía mujer e hijos y que no era un marica, que Edú era para él un cueco con plata. Edú lo trató de puta, de muerto de hambre… y el otro le dio una paliza que lo dejó inconsciente. Casi le rompe la cresta con un frasco de cristal que encontró en el baño y se puso a robar sin siquiera terminar de vestirse. ¡Pudo acabar como Pedro Francisco,[36] que mataron de treinta y nueve puñaladas!… Edú debió gritar, porque la madre fue a ver qué pasaba y tocó a la puerta. Osiris la hizo a un lado con tal fuerza que ella cayó al suelo y se fracturó una mano y dislocó el hombro. Lo agarraron cuando llegó al lobby descalzo y sin camisa, con las manos llenas de botín.

—Pues espero que esté preso, el cabrón, pero ¿y Edú y su madre?

—En el hospital. Edú con una contusión craneal y la madre en cabestrillo. Sé todo esto porque la llamé luego de varios días sin que

él me contestara las llamadas. Me atendió con cortesía, pero también me pidió que no la llamara más. Eso sí, para ella sí se dio un milagro: su marido regresa de Venezuela. Quise visitar a Edú en el hospital, pero no quiere verme. Ahora te toca intentarlo —dijo Toño y se montó en el auto para ir a su velorio privado.

Al regresar al apartamento, y con el ánimo sombrío, fui al balcón para escapar del ruido de la fiesta, pero ahí las conversaciones giraban en torno a la economía, que si no habían visto cierres de año así desde la dictadura, que si el país andaba «manga por hombro». Comenzaba a emborracharme cuando me llamó Nano. Gritaba ebrio tratando de hacerse escuchar sobre el alboroto y la tiradera prematura de petardos y fuegos artificiales en la fiesta de los Sardis. «Y que el próximo año sea… *e'pérate*, que te voy a poner a…», dijo incoherente. La música de fondo era lo último de Samy y Sandra Sandoval. «A estos lo que les queda de griegos es el apellido», pensé. «*Kaλή Xpoviá!*»,[37] gritó alguien al otro lado de la línea y reconocí la voz de inmediato.

—¡Lena! Tanto tiempo…

—Claro, aunque sabes que estoy de vuelta en Panamá hace rato y no me llamas, pendejo. Jaja —escuchar su voz me hizo sentir una gran alegría.

—Sí, pero estás *dating* y no pensé que quisieras andar cargando esqueletos de exnovios…

—Pues me gustaría mucho verte… aunque sé que tampoco andas solo —sentí una puya en ese comentario.

—Bueno, sí tengo algo…

—¡Pues invítala! ¡Que se entere de que saliste con *esto*! Así le dan celos y te atiende mejor…

—Bueno… err… no creo que sea una buena idea…

—¿Por qué? ¿Celosa? ¿La conozco? ¿No será Mirtita? ¡Así que te cazaron! Jaja.

—No, no… no es nadie que conozcas.

—¿Y cómo sabes? Ey, ¿cuál es el misterio?

Sentí que volvía al miasma de los subterfugios y de las medias verdades, pero no quería decirle a mi exnovia que mi empate era un hombre casado que nunca conocería.

—¿No me digas que andas con una mujer casada? —sentí el entusiasmo en su voz.

—Pues… no, no ando con una mujer casada… es complicado… —admití.

—Parece… bueno, te pongo de vuelta a tu primo que ya se le

olvidó que tengo su teléfono y anda por otro lado. Llámame y arreglamos algo.

No anticipé cuánto la echaba de menos. Esperé despedirme de mi primo, pero él hablaba con otra persona sin percatarse de que aún me tenía en línea. Enganché y fui a buscar otro trago.

—Es tu quinto en una hora —me abordó Delia—, hay que contarlos, que vas conduciendo… A ver, cuéntame qué te dijo Toño, porque te noto súper serio y estamos celebrando…

—Pues te aviso que a la medianoche no desaparecerán los problemas que ya traíamos… —dije de malhumor.

—¡Qué hablas!… Debe ser algo sobre Edú, ¿no? Nadie lo ha visto en buen rato… ¿está bien?

—Pues sí y no. Tal vez si lo llamas, conteste. Si no, Toño es el más indicado…

—*¡Uff!* Tanto misterio… entonces la próxima semana lo llamaré.

—Espero que pronto estemos juntos en Cerro Azul… —dije, tratando de cambiar el tema.

—Aunque cada vez somos menos, *tritri*, cada vez menos… —había contagiado a Delia con mi melancolía y se alejó.

Entre la bebida y la ansiedad, llegó la medianoche como si me hundiese en el piso sin que nadie lo notara. Traté de tomar de mi trago, pero solo sentí el chocar del hielo en los labios. Escuché las primeras notas de «1999» y sabía que la gente estaba por comenzar la cuenta regresiva al nuevo año a viva voz. Los invitados bailaban, se felicitaban y abrazaban en la sala deseándose un «feliz siglo» mientras tiraban confeti y serpentinas. Abrazándome, besándome, empujándome, haciéndome retroceder y avanzar, me dejé llevar por la multitud como tronco a merced de la marea, hasta que me encontré junto a la puerta principal y escapé sin despedirme.

De camino a Graça, el cielo estaba iluminado por miles de fuegos artificiales de diferentes formas y colores. Ya no había vehículos en la calle y me fue fácil (y seguro) conducir a pesar de mi estado. Al llegar, vi a mi madre en la terraza observando el espectáculo.

—Feliz año, *mãe* —dije al acercarme y ella recibió sentada mi saludo.

—Estás borracho… no te esperaba… ¿A que el padre Carlos te hizo venir?

—Es Año Nuevo, por favor, no discutamos… tal vez te anime saber que no fue una buena noche para mí, al final quise estar aquí.

—Ya, tu premio de consolación, pero no importa, siempre estaré aquí para ti… ¿y adónde fuiste? —preguntó optando por disfrutar de

mi compañía.

—Estuve donde los tíos…

—Y tu padre —interrumpió con fastidio.

—Sí, mi padre estaba ahí. Fue una de las razones por las que comencé mal la noche… quizás tenías razón sobre él…

—Te pidió dinero, ¿no?… —dijo satisfecha.

—Ya se lo di, *mãe*, pero creo que quiere pedirme más…

Las fosas de su nariz se abrieron al máximo. Quiso decir algo, pero no pudo. Cuando por fin habló, fue una explosión que me hizo recordar a las de abuela.

—¡Te lo advertí, mil veces te lo advertí! —me gritó—. Hiciste *exactamente* lo que tu abuela quiso evitar, entregarle el dinero que se sudaron ella y mi padre…

—No es tan así… también están metidos el tío y mis primos…

—¿Nancia sabe? ¡Mañana mismo la llamo! —acababa de cometer un grave error.

—¡No sabe! Por favor, no la llames… es mejor que tío le hable… no me hagas quedar mal.

Un mohín de ira, desprecio y triunfo le cruzó el rostro. Acababa de desatar su furia y anticipé lo que le esperaba a tío Nino y a mis primos en los días siguientes. Una lluvia de insultos y amenazas cayó sobre mi cabeza, mientras ella trataba de sacarme más información. Me resistí a darle detalles, sabiendo que solo alimentaría suposiciones y tergiversaciones. Cuando regañarme no le funcionó, pasó a ofenderme. «Eso te pasa por pensar con el culo…», me gritó. «*Mãe*, no veo la hora de no tener que escucharte más», le respondí también gritando. Su rostro se ensombreció y se marchó. Las explosiones de los fuegos artificiales continuaban estruendosas mientras ella entraba a la casa y tiraba la puerta tras de sí.

Saqué las llaves del auto de mi bolsillo y fui rumbo al Boys Bar, adonde no había regresado desde la primera noche que pasé con Edú. No quería estar solo, pero tampoco encontré compañía allí. El alboroto (al son de «Livin' la vida loca»), el humo y las conversaciones insulsas con dejos de seducción me hicieron sentir aún más solo y salí de vuelta a mi auto. Retomé el camino a la ciudad pensando volver donde Delia. Las calles estaban vacías; todo estaba tan tranquilo y desierto que me dejé llevar por el instinto hasta encontrarme iniciando la subida del Puente de las Américas.

El Canal era como un río ancho y negro cuyo curso estaba marcado por las pequeñas luces multicolores de los barcos. Al otro lado me esperaban las colinas tras las que se encontraba esa otra

ciudad, Panamá Oeste. Curva tras curva, franqueé las áreas verdes de la ya antigua Zona canalera, siguiendo la ruta que se abría a la luz de mi auto. Había hecho este recorrido muchas veces, pero la oscuridad apenas me permitía ver hitos que reconocía a fuerza de la familiaridad. Las lomas y curvas dieron paso a un trayecto casi recto y aceleré sin nada que me impusiera una velocidad más moderada. Escuchaba la música del auto a todo volumen —«Fast Car»—, pensando azorado en lo que me esperaba al siguiente día. Cantaba a grito pelado el coro de la canción cuando me encontré con la vía obstruida. Estaba en proceso de ampliación y no vi los avisos de desvío. Frené de inmediato, pero no pude evitar chocar con el retén de concreto que marcaba el final de la construcción. De no haber llevado el cinturón de seguridad, me pude haber matado.

Nadie se acercó a ver el accidente. Bajé atontado a revisar el daño. El frente estaba destrozado, con el *bumper* delantero suelto y el capó doblado, pero había logrado frenar antes de dañar el motor o las ruedas. Lloviznaba ligeramente, volví a sentarme tras el volante y probé mover el auto en reversa. Arrancó con un ruido extraño; el abanico del motor estaba atascado, pero, para mi alivio, aún podía conducirlo. Dejé tirado el *bumper* e inicié el viaje de regreso conduciendo más despacio, pero preocupado por que el auto se sobrecalentara antes de llegar a la ciudad.

Amanecía y ya había personas caminando a la orilla de la carretera. Algunos me hacían señas empinando el codo al ver el auto. Me detuve en el primer puesto del camino que vi abierto cuando comenzó a salir humo del capó. «Oiga, mi rey, mucha fiesta, *pueh*», comentó la encargada mientras me servía café. Le sonreí y me encogí de hombros. «Si supiera que no tengo nada entretenido que contarle», le respondí. «*Pueh* algo le tendrá que contar a *ese*», añadió señalando con sus labios abigotados.

Me volteé para descubrir a un guardia de tránsito tomando nota de mi placa. Me había seguido por varios kilómetros y estaba listo para tomar su presa. «¿Su auto?», me preguntó. Aparte de conducir un vehículo en mal estado, el oficial dijo que se «notaba» que estaba bebido. Traté de defenderme explicándole que la vía en construcción no estaba bien señalizada y que podía regresar a mi casa. «No, mi amigo, ese auto no vuelve a la carretera o pierdo el puesto y *usted* me acompaña a la comisaría para hacerle el examen de alcoholemia. Vaya buscando quién lo pase a recoger…». Como un reflejo, saqué el celular para descubrir que estaba sin carga. Le rogué que no era necesario ir a la comisaría, que iría a cualquier taller que él indicara

para llevar el vehículo. Me interrumpió ordenando que lo siguiera a la patrulla. Revisó mis documentos y escribió varias veces en la libreta de boletas hasta que caí en cuenta de que esperaba por algo. «¿Cómo podemos resolver esto?», pregunté. «¿Qué propone?», respondió. Pensé por un momento antes de decir: «Le puedo pagar la multa ahora, en efectivo». Hice el gesto de sacar mi billetera, pero ordenó detenerme… que mejor pasara a la parte trasera de la patrulla para hacer eso. Logré juntar cincuenta balboas y se los ofrecí temiendo que no fuese suficiente. Él tomó el dinero con rostro serio y terminó de escribirme una boleta por conducir un vehículo en mal estado. «No mueva el auto, porque lo detendrá la próxima patrulla que lo vea. Aquí está la boleta, para que aprenda a conducir responsablemente. Pudo ser mucho peor…».

Al regresar al puesto, fue la encargada quien habló primero. «Espero que no le haya entregado toda la plata, porque me debe el café y mantener ese auto en el terreno…». La miré como si hubiese despertado de una pesadilla para descubrir que seguía en otra. Tenía algunas monedas en los bolsillos y se las ofrecí. Ella miró los pocos balboas en mi mano y dijo: «¿Y cómo piensa regresarse a Panamá?». La pesadilla había entrado en una tercera dimensión. «No se preocupe, joven. Use lo que tiene *pa'l* bus que va a la ciudad, que pasa en media hora y ya me paga el resto en la semana», dijo mientras me servía un plato de carimañolas y más café con una generosidad práctica y sin rodeos que me recordó a Dominga.

El diablo rojo cruzó el Puente de las Américas rumbo a la ciudad. Muchos de los pasajeros dormían y el resto parecía indolente a la vista de la boca pacífica del Canal con la flotilla de barcos de diferente tipos y esloras en paciente espera para cruzar *nuestras* esclusas como si fuese, para ellos, otro día más, indiferentes al nuevo siglo y al tránsito del comercio del mundo. Ya había amanecido y las torres de la ciudad se alzaban por entre la brecha formada por las colinas del cerro Ancón como espigas en un campo de concreto fértil, una ciudad Esmeralda ganándole cada vez más espacio al cielo.

Gasté mi último balboa en tomar un taxi hasta la vía Argentina, donde fui a sentarme en el banco del parque en el que antes esperaba por Lena. El calor y el ruido de la calle me despertaron al mediodía y me levanté para llamar a Nano. A partir de ese día, me mudé con él y Ali hasta que alquilé apartamento.

35 Rosh Hashaná, o año nuevo judío, se celebró del 10 al 12 de septiembre en 1999.

36 Pedro Francisco Correa Vásquez, catedrático y poeta, asesinado el 5 de enero de 1996.

37 «Buen año» en griego. Se pronuncia «kali chronia».

III. EGO

24. Secuelas (enero de 2000)

La secretaria de tío Nino me invitó a pasar a la oficina luego de esperar casi una hora y, a pesar del retraso, mi padre aún no llegaba. Tío me señaló la mesa de reuniones con un gesto de la mano, sin levantar la vista de los papeles que examinaba y sin responder a mi saludo.

—Estoy revisando documentos que, gracias a ti, le tengo que mostrar a mi mujer bajo amenaza de abogados... Espero que no te importe seguir esperando —dijo finalmente.

—Por supuesto, tío, cuando pueda... —me sentí como un chiquillo, pero me apremiaba disculparme con él—. Lo de decirle a mi vieja, fue un desliz de borracho… —tío levantó la mano como respuesta.

—Para esas excusas, ya tengo las de Bras. No me interesa saber cómo Sofía te sacó la información o por qué se la diste. Ya estaba por hablarle a mi mujer, pero quería asegurarme primero de no tener que hipotecar la casa… y tú vas y le sueltas el lío en el peor momento… pero ¡qué me cagaste, da por culo!

—Tío… si bien vine a disculparme, también vine a pedir explicaciones… —él bufó y dejó de leer los documentos.

—¡Bras y tú me tenéis hasta los cojones! —me espetó, golpeando con fuerza la mesa y me hizo sobresaltar. Relajó el ceño y se reclinó en el asiento cruzando los brazos peludos sobre el pecho—. ¿Qué hostias quieres saber? Y te advierto que ya jugaste tu única carta.

—No jugué ninguna «carta», tío… quiero saber, como accionista, a qué se refería mi padre con el discursito de fin de año…

—Nada que no supieras… que tenemos que generar ingresos para cubrir costos y retirar deudas, pero esta economía no nos deja —se inclinó hacia mí y volví a sentir la amenaza de su cuerpo—, y no te habíamos dicho más porque yo había decidido hipotecar mi *casa* de ser necesario, lo que ya no puedo hacer, ¡hasta que convenza a mi mujer! —su rostro estaba rojo y su voz temblaba de furia—. Así que

ahora tenemos que hablar *contigo* sobre otra inyección de capital para mantener las líneas de crédito abiertas, porque si no… ¡yo he trabajado muy duro toda mi vida, coño! —gritó dando otro golpe en la mesa.

Justo entonces llegó mi padre o, por lo menos, parte de él. Una mitad de su cuerpo estaba dentro de la oficina y la otra coqueteaba afuera con la secretaria. «Saludos a todos», entró sonriendo y sin disculparse por la tardanza.

—¿Qué me perdí? —dijo sereno.

—Aquí el crío quiere explicaciones y yo también quiero escucharlas —respondió su hermano.

—La visión sigue intacta, Tino… pero no voy a hablar de eso… —dijo al ver a su hermano voltear los ojos—. Lo de la fiesta eran bravuconadas entre amigos y posibles socios, ¿entiendes? —asentí a medias sin estar convencido—, pero, Tino… ir con el cuento a las gallinas… no me esperaba eso de ti…

—¡Yo no fui con el cuento a nadie! —respondí acalorado—. Es lo que pasa con tanto secreteo —mi padre bufó sonriendo, lo que me irritó aún más. No estaba para sus insinuaciones—. ¡No soy responsable de lo que no les hayan dicho a quienes debían saber!

—¡Calma, calma! —interrumpió mi padre ahora serio—. No perdamos tiempo buscando culpables, sino en encontrar soluciones. ¿Quieres explicaciones? Estamos atrasados con la programación de ingresos. Hay que reducir pagos y mantener las líneas de crédito abiertas en un momento en que los bancos están nerviosos ante cualquier tema especulativo… —«especulativo», la palabra que me enseñó que hacer negocios también conlleva actos de fe—. Con tu infidencia… nos *obligas* a pedirte más capital…

—¡Pues la respuesta es no! Tiene que haber otra solución. ¡No pueden poner esto en mis hombros! —respondí alarmado.

Entramos de lleno en una discusión repleta de acusaciones y amenazas hasta que escuchamos tocar a la puerta. «Su esposa está afuera», anunció preocupada la secretaria de tío Nino, pero, antes que él pudiera responder, Nancia entró haciendo a un lado a la mujer. Había llamado a la oficina para continuar gritándole a su marido lo que se le había ocurrido desde la última vez que lo vio, y se enteró de la reunión. Sin maquillaje, despeinada y con el rostro tenso, esta era la primera reunión de las muchas que no iba a perderse.

—¡Así los quería agarrar! ¡Conspirando! —gritó como batallonero entrando en reunión de civilistas—. ¡¿Y por qué no están aquí *mis* hijos?!

Los presentes reaccionamos ante su presencia como niños sorprendidos en una travesura. Nancia se sentó a la mesa, de manera histriónica, retándonos a que le pidiéramos que se fuera.

—Nancia… que no es el momento, ¿eh?… —trató de comenzar su esposo, colorado como un tomate, pero, hasta para mi sorpresa, fui yo quien lo interrumpí.

—Pues me parece que es el mejor —me dirigí a mi padre—. ¿Qué otras opciones tenemos aparte de desplumarme o de seguir hipotecando lo de tío?

—¡Eso! Nada de seguir hipotecando lo de mi familia y me van deshipotecando… —Nancia desató de nuevo acusaciones cruzadas.

—¡Que lo vamos a perder todo, mujer! ¡TODO! —tío se había levantado de la silla, el rostro enrojecido y su cuello de toro tenso. Tía se calló, pero lo miró desafiante—. ¡Que esto no se armó en un día!

—Tenemos activos, pero venderlos ahora significa hacerlo con apenas ganancias o con pérdidas… —se apresuró a decir mi padre.

—Por lo menos paramos el desangre… —añadió tío, desinflado.

—Lo que se necesita es más capital en lo que se endereza la situación. No podemos entregar la posición sin luchar, ¡joder! —era el turno de mi padre de acalorarse. Su frustración me recordó sus peleas con abuela—. Sé que con palabras no los voy a convencer, así que mejor vamos a los números.

La conversación pasó de recriminaciones a evaluar el valor de propiedades, transacciones y al redondeo de cifras. Se revisaron las estrategias. Fue un error apostar por que la salida de los empleados del Canal y de los militares estadounidenses sería reemplazada a corto plazo por la demanda nacional o que las trabas comerciales a la Zona Libre por parte de países vecinos serían pasajeras. El alza del petróleo presionaba a la economía nacional haciendo subir precios. Los codiciados beneficios que el país esperaba al recibir el Canal y recuperar la zona canalera apenas iniciaban. Complicando la situación, la revisión por el nuevo gobierno de los contratos del anterior paralizó el gasto público, eliminando uno de los pocos instrumentos a su disposición para reactivar la economía. La imposición irreflexiva y generalizada de aranceles, en un país que casi todo lo importa, empeoró la presión inflacionaria. Como consecuencia de lo anterior, el consumo local se desplomó, se multiplicaron los incumplimientos de pago, así como las quiebras comerciales y personales, subieron las tasas de interés y disminuyó el crédito. Sin medidas drásticas, solo teníamos capacidad financiera para un par de meses más antes de que peligraran las líneas de crédito y

perdiéramos la capacidad de pago.

Identificamos lotes que serían fáciles de vender, pero mi padre batalló por conservarlos señalando con pronósticos y estadísticas su valor futuro y el riesgo de obtener una ganancia flácida en un mercado a la baja. Tío propuso vender el aparthotel de El Cangrejo. Apenas cubría sus gastos, pero había que consultar primero con otros socios. Nancia observó el debate sin participar. Temí que, al ir enterándose de la situación de la empresa, estallaría como lo hubiese hecho abuela, pero no fue lo que ocurrió.

—*Esto* es lo que se va a hacer —intervino aprovechando una pausa—. Nuestra participación en ese aparthotel se vende y, si los socios no quieren comprar, entonces se cierra, a ver si prefieren eso.

—Esta es una inversión que nos diversifica de los bienes raíces y del negocio de alquileres. Es el principio… —trató de insistir mi padre, pero su voz flaqueó—, en fin, convocaré a los socios del aparthotel a ver qué dicen… ¡pero *no* podemos vender el aparthotel de Tocumen! Ese genera…

—Quiero participar en esa negociación —lo interrumpí, porque quería estar seguro de que deshacernos de nuestra parte sería presentado como algo inevitable.

—También debemos considerar una mayor inyección… —trató de insistir mi tío.

—¡Pues no será de lo nuestro! —recalcó Nancia y se levantó, mirándonos a mi padre y a mí hasta que la imitamos, dando por terminada la reunión.

Mi instinto era abandonar la inversión, pero reconocí que esa actitud era una salida fácil a un compromiso serio y que, si tocaba pelear, debía ser para encontrar soluciones, por dolorosas que fuesen, para seguir adelante. A pesar de estar abrumado, llamé luego a mi tío para prometerle hablar con los contadores con la condición de involucrarme de lleno en el manejo de la empresa. Unas horas más tarde me di de baja de la universidad.

El día de la fiesta de estreno de mi departamento, olía a moho y a alcanfor debido a los muebles que había desenterrado del garaje de Graça y a los libros que me traje de la biblioteca. Combinados con otros muebles que compré baratos, terminé recreando el típico apartamento de universitario justo cuando había dejado de serlo.

Me senté en el suelo del balcón a esperar a que llegaran los refuerzos para esa noche: Delia traería sillas y mesas plegables del

hotel que gerenciaba; Toño, manteles y cubre muebles y Nano, bebidas y música. Desde el balcón apreciaba las lomas verdes del Parque Natural Metropolitano, sucesor del difunto Canal Zone. También podía ver el lugar detrás de mi antiguo colegio donde tuve sexo con Edú en su auto, pero la incipiente arrechera se me agrió. Ike no vendría, aunque conseguí que aceptara cenar con algunos de mis amigos. «En el lugar más discreto posible», me exigió. Me entraron unas ganas enormes de fumar y, para distraerme de hacerlo, bajé a la bodega «del chino» para comprar desodorante ambiental.

Nano fue el primero en llegar. Mi indiscreción de fin de año desató una tormenta familiar que le pegó fuerte. Si Nancia volcó su furia sobre su marido, con sus hijos se mostró decepcionada. Recibir esa reacción de su madre los descolocó y llenó de dudas. Los días siguientes a mi llegada, mis primos estuvieron llenos de recriminaciones y silencios incómodos. Mi tío y mi padre tildaron mi mudanza de despilfarro inoportuno, pero les repliqué terco que *algo* tenía que pasar en mi vida y por mi propia mano.

Mamá se tomó muy mal que me fuera de Graça sin importar cuántas veces se lo anticipara. No tuvimos contacto por varias semanas luego de la despedida de año y, para cuando pasé por la casa, fue para buscar mis cosas. Sus lamentaciones, contraofertas e insultos complicaron aún más nuestra relación. Cuando tomé posesión de mi apartamento, cuando esa llave, usada antes por quién sabe cuántos otros inquilinos, estuvo por fin en mi bolsillo, me embargó una sensación de melancolía en lugar de la de triunfo que esperaba. La fiesta de estreno fue mi remedio para aliviar esos primeros días de soledad y de incertidumbre.

Ayudé a Nano con las bebidas, advirtiéndole que pronto llegarían otros amigos para terminar de arreglar el apartamento. Mi primo estaba tenso, pero yo confiaba en que se relajaría. Lo escuché luego hablando por celular con Aidé, apremiándola a llegar. «Invitaste a amigos de la universidad, ¿verdad?», me preguntó gritando desde el balcón antes de regresar a su llamada. Mientras preparaba el equipo de sonido, se atrincheró detrás de una pequeña mesa en una esquina de la sala. Sospechaba que la fiesta sería una de Ambiente y su temor no era del todo infundado.

Al llegar Delia y Toño, sonaba el estruendo frenético de «El tiburón», que Nano usaba para probar el sonido. Pronto recibía sus opiniones sobre mi nuevo hogar.

—¡Mi amor! Te mudaste al lado equivocado de la vía España. Suerte con el tráfico… —me saludó Delia—. ¿Y qué es ese olor…?

—¿Y esos muebles? —la interrumpió Toño—. Te avisé de Euromoda en Calle 50 —luchaba consigo mismo para no moverlos de lugar. Luego me haría guardar los libros en el cuarto.

—Herencia o no, las cosas no están para mayores gastos y… —intenté explicar.

—¡Pues a mí me parecen *horrorosos*! ¡*Absolutamente* nada que *verr*! —interrumpió Delia.

—¡Que son de mis abuelos!

—No, si te creo… —respondió ella, mientras le quitaba a Toño las fundas de muebles y comenzó a cubrir los sillones—. Haz algo pronto antes de que te acostumbres. Parece la sala de mi abuelita en San Isidro, pero con *esprai* de lavanda por encima…

—Ya, ya, que no puede tener todo nuevo… por ahorita —me mal defendió Toño.

Nano nos preparó unos tragos potentes. Con el alcohol fluyendo, mis amigos se pusieron a ayudar en vez de criticarme y Nano comenzó a ser él mismo. Pronto el apartamento se llenó de las voces de otros invitados. Cuando más tarde bailaban «El gato volador», aproveché para refugiarme en el balcón, adonde Toño fue a buscarme.

—No me digas que ya te aburrió tu propia fiesta… —dijo.

—No es eso… es solo que tengo mucho en la cabeza…

—No pienses tanto en ese niño. Te dije que no era una buena idea…

—¿Ike? Pues sabrás que aceptó cenar contigo y Nano. Aún no le puedo presentar a Delia… ella puede ser *too much*.

—Me muero por conocerlo. Además, ese desastre merece testigos, si es que se da…

—Tú y tus intrigas… —le iba a discutir, pero recordé que él había levantado su luto para estar allí y me avergonzó no habérselo agradecido—. Gracias por venir, amigo.

—Pensé en no hacerlo, pero no me iba a sentir mejor encuevado. Eso y que recibí un anticipo de la Talibana…

—¡Cuenta, cuenta! —escuchar eso me sacó de mi fastidio.

—Pues su abogado vino a devolverme parte de lo que saqueó y llegó con Virginia. Me fue tan grato verla. Llegaron con una lista para que la firmara confirmando la entrega de mis cosas y cerrar el reclamo, pero yo había hecho otra propia con mi abogado, empezando por las fotos que su clienta se llevó.

—¿Qué dijo Virginia?

—Me miró tan apenada que supe al instante que su madre ya las

había quemado o tirado a la basura. Le salió buena esa muchacha a Lucho… me ayudó a abrir las cajas e hizo que el abogado se sentase conmigo para hacer una nueva lista. Aparte de las fotos, faltan varias cosas, empezando por los cubiertos de platería francesa de mi madre, un regalo de su boda. El esbirro ese se atrevió a sugerir que me los habían robado las empleadas y que no me había dado cuenta. ¡Como si nunca los usara!… pero lo que me descolocó fue encontrar la cajita de música que Lucho me compró en México. ¿Te acuerdas, la de plata en forma de corazón? Mi regalo de quinto aniversario… escuchar esas notas de *Sobre las olas*…

Toño comenzó a llorar sin ningún pudor, pero no me permitió abrazarlo. Delia llegó y lo hizo. «Ya, ya mi cuchito», le decía a pesar de que él le pidió que lo soltara, pero al final la abrazó de vuelta y así estuvieron hasta que él se calmó.

—No hables de esa mujer. Por lo menos tienes muchas cosas de vuelta, que es lo que importa, que eso va en buen cauce… —lo consoló Delia.

—¿Tú sabías? —dije sin evitar sonar dolido.

—¿Es que te crees que eres el único que recibe confidencias de Toño? —respondió ella entre risueña y celosa.

—Dejen… no discutan por algo que no debe ser un misterio entre nosotros —intervino Toño luego de sonarse la nariz—. Hablé con Tino sobre Edú esa noche porque fueron pareja y… no te puedo decir más.

—Bueno, a *ese* no lo he visto ni le he buscado las greñas desde… pero si vamos a *chusmear* de él, me enteré de que se fue de Panamá y que anda por gringolandia —dijo Delia.

—Bueno… —se animó Toño—, me encontré con su mamá en el centro comercial Paitilla. Llegó a mi tienda sin saber quién era y reconocí su nombre cuando pagó con la tarjeta. Me saludó seria, pero cortés; eso sí, mirándome de arriba abajo como pensando que estoy muy viejo para ser amigo de su hijo. Me confirmó que el papá de Edú está de vuelta…

—El único que piensa que estás viejo eres tú —sentenció Delia—. ¡Y ese se fue de Venezuela huyéndole a la reelección de Chávez! Bastante hemos escuchado de ese señor…

—Bueno, eso y que la mujer con la que andaba por allá prefirió pasar la «revolución bolivariana» en Miami —añadió Toño—. Para la mamá de Edú, lo importante es que la familia vuelve a estar junta y estoy seguro de que también lo es para él.

—Ese era el final feliz que quería, ¿no? —dije.

—O cree que quiere… —respondió Toño—. Me preocupa que lo

despacharan a los Estados Unidos. Le tienen una «solución», según dijo ella, sin dar detalles. Y temo que sé cuál es.

—¿Por qué no fueron donde tu doctor? —pregunté.

—¡Porque no quieren que se acepte, sino que cambie! Despachándolo al extranjero para que alguien se lo «arregle» y regrese «sano». Una lobotomía psíquica tratada como cirugía plástica. Estoy seguro de que es idea del padre y ella consintió con tal de complacerlo. Está ofuscada, no quiere perder a ese hombre de nuevo.

Debatíamos sobre el viaje de Edú, deseosos de que la sospecha de Toño no fuese la única posibilidad, cuando vi a Lena llegar. Parecía buscarme y fui a su encuentro.

—Tanto tiempo, camarada —me besó en la mejilla y me presentó a su novio, Josué.

—Tanto tiempo, señorita —estaba regia. Llevaba el cabello rubio y seguía igual de esbelta que cuando éramos novios, aunque su cuerpo seguía ganando la forma de mujer—. Estás hecha una Linda Evangelista… si lo puedo decir —dije mirando a su novio.

—Pues tú estás igualito, aunque ahora nos gustan las mismas cosas, ¿no? —me dijo con una sonrisa pícara.

—¿A qué te refieres? —pregunté incómodo.

—No me vengas con rodeos. Sé que eres gai y que empezaste a salir con un tipo tan pronto nos dejamos… ¿Está aquí? ¿Fue por eso que nos dejamos? —en su voz no había ninguna acusación, sino curiosidad.

—¿*Esto* es una fiesta gai? —interrumpió Josué agarrando a Lena por el brazo.

—Y si lo es, ¿qué vas a hacer? ¿Esconderte en mi vagina? —contestó ella—. Y ve sabiendo que *este* gai fue mi primer amante… —añadió con desparpajo.

Josué la miró y bufó incrédulo; ella le respondió con una sonrisa de foto y él le soltó el brazo y se fue a hablar con Nano.

—No debiste decirle eso. No es lo que quiere escuchar un novio… —traté de ayudar al pobre muchacho—, aparte que de seguro ahora me odia.

—Pues que se espabile, que aprenda a estar en donde tenga que estar y a saber responder a una provocación sin desbaratarse. Mira a Nano, pasándola bien sin andar metiéndole la lengua en la boca a mi hermana para que nadie piense que es gai y, si alguien lo piensa, se les ríe en la cara. Por cierto, que fue él quien me contó de ti. Insistí en que me dijera en qué andabas luego de esa llamada rara de despedida de año y el pobre estaba tan borracho…

—¡Nano es un bocón! Aunque me guardó el secreto hasta ahora… y también es bien vale verga. Súper relajado con el qué dirán… siempre fue así.

—Míralo ahora aquí, luego de que pasamos las de Caín y Abel en las últimas semanas. Enredos del negocio…

—*Uff*, ni me cuentes. Papá anda con el ánimo por los suelos. Este gobierno nos entierra. Y encima lo andan buscando sus hermanos para meterlo en un negocio de aparthotel…

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —pregunté disimulando mi interés.

—Pues que mis tíos quieren sacar a los otros socios.

—¿Y cómo se llama ese aparthotel? —así me enteré de que nuestros socios eran los tíos de Lena. Yo solo conocía el nombre de la sociedad anónima que los representaba.

—Uno de los socios se hospeda ahí porque la mujer lo botó de la casa y trae a mis tíos locos con borracheras, mujeres y desplantes. Tan poco profesional… hasta trató de venderles su parte como si estuviéramos en el mejor de los tiempos… y hablando de negocios, ¿te dije que entré a la uni y estoy en Administración de Empresas?

Odiaba escuchar esas historias de mi padre, esa lucha entre su doctor Jekyll y su míster Hyde. Se escuchaba peor oírlo de una persona que ni siquiera sabía que me hablaba mal de él. Su noticia académica tampoco me alegró; era como si el resto del mundo entrase en la carrera que acababa de abandonar. La felicitaba sin ganas cuando volvió a sonar a todo volumen «El gato volador» —ahora sabía que Nano se desquitaba conmigo— y Josué regresó para sacarla a bailar. Lo hizo sin miradas raras ni reproches, bailándole sexy al lado hasta que ella aceptó. Estaba aprendiendo; llegaría lejos con ella. Me les uní mientras que todos bailábamos como epilépticos al ritmo de esa canción contagiosa pero inexplicable. Más tarde Josué me preguntaba por mi «cambio de equipo» con curiosidad genuina. Esta era una generación distinta a la de mis padres.

Toño se fue temprano; venir a la fiesta lo hizo sentirse más triste. Me lo imaginé en su casa escuchando la cajita de música. Los sobrevivientes del final de la noche nos fuimos sentando en el suelo del balcón a seguir bebiendo y a hablar sobre los planes para el carnaval. Al despedirse, Aidé tuvo que ayudar a Nano a salir del apartamento. Delia se había ido sin que nos diéramos cuenta, como prefería ella. Al cerrar la puerta tras el último invitado, sentí el eco resonar en las paredes de mi apartamento vacío.

25. El mal querer (enero-febrero de 2000)

Se acercó la hora de irnos del *push* e Ike descansaba, mientras yo observaba nuestros cuerpos desnudos reflejados en el espejo del techo. ¡Cuánto mejor estaríamos en mi apartamento sin tener que correr a ducharnos, vestirnos y salir a una hora fija! Pero él decía preferir el anonimato de los moteles, aunque yo sospechaba que era su manera de no tener nada «nuestro». Pensaba en eso justo cuando se desperezó.

—Ey, ya casi es hora… ¿Cuándo quieres que cenemos con tus amigos? Se acerca nuestro mensuario… —dijo bostezando—. No puede ser en cualquier lugar…

—¿Por qué no vamos al Lung Fung? —comenté de inmediato, entusiasmado de que recordase su promesa—. Los domingos son muy populares. Me encanta la comida china, en especial los *hampao* de puerco…

—¡Precisamente algo que no puedo comer! —contestó él con fastidio—. ¿Te tengo que volver a explicar lo que es *kosher*?

—*Esto* ahora mismo no es *kosher*… —respondí picado.

—No empieces, que hablamos de comida… —respondió volteando los ojos—. Me gusta la comida asiática, pero esos *dim sum* mezclan muchas cosas y es imposible seguir mi dieta. Además, a ese lugar va demasiada gente…

—¿Y qué te parece entonces Ginza? Ahí te cocinan la comida al frente, estilo *teppanyaki*; nada de sorpresas, y es mucho más privado. Toño estuvo en Japón y lo recomienda…

—¿Tienes un amigo que fue a Japón?

Le conté que Toño y Lucho habían viajado a ese país hacía años, pero no sabía mucho más. De regreso a la ciudad, Ike no hizo más que hablar de ese país y de su interés por conocerlo. Las marcas para reexportación con las que trabajaba su familia en Zona Libre eran europeas, pero habían comenzado a probar algunas japonesas en las

que Ike se interesó y las volvió su nicho.

«Debe estar bien caído para exhibirse en público contigo», dijo Toño admirado cuando le confirmé la invitación. «No me gusta el sushi», respondió Nano, pero lo convencí prometiendo que podía pedir otro tipo de comida. «Con fuego en la mesa y todo», le añadí. Además, él también quería conocer a mi nuevo amigo. Tanto misterio le prometía mucha tela para divertirse a mi costa.

El día de la cena fui el primero en llegar. Revisaba con frecuencia el celular temiendo encontrar mensajes de texto de Ike excusándose. El siguiente en llegar, también temprano, fue Toño y pidió una botella de sake, a temperatura, para compartir: «En Japón lo toman caliente, pero eso no va a pegar aquí». Ike llegó mirando nervioso a su alrededor, como para asegurarse de no ver a nadie de su comunidad allí. Su brazo no pudo estar más estirado cuando le dio la mano a Toño y se concentró en el menú al sentarse, hasta que Toño demostró venir más preparado que yo: había escogido de antemano los platos que Ike podía pedir.

Mi amigo pronto compartía sus experiencias culinarias en Japón e Ike escuchaba absorto. Contaba sobre el desayuno en un *ryokan* cerca del monte Fuji —«ni pan ni café, puro tofu, vegetales y sopita, ah, y una cabeza de pescado…»— cuando llegó Nano, acalorado y culpando al tráfico por el retraso. Le respondí mirando el reloj; él siempre llegaba tarde.

—¿De qué hablan? Escuché algo de una cabeza de *pescao*…

—De cuando me quedé en un hotel tradicional en Japón donde parte del desayuno era una cabeza de *pescao*, como tú dices —contestó Toño.

—¡Guácala!… —fue la reacción de Nano.

—Pues sabía espectacular… —Toño se reía de la cara de asco de mi primo.

—¡Esto sabe a *meao*! —interrumpió Nano, luego de probar el sake que le serví.

—Es como el whisky —respondió Toño fingiendo paciencia—, hay que acostumbrarse, pero una vez lo hagas te encantará. La próxima botella la pido fría… —regañó a Nano, aunque volteó sus ojos hacia Ike, buscando su complicidad.

Ike hizo un gesto con la nariz que delató que tampoco le gustó el sabor del trago, pero tomó otro sorbo y noté que lo mantuvo en la boca por un instante antes de tragarlo. Si había un truco para disfrutarlo, él iba a encontrarlo. «Todo es *muy* caro, ¡carísimo! Y lujo por todas partes. Pareciera que hay una tienda Louis Vuitton cada

cien o doscientos metros en Ginza y en Shibuya. Pero si lo que quieres es divertirte —dijo Toño dirigiéndose a Ike—, cuelga el gorrito y vete a Shinjuku. Eso sí fue una experiencia…». Ike se rio de la ocurrencia y se tocó la kipá. Me agradó que la estuviese pasando bien, aunque comencé a sentir un «gusanillo» de envidia y de celos. Toño había logrado con facilidad que Ike se relajara en su compañía, mientras que yo había estado tenso y preocupado precisamente por las advertencias de Toño. Deseé que se le escapara un «niña» para ver cómo reaccionaba.

«¿Y los jardines? Dicen que son hermosos…», interrumpió Ike una historia picante sobre los puticlubs de Tokio. «¡¿Hermosos?! ¡Niñ… son espectaculares! —rectificó Toño a tiempo—. La belleza natural allí es como una religión. El esfuerzo que ponen en sus parques, senderos, jardines. Tienes que ver los de Kioto y de Kanazawa…». Ike había encontrado a su *sensei* local sobre Japón. Interrumpimos la conversación cuando el cocinero comenzó a preparar los platos frente a nosotros, haciéndolos prender en llamas antes de servirlos.

Le recomendó leer *Memorias de una geisha*, que Ike ya había leído. Aproveché para comentar sobre mi lectura reciente de *Confesiones de una máscara*, pero, luego de escucharme por un momento, Ike le preguntó a Toño si tenía fotos de los jardines que visitó en Japón. La pregunta le congeló la sonrisa a Toño. «Te mostraría fotos del viaje, pero…». Hizo una pausa, tomó más sake y enmudeció. Mi mal humor se disipó y pedí otra botella de sake frío ante la protesta de Nano. «¿Qué pasó?», preguntó Ike confundido y le conté de la muerte de Lucho y lo sucedido luego con su exmujer. «Lo lamento mucho», le dijo a Toño, tocando su brazo.

Poco después Nano me pegó con el pie por debajo de la mesa y me hizo un gesto con los ojos para que mirara hacia el frente. Estaba aburrido y se dedicaba a ver cómo les preparaban la cena a otros comensales. Frente a nosotros había una familia indostana; dos parejas, una con un bebé de meses y la otra con dos niños de entre cuatro y seis años, y una señora que debía ser la madre de alguno de los adultos, la única vestida con un sari multicolor de seda. Noté que el hombre que cargaba al bebé me miraba de manera insistente. Nano se inclinó hacia mí y me susurró: «Ese *man* está por cambiarse de mesa». Más que halagarme, me dio vergüenza ajena que se comportase así frente a su familia. Me enfoqué en mi plato, ya que la conversación andaba alicaída desde que Toño no la lideraba, y no volví a mirar hacia otro lado. Ante mi indiferencia, el hombre regresó la atención a su familia y nosotros continuamos hablando de jardines,

pero ahora sobre cómo Toño, más animado, había intentado diferentes estilos en su casa. Ike mencionó que le encantaría tener uno, donde pudiera relajarse y sentir la tierra en sus manos. Toño le ofreció invitarlo a su casa y, para mi sorpresa, aceptó de inmediato. «Así que el secreto eran los putos jardines», me dije a mí mismo, cabreado.

Al final de la cena pedimos de arranque unas Sapporo a insistencia de Nano y, mientras hacíamos la sobremesa, me excusé para ir al baño. Me lavaba las manos cuando entró el hombre indiscreto y se paró frente al urinal a mi lado, solo separados por una plancha de metal. Más que usarlo, dio un paso atrás y se abrió por completo el pantalón para que viera lo que tenía que ofrecer. Era la primera vez que alguien trataba de levantarme en un baño público y que, encima, fuese un tipo casado con su familia sentada apenas unos metros de donde estábamos. Salí de inmediato mientras me secaba las manos en el pantalón. Mis amigos notaron mi agitación cuando volví a la mesa. No miré hacia donde se sentaba la familia del tipo, aunque no dudo que ellos también notaran mi agitación. Nano me volvió a pegar con su pie bajo la mesa. Algo pasaba en la otra mesa porque escuchamos la voz alzada del otro hombre, el que parecía el hermano mayor. Apresurados, pagaron la cuenta y se marcharon. Solo entonces conté lo que había ocurrido.

Para Nano, la noche había terminado en un éxito, pero Toño estaba choqueado. «¡Una falta de respeto a su familia!», declaró. Ike no parecía compartir el divertimiento de Nano ni la indignación de Toño. «Alguna razón tendría», se limitó a decir. Al salir del restaurante, me pidió que lo acompañase a su auto.

—Gracias por insistir en que los conociera —admitió Ike.

—Y gracias por no cancelar. ¿Qué te parecieron?

—Me cayeron muy bien. Nano es bien *relax*, aunque no tenemos mucho en común o de qué hablar. En cuanto a Toño… —hizo una pausa para considerar lo que iba a decir—, es un tipo especial. Me da envidia lo que ha vivido… y tenido.

—Lucho era tremendo tipo y lo de ellos duró muchos años.

—Se nota… y, sobre lo otro, lo que pasó en el baño…

—Yo no hice nada para alentar a ese sinvergüenza… —dije defensivo.

—Te creo, pero… quiero que sepas que lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes? —dije extrañado.

—Entiendo que… sé lo que es sentirse atrapado en el «calor» de una familia donde no eres un individuo, en la que todo está

predestinado desde que naces. A ese lo obligaron a casarse. No puedo dejar de pensar que lo que hizo fue una forma de vengarse.

—No es excusa…

—No, no lo es, pero no es fácil vivir una pantomima por complacer a quienes «te aman»; el terror de perderlo *todo* sin garantía de ganar *nada*. ¿En qué me convierto? ¿Quién soy?… Yo no voy a dejar mi religión, Tino… ni a mi mujer o a mi familia… no *puedo*… No sé ser algo más de lo que ellos me piden que sea… *pertenecer* me es más fuerte que ser yo mismo… Nosotros, Tino… no sé… en verdad, no sé… —me había vuelto a herir, pero ahora entendía que él lo sabía y no podía evitarlo.

—Puedes ser quien quieras… —intenté insistir.

Me respondió con un gesto tan resignado que casi hizo que me saltaran las lágrimas. Estábamos de pie uno frente al otro, pero, en lugar de decir lo que yo tanto temía, se volteó y abrió la puerta de su auto. Alargué mi mano, nuestro protocolo para despedirnos en público, pero él la tomó, me haló hacia sí y me dio nuestro primer abrazo al aire libre. Mi pesadumbre se esfumó al sentir el contacto de su cuerpo, su calor, aunque no pude evitar mirar alrededor. La calle estaba solitaria, solo unos pocos autos que pasaron a lo lejos, ocupados en cosas más importantes en esa tranquila noche de invierno.

«Necesito que me ayudes a cargar cosas», dijo mi madre llamando desde su celular. Le respondí que no estaba listo, que me avisara cuando estuviera por llegar. «Ya estoy abajo», respondió impaciente. Maldije la movilidad de los celulares y aún tenía rastros de crema de afeitar en la cara cuando bajé a buscarla. Traía varias plantas («para airear el lugar», dijo sin haber estado antes allí), algunas que reconocí del patio interior de Graça, y una caja de la tienda Snob Shop con un servicio de porcelana. Le agradecí entusiasmado las plantas, porque desde la cena en Ginza había retomado el interés por ellas que me quiso inculcar abuela. Mi madre pasó revista sin misericordia al apartamento, desaprobando su tamaño, su distribución y su decorado. «¡¿Y ese olor a viejo?! Para eso traje las plantas. Nancia me contó que Nano le dijo…». Y con eso abordó el tema del que en realidad quería hablar.

—Mi conversación con Nancia no terminó bien… La llamé para hacer un frente común contra esa tontería de la desarrolladora, porque, sin Nino, Bras no se las puede, pero resulta que ahora ella también anda metida en *eso*…

—¿Y cuál es el problema? —anticipé que terminaríamos

discutiendo.

—Pues me parece una traición o, más bien, una rendición. ¡Es una locura arriesgar así el futuro de sus hijos!

—¡Lo que está tratando es salvarlo! Si te sirve de consuelo, al principio despellejó a tío y a sus hijos porque no le consultaron.

—Pues me alegra saberlo. ¿Cómo va Nino a enredarse en los inventos de tu padre y arrastrar a sus hijos? —insistió mi madre.

—Bueno… me imagino que pronto te enterarás. Ahora ella es parte de la junta. Ese fue su precio. Desde que llegó se oye mucho «no» y papá anda muy alicaído —dije, pensando en que esa broma la apaciguaría.

—¿Qué importa ser miembro de la junta de algo que no va a funcionar? Prefiero que vendan lo que tienen a mano y recuperes tu patrimonio —su voz tomaba un tono de batalla.

—*Mãe*, si liquidamos ahora nos quedaríamos con las deudas y sin los activos ni los ingresos. Terminaríamos en bancarrota… no es una solución, es un suicidio…

Mi respuesta fue un error, pues su rostro pasó de la obstinación al terror. ¡Debía dejar de darle información! Le expliqué que ya teníamos soluciones, que tocaba no perder los nervios y sortear la situación hasta que la economía volviera a despegar: «Tenemos fe en que eso pase. El problema es el cuándo». Mi madre hizo el esfuerzo de calmarse y ofreció preparar café. Al rato estábamos en la cocina hablando de otras cosas.

—No sabes lo que me costó hacer que Dominga regresase a vivir conmigo. La subida del precio de los pasajes de bus y de taxi me ayudaron a convencerla. No entiendo cómo puede preferir hacer esos viajes desde la Chorrera con el tráfico cada vez peor.

—Será por estar con su familia, sus nietos…

—Y hasta le compré un celular para poder llamar a conveniencia —continuó mi madre, ignorando mi comentario.

—*Mãe*, ¿sabes cuán caro es usar un celular? ¿Aun para recibir llamadas?

—Bueno, yo le compro los prepagos. Lo menos que puede hacer es usarlos para cuando *yo* la llame… —se interrumpió cuando hice un gesto de impaciencia.

—Dominga es la Mamá Grande de su barrio, quien le resuelve los problemas a medio mundo. Ni ella ni sus vecinos soñaron conseguir nunca línea fija y ahora andan todos con celular. Los almacenes hasta los regalan. La plata está en el contrato y en los prepagos, no en el equipo. Ese aparato es tanto una bendición como una maldición para

alguien como ella.

—Hoy no estás dispuesto a darme la razón en nada.

—No es eso, *mãe*, es que hay que ver las cosas desde el punto de vista de la otra gente, de su situación, de lo que realmente les importa…

La visita no presagiaba un acercamiento; mientras más temas cubríamos, más discrepábamos. Serví el café en lo que ella usaba el baño. Pude escucharla llamando a Dominga y dejar un mensaje: «Estoy de vuelta pronto», antes de enganchar.

—¿Por qué no usaste las tazas que traje? —dijo tan pronto regresó—. Solo había que enjuagarlas. Espera que las busco… —se dirigió a la cocina.

—*Mãe*, el café está servido y se enfría. Dejemos esas tazas para la próxima visita, ¿okey?

—Ya, usemos estas… ¿de plástico? Bueno, sigues siendo estudiante y es bueno saber que no te gastas el dinero en lujos…

—Bueno… dejé la universidad, por lo menos hasta que pase esta crisis de la empresa… —mi madre escupió el café y puso la taza en la mesa con tanta fuerza, que de haber sido una de las nuevas, la hubiese quebrado. El café salpicó alcanzando su vestido y mi camisa.

—¡También eso te ha robado tu padre! —gritó.

—¡Es solo temporal! —dije intentando contener su reacción—. Así se estabilice la empresa, vuelvo. No voy a tirar tres años de universidad cuando me falta tan poco —mi argumento la tranquilizó, aunque seguía con el rostro encendido—. Me juego mi futuro con DPH…

—¡Tu futuro son los estudios!

—¡Tienes razón, tienes razón! —preferí apaciguarla—. Como dije, es solo un sabático. Lo más seguro es que esté de vuelta el próximo semestre.

—Siempre puedes contar conmigo. Mi dinero y mi casa son también tuyos. Lo sabes, ¿no? —su voz volvió a tomar un tono maternal.

Los «conmigo» y «mis» me irritaron. Se levantó a buscar papel toalla para secar el café derramado e ir al baño a limpiarse el vestido. Aproveché para cambiarme de camisa, deseando que terminara la visita.

—Fue buena idea alquilar en vez de comprar —comentó ella al regresar—. Así lo puedes dejar cuando quieras.

—Gracias por el pregón, *mãe*, pero te aviso que si lo dejo es para irme a otro.

—¡Hoy no se te puede decir nada! —se sentó a mi lado en el sofá—. Ahora eres libre de hacer lo que quieras, pero no debes seguirle los pasos a tu padre…

—¡No soy papá! —me levanté alejándome de ella—. ¿Qué tengo que decir o hacer para que entiendas? ¿Cuán diferente es lo que hago de cualquier otro joven, incluso Ali o Nano? Hace años viven por su cuenta y jamás te escuché criticarlos.

—Es diferente, llevan una vida normal… —sus palabras fueron como una bofetada.

—O sea, ¿que para ti *normal* es que me vaya a vivir *contigo*?

—A ver, *Tinillo*… dejaste la universidad, pusiste tu dinero en una empresa a punto de quebrar y, cuando lo haga, terminarás sin nada y con el crédito en el piso por el resto de tu vida. ¿Qué es lo que te queda sino yo, tu madre, que lo *único* que te pide es que vuelvas con ella a una casa que será tuya y en la que no te faltará nada, que vuelvas a los estudios? ¿Tan importante es *eso*, ese vicio, que vivir conmigo en Graça? —exhalé ruidosamente ante sus palabras.

—¡*Mãe*! Esta conversa no puede continuar… te pido que te vayas.

—¿Porque te digo la verdad? ¡Soy tu madre y me tienes que respetar!

—¡Deja de juntar palabras e inventar sentidos! ¡No son conjuros ni palabras mágicas! ¡Hablemos de respeto cuando dejes de tratarme como un anormal!

El tiempo de conversar había concluido. «Esto es obra de tu padre», me dijo cuando por fin se levantó para irse. Se fue dando un portazo y casi de inmediato me invadió una sensación de sosiego inesperado. Prendí la radio, tocaban la canción «Cállate» de Fulanito, y me puse a bailar solo en mi sala.

26. Tacita de oro (febrero de 2000)

«Déjate la corbata en paz… ni que te fueran a presentar en casa de un novio», murmuró mi padre al verme arreglar la corbata por enésima vez. Enrojecí y volteé a mirar si alguien más pudo escucharlo. «Hoy venimos a tantear su interés. Ni una palabra de nuestros planes, no sea que nos vuelvan a robar el mandado», dijo nervioso. «No es mi primera reunión…», contesté. Habíamos visto a otros empresarios pero, como mi padre predijo, querían las propiedades de mayor valor a precio regalado. Cuando supimos que Dom Macao buscaba mudar las oficinas a Ciudad de Panamá, decidimos entrevistarlos y don Esteban ofreció que lo visitásemos en su casa en Colón.

El sol de la mañana nos cegaba al llegar a esa ciudad. Su estado, luego de pasar la intersección de Cuatro Altos y las gigantescas bodegas de Zona Libre, era lamentable; una urbe en ruinas, aunque llena de gente. La impresión inicial era de decadencia extrema: lotes baldíos, negocios cerrados, edificios sin pintar, tuberías expuestas perdiendo agua por cada codo de conexión, construcciones de madera apuntaladas con vigas para no derrumbarse. Todas esas indignidades, y otras, sobre un trazado urbano y unos huesos arquitectónicos que delataban una prosperidad desaparecida hacía mucho tiempo.

«Te voy a contar algo sobre Colón», dijo mi padre. «Allá por el 96, la ARI presentó un informe sobre los asentamientos irregulares en el área canalera. Hicieron encuestas entre sus pobladores, tanto del lado del Atlántico como del Pacífico. Del lado del Pacífico, no hubo sorpresas: esos asentamientos estaban ocupados por migrantes rurales que buscaban vivir cerca de sus trabajos en Ciudad de Panamá. La sorpresa vino de Colón: parte importante de aquellos invasores de terrenos tenían educación formal, con colegio terminado y muchos universitarios. Hasta doctores encontraron. Invadir era la

mejor opción de la clase media para acceder a mejor vivienda. Es una ciudad estancada y estrangulada, incapaz de crecer en sí misma».

A partir del bulevar Roosevelt el panorama urbano cambió. Así nos acercábamos al Paseo de Gorgas, encontramos mejores casas y edificios. Mi padre me mostró dónde se construiría una nueva terminal de cruceros, con futuro desarrollo hotelero y comercial: «No te olvides de cómo se ve ahora Colón. También cambiará».

Estacionamos cerca del Paseo de Lesseps y fuimos a una casona de fachada moderna de dos pisos, protegida por un muro alto coronado de espinas metálicas. El recibidor, fresco y semioscuro, nos permitió dejar atrás el bochorno de un Caribe sin sombra. A un lado había un altar suntuoso dedicado a la Virgen de Fátima, rodeado de flores frescas y velas votivas. La empleada que nos atendió anunció que don Esteban estaba en una llamada y nos invitó a esperarlo en la biblioteca. Pasamos bajo un arco de medio punto casi circular, esculpido en un enramado de madera estilo *art nouveau*, pero que también podría pasar por una «puerta de luna» china.

La biblioteca era sencilla, con dos libreros altos y anchos laqueados en negro que destacaban contra las paredes blancas. El escritorio, a juego con los libreros, daba la espalda a una gran ventana con sus celosías de madera a medio abrir. A un lado de la ventana había un crucifijo de plata parecido al de abuela y, del otro, una foto de don Esteban y de su esposa junto al papa Juan Pablo II. Varios diplomas y reconocimientos a nombre de Esteban de Rosa Chan colgaban de las paredes. Una vista panorámica antigua de la bahía de Macao dominaba la pared opuesta al escritorio, que me pareció similar a otra imagen histórica que había visto de la bahía de Panamá con el Casco Viejo y el cerro Ancón de fondo.

Pasada una media hora, don Esteban entró con su hijo Miguel. Mi padre no lo veía desde la invasión del 89 y a don Esteban desde el funeral de abuela. Era un hombre delgado, de baja estatura, a quien solo su calvicie delataba sus setenta y tantos años. Emitía un vigor que hacía difícil pensar que solo tuviera un par de años menos de los que tendría abuela si viviera.

—*Good morning, gentlemen! My apologies for the delay…* —nos saludó en un inglés con acento británico—. *Já conhecem a meu filho maior*. *Desculpem meu portunhol.*[38] *Unless you prefer to have the meeting in English*? —dijo dirigiéndose a mi padre, quien negó con su cabeza.

—*Nenhum problema, dom Esteban, que eu falo inglês e português e posso traduzir a meu pai* —anuncié usando *a língua* de manera

práctica por primera vez.

—Prefiero el español, si todos lo hablan —insistió mi padre.

—*Tua avô te ensinou bem, Tino…* —continuó don Esteban como si no lo hubiese escuchado.

—Solo tengo unos minutos, *then I have to go*… —añadió Miguel, mirando su reloj.

—*Calá-boca, jêto di a-fat!*[39]*… Excuse my son*. *Os jovens sempre andam depressa* —dijo don Esteban mirando fijo a su hijo.

—Mis disculpas, *but*… —miró a su vez desafiante a su padre—, tengo que estar en una reunión a la que sabes que no puedo llegar tarde.

Miguel se pasó mirando el celular durante la presentación hasta que se excusó para tomar una llamada. Don Esteban mencionó que había prohibido el uso de celulares en reuniones, sin lograrlo. «*Será o ópio da próxima geração*», dijo sin saber lo acertado que estaría. «Pues yo ando con dos teléfonos de esos… uno para el trabajo y otro para…», añadió mi padre, guiñándole el ojo a don Esteban. Este lo miró serio por un momento antes de invitarlo a continuar. Cuando Miguel regresó, mi padre ya había terminado y don Esteban le hizo un resumen en inglés. Miguel se mostró interesado en una propiedad en Costa del Este, pero nos advirtió que consideraban otras opciones y que, de hecho, su reunión esa tarde era sobre lo mismo. «Pues qué me hubiese gustado que vieras la presentación completa, Miguel», dijo mi padre apenas conteniendo su irritación. Miguel le respondió con un comentario irónico sobre «quemarse por tomar decisiones demasiado pronto» y mi padre se dejó provocar alzando su voz: «¡Pues yo no soy mi suegra, ni vendo al descuento!». «*How much are we talking about? How much money for that property?*», interrumpió don Esteban con firmeza, dando fin a la pelea de gallos.

Mi padre lo miró perplejo hasta que le traduje las preguntas. Comenzamos a negociar cifras y esquemas de compra sin llegar a un acuerdo. Miguel miraba el reloj con impaciencia, pero mi padre ignoró el gesto. Ambos tenían ideas diferentes acerca del precio «justo» de la propiedad. Miguel se levantó de repente y anunció que, a pesar del interés, no podía retrasar más su partida. Mi padre se ofreció a acompañarlo de regreso a Panamá y Miguel, luego de pensarlo, aceptó. Yo regresaría solo.

Me levanté también para irme, pero don Esteban me invitó a merendar, tomar un *chá*. Iba a rechazar la invitación, pero a mi padre

le pareció una idea «magnífica» y salió con Miguel. Don Esteban me dejó solo en su biblioteca en lo que él mandaba a preparar el refrigerio. Aproveché para examinar los libreros. En uno de ellos solo había libros con cubierta de papel amarillenta sobre códigos, leyes e historia. Estaban en portugués, chino e inglés, pero no vi ninguno en español. En el otro librero, reconocí los tomos de la *Grande Enciclopédia* en compañía de la *Encyclopædia Britannica*. Ambas mostraban un gran uso, con sus lomos de cuero resquebrajados y sus letras doradas desgastadas. Identifiqué, entre libros de diferentes tamaños y colores, el *Livro do Desassossego*, la misma edición que me regaló abuela poco antes de morir. Era el último libro de Pessoa, publicado casi cincuenta años después de su muerte. Lo tomé para ojearlo al tiempo que don Esteban entró. «*Um dos meus livros favoritos e acho que também teu*. *This one is a gift*…», y tomó el libro de mis manos para ponerlo en su lugar. «*Não, não e um dos meus favoritos… magoante e pessimista demais…*», alcancé a decir. Don Esteban rio y me invitó a seguirlo.

Su hogar tenía un estilo ecléctico, de otra era y de otro mundo, donde un gusto colonial portugués combinado con uno anglo-victoriano convivía con la cultura asiática. Las ventanas estaban cubiertas de celosías de madera que dejaban entrar una luz difusa sin la necesidad de usar cortinas. Retratos en las paredes, muebles de madera oscura y plantas en jarrones orientales eran la principal decoración. Aparte de las luces de techo y algunas lámparas de pie, no había nada electrónico a la vista, ni siquiera abanicos o aires acondicionados y, sin embargo, la temperatura de la casa era agradable, haciéndome olvidar el calor que acechaba afuera. Era un lugar de lujo austero que transmitía orden y sosiego, como un santuario.

En la mesa de centro de la sala estaba servido el té con *tostas mistas* y *bolos de chá*. Me impresionó el servicio de té decorado con un grupo de gallos rojinegros retozando en un jardín. «*Gosta? Em Portugal o galo simboliza a boa sorte e na China os novos começos e o bom sucesso da família. Foi um presente de meus pais quando mudei a Porto… feito lá*…», don Esteban volteó uno de los platos para mostrarme la estampa de fábrica roja en portugués y chino.

Era un hombre culto y refinado, diestro en manejar diversos temas en varios idiomas. Me contó cómo llegó a Panamá, cómo su padre no quiso que siguiese en el negocio de exportación de fuegos pirotécnicos, cerámicas y telas de la familia y lo envió a estudiar a Hong Kong para que se hiciese banquero. Ahí pasó una juventud

dorada, aprendiendo inglés y finanzas… y seduciendo a quien sería su esposa, *dona* María Isabella, tan macaense y católica como él, aunque de la *cidade chinesa* en lugar de la *cidade cristã*. Pero el pánico causado por la Revolución Cultural china a fines de los años sesenta hicieron que su padre lo convenciera de irse a Porto, donde tenían familiares lejanos y donde pudo, gracias a su pasaporte portugués, conseguir trabajo en un banco. Y ese sería su hogar de no ser porque *ese* Portugal era poco acogedor. Ni el amplio apartamento en Foz do Douro hizo que su mujer se adaptara y le rogó regresar a Macao apenas transcurrió un año, pero él estaba convencido de que el traspaso de la colonia a China era inminente y no quería criar a sus hijos en un futuro comunista y ateo.

La tensión política portuguesa, desatada por la Revolucão dos Cravos, que incluyó un intento fallido de golpe de Estado comunista y la crisis de los *retornados*[40] de África, decidió el argumento a favor de irse de Portugal, aunque con un giro inesperado. Llegaron a Panamá en 1976… porque era su destino. Su padre le había pedido que resolviera un conflicto con un revendedor en Zona Libre y descubrió un nuevo hogar no tan diferente al que se había criado, con un idioma fácil de absorber y una economía anclada en el comercio y las finanzas; un país orgulloso de proclamarse *Pro Mundi Beneficio*,[41] frase que repitió dos veces.

Estableció una oficina de representación para su familia macaense en la Zona Libre, que luego creció en un negocio propio de reexportación y se fue extendiendo a otras actividades económicas. Y aquí se quedó, desde hace años viudo, con nietos panameños que preferían hablar español, aunque inscritos en el Instituto Chino-Panameño para que también aprendieran chino e inglés. «*Eles só falam espanhol e inglês, como a tua mãe*», dijo riéndose. «*Conhece a minha mãe?*», pregunté sorprendido de no conocer ese detalle. «*Não, não a conheço. Só falei com ela no funeral da tua avó…*», dijo mientras hizo una pausa para tomar un sorbo de té.

Esperé a que voltease la conversación al negocio de Costa del Este, pero no lo hizo. Habló de mis abuelos, caracterizando a abuelo Dinis como *vinho verde* y a abuela Filipa como *vinho porto*: él como alguien constante y efervescente, y ella, como una mujer de carácter fuerte de tonos tanto florales como de roble. Al preguntarme sobre mis estudios, no aprobó que dejase la universidad y, tomando una actitud regañona, insistió en que terminara mi carrera, que no se puede reemplazar el conocimiento ni la disciplina personal que se obtienen con la excelencia académica. Debió notar mi desagrado porque dejó

el tema y me invitó a ver el resto de la casa.

Si Graça era un trofeo al éxito de mis abuelos, esta era un monumento a los recuerdos. Fotos familiares dominaban las paredes, algunas de principios del siglo pasado. Dos *penjing* [42] boscosos, en soberbios tiestos de piedra esculpidos, descansaban en muebles laqueados en rojo en extremos opuestos de la sala. Admiraba uno de estos paisajes de árboles miniaturizados, con sus pequeñas escenas rústicas en cerámica, cuando noté un servicio de té en el centro de un enorme chinero de madera. Era el mismo servicio de abuela, incluyendo su estante portátil de metal dorado. Le mencioné que abuela usaba uno idéntico y él se sonrojó. «*Eram muito populares noutra*…», dijo, y miró su reloj. Agradecí el refrigerio y él me acompañó hasta la puerta deseándome que obtuviera mi diploma universitario pronto, mientras me daba palmadas en la espalda como si fuese un niño.

Conduje de regreso a Panamá sin entender lo que había sucedido. Tanto su invitación a merendar como su interés en mi vida personal me extrañaron de alguien que acababa de conocer.

Mi padre me esperó en las oficinas de DPH entre un desorden de cajas, sillas y archivadores amontonados, porque alquilamos la mitad de la oficina original a otra empresa. No logró un acuerdo con Miguel, pero sabía más detalles sobre los motivos de Dom Macao para sacar sus oficinas de Colón. «Al principio no soltaba prenda, pero lo de parco le duró hasta que llegamos al tercer tranque, a la altura de las chicas del pixbae…», comenzó mi padre y temí lo que pudo decir sobre ese espectáculo de muchachas jóvenes, algunas *demasiado* jóvenes, en camisetas ajustadas y pantaloncitos provocadores que vendían fruta de palma a la vera de la ruta. Su aparente chabacanería dio resultado y logró que Miguel se relajara… y le hablase en español.

Se había mudado a Ciudad de Panamá para hacerse cargo de la Opa y no quiso volver a Colón luego de que el almacén fue destruido (se disculpó también por sus intrigas anteriores). Quería más seguridad, mejores colegios, oportunidades de recreo y facilidad de viaje para su familia. En fin, quería vivir mejor tanto fuera como dentro de su casa. Pero continuar trabajando en Colón le significaba salir de madrugada para recoger a los empleados clave de la empresa que vivían en San Miguelito y hacer el viaje juntos. Al concluir la jornada, hacían el mismo camino de regreso antes de seguir a su casa en El Dorado.

—Es hombre de familia, Tino, de esos que quieren desayunar con su prole, llevarlos al colegio y regresar a la casa para ayudarlos con

las tareas antes de ponerlos a dormir —dijo mi padre en un tono que traicionó que él nunca aspiró a lo mismo.

—¿Y por qué no contratan a los empleados en Colón y se ahorra tener que llevarlos?

—Porque no consiguen allá al personal calificado que necesitan. Tienen que contratarlo en Panamá, pero si los dejan llegar por su cuenta nunca se presentarían a tiempo debido a los tranques de la Transístmica. Es más eficiente que Miguel los busque y viajen juntos, aunque tenga que sacrificar su vida familiar.

—Bueno, tengo claro el beneficio para Miguel de la mudanza de Dom Macao, pero no que sea inminente o a cualquier precio y… ¿acaso no me vas a preguntar cómo me fue con don Esteban? —pregunté, extrañado por su falta de interés.

—Esperaba a que me contaras, puede ser lo que nos falta para cerrar la estrategia… err… espero que no se haya propasado contigo —dijo, mirándome curioso.

—¡Por dios! ¡Qué se va a propasar ese señor conmigo!… Y espera, ¿me dejaste con él pensando en que lo iba a hacer? —dije molesto.

—¡Qué va! Pero era obvio que el chino quería hablar contigo a solas —dijo con humor. Pensé que para él todo era un relajo.

—Te confieso que fue un poco *creepy*. Esperaba que tratara de negociar el lote, pero estaba más interesado en hablar de cosas personales. Tuvo una relación más estrecha con los abuelos de lo que sabía…

—Siempre me extrañó que la Difunta consiguiese un comprador y un buen precio para la Opa sin salir de la casa y cuando no se veía el fin de la crisis —se rio cuando le conté la metáfora del «vino porto»—. Pues se tenían mucha confianza para que el chino no se aprovechara de ella. Lo que falta es que le gustase la viuda… pero quién se iba a meter con esa beata, tan rígida y seca…

La posibilidad irrumpió en mi cabeza como un rayo, pero la deseché de inmediato. Era imposible que abuela, de viuda, hubiese tenido un pretendiente. ¿Ella? ¿En qué momento?

—Olieron la sangre en el agua. Quieren un mejor precio sin pedirlo. Pasarnos por la piedra de molino y dejarnos hechos harina, pero *esta* es la oportunidad que estábamos buscando. Tienen el motivo, el interés y el dinero… y si tu reunión con el viejo fue social, es señal de que confían, por lo menos en ti. Por ahí va la cosa. Ahora nos falta ver lo del aparthotel. Tenemos que salir de ese gasto, pero sin perder…

—Pai, ya hablé con tío Nino de eso y… ya negociamos la venta a

los socios —dije sabiendo cómo reaccionaría.

—¡¿Sin consultarme?! ¡Pero los cojones, que ya yo los tenía contra las cuerdas! ¡Que veo a esos cabrones cada día! —dijo molesto. No le dije lo que esos «cabrones» pensaban de él, ni que él era el principal incentivo de compra.

—¡Exacto! Te pedí ir a esa reunión y lo hiciste a mis espaldas… Pai, lo que importa es que nos deshicimos de ese gasto con ganancia, aunque… también nos pidieron que te mudes a otro lugar —dije, tratando de ser firme.

Por varios días, mi padre no nos habló ni a mí ni a su hermano, pero, una vez se le pasó el enojo, me felicitó por hacer lo correcto. «Saliste a tu padre, coño», dijo con ese orgullo de alguien que ve lo mejor de sí mismo por vez primera en su hijo.

38 Mezcla de español, inglés y portugués.
39 «¡Cállate, maleducado!» en portugués cantonés patuá, dialecto de Macao.
40 Refugiados procedentes de las colonias portuguesas en África que se trasladaron a Portugal al proclamarse la independencia. Solo en 1975 fueron cientos de miles de personas.
41 Para beneficio del mundo, en latín.
42 Árboles miniaturizados, versión china (y original) del bonsái japonés.

27. Desengaños (abril-mayo de 2000)

Tan pronto entré en la farmacia Arrocha de Paitilla, olvidé lo que iba a buscar. Me pasaba con frecuencia en ese lugar, no sé si por el trazado o por la iluminación, pero me distraía pasear entre sus góndolas y descubrir cosas que no sabía que quería o necesitaba. Estaba en ese trance cuando me topé de frente con Ike acompañado por una mujer joven. Hizo un esfuerzo por sonreír y me presentó a su acompañante: «Sara, te presento a un amigo, Tino. Sara…mi esposa». «Un placer», contesté azorado. Ella vestía una camisa de manga larga de denim azul y una falda negra hasta los tobillos. Su único lujo era un collar simple de perlas (Mikimoto, sin duda). Ella rompió la pausa incómoda con: «Y… ¿cómo se conocen?». La pregunta, tan simple, congestionó mi cerebro hasta que Ike respondió poco convincente: «Es un cliente…». «Los dejo porque tengo que ir a pagar», dije y escapé de la tienda sin comprar nada ni recordar el porqué había ido. Más tarde recibí la llamada de Ike. «Lo sabe *todo*…». *Clic*.

Durante las horas siguientes traté de descifrar el significado y tono de esas tres palabras. Me pareció escuchar un eco en la llamada. ¿Me llamaría encerrado, a escondidas? Caminé por la sala desesperado, con cada ir y venir trayendo una nueva esperanza o agonía. ¿Debía llamarlo o esperar a que él lo hiciera? Me dijo que la esposa sabía, no que terminamos, pero era imposible que ella aceptara que lo nuestro continuara. Llamé a Toño, pero el número estaba ocupado. No llamé a Nano porque no vería ninguna sutileza y necesitaba aferrarme a una esperanza, por ambigua que fuera. Agarré las llaves del auto y fui a ver si encontraba a Toño en su casa.

La encontré en plena renovación, una nueva fase de su duelo. Delia conversaba en la sala con otro amigo de Toño en un sofá nuevo aún cubierto en plástico. «Oe, Tinillo, que ahora mismo te sirvo un trago», dijo Delia. «Necesitamos tu opinión *urgente* sobre algo».

Habían llegado temprano a ayudar, beber, opinar y estorbar. Discutían sobre el retrato gigante que ahora dominaba el centro de la sala y reemplazaba a uno tradicional de la familia de Toño: era una foto ampliada de Lucho y Toño en una playa. De pie, engafados y con el cabello revuelto por el viento, estaban abrazados por los hombros, sus bocas abiertas congeladas en carcajadas. Los trajes de baño diminutos, uno amarillo y el otro rojo, no dejaban mucho a la imaginación. «Regias, pero demasiado *fuerrte*», era el consenso general. «Pues es la única foto de ambos con algo puesto que sobrevivió al saqueo de la Talibana, quien obvio no encontró *todas* las fotos —dijo Toño al llegar a la sala vestido con un jumper de trabajo cubierto de polvo y pintura—, y ahí se queda… y, *anyway*, ese primer viaje a Mykonos fue uno de los momentos más felices de nuestras vidas». No quise unirme a la discusión (por algún lado él tenía que dejar salir la rabia), esperando el momento oportuno de hablarle en privado. Lo encontré cuando me ofrecí para ayudarlo a pintar un cuarto.

—Te advertí que no te me enamoraras de él ni te metieses en eso… —fue su primera reacción cuando le conté del encuentro y de la llamada de Ike.

—Pero no dijo que nos dejábamos o no nos volvíamos a ver, solo que ella sabía…

—Y ahí sigues, con la esperanza en alto. Es tan… tan *cute*.

—¿Me vas a ayudar a entender o no?

—Mira, Tino… ya te había advertido sobre lo que es meterse con alguien que *no* va a salir del clóset. Ahora me toca advertirte que lo peor que te puede pasar, escúchame bien, es amar a alguien que no te corresponde. Él quizás te quiera, te estime, te desee, pero no va a ser *tuyo*. Nunca. No te voy a decir qué hacer, pero escucha mi consejo porque nadie es buen timonel de su propio corazón. Entiende, por favor, que ese chico ya *escogió* cuando le dijo o le admitió todo a su mujer… —dijo Toño dejando atrás la ironía.

—Pero… ¿y por qué no me lo dijo de una vez? ¿Por qué me llamó a escondidas?… Quizás podamos seguir viéndonos… —dije obstinado.

—¡Porque ni él sabe que ya está decidido! Pronto entenderá las consecuencias de lo que ocurrió. Deberías hablar con Delia. Ahí donde la ves, está pasándolo muy mal con Tati, quien tiene sus… cosas, pero no es posible ayudar a quien no se deja. Acabar con tanto dolor puede ser la mejor decisión y Delia está llegando a ese punto luego de un camino demasiado largo… —se contuvo al ver mis ojos

húmedos—, pero hablemos de otra cosa. ¿Sabías que Edú regresa?

—¡No! ¿Cuándo? ¿Cómo sabes? —la noticia me distrajo de mi ofuscación.

—Panamá es un pañuelo. Ya sabes, quién no tiene tías chismosas. Sus padres le van a hacer una fiesta de bienvenida. Por supuesto, ninguno de nosotros está invitado…

Seguí el consejo de Toño y llamé esa noche a Delia, pero no recibí el consuelo ni la orientación que esperaba. Ella había sufrido un proceso lento y doloroso con Tati, quien había evolucionado de necesitar calmantes para controlar su ansiedad a ser narcodependiente de drogas mucho más fuertes. Por eso Delia estaba más interesada, y de manera militante, en que yo acortara el mío. Me despedí de ella irritado, porque me exigía tomar una decisión.

Esa noche me despertó una llamada de Ike. «No puedo hablar mucho… estoy en casa de mis padres con mis suegros y mi mujer…», dijo en voz baja. «Nos vemos…», hizo una pausa que encontré demasiado larga. «¿En el *push*?», pregunté esperanzado. «No… en el Pavo Real», respondió apresurado, dándome un día y una hora esa semana antes de colgar sin despedirse. Seguíamos, pensé… pero ¿y si solo quería verme para terminar? Me preocupaba la reunión familiar. ¿Sería para recibir un ultimátum o para pedir un divorcio? Opté por la esperanza. El día del encuentro llegué media hora antes, pero Ike ya me estaba esperando.

—Sabía que llegarías temprano y es mejor que seamos breves. Me tienen vigilado… —fue su saludo.

—¿Te siguen? —dije asustado, mirando a nuestro alrededor.

—No… por lo menos, aquí no —respondió inseguro.

—¿Por qué le dijiste a tu esposa? ¿Qué significa? ¿Me dejas? ¿Se divorcian? —mis preguntas salían apresuradas y sin ningún orden.

—La primera pregunta es la que importa —dijo Ike haciendo una pausa—. ¡Ella ya sabía! Contrató a un detective. Lo que no había decidido era cuándo confrontarme. El encuentro fortuito en la Arrocha la decidió.

—¡¿Sabía?! Pero entonces, ¿para eso fue la reunión de tu familia? ¿Para discutir el divorcio? —pregunté esperanzado.

—No… ¡estamos esperando un *beibi*! La reunión con ambas familias fue para anunciarlo.

«Lo perdí», pensé, pero decidí esperar a que terminara de contar lo que decía con tanta emoción. Una epifanía me llevó a una calma inesperada: fue su mujer quien escogió el camino y jamás sería mío.

—¿Cuánto tiempo llevabas casado cuando me conociste? —atiné

a preguntar tras una pausa.

—Me casé unas semanas luego de conocerte. Perdí mi virginidad dos veces el mismo mes —confesó sin ningún pudor.

—¿Te acostaste por vez primera con un hombre justo antes de casarte?

—No iba a dejar pasar la oportunidad, entiéndelo. No me arrepiento —dijo rozando su rodilla con la mía bajo la mesa—. Era entonces o quizás nunca…

—O sea, tuviste dos lunas de miel… porque nos veíamos casi todos los días luego de que empezamos.

—Sí, pero tú te llevaste la mejor parte. Contigo nunca estuve «cansado» —dijo, volviendo a tocar mi rodilla.

No tenía que preguntarle si nos seguiríamos viendo. Estábamos en un purgatorio construido por nosotros mismos.

—¿Estás ahí? —pregunté. Había llamado a Edú en varias ocasiones. A veces contestaba, pero no hablaba, solo se escuchaba su respiración hasta que colgaba.

—¿Qué quieres? —contestó en esa ocasión con una voz que apenas reconocí.

—¡Ey, *pelao*, qué alegría oírte! —no respondió—. ¿Puedes hablar?

—¿Sobre?

—No nos hemos visto en un buen tiempo y tenemos tanto que contarnos… ¿Cómo te fue en los Estados Unidos? —tanteé.

—Pues si quieres saber veámonos mañana en la tarde —dijo en un tono decidido.

—¿Te parece en El Pavo Real? —propuse.

—Ya no bebo. Mejor en el parque Urracá, al aire libre.

—Okey, en el parque, y mejor en la mañana, estará más fresco. ¿Puede ser a las nueve…? —no pude terminar la frase porque Edú colgó sin despedirse ni confirmar la hora.

Sentí que cometía un error. Apenas guardé mi celular en el bolsillo, recibí otra llamada. Era mi padre.

—Tinillo, tenemos que hablar… —noté en su voz que estaba borracho y no eran aún las dos de la tarde. Hacía tiempo que mi viejo no se emborrachaba, por lo menos no durante horas de trabajo, y añales desde que me llamara «Tinillo».

—¿Qué pasó? ¿Algo con la empresa? —pregunté, preocupado.

—No, no es sobre la empresa… mejor lo hablamos en persona, ¿cenamos esta noche? Te parece en La Fragata…

—Ya tengo planes —mentí, pero no quería reunirme con él si iba a estar más bebido de lo que ya estaba—. ¿Nos vemos mañana? ¿Es urgente?

—¡Joder! ¿Urgente? No, no es *urgente*, pero tenemos que hablar —y colgó.

Noté la angustia en su voz y traté de adivinar qué podría ser. La empresa marchaba como un zombi, tambaleante, pero en pie, por lo menos a corto plazo; sin embargo, esos temas los abordábamos sin preámbulos. Decidí no especular y esperar a que me volviera a invitar cuando estuviese sobrio.

Al día siguiente llegué al parque a la hora que propuse y encontré a Edú en un banco observando a un grupo de futbolistas. Me tentó saludarlo con un «¿Viendo algo que te guste?», pero me contuve; parecía mirar a través de los cuerpos de los jugadores. Al acercarme, noté que tenía una Biblia encuadernada en negro en su regazo.

—Apenas te sentí llegar —admitió al verme a su lado.

—Estabas absorto, ¿admirabas…? —intenté bromear señalando a los jugadores.

—A Yahvé, en todo momento —respondió sin sonreír. Me senté a su lado sintiendo que el encuentro ya había fracasado. Fingí más ánimo del que tenía.

—Tanto tiempo, ¿no? Desde aquel día en el hospital…

—El día más importante de mi vida. Todo estuvo tan claro —me tomó la mano agresivamente—. ¡No tienes que terminar como Lucho!

—No voy a terminar como él —me soltó tan de repente como me había agarrado—, antes se sabía poco de esa enfermedad…

—¿Cómo se protege uno de la ira de Dios? —pausó al verme cerrar los ojos—. Sigues confundido como lo estuve yo, Tino, como lo están todos los que siguen ese camino de lágrimas…

—¡Por favor, Edú! ¿«Camino de lágrimas»? Ahórrate las frases hechas. Por ese camino se encuentran también muchas satisfacciones, que además son verdaderas, no impuestas.

—Nunca me conociste —dijo. En realidad no lo reconocía.

—Edú, no vine a discutir sino a… a ser amigos de nuevo —intenté rescatar el encuentro.

—Podemos ser amigos, pero primero arrepiéntete y acepta al Señor. Arrepiéntete y seamos hermanos bajo su Ley —volvió a tratar de tomar mi mano, pero la retiré.

—Hay mucho de lo que me puedo arrepentir, pero no de *eso* —contesté apretando los dientes.

—Él es el único camino. Cómo me sienta no importa. ¿Quieres que

te hable como un amigo? Renuncia a ese deseo que condena tu alma. ¡Para de sufrir!

—Yo no estoy sufriendo… y si sufro es por quien amo, no cómo amo…

—¡No uses esa palabra! «Amar». ¿Qué saben las locas de amar? Lo único que saben es de una promiscuidad estéril y de una frivolidad decadente…

—¿Cómo llegamos aquí? —dije entristecido—. Recuerdo tu admiración por un personaje de cine gai con seguridad en sí mismo, con los huevos para aceptarse, enfrentar a quien fuese y seguir adelante con su vida sin miedos ni tapujos.

—¿Y es que tampoco recuerdas que no tuvo un final feliz ni lo hay para *ustedes*?

—Pero ¿es que no te escuchas? No sabemos cuál fue su final. ¿Y es este acaso tu final *feliz*? ¡Esperar una recompensa luego de que estés muerto! Yo quiero una vida mientras esté vivo. No digo que sea fácil, pero no voy a renunciar a esa posibilidad y mucho menos sacrificarla por una ilusión.

—Alejado de Dios, todo es absurdo. Una vida la tiene cualquiera que aún respire, pero no todas tendrán el mismo valor ante Sus Ojos.

—Creyente o no, *toda* vida tiene valor. Tenemos amigos en el Ambiente que también son creyentes…

—Tú te las das de intelectual y me vienes con esa payasada. Explícame qué es una loca *creyente* —Edú sonreía con desprecio.

—Cada uno encuentra la manera de acomodar sus creencias con su realidad. No hay por qué juzgar… ¡y deja decir «locas»! —protesté, pero Edú bufó—. ¿Y acaso tu nueva fe ha eliminado tu deseo por los hombres? ¿Agua fría de ahora en adelante? O peor, ¿piensas casarte y arruinarle la vida a una mujer? Créeme, es un mito eso de que para ellas tener hijos es suficiente… —me sentía en alzada.

—Me imagino que esto lo hablas con tu querido padre Carlos. Dime, cuando lo ves, ¿te lo coges tú o lo hace…?

Mi puño conectó entre su ojo y la nariz y él cayó al suelo. Los talingos del parque salieron volando, los jóvenes deportistas detuvieron su juego y varias señoras llamaron a sus niños para que volvieran con ellas. Edú, aún en el suelo, sangraba por la nariz y me miraba atónito. Intenté ayudarlo a levantarse, pero apartó mi mano de un manotazo y se marchó tratando de contener la sangre que manchaba su camisa. Mi mano aún temblaba mientras le ofrecía llevarlo a una clínica, pero no se detuvo. Regresé al banco y me senté viendo a los futbolistas volver a jugar y a los niños correr. Me comenzó

a doler la mano y me sentí en caída libre. Vi en el suelo la Biblia negra que llevaba Edú y, al recogerla, noté que estaba en inglés. La tiré en el primer basurero que encontré al salir del parque.

28. Crisis (septiembre de 2001)

El colapso del Grupo Estrellamar a fines de 2000 aceleró el estado de pesimismo en la economía, pero fue la quiebra del Grupo ADELAG en septiembre de 2001 lo que estalló en nuestras vidas como una granada que había ido cayendo en cámara lenta. Su bancarrota dejó pérdidas de cerca de cien millones de dólares, la más grande en la historia de Panamá. Poco después, con la quiebra del Banco DISA, la banca nacional entró en pánico. Con mi padre no tocábamos otro tema que no fuese el de la crisis. Cada día se publicaban más noticias de empresas con dificultades económicas. No ayudaba a la economía la sensación de deriva política que tenía el país, lo que se llegó a conocer como el efecto Mireya.[43]

El mireyato (1999-2004) no sabía cómo reaccionar ante la crisis. Sufríamos la pompa de un gobierno de favoritos enfrentados en público por la atención personal de la presidenta del país y líder suprema de su partido, que se rodeaba de escándalos de corrupción de una banalidad extenuante. Llovían dichos campechanos que buscaban agraciar a la mandataria con quienes la votaron, mientras ella usaba un puño de hierro en cualquier dirección, acertada o no, para mostrar quién mandaba. Sufriríamos, escándalo tras escándalo, pronunciamiento tras pronunciamiento, los coletazos de muerte de un estilo de gobierno caudillista incubado hacía más de medio siglo y que nos tocaba a todos padecer como la expiación equivocada de un pasado merecidamente frustrado.

Ali llamó a una reunión de emergencia de los accionistas para presentar el estado de la empresa. La situación no era aún desesperada porque la Desarrolladora no tenía negocios de ventas al detal, que fue lo primero que entró en crisis, pero el futuro se veía oscuro para todos los sectores. Nuestra mayor vulnerabilidad eran las deudas a los bancos. A medida que el flujo de ingresos se volvía más errático, los pagos bancarios se mantenían fijos con tendencia a

empeorar si subían las tasas de interés. Ali terminó la presentación solicitando más inyecciones de capital y que, si había algo que hipotecar o vender, mejor hacerlo lo antes posible.

Solo se escuchaba el sonido de las páginas al pasar, mientras volvíamos a leer palabra por palabra y dato por dato lo que Ali había presentado. Tío fue el primero en hablar.

—Puse capital en esta empresa porque creo en ella. Esta crisis es temporal. Voy a hipotecar lo que me queda, pero ese dinero es para estabilizar mi empresa —tío trató de tomarle la mano a Nancia, pero ella la retiró—. Dejo mis responsabilidades aquí para dedicarme de lleno a las mueblerías, aunque continúo en la junta y seguiré… —mientras hablaba, ella se fue de la reunión.

—Yo también puse mis ahorros —dijo mi padre— y os pido que sigáis teniendo confianza. Estoy negociando financiamiento adicional. Esto es un hipo… —continuó con un optimismo imposible.

No quería invertir el resto de mi herencia y menos sin tener ninguna seguridad de que fuese a dar resultado. Y entonces, ¿qué? La voz de mi madre tronó en mi mente con un «Te lo dije» victorioso, invitándome a vivir de nuevo con ella. Sus palabras eran como martillazos que sacudían mi confianza. Tomé un largo sorbo de agua y voté a favor de las medidas de reducción de riesgo. En cuanto a aumentar mi contribución de capital, lo dejé en un «Hablaré con el contador». Tío terminó de compañero de cuarto de su hermano en el aparthotel de Tocumen.

Mi padre me volvió a llamar, esta vez sobrio, y me recordó la reunión pendiente.

—¿Es urgente? —volví a preguntar.

—Sí *es* urgente. ¡Y me cago en los quince coños de la cola del demonio! Deja de preguntarme eso cada vez que pido verte. Quedamos en La Fragata. No me falles.

Al llegar al restaurante, me esperaba vestido de traje y corbata. Regresaba de una reunión con los acreedores de la empresa. Había salvado varias líneas de crédito con una inyección de dinero de origen incierto, que yo sospechaba que era de usureros.

—Hay algo que debes saber, Tino, y no sé cómo vas a reaccionar.

—Si es de la empresa…

—¡Que ya habrá tiempo para eso, joder! —me interrumpió—. Lo que te vengo a decir… lo que te quiero decir… es que tienes una hermana. Se llama Mari Rosa.

—*What?!* ¡Siempre sales con lo que menos espero!

—Te lo traté de decir, pero andabas *ocupado* y luego nos

enredamos con la crisis —sentí un enorme alivio en su voz—. Organizaré algo para que la conozcas y a su madre, Desiré. Eso sí, no me vuelvo a casar para que le vayas avisando al padre Carlos…

—Pues boda no es lo que importa ahora —contesté, aún atontado por la noticia.

—¡Claro que no! Lo que importa ahora es… ¡que nos vamos al mismísimo infierno si no aportamos más capital a la empresa! —y así nomás, mi padre volvía a demostrar su habilidad innata para desorientarme.

—No dispongo de mucho más ni creo que haga mucha diferencia —respondí, mientras la frase «Tengo una hermana» repicaba en mi mente.

—Cada… —dio un golpe a la mesa y se inclinó hacia mí— cada centavo cuenta, Tino. No sé cuántos meses más necesitaremos para dar la vuelta, pero si no mantenemos las líneas de crédito no podremos cubrir la planilla y menos pagar los pasivos sociales de los empleados. Iríamos a la quiebra.

—¿Y Dom Macao, acaso no has vuelto a hablar con Miguel?

—Ya te dije que quieren comprar la propiedad por la mitad de lo que vale, ¡y eso será sobre mi cadáver! No podemos seguir postergando el financiamiento, Tino.

Titubeé, pero al final cedí y prometí cubrir la planilla por varios meses más. Una hermanita y la ruina. No sabía cómo sentirme. Papá me pidió que no dijese a nadie de la niña, porque esta era su noticia, y no sabía cómo la recibiría el resto de la familia.

Cuando mi madre se enteró de mi nueva inyección de capital a la empresa —por Nancia, por supuesto—, me llamó de inmediato para prohibírmelo. «Ya lo hice», contesté y me tiró el teléfono. Luego llamó a mi padre exigiendo verlo y, para su sorpresa —y la mía—, él aceptó. No sabía qué saldría de esa reunión, pero adivinaba que sería explosiva y me negué a participar.

Cuando mi padre entró a la sala, saludó afable a mi madre y a Dominga, a quien mamá pidió estar presente, pero ninguna le devolvió el saludo.

—Veo que estás decidido a arruinar a tu hijo —inició mi madre.

—Le he tratado de crear otro futuro. A él no le interesa la vida que le ofreces.

—Cuán fácil es decir eso cuando has vivido de lo que trabajaron mis padres y del trabajo que te da tu hermano. ¿Es que acaso exigir que estudie lo perjudica? Su futuro son los estudios. Y llegas tú a llenarle la cabeza de villas y castillas… —mi madre hablaba sin parar

—. Ese siempre fue *tu* sueño, jugar con dinero ajeno…

Usando una paciencia desconocida, mi padre le pidió que dejara a un lado los rencores, que él jamás me pidió dejar los estudios y que la Desarrolladora no era un «sueño».

—Si realmente quieres protegerlo, sería mejor que tú también invirtieras…

—¡Y ahí está! —interrumpió mamá—, ya me preguntaba que de dónde sacabas tanta calma. ¡Pedirme dinero! ¡A mí! —se volteó a ver a Dominga para estar segura de que ella había escuchado lo mismo —. Así que por eso viniste. Estás loco si crees que tengo dinero para invertir en tus inventos o en cualquier otra cosa. Lo que gano se va en mantener esta casa y las otras propiedades. ¡El resto es para Tino, para que no termine en la calle por tu culpa! Ya no soy la misma idiota que se casó contigo…

—¡Joder y las mil…! —mi padre hizo otro esfuerzo por controlarse —. Estamos aquí para buscar el mejor futuro para Tino. ¡Hasta Nancia vio la luz! Está en la junta para proteger los intereses de sus hijos. El camino es hacia delante. Si quieres hablar de deberes, forma parte de la junta tú también. Tienes ahorros, ingresos, con solo hipotecar esta casa sacas…

Mamá palideció y se levantó de golpe. De todos los escenarios que había previsto, no pensó que mi padre considerase ese último. Su rostro se debatió entre gritar o reír.

—El alcohol te ha dañado finalmente el cerebro, Bras —su mirada volvía a pasar entre mi padre y Dominga, quien estaba con la boca abierta y la palma de la mano en mitad del pecho—. ¿Hipotecar *esta casa*?

—Sofí, escúchame… —mi padre se inclinó hacia ella y trató de tomarle la mano.

—No me toques, que esto ya no se arregla como se arreglaba antes…

—¡Yo ya hice patria, joder! —papá perdió finalmente la compostura, habían logrado sacarse lo peor de sí mismos—. Por dios que vives estancada. Esta casa ahoga a Tino, como antes me ahogaba a mí. Entiéndelo de una puta vez, ¡él nunca vivirá aquí! En un caserón en el que apenas puedes tú misma vivir *sola*.

—¡A mí no me faltas el respeto en mi casa! ¡Un guiñapo arruinado! Mírate en el…

—Dios sabe que te he dado razones para odiarme y créeme que el desprecio es mutuo —resoplaba—. Sí, he cometido muchos errores, pero ¿en qué has cambiado tú, una carroñera del pasado? —gritó mi

padre, mientras Dominga se cubría los oídos.

—¿El pasado? ¿Es que no te preocupa que Tino termine sin capital ni familia propia? ¡Si ahora hasta abanderas su vicio! ¿Sabe acaso lo que tú pensabas de él cuando era niño? Hasta lo trataste de maricón en su cara…

—¡No pongas en duda el amor que le tengo! —bramó él, al tiempo que sacudía el dedo índice en la cara de su exmujer. Dominga se colocó entre ellos haciendo que mi padre reculara.

—¿Y es que ni siquiera te interesa tener nietos? —dijo mi madre casi sin aire.

—Pues nunca me preocupó y ya resolví porque acabo de tener una hija… —la voz de papá también temblaba mientras trataba de recobrar la compostura. Se hizo una pausa: su noticia opacó los otros argumentos.

—¡Fuera de mi casa! ¡Fuera! —explotó finalmente mamá—. ¡No quiero saber de tus puterías! Y te juro por lo más santo que no te vas a afanar *mi* dinero ni *mi* casa. Cuando por fin pierdas lo tuyo y lo ajeno, por lo menos Tino sí tendrá dónde y con qué vivir. ¡Fuera! Arruinaste a tu hijo y a tu hermano, quien siempre te ayudó. ¿Y ahora traes a otro ser al mundo? ¡Todo lo destruyes! ¡Sería mejor que te murieras, pero ni siquiera tienes qué dejarle a tus hijos!

Esto lo gritaba a sus espaldas poco antes de que mi padre tirase de un portazo la puerta de entrada de Graça por última vez.

43 Frase acuñada por el economista panameño Rubén Lachman.

29. La misa (octubre de 2001)

«Muere hombre en accidente de tránsito»

Panamá, Panamá—. Un hombre muerto fue el saldo del accidente de tránsito que se registró ayer en la Ricardo J. Alfaro, a la altura de la Universidad Tecnológica.

La víctima es Francisco Pablós, de cincuenta y dos años de edad, residente en el sector de Tocumen, en la ciudad de Panamá.

Pablós conducía un auto Toyota Paseo verde, con matrícula número 2XXXX2 que colisionó con un camión articulado, manejado por Eusebio M. Según testigos, el Toyota perdió el control saliéndose de su carril, colisionando contra el camión conducido por el señor M.

Al lugar de los hechos se apersonaron miembros de la Policía de Tránsito de la ciudad capital.

El conductor M. declaró que el Toyota salió de improviso de su carril y que trató de evadirlo antes de impactarlo en medio de la vía. Una fuente de la policía reveló que Pablós, al momento de la colisión, recibió golpes fatales en la cabeza y el pecho.

El accidente se registró a las 3:00 a.m., pero no fue sino hasta las 8:00 a.m. cuando funcionarios del Ministerio Público realizaron el levantamiento del cadáver.

Aunque las causas de la colisión se desconocen, se presume que Pablós se quedó dormido, pero corresponderá a las autoridades esclarecer cómo se dieron los hechos, incluido realizar un examen de alcoholemia.

En lo que va del año se han reportado siete víctimas fatales en accidentes de tránsito en la ciudad capital…

Acompañé a mi madre de vuelta a Graça luego de ir a la morgue a reconocer el cuerpo de mi padre. Ella tomó mi mano durante el

desvelamiento, pero no lloró. No la había visto desde el día que la eché de mi casa y no sabíamos cómo volver a hablarnos. Dominga me abrazó tan pronto entré a Graça, haciéndome llorar y ella lo hizo conmigo, quizás por mi padre o tal vez para acompañarme en mi dolor, pero ni siquiera ese encuentro hizo humedecer los ojos de mi madre.

Nos sentamos en la sala. Dominga de pie, cerca de nosotros, sin saber cómo proceder. «¿Traigo café? ¿Agua?», preguntó. «Ahora mismo se los preparo», dijo sin esperar la respuesta. Yo estaba agotado. Mi madre se miraba las manos y movía los labios como si hablase consigo misma o recitara una plegaria. El aire se volvió pesado y comencé a cabecear. La voz de mi madre me regresó a la realidad.

—Tenemos que hablar del funeral —dijo con voz ronca.

—*Mãe*… —tuve que carraspear porque mi voz salió como un ronquido. Dominga regresó con las bebidas y tomé agua antes de continuar—. Mejor esperemos a mañana y hablamos con tío Nino. Él se encargará de todo. No eres la esposa.

—No, no soy la viuda. Tienes razón —aceptó ella.

—Estoy seguro de que a tío no le importará si quieres participar.

—No quiero pasar por eso… es mejor que se encargue alguien que lo quería.

—Yo lo llamo… necesito estar ocupado… era un buen hombre, *mãe*, no el mejor esposo, pero lo era.

—Tu padre no era quien tú piensas —dijo ella con un tono acerado.

—Es lo mismo que te puedo decir —respondí recordando el porqué llevábamos tanto tiempo sin hablar.

Tomaba mi café mientras mamá dejaba enfriar el suyo. Dominga nos volvió a interrumpir ofreciendo traer más café y agua. Se llevó ambas tazas sin esperar respuesta.

—Tino, yo quisiera… quiero que todo vuelva a ser como era antes de que tu padre te metiera… quiero que regreses a casa y volvamos a ser una familia.

—Me hablas como si papá me hubiese engatusado para irme y bien sabes que él no tuvo que ver en eso y tampoco me engañó para invertir —me comencé a impacientar—. ¿Es de *eso* de lo que quieres hablar hoy?

—¡Qué necedad! —había logrado salir de su modorra y la usó para discutir conmigo—. Deja de pensar en pajaritos preñados mientras aún tienes algo a qué aferrarte, ese invento de tu padre va a quebrar y ahora eres tú, un muchachito, quien tiene que enfrentarlo.

—¡No soy un niño! —exclamé, harto de discutir con ella.

Dominga nos volvió a interrumpir cuando regresó y esta vez mi madre le pidió que nos dejase solos, que ya se podía retirar por el resto del día. Desde que me fui de la casa, Dominga había regresado a vivir en mi cuarto o, mejor dicho, su antiguo cuarto. Sin haberlo conversado o decidido, se había convertido en la dama de compañía de facto de mi madre.

—¿Crees que tu papá se suicidó? —preguntó mi madre susurrando luego que Dominga cerró tras de sí la puerta.

—¡Cómo se te ocurre! —respondí sorprendido. Mi madre hizo que bajara la voz—. No es posible… quizás no sepas, pero tenía otra familia, una bebé de meses.

—No… solo quería estar segura. Es que… la última vez que nos vimos… así que sabías… y que un bebé a estas alturas. Irresponsable hasta el final.

El velorio de papá fue muy concurrido. A mamá no le importó la presencia de varias mujeres desconocidas. Desiré, por su parte, confirmó con alivio que, aunque no era la única mujer en la vida de mi padre, sí era la única con un bebé en sus brazos y con su apellido.

En la misa, tío Nino habló por la familia. Se veía avejentado en el altar, su rostro pálido resaltaba las ojeras. Luego de una pausa para aclarar la voz, se irguió por completo, como cuando dirigía las reuniones de junta, y rememoró a su hermano, primero como un soñador, a «veces imprudente, pero siempre ocurrente» —los presentes reímos— y luego como un luchador que había logrado mucho desde que se reencontraron en Panamá. Habló de una infancia dura en Asturias en los años de la posguerra civil, de los juegos de niños en casa de los Jiménez, la familia de su madre, con la aniñada titi Mari, quien fue para ellos como una hermana mayor, de cómo ese afecto y refugio los preparó para el futuro, de la primera vez que se separaron cuando él emigró a Panamá… Tío Nino abrió de repente los ojos, enrojeció y calló. Su familia, los allegados, las señoras con mantilla de encaje negro, los caballeros en guayaberas de hilo blanco, todos nos mirábamos esperando a que retomara la historia, pero ni el carraspeo del padre Carlos logró sacarlo del ensimismamiento.

Algo inesperado se había abierto paso en su mente. Se vio con tía Aldasinda, la única hermana sobreviviente de su madre, en la mañana que lo hizo acompañarla a dejar a Bras en el Hogar de Auxilio Social de Mieres. Al llegar, los esperaban la directora con algunas de las guardadoras. Tía Sinda, como la llamaban los sobrinos, y la directora tuvieron una conversación breve; la primera diciendo que el niño era

bueno, pero distraído y rebelde, que necesitaba disciplina y la otra prometiendo que ese lugar haría de él un hombre de fe y de honor en la «nueva» España.

—Por favor, tía, no me deje aquí —Bras suplicó con voz quebrada —, le prometo que me porto bien…

—Pues en buena hora vienes a prometer… —lo regañó tía Sinda antes de que se le ablandase el rostro y, arrodillándose frente a él, lo abrazó diciéndole—: Nada te hará falta aquí, ¿eh? Mira qué bonito el Caudillo ha puesto todo… antes fue un palacio, ¿sabes?… el del marqués de Camposagrado… Es el mejor de Asturias, el modelo… vendremos a verte los fines de semana para traerte tebeos y cosas ricas de la casa, ¿vale?

Bras aceptó el abrazo, algo tan infrecuente en ella, y se sintió mejor. «Pórtate bien que así nos vemos pronto —le dijo Nino— y puedes venir conmigo al cole. Crían palomas mensajeras allí…». Al despedirse, se dieron otro abrazo y Nino le repitió: «Pórtate bien, promete… te echaré mucho de menos», pero sintió a Bras estremecerse contra su cuerpo. «Ya pueden irse tranquilos, que nos ocupamos de él», interrumpió la directora, poco acostumbrada a que niños la hicieran esperar. Tía Sinda y Nino salieron del Hogar rumbo a la estación de autobuses para regresar a Oviedo. No bien llegaban al portón de salida del predio cuando escucharon a Bras gritar.

—¡Tía, no me deje aquí! ¡Por favor! ¡Nino, vuelve!… ¡Ninoooo!… ¡Ninoooo!… ¡Ni…! —su voz se cortó de manera abrupta. Tía Sinda se volteó a mirar al Hogar, pero solo vio a una guardadora cerrar despacio la puerta de entrada y no se escuchó nada más. Le tomó el brazo a Nino, que intentó volver al edificio y continuó, casi arrastrándolo y a un paso más rápido, el camino de regreso a la estación.

Cuán falsa puede ser la nostalgia, cómo a veces disfraza el pasado en trazos de acuarela, pero lo ocurrido sigue allí, en los bordes oscuros que enmarcan esos tonos de gema, esperando, como una pantera agazapada, el momento oportuno para desdibujar nuestra complacencia. Y tío Nino comenzó a sollozar en el altar frente a todos, sin poder contenerse; un hombrón estremeciéndose sin pena alguna, golpeando el podio con su puño, porque hay heridas que es mejor olvidar cuando nunca cierran. Nancia corrió a su lado para consolarlo y ayudarlo a volver al asiento, desde donde el banco se sacudía al ritmo de sus hombros.

Mi madre me tomó la mano y lloró por primera vez desde la muerte de mi padre, doblegada por un despliegue de emoción tan genuino y

desbordado que no dejó a nadie insensible. El llanto tomó el templo como una marea que sobrepasó cualquier intento de contenerla, haciendo del dolor ajeno algo propio. Al padre Carlos le costó retomar el control de la misa y, luego de lograrlo, la continuó, ronco y con pañuelo húmedo en mano, hasta que, con brazos elevados, nos convidó a «ir en paz».

30. La boda (julio de 2004)

«Esta fiesta no es lo mismo sin el tío…». Era la recepción de la boda de Nano y él ya estaba borracho. «¿Qué?», le pregunté sin entender su balbuceo. «¡Que esta fiesta no es lo mismo sin…!», trató de nuevo pero esta vez gritando. *Clinc, clinc, clinc*. No pude responderle porque tan pronto escuchó el tintineo de las copas salió a buscar a *su* mujer, como can pavloviano, para ir a besarla. Tío Nino había invitado a más de doscientas personas, incluyendo a familiares de España, los Rivas Jiménez, esos primos lejanos que nos visitaban por primera vez. La boda de Ali y Claudia había sido muy deslucida por la situación económica en que nos encontrábamos en 2002 y tío quiso compensarla con la de Nano.

La muerte de mi padre cambió nuestras circunstancias. Compró un seguro de vida a mi nombre el día en que me hice accionista y ese capital estabilizó la empresa hasta que la economía mejoró. Una buena tajada se fue en pagar préstamos truchos que había sacado en sus momentos más desesperados y dividí las acciones heredadas de la empresa con Mari Rosa. Resurgió en nosotros la esperanza y le presté de mi propio dinero a mi tío para ayudarlo con sus mueblerías. Nancia me agradeció ese apoyo por el resto de su vida; no fui más «Tinito» para ella. Tío, a su vez, comenzó a retirarse del mundo. No llegaba aún a los cincuenta y siete años cuando le pidió a Nano que lo ayudara a gestionar el negocio para dedicarse a un nuevo pasatiempo, la cría de palomas mensajeras en su casa de Betania. «¡Ha metido un gallinero en mi patio!», se quejaba Nancia, pero lo dejaba hacer, reconociendo que no era el mismo hombre desde la muerte de su hermano.

Dom Macao terminó pagando casi el doble de lo que les habíamos pedido por el terreno en Costa del Este en aquella reunión en Colón. El día del traspaso final de los títulos de propiedad, Miguel me dio un regalo de su padre, quien había dejado instrucciones de que me lo

entregara luego de su muerte. Por su forma sabía que era un libro (estaba tan acostumbrado), envuelto en un papel de regalo tan hermoso que dudé por mucho tiempo en abrirlo. Lo acompañaba una tarjeta que solo contenía una cita y la firma temblorosa de don Esteban: «*Os sentimentos que mais doem, as emoções que mais pungem, são os que são absurdos — a ânsia de coisas impossíveis, precisamente porque são impossíveis, a saudade do que nunca houve, o desejo do que poderia ter sido, a mágoa de não ser outro, a insatisfação da existência do mundo*».[44] Le pregunté a mi madre sobre don Esteban, pero apenas lo recordaba. «Mis padres tenían muchos conocidos y amistades que iban por la casa», me dijo. «A ese señor lo había visto, pero le hablé por primera vez en el funeral de tu *vovó*».

«¿Y esa cara de estar pensando demasiado? Mejor vamos al bar…», me dijo Toño, mi acompañante para la boda. Él estaba de novio con un diplomático francés, Jacques Henri, a quien no le gustaba que lo vieran en pareja en público —«*Ce n'est pas la France*», sentenciaba preocupado por su acceso profesional a funcionarios y empresarios locales—, así que invité a Toño a ser mi «*plus one*». Él se comportaba formal en fiesta ajena, pero tan pronto escuché los primeros acordes de «Aserejé» decidí sacarlo a bailar. Hubo miradas de censura y varias parejas se alejaron de nosotros en la pista de baile escandalizados al ver bailar a dos hombres, aunque era un baile en el que nadie se tocaba. Mi madre se marchó cuando nos vio tomar la pista. Toño me aconsejó desistir y ya se iba a sentar cuando llegaron a nuestro lado mis primos con sus esposas. Ali y Claudia cargaban a su bebé de un año. Lena y Josué, casados el año anterior por lo civil (en una ceremonia sin ritual en la que serví de testigo), también se nos unieron, y el resto de los invitados siguió disfrutando de la fiesta sin prestarnos más atención.

Luego de varias canciones, se nos acercó una de las parientes de Asturias, doña Carmen, o Carmucha, como prefería que la llamaran, una mujer parlanchina y despreocupada, muy diferente a sus hermanos José Antonio y Francisco Paulino, hombres secos y adustos que sabíamos que nunca se nos unirían. Eran los hijos de tía Sinda y don Ramiro Rivas, ambos ya fallecidos. Yo encontraba su compañía estresante, incluso la de Carmucha, de quien sospechaba que me mostraba atención «especial» para probarse a sí misma lo abierta de mente que era.

Tío los había invitado a la boda, pero una vez llegaron a Panamá se desentendió de ellos, como si la invitación hubiese sido hecha por

accidente o por compromiso. Entretenerlos recayó en Nancia y sus hijos. Ella excusó a su esposo diciendo que andaba deprimido desde la muerte de su hermano, lo que era creíble (y hasta probable), y que se pasaba más tiempo en el palomar que con la familia. Los parientes asturianos contaron que cuando Nino era niño lo pusieron a cuidar a las palomas mensajeras de uno de los curas que enseñaba en el colegio, pero no fue por mucho tiempo. Al enterarse de que Nino era hijo de un *rojillo* condenado y preso por un tribunal militar, trató de echarlo del colegio y, como no pudo, le retiró el privilegio de cuidarlas. Se reían al terminar de echar el cuento, pero a mí me pareció un relato cruel. «Son cosas de aquellos tiempos», dijeron al verme serio. «Perdón y olvido», pregonó Carmucha antes de invitarnos a mí y a mis primos a visitarlos a Oviedo (lo pronunció como «Uviéu»). «Nuestros hijos son de su edad para que *faigan* fiesta», ofreció con una generosidad campechana que me recordó a mi padre.

Volvían a tocar «My Commanding Wife» y aproveché para disculparme e ir donde padre Carlos, que demostraba que eso de ser latino y nacer con ritmo es un estereotipo, para invitarlo a conversar. Aceptó con gusto, su rostro cubierto en sudor y dejando de contar los pasos.

—Veo que te sacaste otra espina esta noche —inició el padre.

—Después de esta, a quién le va a importar cuando lo vuelva a hacer.

—*Ah*, es que lo vas a continuar haciendo… —dijo con desagrado.

—Padre, los tiempos cambian. Ya hay varios países que aceptan el matrimonio gai. En el estado de Massachusetts acaban de aprobarlo. Quién sabe si pase en Panamá y llegue usted a bailar en mi boda… —el padre Carlos frunció el ceño de manera involuntaria.

—Eso no va a ocurrir aquí. Créeme que está muy lejos de ser aceptado.

—Bueno, padre, pero de darse, ¿vendría a mi boda?

—¿Cómo está tu madre? —cambió de tema y decidí no insistir—. ¿Notaste que se fue tan pronto sacaste a bailar a… tu amigo?

—¿Qué le puedo decir? Ella me prefiere escondido; le da esperanzas que algún día cambie. Además, casi ni viene. Cada vez sale menos y depende de Dominga para que se encargue de la casa o no la deje sola.

—Sí, también lo he notado. Tino… Creo que está deprimida. Nunca va a admitir cómo la afectó la muerte de tu padre. Es importante que pases más tiempo con ella.

—Estoy harto de pelear sin que nada cambie… y

mejor regresemos a la fiesta antes de que nos cierren el bar.

La fiesta terminó de madrugada y Toño y yo decidimos continuar la noche en el Blue Lounge del Casco Viejo, famoso por sus martinis de alto octanaje. Bailar nos había bajado la borrachera y apostamos a que aún quedaba espacio para el *arranque*.

—¿Viste el horror de algunos al vernos bailar? Poco faltó para que se persignaran. ¡Ja!

—Andas toreando a la manada últimamente…

—Mientras no nos vean, no existimos… y, a propósito, ¿qué se siente regresar al clóset? Porque el tipo con el que estás anda medio escondido.

—*Right*, porque yo estoy para remilgos… pues nos va súper bien y él no está en ningún clóset… lo que pasa es que…

—*Ce n'est pas la France!* —dijimos ambos a la vez.

—Estoy listo para mudarme a su casa en Altos del Golf. Solo falta que uno de sus colegas diplomáticos alquile mi casa en Obarrio y que él deje de fumar. Ya me tocará pintar y redecorar todo para sacar ese olor, aunque el pobre aún no lo sabe… —retomó Toño.

—¡Chucha, Toño, que notición! ¡Felicidades! Aunque… ¿no es riesgoso? Al *man* lo pueden trasladar en cualquier…

—Mírate a ti ahora dándome consejos —me dijo con un tono entre sorna y orgullo—. Sí, es riesgoso, pero también es posible que me deje con tal de no renunciar a sus Gauloises. Jaja. No, Tino, vivir es decidir y dar el salto. No voy a dejar pasar esta oportunidad. Jacques es un hombrón, *un ours très bien monté*, como diría él y yo ya estoy *viejo*…

—Lo que estás es histérico. Tienes mucho por hacer.

—¿Y qué te queda a ti por hacer, Tino?

—No lo sé, levantar la empresa, supongo. Aunque me vendría bien darme un viaje ahora que las cosas marchan mejor. Nunca he estado fuera de Panamá.

—Pues me avisas, que yo también quiero viajar. Mi última vacación afuera fue con Lucho… me tocan nuevos recuerdos con Jacques Henri. ¡Nos apuntamos! E invitamos a Delia, a quien bien le vendría un paseo.

—Sí, lo del bebé de Tati la tumbó más que cuando se divorció de Juan para casarse con el otro por la Iglesia. Fue un alejarse más definitivo… y hablando de quienes no se aceptan, ¿has sabido algo de Edú?

—Nada que ya no sepas desde aquel día que atacó a martillazos al cristo de su sala dizque porque no dejaba de vigilarlo. Lo que no sé es

si sigue en el hospital psiquiátrico…

Así continuamos sorbiendo aquellos brebajes potentes, una niebla fue calando, espesa, en nuestros ánimos y sentidos. No recuerdo cómo llegué a mi edificio; luego tendría un altercado con mis vecinos: rayé el auto de uno de ellos al tratar de estacionar y tomé parte del espacio de otra vecina obligándola a dejar su vehículo en la calle. Entré tambaleante al apartamento, chocando con las paredes del pasillo para no caerme. Me tiré de bruces en la cama, pero todo comenzó a dar vueltas, con conjeturas amargas que llenaban mi mente como golpes de granizo. «Nunca te vas a casar, mis primos nunca bailarán canciones de moda en mi boda, no vas a tener pareja, vas a vivir con tu madre, porque así te quiere el padre Carlos: santo y solo… Edú tiene razón, no hay gai feliz…». Quería llorar, pero mis emociones competían con mis náuseas. «Si quiero vivir en pareja, no puedo seguir con Ike… ¿Tiene él este dilema? ¿Siente acaso el mismo dolor?… Su familia y su gente son todo para él… quizás ama a Sara y por eso le sigue dando *beibis*… ¡lo amo, lo detesto!…». «Deja de tratar y ponte a hacer», escuché la voz de mi padre susurrarme.

Me escurrí de la cama y anduve a gatas hasta llegar al baño. Necesitaba provocarme el vómito, como aprendí en mis primeros carnavales. Tomé agua del grifo hasta que logré devolver. Me senté a esperar a que todo dejara de dar vueltas. «Tengo que dejarlo», dije en voz alta, mientras otra voz, igual de propia y nítida, decía en mi mente: «Aún no, aún no, aún no…». Me quedé por fin dormido; la espalda contra la pared fría, sentado frente al inodoro.

44 Fernando Pessoa (Bernardo Soares), *Livro do Desassossego*, 1982.

31. Travesías (noviembre de 2004)

Llegaron las fiestas patrias y viajábamos con destino a Portugal. Jacques Henri nos acompañaría por unos días en Lisboa y luego seguiría a Francia a ver a la familia. Toño se le uniría allá el último fin de semana de nuestra vacación —conocer a la suegra lo tenía nervioso—. Delia, por su parte, nos canceló. Su plan original era quedarse unos días en Portugal y luego seguir sola a París, pero Tati murió unas semanas antes del viaje y ella entró en un duelo tan genuino como inesperado para ella misma; tenía años que no se hablaban. «El amor es como una mancha, Tino, que a veces ni el tiempo quita», me dijo cuando traté de convencerla de que nos acompañase.

Cometí un error al hablarle a mi madre del viaje. Quería conocer a la familia de abuela, esos Almeida de quienes tanto me hablara, y necesitaba sus contactos en Lisboa. Esperaba que se alegrara de mi iniciativa, pero reaccionó vociferando por qué invitaba a «ese hombre» y no a ella. Su reacción me sorprendió, pues nunca mencionaba Portugal ni a esos familiares que no conocía. Le volví a explicar que Toño era un *pasiero* que iba con su pareja, pero me tomó tiempo apaciguar sus celos y que buscase los datos que necesitaba. Tuvimos que llamar a Dominga para que nos ayudara, pues mi madre mantenía los papeles de abuela regados en la biblioteca y no se acordaba en dónde había puesto las viejas cartas familiares. Dominga no disimulaba su frustración, pues había sido la «asistente» de abuela en sus últimos meses de vida y se quejaba de que «había dejado todo bien *ordenao*», cuando aquella murió.

Mi madre aprovechó para volver a regañarme por el «espectáculo» que hice bailando con Toño en la boda de Nano, acusándome de haberle arruinado la fiesta a mi primo con mi imprudencia, seguido de declarar que los sobrinos la habían traicionado por haber secundado mi gesto. No le hice caso porque ya habíamos peleado por eso en

otras ocasiones y no me interesaba discutir de nuevo sus contradicciones, mientras ella buscaba la mirada de Dominga para que la apoyara, pero la pobre mujer estaba concentrada en encontrar la libreta de teléfonos de abuela. Durante su monólogo ansioso, se refirió a sí misma como «viuda», lo que hizo que Dominga y yo intercambiáramos miradas.

Pregunté a mi madre si podía quedarme a cenar, lo que interrumpió su cháchara nerviosa e insistió en que Dominga la acompañara a la cocina para preparar el menú. Me quedé buscando entre los papeles revueltos hasta que encontré una carta con la dirección de una de las hermanas de abuela. Traté de guardar los documentos y comencé a preocuparme, pensando en cómo ella podía manejar sus negocios y cuentas en ese desorden. Aunque sabía que el contador la asistía, recordaba que abuela nunca delegó completamente esos asuntos.

—¿Qué te parece el sancocho? Dominga lo preparó como te gusta y deja que traiga el segundo plato, ¡te va a encantar! —mi madre conversaba a gusto, sin nervios, aunque noté que en varias ocasiones detuvo lo que estaba diciendo para evitar mencionar a mi padre.

—¿Y cómo van los alquileres? —pregunté, temiendo alterarla, pero demostró un conocimiento detallado de sus intereses, lo que me hizo confiar en que podía seguir manejándose por sí misma.

—Lo que me trae estresada es la casa… Las ramas de Titán están comenzando a dañar parte del techo y hay que podarlo. Hasta me dijeron que era mejor tumbarlo…

—¡A Titán! Vamos, *mãe*, que no se puede tocar el árbol… —protesté como un reflejo, a pesar de que enseguida me di cuenta de cuán impráctica era mi postura—. Cualquier cosa menos cortarlo…

—Esta casa necesita sangre joven —me dijo mi madre, satisfecha al escuchar mi protesta—. La fuerza de una nueva familia… —bajé la vista pretendiendo no haberla escuchado.

—Tan pronto regrese, planificamos un nuevo viaje a Lisboa, ¿te parece? —propuse para cambiar el tema—. Conoceré a los parientes de abuela y será más fácil visitarlos de nuevo —le tomé la mano pensando que se alegraría pero, para mi sorpresa, se sonrojó.

—Tal vez sepan que soy adoptada… hasta quizás de que Duarte es mi verdadero padre —respondió nerviosa, retirando su mano de la mía.

—¿Quién podría haberles llevado ese cuento? Ese temor solo existe en tu cabeza… —traté de calmarla.

—Tienes razón, tienes razón… —respondió, pero no me pareció

convencida.

—Quién sabe, tal vez logre que vengan a visitarnos y se queden en Graça. Habría que refrescarlo todo y los cuartos estarían llenos. ¡*Vovó* hubiera estado tan contenta! —exclamé, y sus ojos por fin brillaron.

Al despedirme, Dominga me acompañó a la puerta. Desde su regreso a la casa había dejado de tutearme.

—Su mamá no está bien, Tino. Entiendo que no quiera vivir en esta casa, pero por lo menos regrese a su vida.

—Me alegro que esté de vuelta. Ella aprecia su compañía —respondí, bajando la mirada.

—Mis nietos ya están grandes y no me necesitan. Ya ve, ahí tiene a mi Lucibel —dijo cambiando el tono de voz—. Se graduó primera en su clase de Contabilidad. La primera de la familia en ir a la universidad y ¡nos da esa alegría!

—Va a llegar lejos esa muchacha —dije aliviado de cambiar el tema—. Me avisa si puedo ayudarla en lo que sea.

—*¡Ujum!*, esa es demasiado quisquillosa para pedir ayuda, pero si se da la necesidad, le tomo la palabra… y vaya donde quiera, Tino, pero se nos regresa, sabe. Es lo importante… —dijo mientras se despedía de mí con un abrazo oloroso a ajo.

Caminé a mi auto con sentimientos encontrados. Nada de lo conversado ese día cambiaba mis planes para el futuro. Me rebelaba contra cualquier designio, pero también comencé a comprender que ser «adulto e independiente» pudiera conllevar pasar más tiempo con mi madre.

El día del viaje tomamos el Corredor Sur camino al aeropuerto de Tocumen. En Costa del Este nacía una nueva ciudad y había desarrollo de viviendas y comercios a lo largo de la vía. El edificio de oficinas donde se ubicaría la sede de Dom Macao estaba por terminarse. Imaginé a Miguel feliz, compartiendo con la mujer y los hijos desayunos y cenas sin prisas. El aeropuerto también pasaba por una transformación. Aún era un edificio setentero, de dos terminales y de un solo restaurante (porque en Panamá es difícil romper monopolios), pero su modernización avanzaba, creando un caos entre la multitud que pasaría su feriado fuera del país.

—Estoy emocionadísimo, Toño; gracias por venir y convencer a Jacques. Seguro que hubiese preferido ir directo a ver a su familia en Lyon… —Jacques asintió sonriendo en mi dirección pretendiendo entender la conversación, pero sabíamos que su español era atroz y

detestaba usar el inglés, aunque lo dominaba—. Estoy nervioso por conocer a los primos de mi madre y a sus familias.

—¡Y yo de conocer a la suegra! La mamá de Lucho me trataba de lejitos y apenas me saludaba. Ahora voy a conocer a la de Jacques y quedarme con ella un fin de semana… ¡Madre mía! Menos mal que primero nos escapamos a la playa de Caparica en Lisboa…

—Tremendo lo de conocer así a tu suegra, pero los tiempos cambian y vas a Europa… y si lo que quieren es asolearse en pelotas, vayan a Contadora o a Costa Rica. No puede ser que vayan a Europa para eso, con tanto que hay que ver y hacer…

—Estás hecho un santurrón desde hace buen rato. Dios sabrá en qué, o con quién andas metido… —Toño abrió los ojos al máximo como si acabase de ocurrírsele algo y se volteó hacia mí dándole la espalda a Jacques—. *E'pérate*, ¿no me digas que sigues pendiente del judío? —me dijo en un susurro tanto incrédulo como cómplice.

—¡Todo lo quieres saber! Que ya no ando con nadie. ¡Punto! —dije de mal humor—. Mira, ya va a comenzar la demostración de seguridad de vuelo…

Nos ajustamos los cinturones mientras simulábamos escuchar. Habiendo despegado, me puse a hablar con Toño sobre la muerte de Tati. Se había suicidado ahorcándose con el cordón de la bata de baño.

—Tal vez fue su manera de que la dejaran en paz… que si mejor se casa, que si tenga hijos, que, de cierta forma, todos hicimos, ¿no? Que si se pare allí, que si se pare allá. En fin, no supo imponer su voz ni su voluntad… la gente «la llevaba» —dijo Toño.

—¿Crees que quiso llamar la atención y se le fue de las manos? —pregunté—, porque dejó una familia, hasta una beba recién nacida.

—Pues ya ves que no fue suficiente. Tino, la felicidad no está en otros…

—*L'enfer c'est les autres* —interrumpió Jacques Henri.

—¡Este ahora sí entiende español! Pero ¡qué pesado! Y además estás equivocado —le dijo Toño a su pareja—, porque quien es feliz consigo mismo, hasta en el infierno lo es —y, volviéndose a mí, continuó—: La mató querer encontrarse en otro, permitiendo que le dijeran quién ser y descubrió muy tarde que la alternativa «tradicional» tampoco funcionaba, solo que ya no se podía zafar de las responsabilidades ni de las consecuencias.

—¿Hubiésemos podido ayudarla?

—Ay, Tino, es tan difícil «reconstruir» a otra persona. Eso no se puede enseñar si no lo puede hacer uno mismo y seguimos el tema

más tarde que me estoy durmiendo.

Mis acompañantes tenían experiencia en vuelos largos y tomaron sedantes tan pronto despegó el avión. Yo estaba demasiado agitado para dormir y saqué de mi mochila el regalo de don Esteban. Estaba sin desenvolver y comencé a abrir el papel con cuidado, como me enseñó abuela, quien reutilizaba las envolturas de regalo que más le gustaban, y esta era espectacular: un estampado de rosas metálicas en un fondo rojo. Dentro descubrí el ejemplar de don Esteban del *Livro do Desassossego*. Yo también había traído el que me regaló abuela para practicar mi portugués y me maldije por no haber abierto el regalo antes. Noté un papel marcando una página: era una tarjeta de negocios de Dom Macao, la de don Esteban, en chino y en portugués por un lado y en español y en inglés por el otro; la dirección de la empresa, sin embargo, era la de la Opa. Al revisar la página vi, subrayada en lápiz, la misma cita de texto que había escrito en mi tarjeta de regalo. Si había un mensaje en su gesto, no lo entendí hasta que abrí el libro al comienzo y así fue como descubrí una dedicatoria en una letra que reconocí de inmediato: la de abuela Filipa.

Meu bem-amado Tete,
Tudo o que tinha de ser dito, foi dito.
Tudo o que tinha de ser feito, é feito.
O melhor de mim, é teu.
A passagem que marquei é o que sinto por nós, pelo nosso.
Não se esqueça de mim após eu partir
porque você foi a ânsia impossível
dos meus últimos anos.
Tua Pipa
15/5/88

Escuché su voz al leer esas líneas y se me aguaron los ojos. Mi padre acertó en lo básico, sobre el cómo fue posible que ella encontrase un comprador para la Opa en tiempo de crisis, pero se equivocó en lo fundamental: la posibilidad de que ella volviese a amar y ser correspondida. Ya no había a quién preguntar detalles y tenía en mis manos la única prueba escrita. Entendía ahora cómo don Esteban supo que yo tenía el mismo libro: abuela debió regalárselo a la misma vez que me lo regaló a mí, así como él debió regalarle el servicio de té. Dos regalos sencillos, pero bien amados. Nunca sabría si su amor fue platónico o si pudieron disfrutar de su compañía a hurtadillas. «¡La

puerta al pasillo!», saltó a mi mente. No le hablaría a mi madre de esto, porque no fue a ella a quien se le confió el secreto y porque sabía que la escandalizaría.

¿Por qué me lo había revelado don Esteban? Solo podía conjeturar y ya nadie quedaba para responder a mis preguntas. Guardé el libro sin poder concentrarme y comencé a cabecear mientras el avión sobrevolaba Puerto Rico, quedándome finalmente dormido cruzando el océano Atlántico.

Subía por Titán, pero a mi alrededor solo alcanzaba a ver un bosque tropical verde, ondulante, extendiéndose a la distancia, solo contenido a un costado por un mar romo y gris. Comencé a angustiarme (¿dónde estaban todos?), cuando escuché un tarareo que venía del pie del árbol. Una mujer arrullaba a un bebé en su regazo con una nana familiar. La observaba inquieto mientras hilos sedosos salían de su boca, al ritmo lento de su canturreo, cubriéndola a ella y al crío. ¿Sería mi madre? Quise llamarla, pero ¿y si no lo era? Tan pronto me asaltó la duda, la criatura levantó su rostro y fijó sus ojos en los míos. Resbalé tratando de ocultarme y caí de la rama… pero en vez de sentir dolor, abrí los ojos en la sala de Graça. Las puertas al jardín estaban abiertas y abuela tomaba té, portando una corona de pájaros y rosas. Caminé hacia ella para explicarle que mamá había cambiado sus flores por helechos porque era más fácil cuidarlos, pero, aunque no salió ningún sonido de mi boca, ella se volteó como si me hubiese escuchado y me hizo señas con la mano para que me sentara a su lado. Entonces noté que estaba desnuda. Escapé por un pasillo oscuro y angosto que terminaba en una puerta semiabierta. Al cruzarla, estaba en la biblioteca, húmeda, calurosa, con sus puertas y ventanas cerradas. Me senté en el sofá y vi a mi padre sentado en el escritorio de abuelo, concentrado en leer *Mortadelo y Filemón* y sin notar a Ike observándolo de pie. Papá levantó la vista y trató de decirme algo que no entendí. «Papá, deja que te explique», alcancé a decir. «*Tsk, tsk, tsk*», escuché a Toño chistear a mis espaldas. Debí pestañear, porque al abrir los ojos estaba caminando hacia una puerta con una maleta en mano. «El taxi ya llegó», escuché a Dominga decir a la distancia. «Si lo deja esperando, le cobra más». Al intentar abrir la puerta, me di cuenta de que era la del mirador. Comencé a jadear. La puerta se abrió por sí sola y dentro esperaba abuela, anciana y cerosa, con su pelo recogido en un moño, pero vestida con un traje de seda rojo estampado de

rosas. Señalaba por la ventana a un avión, diminuto en la distancia, que sobrevolaba la bahía, donde el mar se había recogido en una gran ola que se aproximaba a la ciudad. Abuela me entregó una rosa rosada, que al pasar a mis manos se volvió amarilla…

«Caballero, caballero», me despertó la azafata. «Por favor, enderece su asiento, que estamos por aterrizar». Saludé a mis compañeros de viaje, ya despiertos, aunque con párpados caídos y ojos irritados. Mi cuello y mi rostro se sentían húmedos y fríos. Me estiré bostezando, alargando mis brazos, y me preparé para llegar a donde la historia de mi familia había comenzado.

Agradecimientos

A las personas que más contribuyeron, con repetidas lecturas y críticas, a sacar adelante este libro, Juan Abelardo Carles, Beatriz Quiroga Mueller y Roberto E. Teixeira.

«Quien anda en esto no le va fácil… te tomará tiempo endurecer el cascarón y seguir adelante hasta que solo tengas una vida. Es lo que pasa con los secretos y las mentiras, no se puede vivir con esa máscara indefinidamente».

Estamos ante una obra de iniciación en muchos sentidos: el paso a la vida adulta de Tino y, con él, de una serie de personajes que en los años 90 forjarán el futuro de un país, Panamá, que recupera su integridad territorial. En su historia también se descubren y definen identidades a pesar de la oposición de una sociedad multicultural y diversa que se resiste a aceptar ciertas diferencias.

El hilo conductor que usa Rodrigo P. Soto en esta novela, con la que se estrena como escritor, es una familia de clase media panameña a través de tres generaciones. Seremos partícipes de su cotidianidad, conflictos y secretos y, junto a ella, viviremos los embates y oportunidades que marcaron a una sociedad en una etapa histórica convulsa.

El autor nos introduce, de la mano de Tino, en los círculos en los que se reunían personas del “Ambiente”, un espacio con códigos propios bien definidos, que refleja las dificultades de una comunidad en ser aceptada por un mundo tapizado de “buenas intenciones”.

El ansia de cosas imposibles es una novela de afectos, anhelos, lucha y esperanza; en fin, es una historia sobre la VIDA narrada con una prosa clara, sin alambiques y con estilo propio.



Rodrigo P. Soto nació en San Juan de Puerto Rico en 1964. Recibió un bachiller en Portugués y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Amherst en Massachusetts y una maestría en Relaciones Internacionales de la American University en Washington, D. C. Encontró su camino a la literatura de la mano de su trabajo en temas de desarrollo económico internacional, actividad a la que aún se dedica. Su primera obra es producto de un interés precoz por la literatura y de vivir expuesto a diferentes culturas. Reside con su esposo en un suburbio de Boston desde 2015.



El ansia de cosas imposibles

Edición en formato digital: abril, 2024

penguinlibros.com

Composición a partir de fotografía cortesía del autor y iStock by Getty Images, por el diseño de portada
Cortesía del autor, por la fotografía de semblanza

ISBN: 978-607-384-500-7

Composición digital:

Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Índice